José M. Faraldo

# CONTRA HITLER Y STALIN

La Resistencia en Europa
1936-1956

Alianza editorial

José M. Faraldo

# CONTRA HITLER Y STALIN

La Resistencia en Europa
1936-1956

Alianza editorial

JOSÉ M. FARALDO

# CONTRA HITLER Y STALIN

## La Resistencia en Europa
## 1936-1956

Alianza editorial

# Índice

HISTORIA DE LA FOTO DE PORTADA

INTRODUCCIÓN

- Comprender la Resistencia
- Por una narración paneuropea de la Resistencia
- ¿Qué fue la Resistencia?
- La Europa clandestina

1. LOS INICIOS: DE ESPAÑA A CHECOSLOVAQUIA

- La guerrilla transnacional en España
- La otra Alemania
- Austria: entre víctima y verdugo
- El desmantelamiento de Checoslovaquia

2. LA EMOCIÓN DE LA RESISTENCIA

- El mapa emocional de la Resistencia
- El nacionalismo como emoción
- Las emociones de la juventud

3. LA DOBLE INVASIÓN DE POLONIA

- Ocupación por partida doble
- El comienzo de la doble resistencia
- Estructura y organizaciones
- La Resistencia institucionalizada: el «Estado Clandestino»

4. NARRATIVAS Y DISCURSOS

- La prensa clandestina
- Símbolos
- Músicas
- Europa y la Resistencia

5. LA LUCHA EN ESCANDINAVIA

La marcha soviética sobre el Báltico
La semilla de la Resistencia
Diferencias entre las ocupaciones
La gran traición: Dinamarca y Noruega
Resistencia ciudadana en Dinamarca
La lucha armada en Noruega

## 6. CONTRA EL IMPERIO DE HITLER

Primeros pasos
El crecimiento de la Resistencia
La ocupación y la división de Francia
De Gaulle y la Francia Libre
Principales grupos de resistencia
La coordinación de la Resistencia

## 7. LA EXPERIENCIA DE LA RESISTENCIA

Cómo entrar en la Resistencia
La simbólica de la admisión
La experiencia de la lucha
Sexo, amor y muerte
De la detención a la condena

## 8. LAS GUERRAS DE LOS BALCANES

Italianos en los montes de Albania
La ocupación de Grecia y Yugoslavia
La lucha en Grecia
El nacimiento de los partisanos yugoslavos

## 9. MUJERES Y RESISTENCIA

Mujeres clandestinas
Mujeres en armas
Dirigentes y enlaces en España
Mujeres de un nuevo siglo

## 10. LA INVASIÓN DE LA URSS: EL GRAN IMPULSO

El giro de la Resistencia
La guerra secreta
La guerra partisana de Stalin
La lucha antipartisana
La Resistencia judía

Italia se pasa a la resistenza

11. LOS LEVANTAMIENTOS DE 1944 Y 1945

Levantamientos
El occidente de Europa
En las fronteras
Operación *Burza*
Sangre en los Balcanes

12. LA GUERRA TRAS LA GUERRA: CONTRA FRANCO Y STALIN

Un nuevo enemigo
El regreso de los espías
Comunistas contra el último fascista
La Resistencia cruza los Pirineos
Las guerrillas comunistas en España
Huir al monte en Rumanía
La continuidad de la Resistencia polaca
Los «Hermanos del Bosque»
La lucha armada del UPA

13. EL DIARIO DEL PARTISANO

Una jornada
Comer en el monte
Ocio e instrucción

14. LA MEMORIA DE LAS RESISTENCIAS

El consenso antifascista
Los mitos comunistas
El fin de un mito y el comienzo de otro

15. LA RESISTENCIA EN LA ERA DE LAS VÍCTIMAS

ORGANIZACIONES DE RESISTENCIA

AGRADECIMIENTOS

LISTA DE ILUSTRACIONES

BIBLIOGRAFÍA

# CRÉDITOS

*A la memoria de mis padres, Carmen y Jose,*
*que sobrevivieron a aquella cruel posguerra*

# HISTORIA DE LA FOTO DE PORTADA

La foto de portada presenta a tres miembros de un grupo de partisanos de la NSZ (Fuerzas Armadas Nacionales), integrado en el *Armia Krajowa,* posiblemente en 1944. En el centro está Stefania Firkowska, que fue miembro del pelotón y luchó contra los nazis hasta el final de la guerra. Cuando en 1945 el Ejército Rojo desarmó a su destacamento y detuvo a sus jefes, Stefania siguió combatiendo clandestinamente, esta vez a los comunistas. El Domingo de Resurrección de 1946, por la noche, fue localizada en la casa de su madre por cuatro funcionarios de la policía secreta. Fue detenida y hecha desaparecer. Nunca nadie volvió a saber de ella y la investigación posterior, aunque dio con el presunto mando de la policía secreta que la capturó, no fue capaz de encausar a nadie. El destacamento de Firkowska estaba capitaneado por Józef Wyrwa "El Viejo", quien, tras la guerra, perseguido por la policía secreta comunista, pudo huir y, tras un periplo por varios países, vino a residir a España, muriendo en Madrid en 1970. El hijo de Józef, Tadeusz Wyrwa, también partisano, huyó con él, primero a Estados Unidos, donde fue detenido por negarse a combatir con el Ejército estadounidense en la guerra de Corea. Luego, en España, estudió en la Universidad Complutense de Madrid, donde se doctoró. Murió en Francia en 2010.

# INTRODUCCIÓN

En las rañas y sierras de la Jara —a caballo entre Castilla y Extremadura— era habitual en mi infancia escuchar a los mayores hablar de los «hombres de la sierra», de los «bandoleros». Las historias que se contaban hablaban de pobres hombres perseguidos sin tregua por la Guardia Civil, pero que, a la vez, también constituían, de alguna manera, una amenaza. Sólo con el tiempo y muchas lecturas llegué a comprender que aquellos personajes que yo me pintaba en la imaginación como adustos hombres con fusil y manta al hombro no eran otra cosa que guerrilleros, maquis, luchadores antifranquistas. A consecuencia de la feroz y eficaz propaganda de la dictadura, su figura resultaba ambivalente: no acababa de ser positiva y, sin embargo, tampoco era del todo negativa. Eran personajes intrigantes de los que sólo en los últimos años hemos podido saber de verdad quiénes eran, qué buscaban, cuáles eran sus ideales y objetivos[1].

En realidad, y con todas las diferencias posibles, los maquis españoles no se alejaban demasiado de otros muchos guerrilleros a los que la literatura, el cine y los cómics nos habían acostumbrado. La Segunda Guerra Mundial había llenado las cabezas de los niños de mi generación de combates figurados gracias a los tebeos de Hazañas Bélicas o el Sargento Furia, de las maquetas de plástico de batallas y combates de Mattel, de las series de televisión y las películas de Hollywood con nazis malos y yanquis buenos. En todos estos medios, los guerrilleros de las resistencias habían tenido un papel importante.

No sé muy bien cuánto de todo este sedimento de cultura popular y de memoria histórica local se reflejó en mi libro publicado en 2011 *La Europa clandestina,* en el que mostraba un panorama europeo de las resistencias contra el nacionalsocialismo y el estalinismo[2]. De seguro que, aunque fuera de forma inconsciente, algo de aquello impregnó mis reflexiones sobre quienes se enfrentaron a las ocupaciones de los dos peores regímenes

dictatoriales de la historia europea. Muchas cosas han cambiado desde entonces. Algunos de los personajes cuyo testimonio usaba para explicar los hechos todavía estaban vivos cuando publiqué aquel libro. De ellos, unos cuantos todavía alcanzaron a recibir homenajes y medallas, otros murieron en silencio, ignorados por la mayoría de la sociedad a la que habían dedicado algunos de los mejores años de sus vidas.

El interés público por la Resistencia, sin embargo, no ha decaído desde entonces y, en algunos aspectos, incluso se ha incrementado. En los últimos años hemos aprendido mucho acerca de quienes se enfrentaron a Hitler y a Stalin con las armas en la mano. Por eso se hacía necesario volver sobre el tema, de forma renovada y fresca.

Sin embargo, el punto de partida es el mismo de entonces: el convencimiento de que la Segunda Guerra Mundial en Europa no concluyó hasta que, a partir de 1948 y hasta finales de los años 1950, los últimos guerrilleros en España, en Grecia, en Rumanía, en Lituania, en Ucrania, en los bosques polacos, se dieron por vencidos o fueron exterminados. Las brutales ocupaciones, las matanzas y genocidios habidos durante la guerra habían acabado con las consecuencias del Tratado de Versalles que había sellado la Primera Guerra Mundial, mientras que las deportaciones, trasvases de población y repartos de territorio que siguieron al segundo gran conflicto habían terminado con los litigios fronterizos de entreguerras. Pero no sólo eso. Aquellos dramáticos acontecimientos también hicieron desaparecer —por la fuerza— la polarización social de la década de 1930, con los enfrentamientos sociales que llevaron a las situaciones revolucionarias y a los fascismos. Probablemente, sólo la aniquilación de la juventud europea, destruida a millones en el período que va de 1936 a 1945, permitió que el principio de la posguerra mundial, con su tremenda pobreza y depresión económica, no desembocara en revuelta abierta[3]. El cansancio de la guerra y el monopolio de la violencia ejercido por las dictaduras de derechas en España y Grecia y por los epígonos soviéticos en Europa Central y Oriental, condujeron a que los últimos hombres y mujeres que lucharon con las armas en la mano contra las dictaduras nacidas del período de entreguerras, murieran, fueran capturados o se exiliaran.

Estos grupos partisanos habían sucedido a los movimientos clandestinos que en el violento y complejo huracán de la Segunda Guerra Mundial habían combatido contra sus respectivos invasores. Muchos de los últimos partisanos habían integrado aquella clandestinidad antinazi o antisoviética, incluso ambas. También el resurgimiento de los maquis españoles a partir de 1944 tuvo más que ver con las esperanzas del final de la guerra, con la experiencia de la Resistencia francesa y con las estrategias partisanas soviéticas que con la propia Guerra Civil Española en la que muchos de ellos habían participado.

La Resistencia en Europa se había formado desde el momento mismo en que la Wehrmacht había atacado Polonia el 1 de septiembre de 1939. Cuando, dos semanas más tarde, el Ejército Rojo invadió las regiones orientales de dicho país, ya habían comenzado a estructurarse una serie de movimientos de reacción a ambos invasores, tanto dentro de las zonas ocupadas como en el exilio. Poco después, la ocupación nazi de los países de Europa Occidental y la de los países bálticos, Besarabia y Carelia por parte de los soviets hicieron surgir grupos de oposición también en el resto de los países que se encontraban bajo la égida de las dos grandes dictaduras. A ello habría que añadir, algo que se olvida a menudo, las invasiones italianas. En Albania, Grecia y Yugoslavia la Resistencia comenzó como enfrentamiento con los ejércitos del fascismo italiano. La mitología del *italiani brava gente,* como en el caso del Holocausto, ha escondido muchas veces la responsabilidad de los ejércitos de Mussolini en la violencia imperialista de la Segunda Guerra Mundial[4]. A lo largo de aquellos años, una red de organizaciones, a veces muy pequeñas, pero en ocasiones de considerable tamaño, se ocuparon de sabotear, a veces física y militarmente, pero por lo general a través de propaganda y contrainformación, los esfuerzos de los regímenes *totalizantes* por instalar sus sistemas en la Europa ocupada.

## *Comprender la Resistencia*

Este libro es, en primer lugar, un intento de comprender el fenómeno de la resistencia de unos sectores de la población europea a la ocupación militar y

la imposición nacional por parte de un Estado invasor. En el contexto de los años 1939 a 1945 y la década inmediatamente posterior, la imposición de un Estado invasor se transforma pronto en dictadura propia —el caso de los territorios sovietizados— o la dictadura propia —Italia, Hungría, Rumanía — desemboca en una invasión exterior. Entre medias está España, donde partes del propio ejército —llamado por ellos mismos, de «ocupación»— colaboraron con civiles del interior, pero también con fuerzas fascistas italianas y nazis alemanas, para invadir su propio país.

El libro es, pues —entre otras cosas—, un análisis de cómo y por qué unas personas, generalmente congregadas en organizaciones o grupos, se negaron a aceptar un poder político que consideraban ajeno. Describimos las formas en que se llevó a cabo la resistencia, el contexto de guerra y posguerra en el que se movieron. No es un manual ni una síntesis al uso, sino más bien una interpretación. Cierto que aquí hago balance de los hechos de resistencia más relevantes que tuvieron lugar en el continente europeo durante dos intensas décadas. Sin embargo, lo que nos interesa es más que nada hallar un denominador común que nos explique por qué la Resistencia tomó aquellas formas en aquel momento concreto. No lo olvidemos: ninguno de los movimientos armados opositores o anti-sistémicos posteriores —desde ETA o el IRA hasta las milicias serbias o kosovares— han reproducido la resistencia contra el invasor del período de la Segunda Guerra Mundial. Ni siquiera las oposiciones que han tenido un mayor grado de continuidad con el conflicto, como podrían ser las resistencias en las democracias populares del Este de Europa, optaron por repetirlas. Sus formas fueron otras, más modernas, más relacionadas con la construcción de alternativas políticas. Y ello es debido —pienso— a la falta del contexto bélico mundial. La división de esferas de influencia entre las dos grandes potencias durante la Guerra Fría supuso algo muy distinto al conflicto caliente entre imperialismos y democracias, con aliados y legitimidades que proporcionaban un horizonte al que dirigirse. En la Guerra Fría a lo único que podían aspirar las resistencias era a mejorar su situación dentro del campo en el que habían caído; en la Segunda Guerra Mundial había una posibilidad real de liberación, si los aliados lograban

vencer al nacionalsocialismo o si la guerra proseguía machacando a Franco o destruyendo a Stalin.

Si hubo un denominador común entre las diversas resistencias de la Segunda Guerra Mundial, ese sólo pudo ser algo que muy a menudo se ha dejado al margen cuando se ha escrito sobre la Resistencia: su aspecto de oposición política. Normalmente, los investigadores de la Resistencia —en cualquiera de sus versiones regionales— han acostumbrado a subrayar sus aspectos patrióticos y nacionalistas. La abnegación y el sacrificio de los mártires nacionales que luchaban contra el invasor constituían ejemplo de ciudadanos, fundamento de la patria, garantía de futuro. Los caídos por la patria en la oscura tarea de la Resistencia eran considerados soldados del «ejército de las sombras» como los denominaba Henry Michel. Es decir, se les relacionaba con la misma tradición militarista de construcción de la nación que venía siendo habitual en Europa desde el siglo XIX. Los objetivos políticos de estos resistentes fueron a menudo descritos y recontados, pero tan sólo accesoriamente, como subproducto de su dedicación a la patria. Como demuestra sin embargo el caso flagrante de los comunistas, la Resistencia en la Segunda Guerra Mundial ha de ser entendida desde la perspectiva de lo político, como una actividad de lucha, de compromiso por un cambio social que era, *además,* un combate por la propia nación. Y ello más allá de concretas ideologías: la Resistencia —hasta la más pequeña— era en sí un acto político, una declaración por el cambio. La inmensa mayoría de los resistentes no quería volver al *statu quo* anterior a la ocupación. Luchaba por una nueva patria en una nueva Europa[5].

### *Por una narración paneuropea de la Resistencia*

Este libro tampoco tiene una intención comparativa, aunque, incluso sin pretenderlo, la comparación surge por sí misma al superponer los casos. Pero mi metodología no se basa aquí en contrastar lo que sucediera en determinado rincón geográfico con lo acaecido en otro distinto. Adopto en este libro una perspectiva *europea,* es decir, de contar como un todo lo

sucedido en nuestro continente, sin discriminar ninguna parte de él, ni excluir los sistemas políticos o económicos diferentes. Mi modelo ha sido el de la europeización de la historiografía que —en mayor medida que en España— ha surgido y revitalizado las escuelas del centro de Europa, sobre todo en la zona lingüística alemana, con autores como Wolfgang Schmale o Kiran Patel[6]. De hecho, la idea germinal de este libro surgió a partir de un antiguo proyecto que realicé en Potsdam acerca del concepto de Europa en la Europa del Bloque del Este, al examinar las raíces del europeísmo y comprobar su imbricación con la resistencia[7]. La forma que el libro fue adquiriendo se inspira en los trabajos de Tomasz Szarota, *néstor* de los historiadores polacos y cuyos trabajos acerca de la vida cotidiana durante la Segunda Guerra Mundial me impactaron enormemente cuando los encontré por primera vez en una librería de viejo de Poznań, hace ya muchos años[8]. Después de la publicación de *La Europa clandestina,* giré mi atención hacia las policías secretas comunistas, lo que me ayudó a entender mejor algunos aspectos de la lucha subversiva y de la disidencia, en especial en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial[9].

Por supuesto, en este libro no estoy intentando «igualar» comunismo con fascismo, ni este con el nacionalsocialismo, ni digo que Hitler y Stalin sean lo mismo. En su monstruosidad, los sistemas liderados y en buena medida conformados por ambos dictadores tuvieron aspectos muy similares, pero eran, en otros, muy diferentes. Por poner un ejemplo: el exterminio físico, biológico de los polacos, por parte de los nazis era muy distinto en objetivos y métodos de la sovietización forzosa de Stalin, que incluía deportaciones, masacres y desclasamientos, pero que, a la larga no buscaba su desaparición ni biológica ni cultural. Sin embargo, esto no significa nada en la práctica. A quienes eran perseguidos, encarcelados, torturados o asesinados les daba igual que fuera para mayor gloria del Tercer Reich que para traer el paraíso comunista a la tierra[10]. Cualquier persona que crea en la democracia y el Estado de Derecho considerará igualmente despreciable cada dictadura, con independencia de las consignas con las que se cubran. En esto me siento muy cercano a Carlo Rosselli, el resistente italiano al

fascismo, fundador del movimiento socialista libertario *Giustizia e Libertà* y que fue asesinado por su oposición a Mussolini[11].

## *¿Qué fue la Resistencia?*

La Resistencia en la Segunda Guerra Mundial se alimentaba de un impulso patriótico, de utopía nacional, un impulso que creía y se basaba en la soberanía nacional (no siempre en la individual). Sin embargo, su conformación como movimiento tenía mucho que ver con el carácter de oposición política. Como afirmó Milovan Djilas, líder partisano comunista y, con el tiempo, disidente del comunismo:

> nuestros planes contra los ocupantes iban al mismo tiempo dirigidos contra las fuerzas del antiguo orden. (...) Sin la lucha simultánea contra el ocupante la Revolución era impensable e imposible de llevar a cabo[12].

Esto era así no sólo para los comunistas en todos los países, sino para gran parte de la resistencia por doquier: el hecho de haber *permitido* la ocupación demostraba el fracaso del sistema anterior a ella. Incluso allá donde la legitimación política del propio sistema se mantuvo en mayor grado —Dinamarca, Noruega, Holanda—, se fue consciente de los errores de apreciación política y de la necesidad de reformar el sistema de seguridad europeo. Esta reflexión constituyó, semilla y, origen de la efectiva política de unidad europea.

La Resistencia como movimiento organizado tenía, pues, tintes decididamente políticos, muchas veces con coloración violenta y bélica, que bebían de tradiciones nacionalistas (ya fueran de nacionalismo de Estado o de separatismo) y de experiencias políticas antisistema (comunistas, ultraderechistas). Es también un fenómeno ligado al desarrollo de las dictaduras antiliberales y de masas, totalitarias en su intento de asimilar cada rincón de la sociedad, de conquistar e invadir no sólo el territorio, sino las mentes. No se trata sólo de liberar un espacio, sino de cambiar un sistema; no se intenta únicamente restaurar la situación anterior a la guerra, sino lograr que lo sucedido no vuelva a pasar. Cambiar será palabra clave en toda actividad resistencial durante la Segunda Guerra Mundial. La

revolución en ciernes será lo que una a la Resistencia en todos sus ámbitos con los movimientos políticos anteriores a la guerra, incluso cuando no hubo continuidad organizativa o programática[13].

Las definiciones usuales de la Resistencia han hecho hincapié en su carácter militar. La Resistencia era la «cuarta fuerza», al lado del ejército de tierra, mar y aire. Incluso aunque los jerarcas respectivos no tuvieran confianza alguna en ella al principio —el Alto Mando británico regateó al SOE los medios económicos, Stalin no potenció sus partisanos hasta muy tarde—, se contaba con ella como instrumento a utilizar[14]. En su clásica síntesis de historia de la Resistencia, Henri Bernard definía la Resistencia como «la lucha *contra* los totalitarismos fascista o nazi y *por* el respeto de la dignidad humana»[15]. Sin embargo, ambas apreciaciones sólo explican parte del fenómeno. La integración de la resistencia contra los nazis en un esfuerzo de guerra general de los Aliados se puede considerar como parte de esa «cuarta fuerza», pero el alcance del fenómeno resistencialista es mucho mayor.

No toda la resistencia tenía que ver con el militarismo —la expresión armada de un estado—, incluso cuando era violenta. El individualismo libertario o el ansia de revolución social no eran menos importantes. También es cierto que los «totalitarismos» —comoquiera que entendamos esta palabra— fueron su objetivo, pero a veces para promover otros de otro tipo, ya fuera comunista o nacionalista. El respeto de la dignidad humana se encuentra en muchas expresiones programáticas de la Resistencia, pero también muchas veces se encuentra sumergido en un mar de nacionalismo, colectivismo sin escrúpulos, odio racista o construcciones ideológicas anticomunistas —como el estereotipo del judeo-bolchevismo—. La liberación del individuo era por lo general ligada a otros factores: lucha social, lucha nacional. La historiografía marxista de los países del socialismo real solía distinguir también entre estos factores, pero introduciendo una leve diferenciación. Los movimientos de resistencia se dividían entre «popular-revolucionario» —definido como progresista y patriótico— y «burgués» —en el que reconocían tradiciones nacionalistas e independentistas[16].

Quizá sea la definición de François Bedárida, historiador francés, la que mayor aceptación haya recibido: «una acción clandestina realizada, en nombre de la libertad de la nación y de la dignidad de la persona humana, por voluntarios organizados para luchar contra la dominación y la mayor parte de las veces contra la ocupación de su país por un régimen nazi o fascista o satélite o aliado»[17].

Como vemos, en las definiciones de la historiografía occidental sobre la Resistencia queda olvidado por lo general el hecho —simultáneo o posterior— de la lucha contra los ocupantes soviéticos, que en muchas partes poseyó exactamente la misma significación y fue realizada en las mismas formas y hasta por las mismas personas que la Resistencia contra los nazis y los fascistas —importados o locales—. Curioso resulta también que en la consideración de los historiadores soviéticos la Resistencia era también «una experiencia histórica única de la unidad de diversas fuerzas sociales y políticas, que destacó los valores universales: libertad e igualdad de razas y naciones, justicia social, democracia, derechos civiles y dignidad humana»[18]. Pero los soviéticos la enfocaban solo, por supuesto, contra la tiranía nazi y fascista. Incluso durante la perestroika, cuando se discutió con total apertura el terror estalinista, reconocer que la resistencia contra la Unión Soviética poseía legitimidad, resultaba mentalmente imposible.

A partir de estas reflexiones he construido una concepción de lo que entiendo por resistencia. La *resistencia,* como la vamos a considerar en este libro, es un acto *consciente,* que busca objetivos *políticos,* incluso aunque esos objetivos no sean explícitos o concretos. Objeto de este libro es, pues, la resistencia *organizada* —aunque algo diremos de resistencias espontáneas—, con objetivos políticos —aunque sean a veces difusos— y en relación a un invasor considerado extranjero, aunque dadas las continuidades y entrelazamientos hablaremos también de la oposición a un régimen propio. Geográficamente, nos limitaremos a Europa, dejando fuera a la mayor parte de la Unión Soviética, de la que sólo nos ocuparemos en lo que respecta a la lucha contra los nazis en las fronteras ocupadas y a la resistencia anticomunista en los territorios sovietizados. Las fechas con las que delimitamos el principio y el final tienen un origen sobre todo político: entre el comienzo de la Guerra Civil Española y el comienzo del deshielo

en la URSS (lo que implica el paso a un tipo diferente de oposición al sistema). Se trata, pues, de fechas un tanto arbitrarias —aunque apunten a un ciclo bastante evidente— y que podría haber terminado bastante después. No olvidemos que los últimos guerrilleros en Rumanía y en Ucrania —por poner dos ejemplos extremos— fueron exterminados a principios de los años 1960 y hubo casos aislados que cayeron sólo en los años 1970s.

## *La Europa clandestina*

Pero no se puede dejar de lado que «los movimientos de resistencia en muchos países fueron continuación de la lucha antifascista de los pueblos contra sus [propios] regímenes»[19]. Antifascismo, pero también anticomunismo —a veces ambos— como elementos ideológicos que engarzaban una serie de actitudes difusas y de índole emocional, convirtiéndolas en una opción política. La Resistencia podría ser considerada, en cierta medida, como la última gran revolución armada europea.

Las estrategias y las formas de resistencia fueron muy diversas. La guerrilla urbana en Europa Central, del Norte y en las capitales polacas, batallones de partisanos y maquis en el Este y el Sur, «pequeño sabotaje», espionaje a favor de los respectivos aliados, propaganda y prensa clandestina en todos los territorios, formas sociales de desprecio hacia el invasor y hasta *performances* de reafirmación de la identidad nacional o social, como el canto de canciones patrióticas —o revolucionarias— o el izado de banderas —incluyendo banderas rojas—. Intentar abarcarlas todas en un solo libro es una empresa arriesgada y sin duda imposible, no es ello pues objeto de este trabajo. Tampoco es posible contar y describir en un libro de estas características todos los grupos y organizaciones de resistencia del continente europeo en esos años. No sólo a causa del desigual estado de la investigación, que varía mucho de unos países a otros y de unos aspectos a otros, aunque ha mejorado mucho desde que escribí *La Europa clandestina*. Pero es que este libro no es —como hemos dicho— un manual de consulta sobre los movimientos de resistencia, ni tampoco una

síntesis de ello, aunque también sinteticemos en él el estado de la cuestión y narremos el diverso desarrollo de los principales grupos.

Lo que pretendo aquí es interpretar y valorar la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, incluyendo sus prolegómenos y sus epílogos. Quiero comprender su lugar en la historia de nuestro continente. Y quiero también reconsiderar el discurso usual en Europa acerca del tema, *unificar las distintas narraciones* que, en el Este y el Oeste, se han ido creando a consecuencia de la Guerra Fría y de su terminación. Para ello, hemos rememorado la experiencia de las resistencias a la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial apoyándonos sobre todo en las menos conocidas vicisitudes de los habitantes de la Europa centro-oriental. Pero al hacerlo así, al poner el foco sobre el Este de Europa, nos encontramos de pronto con que nos vemos obligados a elevar la amplitud de la lente. Porque en el Este no sólo hubo una ocupación alemana, sino también una soviética. Las diferencias entre ambas, y entre su percepción, son evidentes. Pero el hecho es que una y otra estuvieron, en su raíz, unidas. Sin el desbordamiento de las fronteras europeas que llevó a cabo la Alemania hitleriana está claro que no se habría producido la expansión soviética.

He incluido en este libro también un breve acercamiento a la resistencia contra el franquismo tanto durante la Guerra Civil española como después. Esto era algo que no estaba en la primitiva versión, pero que me ha parecido imprescindible. La guerra española de 1936-1939 es, pese a sus orígenes internos, un capítulo necesario de la confrontación en Europa. El entrelazamiento entre el final de la guerra española y el comienzo de la guerra europea en 1939 y del final de la contienda mundial con la reactivación de la resistencia antifranquista a partir de 1944 son capítulos que hay que mostrar, si se quiere comprender las características de las resistencias en el continente.

La experiencia de la clandestinidad es básica para este libro. En 1942, durante la propia contienda, un folleto propagandístico titulado *Underground Europe* intentaba convencer a la opinión pública norteamericana de que los europeos estaban manteniendo una actitud de resistencia contra la ocupación[20]. También dos investigadores polacos escribieron hacia la mitad de los años setenta del siglo pasado una síntesis

de los movimientos de resistencia contra el nacionalsocialismo llamada precisamente así, «La Europa clandestina». Era un libro que, aunque lastrado por la censura de la época, realizaba un esfuerzo intenso para describir uno por uno los movimientos antifascistas[21]. Dentro de los propios movimientos de resistencia, como cuenta el historiador polaco Franciszek Ryszka, muchas veces era ese elemento de clandestinidad, de escondida lucha de índole política lo que primaba. Esta consideración de lo clandestino entra de lleno en mi valoración de la Resistencia como un fenómeno político y social, y no sólo militar o patriótico.

El libro se compone de una serie de capítulos narrativos en los que expongo los hechos más importantes relacionados con las diversas resistencias, explico las organizaciones más relevantes y analizo más o menos cronológicamente la marcha de los distintos conflictos. Entreverados con ellos se disponen otros capítulos más breves, que podemos llamar temáticos, que profundizan en el análisis transversal de las resistencias. Al final del libro, y muy sucintamente, hablo de la memoria de la Resistencia y hago un balance de lo que significó.

Por muchas razones, que van desde la ya lejana división de la Guerra Fría hasta la posterior falta de interés en la historia de «la otra Europa», las síntesis, comparaciones e interpretaciones del fenómeno de la Resistencia que se habían hecho hasta ahora se dedicaban por lo general solo a la lucha contra los nazis en la Europa Occidental[22]. A partir de la apertura de 1956, una serie de conferencias comparativas sobre la Resistencia en Europa en las que participaron también algunos países del entonces Bloque del Este, arrojaron luz sobre el tema[23]. En alguna de las mejores síntesis se ha incluido a veces la Resistencia antigermana en algunos países de Europa Central y Oriental, en especial Checoslovaquia, Polonia y, sobre todo, Yugoslavia. En especial, el manual editado por Gerd R. Ueberschär es uno de sus mejores ejemplos, un libro que, además, contiene una contundente selección bibliográfica[24]. Algunos proyectos de los últimos tiempos han realizado excelentes esfuerzos comparativos sobre aspectos concretos de resistencia, generalmente relacionada con la ocupación[25]. A veces, en alguna obra de este tipo se mencionaba, sin analizarla, la resistencia anticomunista. Sin embargo, casi nunca nadie había sido tan atrevido (ni tan

insensato) de intentar una interpretación global, conjunta, de la resistencia contra la Alemania nazi y la Unión Soviética. Aunque se podrían llenar cientos de volúmenes para describir las resistencias, este libro, que, por supuesto, deja fuera muchos aspectos, cumple su objetivo de construir una narración europea de la Resistencia. Lo considero un paso más hacia la construcción de una historia en verdad europea.

Foto 1. Monumento al Levantamiento de Varsovia (vista parcial).

[1] Para comprender esta zona, las muchas publicaciones de Benito Díaz Díaz han marcado un hito. Véase, por ejemplo: Benito Díaz Díaz, *La guerrilla antifranquista en Toledo: la primera Agrupación Guerrillera del Ejército de Extremadura-Centro,* Talavera de la Reina: Colectivo de Investigación Histórica Arrabal, 2001; Benito Díaz Díaz (ed.), *La guerrilla en Castilla-La Mancha,* Ciudad Real: Almud, Ediciones de Castilla-La Mancha, 2004; Benito Díaz Díaz, José Ignacio Fernández Ollero, *Mujeres y hombres de la sierra. La guerrilla antifranquista en la Siberia Extremeña y la Jara Toledana (1939-1950),* Talavera de la Reina: Colectivo de Investigación Histórica Arrabal, 2017.

[2] José M. Faraldo, *La Europa Clandestina. Resistencia contra las ocupaciones nazi y soviética (1938-1948),* Madrid: Alianza Editorial, 2011.

[3] Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945,* Madrid: Taurus, 2006, especialmente pp. 138-143.

[4] Algo parecido a lo que, como ha demostrado Xosé Manoel Núñez Seixas, ha sucedido con la responsabilidad de la División Azul franquista. Xosé M. Núñez Seixas, «Unable to Hate? Some Comparative Remarks on the War Experiences of Spaniards and Italians on the Eastern Front, 1941-1944», *Journal of Modern European History,* Volume 16, issue 2, pp. 269-290.

[5] Frank Niess, *Die europäische Idee – aus dem Geiste des Widerstandes,* Fráncfort del Meno: Surhkampf, 2000.

[6] Wolfgang Schmale, *Geschichte und Zukunft der Europäischen Identität,* Stuttgart, 2008.

[7] Véase José M. Faraldo, Paulina Gulińska-Jurgiel y Christian Domnitz (eds.), *Europa im Ostblock. Vorstellungen und Diskurse, Europe in the Eastern Bloc. Imaginations and discourses,* Viena/Colonia: Böhlau Verlag, 2008.

[8] Véase *Okupowanej Warszawy dzień powszedni,* Varsovia: Czytelnik, 1973, 1978, 1988, 2010; *Warschau unter dem Hakenkreuz. Leben und Alltag im besetzten Warschau 1.10.1939 bis 31.7.1944,* Paderborn: Schöningh Verlag, 1985; *V – jak zwycięstwo. Symbole, znaki, demonstracje patriotyczne walczącej Europy 1939-1945,* Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne, 1994; *Życie codzienne w stolicach okupowanej Europy. Szkice historyczne. Kronika wydarzeń,* Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1995; *U progu zagłady: zajścia antyżydowskie i pogromy w okupowanej Europie: Warszawa, Paryż, Amsterdam, Antwerpia, Kowno,* Varsovia: Wydawnictwo Sic!, 2000; *On the Threshold of the Holocaust: Anti-Jewish Riots and Pogroms in Occupied Europe. Warsaw-Paris-The Hague-Amsterdam-Antwerp-Kaunas,* Fráncfort del Meno: Peter Lang, 2015.

[9] José M. Faraldo, *Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado,* Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018.

[10] Un libro muy influyente, aunque no esté del todo de acuerdo con sus tesis, que me parecen excesivas en su equiparación de los regímenes nazi y soviético: Timothy Snyder, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin,* Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.

[11] Stanislao G. Pugliese, *Carlo Rosselli: Socialist Heretic and Antifascist Exile,* Boston: Harvard University Press, 1999.

[12] Djilas, *Der Krieg der Partisanen,* Viena: Sisyphus, 2016.

[13] Luca Baldissara, «Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrilla. Genealogías de las guerras del siglo XX», en David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra y Javier Rodrigo (eds.), *Europa desgarrada: guerra, ocupación y violencia, 1900-1950,* Zaragoza: Ediciones Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 49-80.

[14] *Special Operations Executive* (el *Servicio de Operaciones Especiales,* SOE), el servicio secreto británico.

[15] Henri Bernard, *Historia de la resistencia europea,* Barcelona: Orbis, 1986, p. 13.

[16] Un ejemplo bastante conocido: V. P. Bondarenko, Pavel Ivanovich Rezonov (eds.), *Antifashistkoie dviyeniie Soprotivleniia v stranaj Evropy v gody vtoriii mirovoii voiny,* Moscú: Sotsekgiz, 1962.

[17] François Bedárida, «L'Histoire de la Résistance, Lectures d'hier, chantiers de demain», en *Vingtième siècle, revue d'histoire* 11, julio-septiembre de 1986, p. 80.

[18] *Dvizheniye Soprotivleniya v Zapadnoy Yevrope. 1939-1945. Natsionalnyye osobennosti,* Moscú: Nauka, 1991, p. 3.

[19] Eugeniusz Duraczyński, Jerzy Janusz Terej, *Europa podziemna, 1939-1945,* Varsovia: Wiedza Powszechna, 1974, pp. 9-10.

[20] Curt Reiss, *Underground Europe,* Nueva York: Dial, 1942.

[21] Duraczyński, Terej, *Europa podziemna, op. cit.*

[22] El mejor sigue siendo Bob Moore (ed.), *Resistance in Western Europe,* Nueva York: Berg, 2000. Olivier Wieviorka no se ha atrevido tampoco a cruzar el telón hacia el Este en su, por otro lado previsible, *Une histoire de la Résistance en Europe occidentale,* París: Perrin, 2017. El clásico de Henri Bernard, *Historia de la resistencia europea,* Barcelona: Orbis, 1986 (original publicado en francés en Bruselas en 1968), sigue siendo imprescindible. Aunque centrado en un solo aspecto, el de los conflictos morales, el libro de Rab Bennett es una excelente comparación de la Europa antihitleriana: Rab Bennett, *Under the Shadow of the Swastika: The Moral Dilemmas of Resistance and Collaboration in Hitler's Europe,* Basingstoke y Londres: Macmillan, 1999. Libros más antiguos y no académicos siguen siendo de interés, sobre todo Kurt Zentner, *Illustrierte Geschichte des Widerstandes in Deutschland und Europa 1933-1945,* Múnich: Südwest-Verl., 1966 (del que hay hasta una vieja edición en castellano en Bruguera), y Alphons Matt, *Hat es sich gelohnt? Gespräche und Dokumente über den Widerstand in Europa von 1930 bis 1945,* Zúrich, Múnich: Ringier, 1980. Uno de los pocos que habla de la resistencia contra el comunismo —aunque sin apenas fuentes— es D. A. Lande, *Resistance!: Occupied Europe and Its Defiance of Hitler,* Londres: Zenith Press, 2001.

[23] *European resistance movements 1939-1945. First International Conference on the History of the Resistance Movements*, *held at Liège, Bruxelles, Breendonk, 14-17 September 1958,* Oxford: Pergamon Press, 1960; *European resistance movements, 1939-1945: proceedings of the second International Conference on the History of the Resistance Movements, Milan, 26-29 september 1961,* Oxford, Londres, París: Pergamon Press, 1964; *Les Systemes d'occupation en Yougoslavie 1941-*

*1945: Reports from the 3rd International Congress on the History of European Resistance in Karlovy Vary, 1963,* Belgrado: L'Institut pour l'Etudie du Mouvement Ouvrier 1963; Ger van Roon (ed.), *Europäischer Widerstand im Vergleich; die internationalen Konferenzen Amsterdam,* Berlín: Siedler, 1985.

[24] Gerd R. Ueberschär (ed.), *Handbuch zum Widerstand gegen Nationalsozialismus und Faschismus in Europa 1933/39 bis 1945,* Berlín: Walter de Gruyter Verlag, 2011.

[25] Wolfgang Benz, Johannes Houwink ten Cate y Gerhard Otto (eds.), *Anpassung, Kollaboration, Widerstand. Kollektive Reaktionen auf die Okkupation,* Berlín: Metropol Verlag, 1996. También el resultado de un proyecto europeo sobre la vida cotidiana durante la ocupación nazi contiene un interesante capítulo sobre la Resistencia: Robert Gildea, Olivier Wieviorka y Anette Warring (ed.), *Surviving Hitler and Mussolini. Daily Life in Occupied Europe,* Oxford, Nueva York: Berg, 2006.

# CAPÍTULO 1

# LOS INICIOS: DE ESPAÑA A CHECOSLOVAQUIA

> En el fondo, era la misma lucha armada contra el fascismo iniciada en España, la que nosotros, los garibaldinos, continuábamos en Italia. Mucha de la experiencia política organizativa, militar, recogida en las filas de las brigadas internacionales resultó una gran ayuda para entender y resolver, en las condiciones particulares de nuestra lucha de liberación, todos los problemas que se presentaron después en Italia[1].

Aunque sigue considerándose la fecha del 1 de septiembre —invasión de Polonia— como el principio de la Segunda Guerra Mundial, lo cierto es que el conflicto se desencadenó a lo largo de un período muy amplio. No cabe duda de que la Guerra Civil Española, aunque estallara por causas puramente domésticas, ha de ser considerada también como la primera fase, el prólogo de la Segunda Guerra Mundial. Gracias a la guerra de España aprendieron Hitler y Stalin —los principales actores de las ocupaciones posteriores— que las potencias occidentales no estaban dispuestas a luchar abiertamente por mantener democracias. También se experimentaron muchas de las formas bélicas posteriores, incluyendo las primeras resistencias clandestinas, los primeros partisanos y huidos[2]. Sus propios protagonistas, tanto de un bando como de otro, inscribieron el conflicto en un contexto de continuidad con la guerra: España había sido para unos la primera víctima del fascismo, para otros el primer país que derrotara al comunismo en los campos de batalla. En especial, para los participantes extranjeros en la contienda, la guerra de España sería una escuela de técnicas y estrategias a usar luego en sus propias luchas.

## *La guerrilla transnacional en España*

Así pues, la primera guerrilla del largo conflicto europeo, si contamos la guerra española de 1936-1939 como su prolegómeno, surgió de la España republicana. Por un lado, estaban los grupos de fugitivos que, aislados por la rebelión militar, huyeron al monte y organizaron actos de sabotaje y resistencia para evitar ser capturados. Más tarde se produjo un intento de uso de la táctica guerrillera por parte del propio ejército republicano que era impulsado por los consejeros soviéticos, como Hajji-Umar Mamsurov o el agregado militar Vladímir Gorev. Éstos aplicaban lecciones de las guerrillas que luchaban en la retaguardia de los Ejércitos Blancos durante la Guerra Civil Rusa (1918-1920). En diciembre de 1936, el jefe de Estado Mayor del ejército republicano ordenó la creación de las unidades guerrilleras. La consolidación de los «Batallones Guerrilleros», luego transformados en una unidad de élite (el 14.º Cuerpo del Ejército Republicano) llegó demasiado tarde como para poder influir en la marcha de la guerra. Este cuerpo, que entre febrero del 1938 y marzo del 1938 constaba de seis divisiones, tenía tres objetivos principales: obtener información sobre el enemigo (inteligencia), destruir la infraestructura de transporte y comunicación, instalaciones militares, etc. (sabotaje), y causar un levantamiento popular en la retaguardia enemiga (a través de propaganda y subversión). Lo cierto es que, pese a su fracaso relativo, esta sirvió para que los consejeros soviéticos se llevaran a casa experiencias que luego tendrían relevancia durante la lucha contra los nazis en la guerra germano-soviética. Pero las experiencias transnacionales fueron más allá: Domingo Ungría, el líder del 14.º Cuerpo, luego se convertiría en guerrillero del Ejército Rojo en la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. También varios miembros de las Brigadas Internacionales que participaron en la guerrilla en España trasladaron sus experiencias al ejército estadounidense y al británico durante la guerra[3].

La conexión de la guerra española con la Segunda Guerra Mundial es evidente, la continuidad no tiene rupturas. Mientras que en Madrid se produce el golpe de Casado y las últimas tropas republicanas resisten los asaltos de los rebeldes, Hitler se está apropiando de Checoslovaquia y Mussolini presiona a Albania. Mientras que los comunistas españoles están discutiendo en París llenos de amargura la forma de continuar la lucha

contra Franco, y los cuadros del Partido en Moscú analizan la derrota, Hitler y Stalin firman el pacto por el que se repartirán el continente europeo. Cuando los alemanes invaden Francia, unos miles de refugiados españoles en el país galo se unen entusiasmados a la Resistencia. Cuando Hitler ataca por sorpresa a la Unión Soviética, algunos cientos de exiliados comunistas refugiados allí son enviados a luchar con los partisanos y los servicios especiales del NKVD.

Tampoco hay que olvidar que la Guerra Civil Española se había fraguado en el contexto de las primeras oposiciones y resistencias contra el fascismo. Una de las razones inmediatas que daban los insurgentes obreros y sindicales españoles en octubre de 1934 para sublevarse contra el gobierno de derechas había sido el ejemplo del aplastamiento de las fuerzas de izquierdas en Austria. El antifascismo como ideología integradora del Frente Popular no ha de ser tampoco menospreciado. El internacionalismo típicamente izquierdista se unía al odio a la dictadura y al militarismo, espejo alemán e italiano cuyos rasgos incipientes creían verse ya en España. La resistencia comunista contra Hitler en Alemania era seguida con atención, la campaña de apoyo al dirigente comunista encarcelado Ernst Thälmann tuvo una recepción vigorosa en España.

## *La otra Alemania*

Lógicamente, las primeras actitudes de resistencia contra el nacionalsocialismo tuvieron lugar en la propia Alemania. Este libro no examina en general la oposición contra las dictaduras, sino contra las ocupaciones. Por ello, no vamos a detallar aquí la compleja y difusa oposición antihitleriana en el Reich[4]. Sin embargo, la «otra Alemania» nos concierne en tanto en cuanto se relacionó con la Resistencia en otros territorios y en cómo pudo servir de modelo para otras resistencias.

Cuando el 30 de enero de 1933 Adolf Hitler, como dirigente del partido más votado, es nombrado jefe de gobierno por el presidente de la República, la mayoría de las fuerzas de izquierda piensa que se trata de otro gobierno más en la larga serie de desastrosos gabinetes habidos hasta entonces. Los comunistas y los socialdemócratas —pese a la propaganda en

contra— esperan que el gobierno de los nacionalsocialistas caiga pronto. Cierto, en ambos campos hay voces aisladas que se dan cuenta de que el futuro no se presenta muy prometedor. Willy Brandt, por entonces joven político socialista de izquierda, ha escrito que «estaba convencido desde muy pronto de que lo que querían los nacionalsocialistas tenía que ver con la guerra»[5]. Brandt, que tenía diecinueve años cuando Hitler subió al poder, pasó de inmediato a la clandestinidad —donde tomó el nombre con el que se hizo famoso, pues en realidad se llamaba Herbert Frahm—. En abril de 1933 huyó a Oslo, estudió en la universidad y como «estudiante noruego» regresó en 1936 a Berlín, donde ayudó a organizar un movimiento clandestino. Estuvo luego, en 1937, en la guerra de España como corresponsal de prensa. Volvió después a Noruega —y al serle retirada la nacionalidad alemana por el gobierno hitleriano— fue naturalizado noruego. Tras la invasión alemana de Noruega, Brandt consiguió escapar a Suecia, desde donde participó en la organización de la socialdemocracia europea en el exilio. Él mismo confesaba que su motivación para resistir tenía que ver con el sentimiento de la pérdida de las libertades alcanzadas. «Para mí se trataba menos de razones nacionales o patrióticas que del problema de la situación de las masas». Willy Brandt luchaba por la preservación de unas libertades sociales y políticas. Sólo mucho más tarde fue consciente, afirma, de que «el hitlerismo era una tremenda traición a Alemania»[6].

Los comunistas alemanes fueron los primeros en lanzarse a la oposición, la continuaron todo el tiempo, la supieron transformar, al final de la guerra, en una palanca para conquistar el poder en el territorio alemán controlado por la URSS. Durante los difíciles momentos del Pacto Hitler-Stalin, cuando muchos se sintieron traicionados —y lo fueron de hecho—, la resistencia se mantuvo, a pie de calle, aprovechando los resquicios dejados por la nueva situación. Cuando Molotov visitó Berlín, tras el pacto, los comunistas alemanes aprovecharon la situación para ondear banderas rojas, en un magro gesto de recuerdo a un pasado, tan sólo pocos años antes, en el que la calle había sido suya. La patética situación de estos «partisanos sin armas» se refleja en la nota final que un militante comunista —preso en Dresde durante toda la guerra— añadió a su diario, publicado muchos años

después, en la República Democrática Alemana (RDA). En la nota Herbert Gute, que así se llamaba, después de contar las múltiples humillaciones y la cotidianidad de la cárcel, escribía que «el héroe de este libro es única y exclusivamente el Partido de la Clase Obrera. Él se hace carne en la multiplicidad de personajes. El autor es tan sólo un testigo y como tal quiere que se le contemple»[7]. Gute, militante comunista desde 1928, creó una célula clandestina del partido tras la toma del poder por los nazis, en 1933. Por ello fue capturado y encarcelado. Después de la guerra fue durante un tiempo alcalde de Dresde, pero su actitud crítica contra la burocracia del Partido Comunista le valió ser aislado políticamente en sus últimos años hasta que murió en 1975.

El partido, que encarnaba la revolución y el futuro de la humanidad, era lo importante. El deber patriótico de un militante no era para con una nación pasada —la Alemania del Káiser— ni presente —la Germania de Hitler—, sino para con una del futuro, una Alemania socialista, en la que se cumpliría el fin de la historia. Por ello, la preservación de la Unión Soviética, primer estado de esa clase en el mundo, era la tarea del comunista. Traicionar a la Alemania de Hitler no era traicionar a su patria. Los miembros de la «Orquesta Roja» —una extensa organización de espionaje con fuerte participación comunista— podían espiar a favor de Moscú sin sentirse traidores. La pasión por la URSS era un sentimiento sincero, real, localizado en el lugar del espíritu en el que durante siglos había habitado la religión. Por ese sentimiento, por esa convicción, por esa religión sustituida los comunistas estaban dispuestos a dar su vida —y muchos la dieron—. Aunque también, y por el mismo sentimiento, tampoco tuvieron problemas en quitársela a otros.

Tanto el KPD, el partido comunista, como el SPD, el socialdemócrata, fueron declarados ilegales. La cúpula de los socialdemócratas fue desmantelada; los bienes del partido, requisados; la actividad, prohibida. Las bases del partido quedaron aisladas, sin dirección. La creciente tentación del nacionalsocialismo hizo mella en el tradicional *milieau* obrerista. El movimiento obrero más antiguo, poderoso y organizado de Europa había perdido en unas semanas el apoyo de las masas. El entusiasmo por la revolución nacional hitleriana y el alivio ante el fin de las

incertidumbres de la débil democracia de Weimar habían apartado a la población del socialismo internacionalista. Los comunistas, cuyos dirigentes habían pasado ya en 1932 a la clandestinidad —en espera de la revolución—, estaban algo mejor preparados, pero también miles de funcionarios y cargos fueron apresados. Muy pronto comenzó a organizarse una resistencia, pero el objetivo inmediato no era —no podía ser ya— derribar al régimen, sino repartir propaganda, imprimir periódicos clandestinos, realizar pintadas revelando las mentiras del NSDAP. Una huelga general, un levantamiento armado eran, a la altura de marzo-mayo de 1933 ya imposibles. Las detenciones y persecuciones que siguieron al incendio del Reichstag dejaron a los comunistas diezmados hasta mediados de los años treinta[8]. Tras una reorganización en forma de células —lo que implicaba renunciar de antemano a las masas—, el partido vio frenado el alcance de su propaganda por los evidentes éxitos de Hitler. El shock que significó poco después la firma del pacto con la URSS paralizó toda resistencia activa. Sólo el comienzo de la Operación *Barbarroja* y el ataque alemán a Rusia impulsó de nuevo a los comunistas alemanes —como a los de otros países— a incrementar su oposición.

También las iglesias evangélicas y la católica comprendieron al cabo el cariz del hitlerismo. Aunque en principio la Iglesia evangélica había saludado la llegada de Hitler, los intentos del nacionalsocialismo por dividir y domesticar a la Iglesia llevaron pronto a conflicto con el régimen. De las filas de ambas iglesias saldrían luego conocidos resistentes como Dietrich Bonhoeffer o muchos de los conspiradores del atentado a Hitler de 1944. Pero pese a todo ello y a los pequeños grupos juveniles de oposición (la «Rosa Blanca», los *Edelweisspiraten),* sólo a partir de la derrota de Stalingrado se incrementaría de manera perceptible la resistencia contra el régimen.

Mientras tanto, Hitler iba sumando un éxito tras otro en política exterior. Uno de los principales, antes de la guerra, fue la anexión de Austria.

### *Austria: entre víctima y verdugo*

El tratado de paz firmado por la república austriaca en 1919 incluía la prohibición de unión a Alemania. Austria, que antes de la Primera Guerra Mundial había formado parte del extenso Imperio austrohúngaro y había regido durante siglos el destino de muchas naciones centroeuropeas, había tenido que conformarse con convertirse en un pequeño país, casi insignificante en el concierto europeo. Viena, que había sido capital de un imperio, se había quedado sobredimensionada para el papel que tenía que cumplir ahora. El período de entreguerras contempló una vida política violenta y turbulenta, con alzamientos armados de izquierdas y derechas y una dictadura, la del canciller Engelbert Dollfuß, que intentó atajar los problemas del país recurriendo a mano dura y concesiones sociales. La dictadura fracasó, el poder de los nazis austriacos se incrementó, las presiones diplomáticas de la Alemania de Hitler crecieron. La noción histórica de la Gran Alemania, la reunión de los pueblos germanos bajo liderazgo prusiano, cobró actualidad. Pocos supieron oponerse. El 11 de marzo de 1938, el canciller austriaco Schuschnigg se veía obligado a dimitir, al día siguiente las tropas alemanas cruzaban la frontera y Hitler proclamaba el Anschluss —la unión— de Austria, que el 13 de marzo quedaba convertida en un estado federado del Reich Alemán. Un plebiscito organizado por el nuevo poder el 10 de abril arrojó un resultado —aunque trucado— de casi un cien por cien a favor de la unión.

Rápidamente se comenzó a unificar Austria con el Reich en todos los aspectos: divisiones administrativas, organización política, disolución —como en Alemania— de todas las organizaciones sociales y políticas. Se comenzó la persecución no solo de las izquierdas, sino también de la derecha proaustriaca. El mismo nombre de «Austria» (en alemán «Österreich», el «Imperio del Este») se cambió a «Ostmark» (la «Marca del Este»), lo que sugería una provincialización y pérdida de estatus obligada del antiguo país imperial.

Aunque el júbilo de las masas por la entrada del país en el Reich fue sincero y muy amplio, lo cierto es que hubo pequeñas resistencias[9]. El ejército juró lealtad a Hitler ya el mismo 13 de marzo de 1938, pero hubo más de un centenar de soldados que se negaron. La mitad de los generales, un 40 por ciento de los coroneles y muchos mandos medios fueron

expulsados —lo que, por otra parte, abrió expectativas de ascenso social a los mandos bajos y los soldados. Algo parecido sucedió en la administración, las universidades y la policía[10].

Ciertos factores impidieron que la resistencia quedara en algo más que simples gestos aislados y grupúsculos de menor importancia. Entre estos factores estaba el terror provocado por los masivos arrestos de la Gestapo, la policía política —70.000 personas en las primeras semanas—, así como la penetración de los nazis en la vida cotidiana, lo que hacía extremadamente peligrosa cualquier actividad clandestina. También la desaparición de la juventud alistada —por obligación o devoción— en la Wehrmacht minó una de las bases físicas de toda resistencia. La falta —hasta Stalingrado— de perspectivas de poder derrotar a Hitler o siquiera cambiar en algo la situación hacía de la resistencia una operación políticamente falta de sentido.

La resistencia en Austria tuvo dos frentes principales: la izquierda, en especial los comunistas y los socialdemócratas, y los católicos. Estos últimos participaban, igual que en el resto del Reich, de una progresiva confrontación con la política anticlerical y neopagana de los nacionalsocialistas. Aunque al principio los obispos habían saludado el «Anschluss», no podían evitar los encontronazos con los nazis. Para entonces, también el Papa Pío XII había publicado su encíclica *Mit brennender Sorge,* en la que alertaba del peligro que la ideología nazi representaba para la Iglesia católica. Los obispos, aparte de ello, estaban imbuidos también de un deseo de independencia y de un ánimo patriótico que se incrementó a medida que se comprobó que los altos cargos de la Marca se cubrían sobre todo con alemanes procedentes del Reich. La política de aplastamiento de las particularidades culturales austriacas provocó rechazo, lo que a su vez era la precondición para desarrollar actividades de resistencia.

La primera manifestación pública de rechazo al régimen fue obra de los católicos. El 7 de octubre de 1938 el obispo de Viena ofició una misa en la catedral de San Esteban. Era una ocasión de hondo contenido simbólico, puesto que se celebraba desde 1571 todos los años como recordatorio de la defensa de Viena frente a los turcos. Tras la misa, grupos de jóvenes

católicos se reunieron junto al palacio del obispo para protestar contra la política anticlerical de los nazis. La policía disolvió la manifestación a golpes.

Para los católicos no era fácil pasar a la construcción de organizaciones clandestinas. La falta de tradición y de experiencia —lo que sí tenían los comunistas—, así como el habitual respeto por la autoridad les impedía pasar a una acción clara. Sin embargo, se crearon organizaciones como el Movimiento Austriaco por la Libertad *(Österreichische Freiheitsbewegung),* puramente católico, el Movimiento Panaustriaco por la Libertad *(Grossösterreichische Freiheitsbewegung),* formado por antiguos funcionarios de la dictadura de Dollfuß y el *Grupo Mayer* —por la escritora Maria Mayer— en Viena. Especial presencia en esta fase de la resistencia cobraron los legitimistas y monárquicos, algo que contrasta con la escasa fuerza que tenían antes de la anexión[11]. La ideología política de estos y otros pequeños grupos oscilaba entre un monarquismo utópico que soñaba con un regreso a la Austria-Hungría de antaño y un liberalismo conservador bastante confuso. Todos ellos, en cualquier caso, contemplaban la unión con el Reich como una ocupación militar y se posicionaban por la independencia de Austria. En 1940 un confidente de la Gestapo delató a los tres principales grupos y apresó a unas doscientas personas. De ellas doce fueron ejecutadas[12].

Los socialdemócratas, diezmados tras el levantamiento de 1934, vacilaron en entrar en acción. Se dedicaban sobre todo a pequeñas acciones de propaganda mientras esperaban la caída del régimen. Su objetivo era la restauración de los derechos humanos y una Austria como parte de una Alemania democrática. Muchos socialistas, desilusionados por la traición de sus dirigentes, se unieron al Partido Comunista de Austria (KPÖ). Los comunistas fueron los únicos a la izquierda que desde un principio y con consecuencia tomaron partido por la reconstrucción de una Austria independiente, renunciando a la consigna de la dictadura del proletariado. En Austria, como en Alemania, fueron los comunistas los que supusieron el grueso de los resistentes, los que reconstruyeron o construyeron organizaciones, células y llevaron a cabo las primeras huelgas. También fueron el grupo político que más sufrió la represión.

En cualquier caso, la resistencia en Austria hasta 1941 quedó concentrada en estos pocos grupos. La mayoría de la población —si bien disconforme con muchos aspectos de la vida cotidiana— aceptaba gustosa estar en el bando de los ganadores. Porque, mientras tanto, les estaba llegando el turno a otros, empezando por Checoslovaquia.

## *El desmantelamiento de Checoslovaquia*

> En el casco viejo de Praga ha habido hoy enfrentamientos de checos entre sí y de checos contra alemanes. Algunos de los checos eran comunistas. Ha habido 24 heridos entre los alemanes, siete han sido llevados al hospital. La policía no sólo evita actuar contra los alemanes, sino que incluso —si puede— impide los propios ataques [a los alemanes]. Siete estudiantes alemanes que habían sido detenidos fueron liberados de inmediato a petición de nuestra embajada... Hacia la medianoche también en el casco viejo [reina] tranquilidad. Los altavoces conminan a la población a mantener la serenidad[13].

Así se expresaba Andor Hencke, diplomático alemán en Praga sobre la noche del 14 al 15 de marzo de 1939 en un telegrama enviado a Berlín. Esa misma tarde, a las 17.30, tropas del VII Cuerpo del Ejército de la Wehrmacht habían entrado en el distrito de Ostrava, en la Silesia perteneciente a Checoslovaquia y ocupado la capital de la región menos de una hora después. Al cabo de unas horas más, a las seis de la mañana, el ejército alemán comenzaba la marcha sobre el resto del país y llegaba a Praga.

Aquello marcaba el verdadero comienzo de la ocupación de Europa por el ejército alemán. Hasta entonces la expansión alemana había tenido un carácter que se puede llamar de *reunificación* de territorios considerados germanos, pese a que ni Austria ni los Sudetes habían formado antes parte del Estado alemán. Hitler había fusionado Austria con Alemania en una maniobra que era más política que militar, aun cuando había contado con un elemento de intimidación muy propio de él. Mucho más grave había sido sin embargo la anexión de los territorios de los Sudetes, las ricas zonas fronterizas de población germanófona, porque había supuesto la separación de territorios de un estado soberano, el de Checoslovaquia. Pero a esta situación se había llegado sobre todo a través de otro juego político, donde la presión internacional, las amenazas, la autoorganización de la propia

población prohitleriana en la región y la doctrina internacional de la autodeterminación habían tenido un papel importante.

Tras el llamado Dictado de Múnich y la anexión de los Sudetes, los políticos checoslovacos intentaron adecuar el sistema político de la república a las circunstancias del momento. Los partidos políticos fueron prohibidos o forzados a fusionarse, de modo que tan sólo quedaron dos: el «Partido de la Unidad Nacional» (una unión de las derechas) y una «leal oposición» formada por socialdemócratas, socialistas nacionales e incluso algunos comunistas. Mientras tanto se produjo una marcada derechización de la política, aún formalmente democrática. También se implementaron leyes antijudías, se recortaron capacidades legislativas al parlamento y se le aumentaron al gobierno y se adoptó una política exterior subordinada a la alemana. Este proceso de asimilación al poderoso vecino no fue suficiente para Hitler, quien ya a mediados de octubre de 1938 ordenó los preparativos para la invasión de la denominada «Chequia residual» («Rest-Tschechei»)[14]. Al mismo tiempo se agudizaban los problemas internos de Checoslovaquia. Las tensiones separatistas en Eslovaquia se acrecentaron, los propios separatistas eslovacos se apoyaron en Hitler para buscar su independencia, que proclamaron el 14 de marzo. En una acción premeditada y al mismo tiempo oportunista, el canciller alemán presionó al presidente del gobierno checoslovaco, Emil Hácha, amenazándole con el poderío militar germano en caso de resistencia del ejército y la población. En una maratoniana sesión aquella misma noche de marzo, Hácha firmó un acuerdo con Hitler que permitía al Führer legalizar la ocupación militar bajo la excusa de traer la paz y el orden al agitado estado centroeuropeo.

El 16 de marzo, mientras Hungría invadía la región eslovaca de Transcarpatia, Hitler firmaba el decreto de creación de una extraña estructura política, el «Protectorado de Bohemia y Moravia», un decreto que al parecer se escribió siguiendo el tratado entre Francia y el Bey de Túnez en 1881[15]. Era la primera señal de algo que iba a ser generalizado por los alemanes durante la guerra: el uso de técnicas de dominio propias de la guerra colonial en África y Asia sobre el suelo europeo.

Aunque efectivamente y siguiendo las directivas gubernamentales, la resistencia a la invasión alemana fue escasa, la situación quedó clara desde

el principio. Cuando Konstantin von Neurath, nombrado Reichsprotektor —es decir, gobernante del protectorado— llegó a tomar posesión de su cargo el 5 de abril de 1939, pese a que fue recibido con la pomposidad debida, pronto se dio cuenta del escaso predicamento que su cargo tenía entre la población. Un boicot silencioso se extendió por la ciudad, a su paso por las calles de Praga se veían escasos signos de entusiasmo, no se agitaban banderas ni se lanzaban gritos de bienvenida. Los alemanes eran recibidos como invasores, no como, según proclamaba el cínico tratado, un ejército que viniera a traer paz y orden.

Una resistencia pasiva, pues, comenzó pronto. A iniciativa de Hácha, se formó algunos días después de la ocupación una especie de «frente nacional», la Comunidad Nacional (*Národní Souručenství,* NS). Este a modo de partido único debía servir como representación de todas las fuerzas políticas checas para colaborar con el gobierno del Protectorado intentando evitar males mayores. El NS fue reconocido por los alemanes, pero al ir cobrando entidad éstos le acusaron de servir para demostrar la voluntad del pueblo checo de resistirse y perdurar. De hecho, el NS significó también una primera base para crear una oposición ilegal, pronto perseguida por la Gestapo, hasta que fue disuelto en 1942.

El grueso de la resistencia comenzó a desarrollarse no sólo por causas de rechazo nacional a la ocupación[16]. Como en otros países invadidos, fue la propia actuación de los alemanes la que impulsó a personas que carecían de experiencia política o de voluntad de agitación a oponerse al todopoderoso invasor. Una difusa masa de insatisfechos se formó a partir de los miles de oficiales y soldados desmovilizados y desempleados, los funcionarios, disgustados por la repentina bajada de sueldos; los diplomáticos, que habían perdido toda razón de existencia al desaparecer el estado al que servían; los veteranos checos de la Primera Guerra Mundial, a los que se les habían arrebatado privilegios y disuelto asociaciones, y los profesores de universidad, a los que, después del cierre de las universidades en otoño de 1939 se les había prohibido tanto enseñar como investigar[17].

Poco a poco se fueron formando pequeños grupos de oposición al invasor que se iban también coordinando con la dirección política en el exilio. Edvard Beneš, presidente del Estado hasta la firma del Pacto de

Múnich, se había exiliado primero a Francia y luego a Londres y, en el momento en que estalló la guerra consiguió maniobrar adecuadamente para formar un gobierno que fue reconocido por los aliados. František Moravec, jefe de los servicios de inteligencia militar, que huyó a Londres poco antes de la invasión alemana, había dejado organizada una serie de núcleos clandestinos que sirvieron de germen para la coordinación de los distintos grupos de resistencia. Hasta principios de 1942 existieron cuatro grupos principales. El primero —cronológicamente hablando— fue el Centro Político (*Politické ústředí,* PÚ), formado a iniciativa de Edvard Beneš cuando, después del Pacto de Múnich se exilió a Londres. Se fue creando a partir de un grupo de amigos y colaboradores de Beneš que quedaron encargados de mantener contacto con él. Seguía el modelo de los contactos entre independentistas checos y exilio nacionalista mantenido durante la Primera Guerra Mundial, a veces incluso se repetían las personas. Su actividad fue reducida, su programa estaba muy ligado a la primera república, la continuidad en pensamiento e instituciones era marcada. Se preveía, sin embargo, una cierta renovación de las élites políticas marcadas por el desastre de la república. Entre finales de 1939 y principios de 1940 el grupo sufrió una oleada de detenciones que dejó el camino libre para miembros más jóvenes, muchos de ellos relacionados con el «Sokol», el movimiento gimnástico que había sido vital para la conformación del nacionalismo checo.

La resistencia militar tuvo su representación en la Defensa Nacional (*Obrana národa,* ON), formada por militares profesionales y oficiales, de humilde proveniencia, que le debían a la república democrática su ascenso social. Los oficiales participaron más en la Resistencia —en cifras relativas — que otras profesiones. Aparte de una larga serie de grupos de militares que espontáneamente se unieron para realizar actividades opositoras, la organización se desarrolló gracias al «grupo de liquidación del antiguo Ministerio de Defensa». La misión de este grupo era disolver el ejército de forma ordenada y conducir a los militares a la vida civil. Sin embargo, esta misión la realizaron de forma que servía los intereses de la ON. Se creó así un «ejército secreto», con un estado general, tres organizaciones territoriales (Bohemia, Moravia y Praga) y diversos departamentos

(sabotaje, espionaje, traslados de personas al extranjero, acciones terroristas, contactos por radio y a través de correos). Poco a poco la ON fue tomando una posición clave en la resistencia, sirviendo para conectar diversos movimientos, aunque también la ola de detenciones de 1939-1940 afectó mucho a la organización.

La oposición política de izquierdas se reunía en la Organización petitoria «Nos mantendremos fieles» (*Petiční výbor «Věrni zůstaneme»,* PVVZ)[18]. El extraño nombre proviene de una petición de firmas de mayo de 1938 en la que este grupo, conjuntamente con los comunistas y socialistas de izquierda, se posicionaba por la defensa de la república contra Hitler. «Nos mantendremos fieles» fue una frase que dijo el presidente checoslovaco Beneš durante el entierro del antiguo presidente y héroe de la independencia Tomaš Masaryk en 1937. En la clandestinidad, sin embargo, se conocía al grupo como «los sindicalistas». Estaba formado sobre todo por socialdemócratas que habían estado en la oposición a la mayoría del partido. Se trataba de personajes de amplia cultura y muy respetados por la población, entre los que se encontraba el profesor Josef Fischer, que fue quien luego redactó el programa general de la Resistencia checa. Había surgido ya en 1938, pero en 1939 pasó a la clandestinidad y organizó la resistencia sobre todo en los sindicatos.

Estos tres grupos, llamados la «resistencia nacional», se integraron —hasta el punto que permitiera la situación de clandestinidad— a partir de mayo de 1940 en una organización denominada Jefatura Central de Defensa Nacional (*Ústřední vedení odboje domácího,* ÚVOD)[19]. La ÚVOD mantenía contactos con el cuarto grupo importante de la Resistencia, el Partido Comunista Checoslovaco (KSČ), que, sin embargo, no se integró en dicha organización. El KSČ, antes de Múnich había sido una de las principales fuerzas del país —no olvidemos que se trataba de un partido transnacional en un estado de complicada estructura étnica—. Había sido prohibido en diciembre de 1938, todavía antes de la ocupación; se encontraba, pues, ya en la clandestinidad cuando llegaron los alemanes. Aunque la voluntad del partido era la de resistir la invasión, en su actuación política efectiva se encontró atado de manos desde el momento de la firma del Pacto Hitler-Stalin el 23 de agosto de 1939. La política de la Comintern

(la Organización Comunista Internacional, con sede en Moscú) era de rechazar la guerra como «guerra imperialista» evitando considerar a Alemania como culpable de ella, lo que, por defecto, desembocaba en un apoyo pasivo al Tercer Reich. Como era de esperar —y lo veremos una y otra vez en otros partidos comunistas europeos—, esta actitud resultaba difícil de soportar para muchos comunistas, la mayor parte de ellos ardientes antifascistas. Una actividad ilegal y de resistencia existió, por tanto, aunque hasta el momento del ataque alemán a la URSS en junio de 1941, el partido comunista checo mantuvo un perfil bajo. Tampoco hay que olvidar que, especialmente durante la primera mitad del año 1941, y quizá como preparación de las hostilidades contra la «Patria del socialismo», las detenciones de miembros del KSČ se habían multiplicado, hasta el punto de que su liderazgo central fue capturado.

El «fracaso de la política de resistencia nacional»[20] en Bohemia y Moravia tuvo, pues, muchas causas. Algunas de ellas eran negativas, como el shock psicológico que supuso el Dictado de Múnich y la rápida invasión, un golpe que dejó a la población paralizada moralmente durante mucho tiempo. También fue negativo para la constitución de una resistencia inicial el hecho de que buena parte de la élite militar y política —entre ellos los comunistas, con Klement Gottwald a la cabeza— huyera a Londres o Moscú, así como, por supuesto, el indudable poderío militar y la amenazadora superioridad material del invasor. Pero también hubo, sobre todo al principio, razones positivas: la primera política alemana con respecto a los checos fue más bien suave, respetando una cierta autonomía y con una inmediata política laboral de tonos sociales que satisfizo a una buena parte de la población. Aunque el terror dictatorial y las represiones no eran menores de los que se desarrollaban en el propio Reich, no hubo en Chequia la exterminación masiva que tuvo lugar en Polonia, Serbia o la URSS. Tampoco hemos de olvidar que se trataba de una nación que sólo había gozado de veinte años de independencia: de modo parecido a Polonia, existía una cierta tradición de saber entenderse con un régimen de ocupación sin tener que traicionarse a sí mismos. Como dice Detlef Brandes, «típico de la resistencia y la colaboración en el Protectorado era que sus representantes mantenían contacto entre ellos y a veces hasta

coordinaban su política. Este hecho se ve especialmente claro con algunas personalidades que pertenecían a la dirección de algún grupo de resistencia mientras poseían algún alto cargo en la administración del Protectorado»[21]. Que mantener esto a largo plazo era una quimera, sólo se demostraría con el incremento de la represión.

Por ello, las acciones específicas de resistencia provinieron muchas veces de aquellos sectores de la población que se sentían amenazados directamente: judíos, comunistas, socialistas, estudiantes o intelectuales. Fue esta *intelligentsia,* educada en la lucha por la liberación nacional, la que organizó y llevó a cabo una manifestación en Praga el 28 noviembre de 1939, día de la fundación de la República Checoslovaca, y que contó con una asistencia masiva. La intervención de la policía y la gendarmería ocasionó algunos lesionados. Uno de ellos, un estudiante, murió a causa de las heridas sufridas. Con motivo de su entierro, el 15 de noviembre se celebró otra manifestación, a la que asistieron sobre todo estudiantes. La reacción de la Gestapo fue inmediata y la represión alcanzó también otras ciudades checas. Unos 1.200 estudiantes fueron conducidos al campo de concentración de Sachsenhausen, nueve responsables de las asociaciones de estudiantes fueron fusilados sin juicio, se cerraron las universidades checas por tres años y luego se disolvieron. Esto contuvo a la oposición. Los sabotajes, huelgas y otras acciones de este tipo sólo se acrecentaron a partir de 1941. Las organizaciones de resistencia en el Protectorado que hemos examinado arriba se mantendrían, pese a los golpes de la policía, hasta el asesinato de Reinhard Heydrich el 27 de mayo de 1942. Dos miembros de la Resistencia en el exilio, Jozef Gabčík y Jan Kubiš, que habían sido bien entrenados para la misión por el SOE británico, se lanzaron en paracaídas y penetraron clandestinamente en Praga. Tras una serie de intentos fallidos, consiguieron asesinar a Heydrich, aunque al cabo de unos días fueron delatados y murieron acribillados. La represión que siguió a este atentado fue terrible e indiscriminada y consiguió acabar con una resistencia interior que, en cualquier caso, no había sido notable.

Mientras tanto, en la ahora independiente Eslovaquia apenas había lugar para la oposición política bajo el gobierno autoritario de Jozef Tiso, un sacerdote católico, líder del Partido Popular Eslovaco. Con excepción de

algunos comunistas que organizaron una campaña de rechazo al servicio militar en septiembre de 1939, la población de un país que era todavía preponderantemente rural, no tenía razones claras para combatir su nuevo gobierno. Por supuesto, Eslovaquia, como estado satélite hitleriano, no había sido invadida por los alemanes —a excepción de una pequeña banda fronteriza al oeste—, y la ocupación húngara de parte de Transcarpatia se había saldado con un *impasse.* Esto significaba que no existía el sentimiento de humillación nacional que había en Bohemia y Moravia, lo que impedía la canalización de las frustraciones sociales y nacionales hacia el invasor. Por ello, la resistencia en Eslovaquia era más bien oposición social y política, antes que nacional. Así hubo diversas oleadas de huelgas de índole laboral, como en las minas de Handlová a principios de noviembre de 1940. También la participación de Eslovaquia en la invasión de Polonia —tradicional aliado de los eslovacos— produjo un cierto desagrado que se plasmó en el motín de 4.000 soldados en la guarnición de Kremnica el 15 de septiembre de 1939.

Los comunistas, por su parte, adecuaron el partido a las nuevas circunstancias, creando el Partido Comunista de Eslovaquia (*Komunistická Strana Slovenska,* KSS). El KSS estaba sometido al Partido Checo, que, como ya hemos dicho, había sido prohibido en 1938. Perseguidos con saña por el régimen de Tiso, también los principales líderes comunistas eslovacos huyeron a Moscú. Cercana al partido comunista se encontraba la Juventud Revolucionaria de Eslovaquia, fundada en enero de 1939. Otros grupos opositores de menor entidad se habían formado en torno a antiguos socialdemócratas o exmiembros del partido agrario. Estos grupos colaboraron sobre todo con la Resistencia checoslovaca en el exterior y ayudaban a escapar del Protectorado a antifascistas checos que se encontraban en peligro. Una parte de la oficialidad eslovaca formó, de acuerdo con la parte checa, una agrupación de la *Obrána národa* que, sin embargo, y debido a que Eslovaquia mantenía su ejército, no alcanzó la difusión que en Bohemia. Puede decirse, entonces, que la única oposición consecuente en Eslovaquia hasta 1941 —e incluso después— fue la de los comunistas.

Foto 2. Cuartel de Hitler («Wolfsschanze», la «Guarida del Lobo»), cerca de Rastenburg, Prusia Oriental. De izquierda a derecha: Claus Schenk Graf von Stauffenberg, Karl-Jesko von Puttkamer,

desconocido, Adolf Hitler, Wilhelm Keitel, el 15 de julio de 1944, a pocos días del atentado contra el dictador.

---

[1] Luigi Longo, *Continuità della Resistenza,* Turín: Giulio Einaudi Editori, 1977, p. 71.

[2] Secundino Serrano, «Génesis del conflicto: la represión de los huidos. La federación guerrillera de León-Galicia», en Julio Aróstegui y Jorge Marco (eds.), *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952,* Madrid: La Catarata, 2008, pp. 101-120, aquí 103-104.

[3] Jorge Marco, «Transnational Soldiers and Guerrilla Warfare from the Spanish Civil War to the Second World War», en *War in History* 1(21): 2018.

[4] La mejor síntesis del tema es Gerd R. Überschar, *Für ein anderes Deutschland. Der deutsche Widerstand gegen den NS-Staat, 1933-1945,* Múnich: Fischer, 2006.

[5] Alphons Matt, *Hat es sich gelohnt? Gespräche und Dokumente über den Widerstand in Europa von 1930 bis 1945,* Zúrich, Múnich: Ringier, 1980, pp. 59-60.

[6] Matt, *Hat es sich gelohnt?,* p. 60.

[7] Herbert Gute, *Partisanen ohne Gewehre. Ein Tagebuch aus der Erinnerung,* Berlín: Deutscher Militarverlag, 1970.

[8] Überschar, *Für ein anderes Deutschland,* pp. 14-15.

[9] La síntesis esencial es Wolfgang Neugebauer, *Der österreichische Widerstand. 1938-1945,* Viena: Edition Steinbauer, 2008.

[10] Karl Stuhlpfarrer, «Österreich -Mittäterschaft und Öpferstatus», en Ulrich Herbert y Axel Schildt (eds.), *Kriegsende in Europa. Vom Beginn des deutschen Machtzerfalls bis zur Stabilisierung der Nachkriegsordnung, 1944-1948,* Essen: Klartext Verlag, 1998, pp. 301-317, aquí pp. 301, 302.

[11] Neugebauer, *Der österreichische Widerstand,* p. 145.

[12] Stuhlpfarrer, «Österreich», p. 305.

[13] Citado en Detlef Brandes, *Die Tschechen unter deutschem Protektorat: Besatzungspolitik, Kollaboration und Widerstand im Protektorat Böhmen und Möhren,* vol. 1, Múnich: Oldenbourg, 1969, pp. 19-20.

[14] Brandes, *Die Tschechen...,* vol. 1, p. 15; Věra Olivová, *Dějiny první republiky,* Praga: UK, 2000, pp. 279-286.

[15] Brandes, *Die Tschechen...,* vol. 1, p. 20.

[16] Jan Boris Uhlíř, *Ve stínu říšské orlice: Protektorát Čechy a Morava, odboj a kolaborace,* Praga, Aleš Skřivan ml., 2002.

[17] Brandes, *Die Tschechen...,* vol. 1, pp. 53-54. Sobre la Gestapo en el Protectorado, véase Oldřich Sládek, *Zločinná role gestapa: nacistická bezpečnostní policie v českých zemích 1938-1945,* Praga: Naše vojsko, 1986.

[18] Pavel Kopeček, *Cílem byla svoboda. Odbojové hnutí na Přerovsku a Hranicku v období nacistické okupace v letech 1939-1945,* Praga: Epocha, 2015, pp. 84-87. De modo general: Vaclav Vrabec, *Antifašistický odboj: zmařené naděje,* Praga: Masarykova dělnická akademie, Čechos, 1992.

[19] Václav Kural, *Vlastenci proti okupaci. Ústřední vedení odboj domácího, 1940-1943,* Praga: UK, 1997.

[20] Esta es la tesis de Vojtěch Mastný en su clásico *The Czechs under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-1942,* Nueva York: Columbia University Press, 1971.

[21] Brandes, *Die Tschechen...,* vol. 1, p. 9.

# CAPÍTULO 2
# LA EMOCIÓN DE LA RESISTENCIA

> Las ciudades ocupadas por el enemigo en las que uno estuvo alguna vez en el pasado se recuerdan como a los amigos muertos. Es decir, con una tristeza inagotable. Nos parecen horriblemente distantes, a la vez que cercanas; la vida que hay en ellas se asemeja a la de ultratumba...
>
> Vasili Grossman[1]

Al principio de la Ocupación de París en 1940, Agnès Humbert, historiadora del arte y miembro temprano de la Resistencia, vio a unos mozos franceses acarreando unos enormes bultos. Las bolsas iban repletas con zapatos y otros enseres que pertenecían a dos soldados alemanes delante de los cuales iban caminando los mozos parisienses. Con toda seguridad habían comprado los alemanes todo aquello, no se trataba de un saqueo, y es posible que también hubieran pagado por su trabajo a los muchachos que transportaban la carga. Pero a ella le asaltó de pronto la sensación de estar viendo uno de aquellos noticieros coloniales, con los exploradores blancos marchando detrás de los nativos que llevaban su equipaje. Para Agnès Humbert, como para muchos de sus compatriotas, la presencia de los invasores en *su ciudad* había alterado por completo la jerarquía de valores y había convertido a los franceses en servidores nativos de los nuevos dueños. Ella recogía en su diario que el contemplar aquella escena le llenaba de dolor.

No eran los franceses los únicos que sufrían por ver a un ejército invasor en las calles de sus ciudades. Un testigo de la entrada de los soldados soviéticos en Lwów, la capital de la Polonia Oriental, escribía en su diario que

> se querría gritar que todo esto no es verdad, que se trata de una pesadilla. ¡Y sin embargo es verdad! ¡Una verdad terrible, cruel, totalmente imprevista!

Era algo tan duro que

> a cada instante se puede encontrar uno a algún conocido vestido con el uniforme polaco, lleno de tal desesperación que parece que no es posible. Muchos oficiales se suicidan por las calles, escogen la muerte antes que entregar las armas[2].

También Radomir Luza, hijo de un general checo y activista de la Resistencia escribió en sus memorias que era «extraño contemplar la población de un país entero deprimida por completo, mirar a cada rostro y ver amargura»[3]. Una amargura que se repitió muchas veces a partir de 1938 a lo largo de todo el continente europeo, de Praga a Minsk, de Odessa a Burdeos, de Oslo a Belgrado. Como había estado en los rostros de los republicanos españoles que habían tenido que embarcarse en el camino del exilio o soportar la opresión franquista en el triste Madrid o la Barcelona de la inmediata posguerra.

Actitudes de los habitantes de esas ciudades. Tristezas, choques, depresiones, rabias. También preguntas: ¿Qué debe hacer un ciudadano que ve desfilar por la calle principal de su ciudad un ejército extranjero? ¿Cómo ha de comportarse una persona cuya vida cotidiana se ve de pronto sometida a las órdenes y dictados de una burocracia ajena a su sociedad y, por lo general, apoyada en una fuerza militar y policíaca? Ante la experiencia diaria de represión, de violencia injustificada, de obligación de trabajar para una fuerza ocupante, ¿qué se ha de hacer? Si la soberanía de una construcción estatal ha desaparecido por completo o ha sido recortada y es tutelada por otro estado, ¿debe el ciudadano conformarse, adaptarse y sacar de la situación lo mejor que pueda, o se debe resistir, combatir, rechazar lo que nos es ofrecido y a lo que se nos obliga? ¿Es más importante la preservación de la propia vida que la soberanía nacional del estado en el que se habita? ¿Es «libertad» sinónimo de «independencia nacional»? Estas cuestiones son algunas de las que están en la base de la decisión individual de resistir una ocupación. Todo «resistente», todo miembro de una organización de resistencia, de un destacamento partisano, todo participante en el espionaje y el sabotaje, incluso todo aquel que simplemente ha contado un chiste acerca de las fuerzas ocupantes o del dictador que las dirige, se las ha tenido que plantear alguna vez. Y de la

forma en que se ha dado respuesta a estas preguntas ha dependido el modo en que se ha articulado y construido —o no— una oposición a una situación de imposición y fuerza.

## *El mapa emocional de la Resistencia*

La Resistencia surge de sentimientos y emociones, expresadas en la vida cotidiana, a través de decisiones concretas[4]. Es necesario analizar la resistencia en torno a la Segunda Guerra Mundial desde el punto de vista de lo consciente de la práctica. La resistencia se transforma así en una elección. Tal elección —es cierto— puede haber sido exigida al individuo por su entorno o la situación en que se encuentra. Pero es siempre una decisión propia: queda la salida del suicidio para evitar elegir. La elección está además mediada por los deseos, anhelos, miedos y fobias. La resistencia es, por tanto, producto también de una emoción[5].

La nueva investigación sobre la historia de las emociones, especialmente el concepto de «comunidades emocionales» desarrollado por Barbara Rosenwein, podría ayudar a comprender el origen y las fuentes de resistencia[6]. Según ella, una comunidad emocional es un grupo de personas con un conjunto de sentimientos y un código compartido: lo que se considera favorable o amenazante, cómo se evalúan las emociones de los demás, cuáles son sus lazos emocionales, qué modos de la expresión emocional es esperada, cultivada, tolerada y detestada.

A veces los sentimientos son suficientes para cometer un acto que obligará a continuar la resistencia; a veces las emociones se doblegan y sólo un ambiente adecuado les permitirá mostrarse y encarnarse en acciones. En esencia, durante el siglo XX europeo ha habido tres tipos de emociones que han sido capaces de inspirar oposición efectiva —consciente— ante dictaduras y autocracias de poder desmesurado: convicciones morales y religiosas, persuasiones patrióticas o esa mezcla de exaltación pararreligiosa, milenarismo utópico y patriotismo de objeto mutable cuya máxima expresión fue el comunismo de la Comintern, pero del que hubo algún que otro ejemplo a lo largo del siglo. Los tres tipos de emociones eran

capaces de movilizar voluntades de individuos más o menos radicalizados en momentos extremos, aunque podían llegar a extenderse si las circunstancias eran favorables, alcanzando entonces a sectores de la población que se habían mantenido paralizados ante la ocupación.

Las convicciones morales y religiosas, las ideas asumidas de la necesidad de que exista un orden justo en el mundo —comoquiera que esto se defina— han sido consideradas siempre fuentes de resistencia. Para muchos habitantes de Lituania, país que en 1939 estaba preñado de catolicismo rural tradicional, resultaba muy claro desde el principio que un régimen que cerraba iglesias y perseguía sacerdotes era intrínsecamente malo. Tomar posición en su contra era, pues, algo lógico y que sólo dependía de circunstancias externas —grado de represión— para manifestarse. El dilema era sin embargo mucho más complicado para quienes, como los intelectuales izquierdistas polacos, consideraban que la URSS, pese a todo, representaba una fuerza de progreso[7]. Sus convicciones morales se enfrentaban a la realidad de lo que veían hasta el punto de ocultarla y deformarla, permitiéndoles justificar crímenes y represiones, valorándolas como meras situaciones provisionales, necesarias para construir el nuevo mundo. El fenómeno colaboracionista en la Europa de la época nace de ahí también: el Nuevo Orden que los nazis traían a Europa parecía a muchos radicales de derecha —pero también a simples personas de preferencias autoritarias—, un bien por el que estaban dispuestos a soportar las vergüenzas de una ocupación.

Durante el período de entreguerras grupos muy diversos en toda Europa habían estado luchando por una revolución «nacional» —en el caso del radicalismo de derechas— y «social» —para grupos de ultraizquierda—. Ambas tendencias estaban sujetas a esa exaltación parareligiosa y milenarista que hemos señalado como propia del comunismo (pero también de los fascismos). Sus fuerzas eran, sin embargo, demasiado débiles en la mayor parte de países como para alcanzar el poder por sus propios medios. Sólo las tropas alemanas con sus panzers y el Ejército Rojo con sus bayonetas podían conceder a estas minorías radicales la fuerza necesaria para adquirir el poder y transformar sus sociedades. Al menos en la teoría,

porque pocos de estos grupos llegaron a ser más que marionetas en manos de sus amos.

El origen de la Resistencia podía estar también en el desagrado respecto a políticas y medidas que afectaban a determinados grupos de intereses. A menudo, si estas políticas o medidas desaparecían, también lo hacía la oposición. Por ejemplo, este fue el caso de ciertas políticas de los nacionalsocialistas con respecto a las iglesias —el intento de formar una iglesia evangélica pronazi, la eutanasia—. La resistencia que estas políticas provocaron dentro de las iglesias desapareció casi por completo cuando fueron revocadas. Había, por otro lado, una oposición más fundamental, surgida de cosmovisiones o ideologías radicalmente opuestas: los socialdemócratas se oponían a los nazis; los democratacristianos, a los comunistas, aunque también al nacionalsocialismo. Esta oposición suscitaba resistencias que solían ser de grado más profundo, pero no eran inmutables. Los éxitos militares y económicos de Stalin y Hitler hacían vacilar a muchos de sus oponentes, les volvían inseguros, les hacían preguntarse si estaban de verdad en lo cierto al combatir el sistema. La desgana con que muchos miembros de la Wehrmacht —en especial los de rangos superiores — contemplaban a Hitler, no podía expresarse como abierta rebelión mientras el Estado Nacionalsocialista pareciera ir venciendo todas las dificultades. Porque ellos mismos se daban cuenta de que no tenían nada que ofrecer.

## *El nacionalismo como emoción*

No es fácil discernir cuál es el punto de no retorno que separa la necesidad moral de disentir de la obligación, no menos moral, de acatar el sistema en el que se vive. En el caso de las resistencias en torno a la Segunda Guerra Mundial, la diferencia radica en el fenómeno de la ocupación, que es la piedra de toque para la otra gran emoción de resistencia, el patriotismo/nacionalismo. Incluso estando ideológicamente muy cerca de los nazis, la ultraderecha fascista polaca se enfrentó a ellos desde el momento en que ocuparon el país y lo dividieron (aunque hubo intentos de colaboración, rechazados por los nazis). Las izquierdas social-democráticas,

por su parte, evitaron en general colaborar con los ocupantes soviéticos en los años 1939-1941. En todos los países ocupados por los alemanes buena parte de las derechas monárquicas y cristianodemócratas se posicionaron inequívocamente en contra de los nazis, incluso si antes de la guerra habían visto con buenos ojos el anticomunismo hitleriano. Por otro lado, los sentimientos patrióticos del mariscal Pétain y los suyos no les impidieron colaborar con los nazis porque veían inútil toda resistencia y porque al mismo tiempo pensaban que la ocupación les permitiría alcanzar sus fines de cambio político. De modo similar, los nacional-comunistas polacos como Władysław Gomułka, no eran menos patriotas que la derecha o los socialdemócratas. Sin embargo, consideraban que la ocupación soviética les daba la oportunidad para transformar la sociedad que no habían tenido —por su debilidad como movimiento político— antes de ella[8].

La increíble potencia de la educación nacionalista de los años anteriores a 1939 se percibe como un afilado cuchillo en las memorias y diarios de la época. Las ensoñaciones de resurrección nacional se encuentran en toda reelaboración de aquellos tiempos, en los apuntes apresurados del momento. «Asombrada y herida se eleva Francia de nuevo y se niega a creer que el futuro le sea vedado», asevera un joven francés apenas unos días después de firmado el armisticio[9]. La patria es amada con una tremenda veneración, como una realidad superior e indiscutible. La presencia de los extranjeros ocupantes sirve como confirmación de las enseñanzas nacionales de pre-guerra, lo que hasta entonces había sido seco discurso de escuela primaria o ritualizado repetir de festividades nacionales pasa a ser percibido a diario, en cada esquina, ante cada encontronazo con las fuerzas de ocupación. En muchas zonas de población mixta y donde una débil construcción de identidades nacionales no había permitido desenredar la trama de las diversas etnicidades, se produjo una súbita nacionalización de las masas. En el este de Polonia, en Bielorrusia, en Ucrania, en el sur de la URSS, en los Balcanes, la presencia de los diversos invasores impulsó a muchas personas de identidades ambiguas a definirse de una u otra manera. También la acción del antisemitismo nacionalsocialista sobre las sociedades ocupadas, la necesidad de intentar desmarcarse de sus políticas de destrucción separó a la población general de las minorías judías. Se

destruyeron también radicalmente los intentos de asimilación de los judíos a la mayoría respectiva de cada país, intentos que habían ido creciendo desde el siglo XVIII y habían alcanzado su apogeo en el período anterior a la Primera Guerra Mundial. Se etnificaron las identidades, se patriotizaron las conductas.

Pero no sólo las motivaciones digamos *colectivas* fueron determinantes. En muchas memorias o diarios escritos durante el momento mismo de la Resistencia —no así en las relaciones muchos años posteriores—, el motivo alegado para resistir es, a menudo, la necesidad de liberación individual, incluso si se lo disfraza a menudo bajo excusas patrióticas. Se repiten así *topoi* como «me ahogaba», «no podía soportarlo», «quería ser libre», frases que aparecen frecuentemente en los textos. Con independencia de la forma que se le diera al futuro —utópico— que habría de venir tras la «liberación» (democracia liberal, régimen nacionalista, dictadura de derechas, socialismo de estado, etc.), el hecho claro era que los jóvenes resistentes tan sólo querían ser «libres», entendiendo esto como el poder hacer lo que les viniera en gana. Un impulso libertario primario que iba más allá y por encima de las ideologías y que estaba relacionado con la modernización de las conductas en el primer cuarto del siglo y con el desarrollo del individualismo personalista proveniente del romanticismo pero que estalló con las vanguardias.

Y también con las consecuencias de la debacle de la primera gran guerra y las transformaciones sociológicas que llevaron al comunismo y al fascismo como movimientos de masas. Las masas rebeladas en las que el individuo soñaba con sumergirse para perder esa angustia que le creaba el hecho de saberse solo en un mundo hostil y decadente. Como George Uscatescu muy bien supo ver, el siglo XX, antes de 1939, oscilaba entre una rebelión de unas masas que querían emanciparse y la revuelta de unas minorías que querían tanto enfrentarse a la masa —definida como burguesa — como entregarse a ella —definiéndola como popular, nacional[10].

Sin embargo, con la transformación de la mentalidad producida al comienzo de la modernidad, la legitimación política de un régimen de ocupación extranjera se hizo mucho más difícil. El concepto de soberanía nacional —comoquiera que fuera explicado— dejaba, por lo general, un

margen mucho menor a la legitimación de una ocupación que incluso el de la más terrible dictadura interna. Stalin era, para muchos ciudadanos soviéticos en Rusia, alguien «nuestro», los comunistas podían ser odiados entre buena parte de la población, pero representaban una fuerza de presión indígena, a diferencia del invasor alemán. Y esto fue así sobre todo cuando se perdieron las ilusiones de que los alemanes trajeran la liberación de las servidumbres establecidas con la industrialización y la colectivización forzadas. Tampoco los alemanes —pese al lugar común desarrollado por la historiografía de la Republica Federal de Alemania (RFA)— se sintieron «liberados» cuando los americanos y los soviéticos —los «rusos»— ocuparon su país. Todo lo más veían la ocupación como un castigo —merecido o no, según convicciones políticas— por una guerra perdida.

La «guerra partisana» surgió posiblemente como un efecto de los primeros procesos modernos relacionados con la formación de la nación, como en la Guerra de Independencia española y muchos otros conflictos coloniales y separatistas[11]. Desde el surgimiento del nacionalismo —es decir, de la legitimación de los sistemas político-estatales sobre la base de una construida pertenencia étnico-lingüística— toda ocupación u absorción en otro país estaba condenada a provocar resistencia. Incluso anexiones más o menos voluntarias —como la de Austria por los nazis en 1938 o la de la República Democrática Alemana (RDA) dentro de su hermana mayor, la RFA, en 1990— fueron causa de resistencias y disensos. La lucha por la libertad de la patria se instauró como un bien en sí a lo largo del siglo XIX, comenzando con las guerras de defensa de la Revolución francesa y extendiéndose por toda Europa en las diversas guerras contra Napoleón, llamadas «de la Independencia» o «de la Liberación». Es en ese momento y en esas guerras en las que surgen los primeros guerrilleros, los primeros partisanos, los luchadores informales contra los ejércitos de invasión. El «pueblo», concepto resbaladizo pero efectivo, comienza a tener conciencia de serlo y a poner coto a los ocupantes. Los españoles, los alemanes, los rusos que luchan contra Napoleón crean el prototipo de un guerrero —guerrillero— que hace «pequeñas guerras» —guerrillas— contra los grandes ejércitos. Para ello se apoyan en la población civil que, al contrario

que las bandas de merodeadores y desertores de las guerras de antaño, los consideran muchas veces —no siempre— como «suyos».

Los nacionalismos decimonónicos transformaron esta cultura de la resistencia al invasor en un mito y permitieron así su transmisión al siglo XX. Cuando los comunistas españoles extrajeron la figura histórica de los guerrilleros contra los franceses del pasado nacional y la convirtieron en mito de resistencia al franquismo, no estaban haciendo cosa distinta que los soviéticos al rescatar los luchadores antinapoleónicos o los griegos y serbios con la renovación de las resistencias patrióticas a los turcos. Porque —y esto es vital— la resistencia moderna es producto de la extensión de la guerra a toda la sociedad, de la «guerra total» como objetivo y medio. Si la guerra no está limitada a los soldados, si afecta a cada uno, también cada cual puede ser un soldado, convertirse en armado defensor del modo de vida propio, de la existencia biológica del propio pueblo, de la libertad entendida en un sentido nacional, social pero también individual.

Resulta muy significativo que incluso los más acendrados totalitarios de la época de entreguerras —estalinistas, fascistas, ultranacionalistas—, cuando actuaban como resistencia, acudían a un lenguaje de liberalismo individualista: había de liberarse la patria o la clase social, pero también el individuo, la persona. El clamor por la defensa de los derechos y libertades individuales surgía en la programática y la propaganda del totalitarismo antitotalitario. No se trataba de meras palabras —aunque no cabe duda de que, una vez en el poder, no fueron respetadas—, sino de la muestra de cómo una mentalidad de individualismo liberal había impregnado ya las sociedades europeas, incluso las todavía más arcaicas y colectivistas. Por esta razón se mantuvo durante toda la guerra, para quienes se oponían a ellos, la sensación de que tanto fascismo como comunismo eran situaciones históricamente excepcionales, extraordinarias, que tarde o temprano habrían de caer. No eran —y esta creencia se extendía al socialismo de estado posterior a 1945— situaciones «naturales».

Pero, por otro lado, también es cierto que las sociedades tienden, en general, a buscar la estabilidad y a legitimar el poder. Por ello incluso un poder agresor y conquistador, un poder extranjero, puede tener un cierto grado de legitimidad: el derecho de conquista es asumido en principio por

muchos de los propios conquistados. No es nada extraño ni anormal el que exista una cierta sumisión en las sociedades ocupadas, que es producida por la necesidad de seguir adelante con la vida y aceptar las condiciones del mundo exterior. La resistente francesa Agnès Humbert nos cuenta cómo un conocido suyo, un capitán, se altera cuando ella le habla del mensaje de De Gaulle desde Londres animando a la resistencia. El capitán, afirmando que él es ahora de nuevo un reservista, dice: «Todo lo que quiero es volver a mis negocios en París. Yo tengo una familia que alimentar»[12]. También Jean-Paul Sartre describió este comportamiento en *Las moscas,* un libro escrito durante la ocupación alemana: la liberación vendría de unos pocos individuos, mientras la masa del pueblo se mantendría al margen[13]. En tanto en cuanto las cosas sigan favorables para ellos, haya estabilidad y una cierta prosperidad, la gran mayoría de las personas pueden aceptar incluso la dominación extranjera. El que gobierna siempre es por la fuerza. Aunque sea extranjero, se le presupone, sobre todo tras un período de crisis como el vivido a lo largo de los años de entreguerras, una cierta legitimidad para gobernar. Débil, contestada, pero real. Tras la ocupación de Varsovia en 1939, los alemanes fueron recibidos con desprecio, pero de forma más bien laxa. Se recordaba la ocupación alemana durante la Primera Guerra Mundial, se esperaba que el régimen fuera duro, pero humano. El vencedor tenía su parte de legitimidad.

### *Las emociones de la juventud*

Una de las características principales de la Resistencia y que explica en parte su origen es la juventud de sus integrantes[14]. Si todas las resistencias tenían dirigentes o ideólogos relativamente mayores, si el símbolo político de muchos movimientos podía ser un anciano rey o un general pensionado, el caso es que sus miembros más activos fueron siempre muy jóvenes. Pierre Georges (alias coronel Fabien), el comunista francés que realizó el primer atentado contra un soldado alemán en el París de 1941, tenía en aquel momento 22 años. Stanisław Aronson, judío miembro del *Ejército del Interior* polaco que luchó en 1944 en el Levantamiento de Varsovia, tenía

19 años. La partisana anticomunista rumana Aristina Pop-Săileanu contaba con tan sólo 18 años cuando en 1949 se echó al monte. Más del 50 por ciento de los participantes en el alzamiento eslovaco de agosto de 1944 tenía menos de 30 años, pero es que había un quince por ciento de menores de 18[15]. Cierto que en todos los ejércitos los jóvenes han sido por lo general carne de cañón a las órdenes de seniles comandantes, pero la guerra total cívica de la Resistencia atraía hasta a quienes eran todavía niños. La partisana judía polaca «Justyna» —Gusta Davidson-Draenger— escribía en su cuaderno de apuntes que «eran jóvenes, y el hecho de que hubieran buscado un camino revolucionario era para ellos algo casi natural»[16]. Para algunos de ellos, niños de apenas 16 o 17 años, la Segunda Guerra Mundial, la ocupación, la violencia y el odio eran la experiencia que había marcado sus vidas. Como comenta Zeev Milo, un partisano yugoslavo, cuando un cabo de apenas 14 años le enseña a manejar las armas:

> Entre los partisanos había muchos niños. Los ustachas [fascistas croatas] habían asesinado a sus padres y los niños que por casualidad no murieron, se salvaron yendo con los partisanos y se convirtieron en soldados bien motivados[17].

A menudo la resistencia comenzaba como simple rebeldía contra los mayores, como los *Edelweisspiraten* en Alemania y los *zouzous* franceses, que eran una especie de tribus urbanas de la época. Otras veces su resistencia era esencialmente política —la «Rosa Blanca» en Alemania, las «Filas Grises» en Polonia—. Tadeusz Sułowski, un miembro de las «Filas Grises» *(scouts* clandestinos) de Varsovia, contaba cómo surgía la resistencia de los niños:

> Poco después, los instructores de este equipo [de *scouts]* le dijeron a nuestro director que querían reclutar a algunas personas en nuestra escuela. Y, naturalmente, comenzaron en mi clase, y mis compañeros de clase y yo nos convertimos en miembros de este equipo. Por supuesto, no nos dijeron qué tipo de equipo era y dónde estaba su sede. No nos dijeron nada acerca de ello. Pero nos contaron mucho sobre la conspiración. No sabíamos lo que significaba, pero nuestro líder de equipo, Michał Sianorzęcki, que cayó en el Levantamiento de Varsovia, pensó que era muy importante para nosotros saber de qué se trataba y nos contó mucho al respecto. Pero había democracia en nuestra organización y el consejo de tropa decidió, porque todos nuestros instructores pertenecían al Ejército del Interior, que nuestra tropa fuera parte del *Szare Szeregi* («Las Filas Grises»). Entonces sucedió. Y yo, muy pronto, ingresé en la BS, es decir, en la Escuela de Combate. Había niños de más o menos 15 años hasta los 18 años. Más tarde venía el GS, es decir, los grupos de asalto con niños de entre 17, 18 y 20 años. Aquí es donde estaban los

> escuadrones como «Zośka», «Parasol», «Miotla», algunas tropas de sabotaje. No nos querían para sabotear, éramos demasiado jóvenes. Nuestras autoridades *scouts* dejaron en claro que no deberíamos hacer sabotaje. Naturalmente, los engañamos un poco con la edad que teníamos. Yo, con 14 años, ingresé en una escuela de suboficiales, porque, naturalmente, mentí diciendo que tenía 17 años[18].

La figura emblemática es la del «Pequeño Rebelde» polaco, que simboliza a los niños que en el levantamiento de Varsovia de 1944 contra los alemanes sirvieron de enlaces a las tropas rebeldes. Hoy día hay una sala dedicada a ellos en el Museo de la Rebelión en Varsovia y se les ha erigido un monumento en el que se ve la figura de un chavalillo con un casco enorme para su cabecita y con una metralleta colgando. La violencia cotidiana de la guerra nos es devuelta en forma de rememoración épica de una juventud despilfarrada.

Porque, no lo olvidemos tampoco, fueron precisamente estos jóvenes quienes introdujeron un poderoso elemento de violencia en la Resistencia, un anhelo de sangre causado por su falta de miedo, su —digámoslo así— inconsciencia juvenil. Los asaltos punitivos, las ejecuciones, los golpes de mano violentos fueron realizados y exigidos por estos jóvenes, que demandaban acción directa y querían destruir con sus propias manos al enemigo. El momento de la esperada explosión armada —inicio del levantamiento de Varsovia, de la rebelión de Praga, del levantamiento eslovaco— es descrito por sus jóvenes participantes como una explosión de júbilo, un estallido de libertad. Sułowski cuenta cómo se hace partisano tras el Levantamiento de Varsovia:

> Entramos en los bosques de Chojnów y nos unimos a la unidad guerrillera «Lance». Un escuadrón que venía de la región de Zamość, bastante bien armado. Comenzamos nuestra vida guerrillera allí. Junto con «Lance» cruzamos el río Pilica. Como podía montar, y alguien de la patrulla de caballos acababa de morir, me subieron a un caballo y aquello me gustó. Ya sabes, para un niño de 15 años que de repente se encuentra en un escuadrón de guerrilla y le dan un caballo, aquello era muy divertido[19].

«Aquello» acabaría para muchos en tragedia. Pero era lo que habían estado esperando durante cinco largos años.

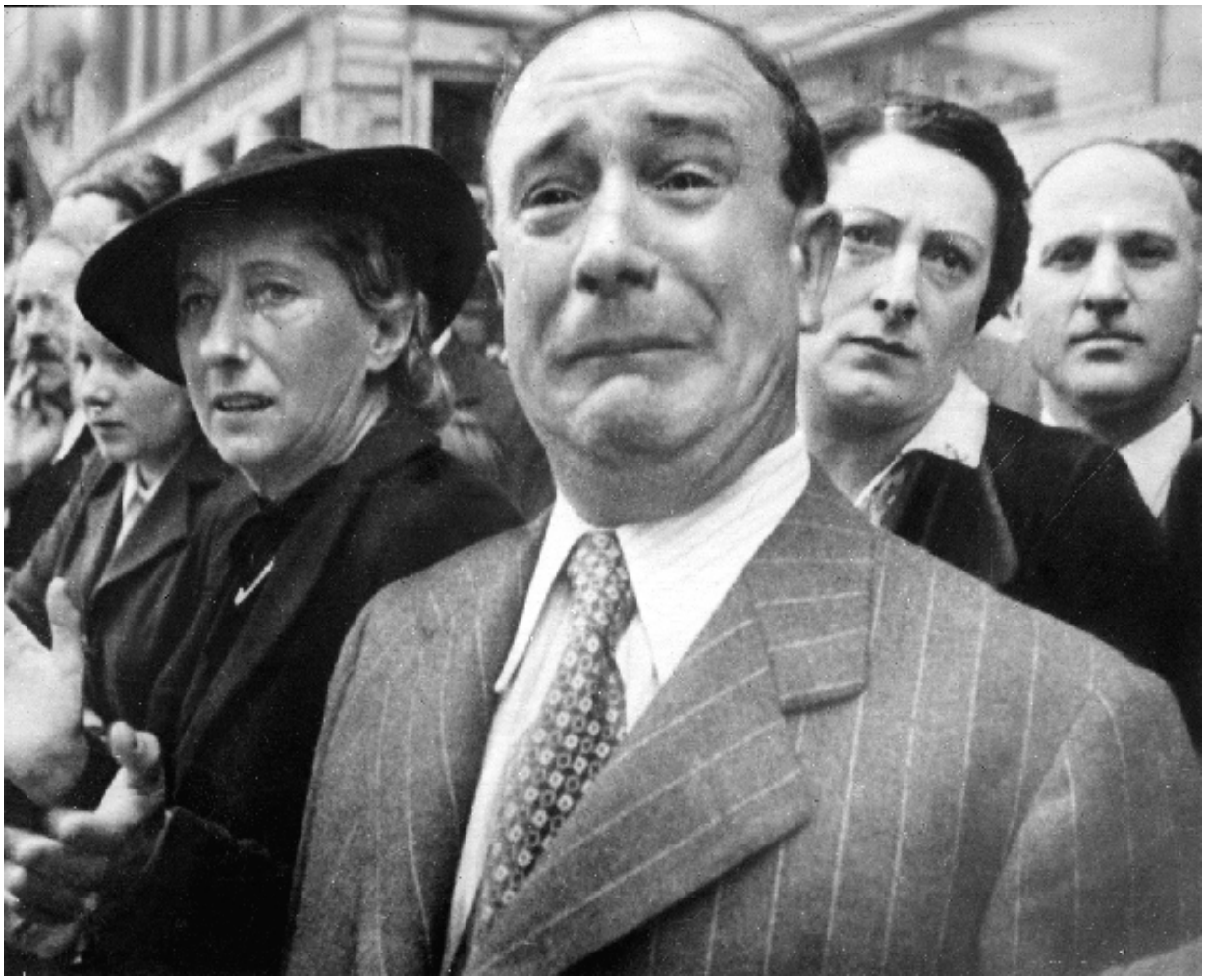

Foto 3. Un ciudadano francés llora al ver desfilar al ejército galo, vencido y expulsado por el tratado de paz, hacia el África francesa (1940).

---

[1] Fedor Guber, *Cartas y recuerdos de Vasili Grossman,* Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2019, p. 131.

[2] Citado en Grzegorz Hryciuk, *Polacy we Lwowie, 1939-1944. Życie codzienne,* Varsovia: Książka i Wiedza, 2000, p. 17.

[3] Radomir Luza, Christina Vella, *The Hitler Kiss. A Memoir of Czech Resistance,* Baton Rouge, LSU, 2004, p. 23.

[4] Esta consideración no es nada nueva (véase Henri Michel, «The Psychology of the French Resister», en *Journal of Contemporary History* 5, 1970, pp. 159-175).

[5] José M. Faraldo, «Resistance against Fascism and Communism in Europe. Towards a model of analysis», *Annals of the University of Bucharest / Political science series,* 16(2), 2014, pp. 23-38.

[6] Barbara Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages,* Ithaca: Cornell University Press, 2007.

[7] Marci Shore, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968,* Yale University Press, 2006.

[8] Xosé Manoel Núñez y José M. Faraldo, «The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», en *Nationalities Papers* 37(4), julio de 2009, pp. 401-424.

[9] Stéphane Piobetta, 25 de junio de 1940, sur de Francia, en: Hans Walter Bähr (ed.), *Die Stimme des Menschen. Briefe und Aufzeichnungen aus der ganzen Welt, 1939-1945,* Múnich: R. Piper, 1961, p. 74.

[10] George Uscatescu, *La rebelión de las minorías,* Madrid: Editora Nacional, 1955.

[11] Barth, Boris, «"Partisan" und "Partisanenkrieg" in Theorie und Geschichte-Zur historischen Dimension der Entstaatlichung von Kriegen», en *Militärgeschichtliche Zeitschrift* 64(1), Múnich, 2005, pp. 69-100.

[12] Agnés Humbert, *Résistance,* Nueva York: Bloomsboory, 2008, p. 7.

[13] James D. Wilkinson, *La resistencia intelectual en Europa,* México, D. C.: FCE, 1989, pp. 52-53.

[14] Marie Granet, *Les jeunes dans la Résistance. 20 ans en 1940,* París: France-Empire, 1985.

[15] Jan Gebhart, Ján Šimovček, *Partisanen in der Tschechoslowakei, 1941-1945,* Berlín: Militärverlag der DDR, 1989, p. 147.

[16] *Das Tagebuch der Partisanin Justyna. Jüdischer Widerstand in Krakau,* Berlín: Elefanten Press, 1999, p. 29.

[17] Zeev Milo, *Im Satellitenstaat Kroatien. Eine Odyssee des Überlebens, 1941-1945,* ed. por Erhard Roy Wiehn, Konstanz: Hartung-Gorre Verlag, p. 130.

[18] European Resistance Archive: https://www.resistance-archive.org/downloads/transcripts/tadeusz-sulowski-sl.pdf.

[19] European Resistance Archive: https://www.resistance-archive.org/downloads/transcripts/tadeusz-sulowski-sl.pdf.

# CAPÍTULO 3
# LA DOBLE INVASIÓN DE POLONIA

El día 5 de octubre de 1939, al principio de la Segunda Guerra Mundial, Adolf Hitler estuvo a un paso de morir en Varsovia. Siguiendo órdenes de la resistencia militar organizada por el gobierno polaco —ya en el exilio—, una carga explosiva fue enterrada en el cruce de las Calles Nowy Świat y Aleje Jerozolimskie, dos de las principales arterias de la ciudad. Se esperaba que Hitler acudiera a la capital polaca ocupada, que recorriera sus calles y viera desfilar las tropas alemanas victoriosas. Un comando militar polaco debía esperar a que apareciera el coche del Führer y dar la señal para que uno de sus compañeros, escondido en las ruinas de una casa, hiciera explotar la bomba. Las medidas de protección del ejército alemán, que expulsó de la zona a todos los mirones, impidieron que la señal fuera dada y el dictador salvó —una vez más— la vida. Pero el incidente demuestra cómo la voluntad de resistencia de los polacos estaba ya allí, desde el comienzo[1].

## *Ocupación por partida doble*

El éxito de la ocupación y partición de Checoslovaquia parecía haber dado alas a Hitler. El pacto firmado con la Unión Soviética en agosto de 1939 y sus protocolos secretos le habían dejado las manos libres. La tensión se mantuvo, sin embargo, hasta el final. Nadie parecía querer una guerra que sin embargo todos veían como inevitable y contra la que no sabían poner medios. Por fin, el 1 de septiembre, con violenta furia, la Wehrmacht hitleriana se lanzó contra la frontera polaca. Los primeros avances fueron arrolladores, la superioridad numérica del ejército polaco no era nada contra la nueva tecnología y la modernidad de las artes de la guerra hitlerianas. El

ataque se produjo por tres de las direcciones de los puntos cardinales, puesto que el Estado alemán envolvía a Polonia, los frentes eran muy amplios. Aquel verano había sido extremadamente seco, las llanuras polacas eran perfectas para los panzers y las divisiones motorizadas germanas. Algunas de las primeras imágenes de la guerra que impresionaron a la opinión pública mundial mostraban a los refugiados que, huyendo de sus hogares a lo largo de peladas llanuras, eran ametrallados por los aviones Stukas que apoyaban la invasión. Además, la sorpresa: los aliados occidentales, Francia y Alemania, declararon la guerra a Alemania, sí. Pero no movieron ni un dedo en contra, no hubo ataque de las casi ciento diez divisiones que, en conjunto, poseían franceses e ingleses.

El día 8 de septiembre los ejércitos alemanes se encontraban ya a las puertas de Varsovia. Pero la Resistencia polaca no había sido quebrada. La capital se preparó para su defensa, una movilización general se puso en marcha. Monika Żeromska, la hija del famoso escritor Stefan Żeromski, cuenta cómo comienzan los bombardeos alemanes sobre la capital: «un día terrible, lleno de acontecimientos que no caben en la cabeza. Varsovia ya había sido bombardeada desde el amanecer»[2]. La guerra se traslada hasta la puerta de casa. Si la Primera Guerra Mundial todavía había estado limitada al frente, éste está ahora en todas partes. Żeromska dice «todo lo que veo lo veo por vez primera». Se refiere a los primeros cadáveres, a un caballo gris muerto frente a la casa, las primeras bombas[3].

La capital se organiza para defenderse, los jóvenes son alistados. De pronto, el 17 de septiembre, la noticia. La Unión Soviética ha invadido Polonia por el Este.

Nunca sabremos si Polonia hubiera capitulado tan pronto de no producirse esta puñalada por la espalda. La táctica prevista por los generales polacos era acumular las maltratadas fuerzas armadas al otro lado del Vístula, en el este de Polonia, al sur, en la frontera con Rumanía. Quién sabe, puede que la guerra hubiera entrado en otra fase de desgaste, más duradera. En cualquier caso, la conciencia de la derrota fue, en aquel instante, total. Al día siguiente el gobierno polaco cruzó la frontera y se refugió en Rumanía, dejando órdenes de resistir. Los ejércitos que se enfrentaban a los soviéticos no sabían qué hacer, luchaban, combatían, se

rendían, se dejaban desarmar. Como cuenta por ejemplo el militar Stanisław Ruman, el 17 de agosto su escuadrón resistía a los alemanes, cuando de pronto estos desaparecieron. Al poco se vieron rodeados por unos tanques pequeños, extraños. Eran los soviéticos. Su propio coronel les dijo que no se preocuparan, que debían venir como aliados suyos y, de hecho, los oficiales soviéticos que se acercaban les reafirmaban en ello. Durante muchos días se mantiene la mentira, incluso cuando les llevan a la pequeña ciudad de Zamość y los mantienen prisioneros en una plaza mientras preparan los trenes para llevárselos. Ruman, al que una muchacha del pueblo le avisa del peligro, escapa disfrazado y se une a la Resistencia. La mayor parte de sus compañeros, sin embargo, acabará asesinada en Katyń[4].

Pero se seguía luchando sin tregua contra los alemanes. Más allá de todo buen juicio militar —la derrota era ya inevitable—, los ejércitos polacos lucharon y se dejaron destruir hasta el final, desesperadamente. Varsovia cayó por fin el 28 de septiembre. Con todo, hubo unidades polacas que resistieron hasta el 5 o el 6 de octubre. Finalizada la ocupación, los ejércitos germano y soviético se encontraron en la línea que marcaba las nuevas fronteras, confraternizando sobre el cadáver aún caliente de la república polaca. Un militar alemán comentaba en su diario:

> Al otro lado del [río] Bug hay tropas rusas. Vemos sus puestos de guardia. Con esos rusos estamos construyendo un puente sobre el río, nosotros nuestra mitad, ellos la suya. A menudo venía un traductor a intercambiar cigarrillos. Solía saludarnos con un: «¡Heil! Herr Camarada!»[5].

Así pues, Polonia, «El bastardo de Versalles», había dejado de existir. Los vencedores procedieron al reparto. Las provincias del norte y el oeste (Pomerania, Kujavia, Poznania), parte del centro (Łódź, Płock), la Silesia polaca y un pedazo de la Pequeña Polonia (que incluía Auschwitz) fueron anexionadas al Reich alemán, sus habitantes polacos y judíos perdieron todo derecho, centenares de miles fueron expulsados. El centro y el sur, con Varsovia y Cracovia integraron lo que se llamó el «Gobierno General», una extraña figura dentro del derecho internacional, un territorio que no era independiente, pero tampoco había sido —por el momento— anexionado. A su frente puso Hitler a un antiguo camarada, Hans Frank, que gobernaba desde Cracovia. El Gobierno General se convertiría con el tiempo en un

feudo de las SS, un experimento en terror, represión y genocidio. Los extensos territorios orientales, la «Bielorrusia occidental», «Ucrania Occidental», con la importante ciudad de Lwów) se convirtieron en parte de la Unión Soviética. Un pequeño fragmento del norte de Polonia, incluida Vilna, fue entregado por los soviéticos a Lituania, lo que se mantuvo hasta que la propia Lituania fue anexionada por la URSS en 1940. En cada una de las partes los ocupantes llevaron a cabo una política que, si bien con vacilaciones iniciales, tendía en general a la integración de los territorios en su respectivo sistema económico y social y a la explotación de sus recursos.

Las formas de represión fueron sin embargo muy distintas, los objetivos de la dominación también. En los territorios anexionados por Alemania se procedió a la eliminación de todo rastro de vida cultural y social polaca y a la asimilación de estos territorios al resto del Reich. Tras las expulsiones de la mayor parte de los polacos y judíos, a quienes allí quedaron y fueron considerados racialmente «adecuados», se les presionó para firmar la «Volksliste», la «Lista del Pueblo», es decir, renunciar a su nacionalidad, consentir en ser germanizados, declarados alemanes. En el Gobierno General, por su parte, la política de ocupación alemana se basó sobre todo en la explotación de los recursos, tanto económicos como humanos. La represión, ya desde el principio y siguiendo las pautas marcadas por el racismo biológico de los nazis, fue omnipresente. Aunque con el tiempo y el aumento de la resistencia la espiral de violencia fue creciendo, lo cierto es que desde los primeros días la política contra polacos y judíos quedó clara: discriminación, aislamiento y —con el tiempo— exterminio de los judíos; discriminación, explotación y —poco a poco— desplazamiento de los polacos y perspectivas de su eliminación, al menos como entidad étnica y nacional. Si los fundamentos pseudocientíficos usados para aniquilar a los judíos son ya bien conocidos, mucho menos lo es el gigantesco experimento de ingeniería social intentado para desnacionalizar al pueblo polaco. Los alemanes utilizaron para ello conscientemente los conocimientos acumulados por las diversas disciplinas científicas que durante todo el siglo XIX y principios del XX se habían ocupado de investigar acerca del «Este», la llamada *Ostforschung.* Todo se aprovechó para el objetivo de dominación

imperial: las ciencias históricas, la antropología, la etnología, la lingüística, la geografía y, por supuesto, las pseudociencias raciales típicas de la época.

Aunque la política de ocupación alemana fue mucho más caótica de lo que se ha solido suponer y las interferencias entre las diversas agencias nazis eran a veces determinantes, las direcciones principales estaban planteadas de antemano por la propia ideología racial del régimen. Apoyándose en los conocimientos de las ciencias sociales, los alemanes prohibieron la enseñanza media y superior para los polacos, desmantelaron instituciones culturales, educativas y sociales, derribaron monumentos, destruyeron espacios urbanos y los germanizaron. Con una voluntad de exterminio mal escondida, deportaron y reasentaron a masas ingentes de población, aniquilaron a buena parte de las élites sociales, culturales y políticas o las subordinaron a sus instituciones de dominio, quebraron también las estructuras económicas del país para su explotación. Asombra comprobar hasta qué punto de ceguera racista llegaron los jerarcas nazis que apenas hicieron esfuerzos por lograr la colaboración voluntaria de los polacos, ni siquiera de aquellos que, como los fascistas y antisemitas locales, habrían estado quizá dispuestos. Es cierto que, como muestran algunas actuaciones antisemitas y pogromos antijudíos —el caso de Jedbawne, por ejemplo, donde una turba encerró a un grupo de judíos en un pajar y los quemó vivos—, los alemanes supieron usar los resentimientos de algunas partes de la población para sus fines. En cuestiones administrativas y policiales, sobre todo a nivel local, hubo también una colaboración siempre subordinada a los mecanismos de la ocupación. La «Policía Azul», creada por el ocupante alemán a partir del cuerpo policial de la Segunda República polaca, fue colaboradora necesaria en el Holocausto y apoyo de la represión contra los propios polacos[6]. Algunos intentos por parte de grupos de ultraderecha de llegar a un entendimiento con los alemanes quedaron en aislados ensayos individuales que fueron además rechazados por los ocupantes, llevados de su menosprecio racista. Por ello, una colaboración sistemática no llegó a realizarse nunca[7].

El caso de las regiones ocupadas por la URSS fue muy distinto. Los soldados del Ejército Rojo llegaron desarrapados, con uniformes remendados, sucios, a veces con la carabina al hombro atada con una

simple cuerda[8]. Algunos venían sin botas, con simples trapos atados y embadurnados en brea, la caballería carecía muchas veces de sillas y se veían obligados a cabalgar a pelo. Los soldados se mantenían, por lo general, alejados de la población —les habían indoctrinado acerca del peligro de que los ocupados los atacaran—, hasta tal punto que les llamaban «el ejército silencioso». Los territorios ocupados poseían todas las características de regiones fronterizas, multiculturales. En general dominaban los polacos en las ciudades y las *minorías* —bielorrusos y ucranianos— en el campo, había también un gran número de judíos en las *shtetl* —asentamientos judíos— y en muchas ciudades (como en Wilno (Vilna), la «Jerusalén judía»). La ocupación soviética —aunque se legitimó con la excusa de una «reunificación» de Bielorrusia y Ucrania— era una ocupación política, ideológica, en la que el ocupante no pretendía primariamente explotar y destruir, sino introducir su sistema político. Aunque, para ello, los técnicos de la ingeniería social soviéticos —que ya habían acumulado experiencia durante la colectivización y la industrialización de la propia URSS— diseñaron prácticas y políticas por las que debían quebrar el sistema social, económico y hasta cultural de aquellos territorios. Eliminando además a una parte de sus habitantes.

Por ello, hablar de «colaboración» en este caso resulta complicado. Los comunistas polacos —y judíos y ucranianos y bielorrusos— que habían sobrevivido a las purgas estalinistas y a los que la ocupación soviética encontró allí, se veían a sí mismos como motor de una transformación social, no como traidores. Buena parte de las clases bajas polacas y de los judíos locales que —al principio— recibieron a los ocupantes con júbilo, ofreciéndoles el tradicional saludo del pan y la sal, tenían la esperanza de una mejora social y una protección contra el conocido antisemitismo de los nazis. Los soviets, a diferencia de los alemanes, estaban dispuestos a aceptar en sus filas a quienes —una vez comprobada su fiabilidad— se mostraran partidarios del régimen. Ucranianos y bielorrusos se habían convertido de pronto en depositarios de la soberanía —al menos nominal— de las nuevas repúblicas soviéticas. De modo que en los territorios anexados había una situación de partida que era, en parte, favorable al

invasor. Muy pronto, sin embargo, el desarrollo del proceso de sovietización mostraría el verdadero rostro del estalinismo.

La presión ejercida durante los referenda para legitimar la «unión con la URSS» y las elecciones a las Asambleas federales y locales mostró ya la absoluta falta de libertades[9]. Los resultados arrojaron una participación muy elevada y un apoyo a las candidaturas gubernamentales muy extenso. Pero ello fue conseguido a base de presiones y amenazas casi puerta a puerta, de un enorme esfuerzo propagandístico y de mero fraude electoral. La resistencia de los habitantes se demostró en el número relativamente elevado de votos nulos que hubo y el hecho de que varios miles de personas se negaran a ir a votar, pese a todas las presiones.

Poco a poco comenzó una extensa agitación y una transformación rápida de espacios urbanos y simbólica social —calles, monumentos, idiomas oficiales, fiestas y celebraciones—. Más allá de la propaganda estaba también el terror, que no sólo era un elemento represivo y pensado para eliminar amenazas, sino una parte integrante de la ingeniería social tendente a sovietizar el país. Las nacionalizaciones en la economía aunque de índole social y de clase, afectaron sobre todo a los polacos, dado que eran la etnia históricamente predominante. La ucranización y bielorrusificación progresivas de la cultura y la sociedad, en realidad originadas por la estructura federal-nacional de la Unión Soviética, desembocaron de hecho en una política antipolaca. La deportación de las élites —típica arma soviética para desintegrar resistencias a los cambios sociales— afectó de modo especial a los polacos —aunque también a judíos y, en menor medida, ucranianos y bielorrusos. Sólo a partir de 1940, cuando la guerra con los alemanes parecía convertirse en una posibilidad, la política con respecto a los polacos mejoró, ofreciendo una posibilidad de aceptación de su especificidad —sobre todo cultural— dentro de la nueva sociedad. Pero para entonces ya había comenzado la resistencia.

### *El comienzo de la doble resistencia*

Fueron los últimos destacamentos militares que resistieron hasta después de la ocupación y partición del país los que comenzaron las primeras acciones

partisanas. Las llamadas «guerrillas de septiembre» estaban formadas por grupos de soldados aislados, desprendidos de sus derrotados escuadrones. Actuaban a ciegas, sin coordinación alguna, siguiendo una tradición polaca nacionalista y resistencial creada durante las rebeliones del siglo XIX y perpetuada a través de los rituales de Estado y la educación paramilitar del período de entreguerras. No se sabe mucho de estos grupos, el más conocido es el del mítico mayor «Hubal» (Henry Dobrzański), que aguantó con sus hombres hasta ser aniquilado por los alemanes el 30 de abril del 1940. Otro ejemplo es el de un grupo de más de sesenta dragones de caballería que, escondidos en una granja tras la derrota, consiguieron sobrevivir y trasladarse a las montañas del Santo Cristo, en el centro sur del país, aunque allí no llegaron más que 34 de ellos. Escondidos en zulos, viviendo en los bosques, resistieron hasta mayo del 1940[10].

También hubo «guerrilla de septiembre» en la zona ocupada por los soviéticos, algunas partidas fueron incluso de grandes dimensiones. Aquí la amplitud de la persecución contra los restos del ejército polaco fue tal, que la necesidad de echarse al monte pareció mayor que en la zona de ocupación alemana, donde tras la guerra los exsoldados polacos eran desmovilizados y volvían, en general, a su casa. Como ejemplo de luchadores «rezagados» podemos citar a los llamados «cuatro Dąbrowski», cuatro partidas distintas formadas por soldados y perseguidos, que se hicieron fuertes en bosques y pantanos del este del país. Alguna, como la del *mayor Dąbrowski,* perduraron de una forma u otra hasta la primavera de 1940 y es posible que incluso hasta el principio de la guerra germano-soviética[11].

Después de un tiempo, a los exsoldados se les fueron uniendo huidos, fugitivos, personas que por razones políticas —o de otro tipo— habían tenido que pasar a la clandestinidad. Los enormes y frondosos bosques de la zona les permitieron resistir largo tiempo, en muchos casos apoyados más o menos voluntariamente por la población local.

Algunos de estos huidos fueron ya enviados por la Resistencia polaca oficial, que se estaba formando. De hecho, en unos pocos meses había al menos 150 organizaciones de resistencia, de muy diversos tipos y tamaños, de orientaciones muy distintas. El grueso de la resistencia, durante mucho

tiempo, se mantendría en la zona del «Gobierno General», la parte controlada por los alemanes, aunque también se extendió a la zona que había sido anexionada al Reich.

Las condiciones de formación de la resistencia fueron muy diversas en las distintas zonas. En las regiones anexionadas directamente al Reich surgió en principio una actividad conspirativa dirigida a acumular información sobre aspectos bélicos de interés para el esfuerzo de guerra aliado. El enorme aparato del terror —Gestapo, policía de ferrocarril, policía de aduanas, policía polaca, policía judía...— pesaba sobre la cabeza de todo resistente organizado, la mínima expresión de desagrado contra los alemanes podía ser causa de condena a muerte.

En la zona sovietizada la situación era más fácil para la Resistencia que en las regiones anexionadas, aunque menos, por supuesto, que en el Gobierno General. La represión de los soviets, como hemos explicado, fue muy severa; sin embargo, la posibilidad de crear redes clandestinas existió y fue aprovechada. Aunque pronto comenzaría también su persecución y aniquilación, muchas veces provocada por agentes del NKVD, la policía política soviética, y de sus agentes infiltrados en las organizaciones. Y es que los controles ejercidos por el estado socialista eran quizá menos visibles, pero más generales, puesto que no existía tan radical división étnica —ni social— entre ocupantes y ocupados como en el Gobierno General y cualquiera podía ser un confidente[12].

En esta zona se desarrollaron muy pronto toda una serie de organizaciones de resistencia, de origen muy diverso. Personajes ligados al ejército o simples patriotas se ocuparon de conectar personas inquietas, de recolectar dinero, de encontrar y esconder armas y municiones, de publicar panfletos y emitir rumores. A veces se realizaban actos de sabotaje, que eran por su parte severamente reprimidos, siguiendo el modelo ya clásico de represiones estalinistas. A las organizaciones militares se unieron muy pronto los *boy-scouts* polacos, prohibidos también en esta zona. Se ha llegado a saber de algún intento de revuelta, como el de la pequeña ciudad de Czortków, en enero de 1940, donde varios grupos armados, aprovechando la guerra contra Finlandia, que había alejado de la ciudad a la guarnición soviética, hicieron estallar una rebelión. El intento, deshecho

debido a la acción de unas tropas soviéticas que se encontraban por casualidad en un tren parado en la estación, se saldó con centenares de detenciones, sobre todo de jóvenes, con torturas, fusilamientos y condenas a largas penas en el Gulag.

Las formas más visibles y comunes de resistencia, sin embargo, fueron otras. En octubre de 1939 los estudiantes protestaban con gritos y consignas nacionalistas en diversos teatros de Lwów. En el cine Apollo, durante un encuentro organizado por los comunistas, jóvenes polacos comenzaron a cantar el himno patriótico «Queremos Dios», mientras que los organizadores intentaban acallarlos con el puño en alto y «La internacional»[13]. Ya desde el primer momento se establecía la competencia entre un nacionalismo polaco entendido en la forma tradicional, nacionalcatólica y una sovietización que adquiría las formas de un socialismo anticlerical y opuesto al nacionalismo polaco.

Y es que la tradición de oposición nacionalista a los diversos dominios imperiales era bien conocida para los jerarcas nazis y soviéticos. En ciertos acuerdos secretos entre Alemania y la URSS se establecían cauces de colaboración para combatir el —todavía casi inexistente— movimiento de resistencia polaco. La NKVD y la Gestapo se intercambiaban información y se reunían para examinar posibles formas de destruir la oposición. Porque los ocupantes sabían que los polacos no se iban a estar quietos bajo su dominio.

## *Estructura y organizaciones*

Ya el 27 de septiembre de 1939 unos oficiales del ejército polaco en Varsovia habían formado el Servicio para la Victoria de Polonia (*Służba Zwycięstwu Polski,* SZP), una organización político-militar clandestina. Era sólo una de las diversas iniciativas creadas por generales polacos —Tomasz Strembosz cita al menos ocho—, pero pronto iba a tomar características muy importantes[14]. Impulsada por el general Michał Tokarzewski-Karaszewicz, representaba ya la estructura bicéfala que iba a ser característica de la Resistencia polaca: una estructura militar que dirigía la

lucha y un consejo político que reunía a representantes de los partidos políticos del gobierno de concentración (el Partido Socialista Polaco, PPS-WRN; el Partido Agrario, SL, y el Partido Nacional, SN). La primera tarea de la organización fue hacer propaganda para intentar elevar los ánimos de la población, completamente abatida por la rapidez de la derrota. Aunque esto era similar a lo sucedido en toda la Europa Ocupada, en Polonia tenía también mucho que ver con el fracaso de la segunda república. A la «dictablanda» de la «Sanación» —un régimen autoritario pero con limitado multipartidismo— se la acusaba de haber dilapidado el patrimonio conseguido con la independencia del país y haberlo llevado al fracaso. Era, pues, vital recuperar la confianza de los ciudadanos y hacerles ver que el nuevo gobierno —si bien en el exilio— significaba un nuevo renacer para el país.

Pero para poder renacer, a Polonia todavía le quedaba mucho. El SZP fue evolucionando hacia una organización militar más amplia, absorbiendo además grupos conspirativos que habían surgido espontáneamente. El SZP, bajo la dirección de Tokarzewski-Karaszewicz, se ocupó entre otras cosas de realizar sabotajes, de organizar un servicio de espionaje y de entrenar clandestinamente a los soldados. Al parecer, en diciembre de 1939 tenía ya unos 20.000 miembros.

Al cabo de unos meses, en enero de 1940, el SZP fue transformado en la Liga de la Lucha Armada (*Związek Walki Zbrojnej,* ZWZ). La ZWZ había sido creada en París en noviembre de 1939 por el nuevo jefe de gobierno, el general Władysław Sikorski. En buena medida, la inmersión del SZP en la organización parisina se debió a la rivalidad con el nuevo gobierno —en el exilio—, que no veía con buenos ojos el éxito de una organización ligada a la dictadura de la «Sanacja». Hasta junio de 1940 y la ocupación de París por los alemanes, la dirección de la nueva organización se encontraba en la capital francesa. A partir de esa fecha la ZWZ trasladó su dirección a Varsovia. El comandante general de la zona ocupada por los alemanes era, desde marzo de 1940, Stefan Rowecki, «Grot». El intento de enviar a Tokarzewski-Karaszewicz como comandante para la zona ocupada por la URSS fracasó al ser este rápidamente detenido. Por ello, la actividad de la ZWZ en la zona soviética fue mucho menos efectiva. La ZWP, cuya

principal misión era organizar y preparar soldados y cuadros para una futura rebelión que arrojara a los nazis del país, tenía una organización especializada, aún más clandestina: la Liga de la Venganza (*Związek Odwetu,* Zo), dedicada al sabotaje y a represalias contra traidores, soplones y miembros de las fuerzas de ocupación. De la propaganda se ocupaba la Oficina de Información y Propaganda, que editaba, entre otros, un periódico *El Boletín Informativo,* que alcanzaba una difusión muy importante. A partir de septiembre de 1941 la ZWZ fue considerada como parte integrante de las fuerzas armadas polacas y unos meses después, el 14 de febrero de 1942, se la transformó en el *Armia Krajowa* (AK), el Ejército del Interior.

El legendario *Armia Krajowa* consiguió unificar la mayor parte de las fuerzas de la Resistencia polaca, excepto las pequeñas milicias comunistas y ultraderechistas (aunque parte de estas últimas se le unieron durante un corto tiempo). Durante la guerra, el AK consiguió movilizar a una cantidad de al menos 400.000 individuos, mientras que durante el Levantamiento de Varsovia en 1944 unos 36.000 soldados se enfrentaron a las fuerzas nazis[15]. Tenía una importante cantidad de personal militar profesional. Sólo su Comando General (*Komenda Główna,* KG) contaba al final de la guerra con 4.000 personas. Se estima que su presupuesto en 1944 rozaba los 12 millones de dólares de entonces (casi 200 de hoy)[16]. Recibía también una cantidad importante de pertrechos lanzados por los aviones aliados. Gracias a ello, el AK alcanzó una relevancia extraordinaria para el país ocupado, convirtiéndose —sobre todo en las ciudades de grande y mediano tamaño— en la columna vertebral de una sociedad amenazada por la descomposición y la aniquilación. Durante el primer año de su existencia, el AK se dedicó sobre todo —continuando la tarea de la ZWZ— a labores de información y espionaje, a reclutar y entrenar efectivos, acumular y producir armamento, servía como fuerza de ejecución de las sentencias contra personas acusadas de colaboración y traición, realizaba propaganda y mantenía la llama simbólica de la existencia de una Polonia libre. A partir de 1943, el AK comenzó a realizar labores militares, incluyendo, en determinadas zonas, la creación de verdaderas unidades armadas que realizaban tareas propias de un ejército. Aunque la base de la Resistencia polaca se encontraba en el Gobierno General, en la zona oriental —primero de ocupación soviética, a

partir de 1941 ocupada por los alemanes— el AK creció pronto, aunque en forma distinta que en la zona central. En primer lugar por ser territorios eminentemente agrarios, con pocas ciudades grandes. Y en segundo lugar porque en esa zona se produjo, a partir de 1942, una verdadera guerra entre los independentistas ucranianos y los lealistas polacos. La limpieza étnica llevada a cabo por el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA) en Polesia, donde miles de civiles polacos fueron asesinados o expulsados de sus casas, fue contestada por el AK y los partisanos polacos, que se erigieron en fuerzas de autodefensa.

Aunque resulta difícil confirmar las cifras reales de acciones de la clandestinidad y no es posible contabilizar toda la actividad conspirativa y resistencialista en sus muchas formas, algunos datos recogidos por Andrzej Paczkowski pueden ayudarnos a hacernos una idea de la transcendencia de la Resistencia polaca contra el nacionalsocialismo. Entre 1941 y junio de 1944 (antes del comienzo de la Rebelión de Varsovia), las unidades del AK y sus adláteres «descarrilaron 732 trenes, quemaron 443 transportes, destruyeron cerca de 4.300 vehículos, quemaron 130 almacenes con armas y equipos, dañaron 19.000 vagones y cerca de 6.900 locomotoras, incendiaron 1.200 cisternas con gasolina, dinamitaron alrededor de 40 puentes ferroviarios, volaron 5 pozos petrolíferos, apagaron 3 altos hornos, realizaron cerca de 25.000 acciones de sabotaje en fábricas de armamentos, alrededor de 5.700 atentados contra funcionarios de diferentes formaciones policiacas, soldados y *volksdeutsch* [la minoría alemana de Polonia, considerada como traidores], liberaron presos de 16 cárceles. Grupos de guerrilleros —que actuaban desde 1943— participaron en más de 170 escaramuzas matando más de mil alemanes»[17]. Cierto que las cifras no nos informan de la importancia real de la Resistencia en la lucha contra la ocupación, de la percepción que el ocupante tenía de los ataques ni del posicionamiento de la población en relación con la Resistencia. Pero sí nos sirven para hacernos una idea de qué ámbitos de acción había alcanzado la conspiración a la altura de 1944, el año decisivo.

### *La Resistencia institucionalizada: el «Estado Clandestino»*

El AK y sus antecesores formaban el llamado «plano militar» de lo que se conoció como «Estado Clandestino Polaco». Comparándolo con otros movimientos de resistencia europeos, el caso polaco posee unas características específicas. Desde muy pronto, sobre todo en el interior del Gobierno General aunque con legitimidad en las otras zonas, las organizaciones de resistencia poseyeron el paraguas de una estructura unitaria oficial. Una serie de iniciativas oficiales, tanto en el exilio como en el interior, se unieron a una multitud de organizaciones y estructuras creadas espontáneamente, desde abajo, por una sociedad civil cargada de experiencia en oponerse a ocupaciones y dictaduras. La ocupación fue respondida por la sociedad polaca con una muestra de madurez y unidad extraordinarias. La sociedad civil se autoorganizó de una manera inmediata y efectiva. Ello fue también lógico producto de una necesidad perentoria: al contrario que en otros países ocupados, los alemanes destruyeron casi por completo el aparato estatal polaco. Sin una organización propia, sin una coordinación espontánea, los polacos hubieran perecido de inmediato. Las peculiaridades de la ocupación hitleriana —dirigida a aniquilar cultural y biológicamente la nacionalidad polaca— produjeron la necesidad de organizar la resistencia en formas muy complejas. Mientras que las formas de resistencia y clandestinidad propias de otros países existieron (prensa clandestina, sabotaje, partisanos, ejecuciones de colaboradores...), fue necesario además crear otras. Todos los aspectos «normales» de la vida de un estado tenían su reflejo en el llamado «Estado Clandestino» *(Państwo Podziemnie)*. Siguiendo las órdenes dejadas por el gobierno al exiliarse, se formó un embrión de Estado que mantenía la continuidad institucional de la Segunda República y no aceptaba —lógicamente— la disolución del Estado polaco forzada por los invasores.

Este embrión se desarrolló a lo largo del tiempo y hasta el levantamiento de Varsovia en agosto de 1944, convirtiéndose en un verdadero Estado en las sombras con ministerios, un ejército clandestino, un parlamento formado por los representantes de los principales partidos democráticos del período de entreguerras y que emitía leyes y las hacía cumplir, una delegación del gobierno de Londres en el exilio, tribunales propios, organizaciones de

protección de perseguidos —incluyendo judíos—, recaudación de impuestos, edición de periódicos y boletines oficiales del Estado.

Existía, por ejemplo, una comisión de expertos —con el director del Museo Nacional de Varsovia, Stanisław Lorentz, a la cabeza— que se dedicaba a catalogar, esconder y proteger los bienes culturales y artísticos de la nación. Sus inventarios serían luego decisivos para reclamar los bienes culturales saqueados por los alemanes y llevados a Alemania. Famosos arquitectos —si habían escapado a las balas de los nazis— desarrollaban planes de reconstrucción para después de la guerra, recopilando al mismo tiempo la información precisa para ello. Su trabajo sería de mucha utilidad a la hora de reconstruir años después los cascos históricos de las ciudades polacas.

Muy importante durante la ocupación fue la resistencia en el campo de la educación. No olvidemos que la idea del jerarca nazi Heinrich Himmler era la de convertir a los polacos en una raza de esclavos que sirviera a sus amos y ello se sustentaba entre otras cosas en la eliminación física de las clases educadas. Los que quedaran debían tan sólo «saber contar hasta quinientos, escribir su nombre y comprender que el servir a los alemanes es un designio divino»[18]. Para ello prohibieron casi toda la enseñanza media y toda la superior, lo que llevó al Estado Clandestino a desarrollar verdaderas universidades ilegales, usando los medios que tenían a mano. Ya en diciembre de 1939, apenas unas semanas después de que el Ministerio de Educación hubiera sido disuelto y las escuelas de enseñanza media prohibidas, se reunieron clandestinamente en Varsovia representantes de las organizaciones y sindicatos educativos. Allí se creó una organización central, la «Comisión de Educación», que debía coordinar en alguna medida los esfuerzos para mantener la educación en todos los ámbitos para los polacos. De este modo, los jóvenes acudían a clases en viviendas privadas o en locales oficiales improvisados, recibían la instrucción por parte de profesores a los que los alemanes les habían prohibido trabajar, pagaban sus tasas, hacían prácticas, recibían diplomas.

También existió un sistema judicial clandestino que fue utilizado, sobre todo, para el castigo a colaboradores. En abril de 1940 se había formado una «Alianza por la Venganza» —más adelante conocida como «Dirección

de sabotaje», que era una organización interna de la resistencia militar, desconectada del resto de organizaciones. Su misión era la de realizar tareas de sabotaje en fábricas de armas, descarrilar trenes y destruir convoyes militares. Desde el principio una de las principales funciones de la ZWZ/AK fue la de eliminar supuestos traidores, colaboracionistas y agentes de la autoridad ocupante especialmente peligrosos. En Varsovia las condenas eran emitidas por un tribunal clandestino formado por la dirección principal de la ZWZ, aunque por lo general respetando las órdenes y consultando —sobre todo en casos graves— con la dirección del exilio. En la provincia, sin embargo, eran los jefes de las células quienes decidían, lo que conllevó abusos y errores en muchos momentos.

Contra todo lo que se puede suponer, los primeros casos de asesinato de este tipo se produjeron en la zona de ocupación soviética. En el sur de Polonia ocupado por la URSS, milicianos soviéticos y agentes del NKVD especialmente crueles cayeron bajo las balas de la Resistencia ya en 1940. También en la primera mitad de 1940 se habían formado —antes que en la propia Varsovia y el resto del Gobierno General— las estructuras militares de la Resistencia en comandos, destacamentos y batallones, y en zonas como Podlasia, pueblos enteros estaban organizados y consiguieron establecer los primeros batallones partisanos. Se liquidaban no sólo los confidentes sino también los funcionarios de policía y se atacaba a las tropas regulares soviéticas en algunos de sus cuarteles. En esta región se consiguió entorpecer las operaciones masivas de propaganda, así como las elecciones a los soviets, y se asesinó a un importante funcionario del gobierno regional. De este modo, en la zona de ocupación soviética la ZWZ/AK se convirtió en uno de los principales sostenes de la población. No olvidemos que en esta región las prioridades eran otras que en la ocupada por los alemanes: los habitantes no se veían obligados a organizar la educación por su cuenta, porque ésta, aunque sovietizada a toda prisa, era accesible a todos. Tampoco habían de temer por su eliminación física, biológica, aunque sí, sobre todo al principio, por su destrucción como cultura nacional —pese a que esto cambió con rapidez con el decurso de la guerra—. Aun así, para resistir contra las represiones y contra la presión cultural soviética, la estructura del ejército clandestino polaco proporcionó

a los polacos del Este un eje —siquiera simbólico— sobre el que apoyar su identidad como miembros de una comunidad nacional realmente existente. En su momento de mayor actividad, entre finales de 1943 y agosto de 1944, el Estado Clandestino era una organización altamente compleja y desarrollada, capaz de desplegar una amplia operación de sabotaje y lucha (la Operación *Tormenta*) y de hacer estallar la rebelión urbana de más larga duración de toda la guerra (la de Varsovia).

Por supuesto, la multitud de organizaciones de resistencia no podían estar completamente coordinadas. La unidad nacional, que no había existido en tiempos de paz, tampoco existió en tiempos de guerra. Uno de los grandes grupos de resistencia fueron los Batallones Campesinos (*Bataliony Chłopskie,* BCh). Brazo armado del poderoso Partido Agrario (*Stronnictwo Ludowe,* SL), su tarea principal era evitar la explotación del campesinado polaco por los ocupantes. Se oponían a las levas de los alemanes para llevarse campesinos para trabajos forzados en Alemania, sobre todo atacando las Oficinas de Empleo y quemando los archivos. De este modo, los ocupantes no sabían a quién debían llevarse. Obstaculizaron también la requisa de la cosecha y, en lugares donde los ocupantes intentaron expulsar a los campesinos polacos —como en la zona de Zamość, destinada a ser repoblada por colonos alemanes— organizaron acciones militares que impidieron la deportación. Al final, los Batallones Campesinos, en su mayoría, se unieron al AK.

Hubo sin embargo dos sectores que se mantuvieron al margen del Estado Clandestino por razones políticas. Por un lado, los comunistas. Sólo unos pocos dirigentes comunistas habían sobrevivido a la destrucción del partido polaco ordenada por la Comintern en 1938, la mayor parte por encontrarse en el exilio francés o en las cárceles polacas. Aunque desorientados por el pacto germano-soviético, algunos comunistas participaron individualmente en la Resistencia. Sólo a partir de 1941 y del estallido de la guerra entre la URSS y la Alemania nazi, permitió Stalin la creación de un nuevo partido comunista. Algunos comunistas polacos que se habían refugiado durante la guerra en la URSS fueron enviados al país para reconstruir el partido. Sabedores de la escasa popularidad del comunismo y de la URSS —especialmente entre quienes habían sufrido la ocupación soviética de 1939-

1941—, el nuevo partido, el Partido Obrero Polaco (*Polska Partia Robotnicza,* PPR), evitó toda referencia al comunismo y se presentó tan sólo como izquierdista y nacional. Con el paso del tiempo, el PPR creó una milicia, la Guardia Popular (*Guardia Ludowa,* GL), que comenzó una serie de acciones armadas muy violentas. Esto les dio por un lado una popularidad innegable en sectores de jóvenes y proletarios deseosos de actuar, pero provocó las iras de las organizaciones ligadas al Estado Clandestino, que veían en ellos tanto un peligro para su planificación de la resistencia como un arma de la URSS para ejercer influencia sobre Polonia. La GL, que en 1944 se convirtió en Ejército Popular (*Armia Ludowa,* AL), desarrolló pronto una estrategia partisana impulsada y dirigida por la URSS y siguiendo su modelo. En 1943, las tropas de la GL descarrilaron, atacaron o destruyeron 169 trenes, dañaron o destruyeron 113 instalaciones de infraestructura ferroviaria y provocaron 55 interrupciones en la comunicación ferroviaria[19]. Tanto la GL como el AL evitaron ponerse bajo las órdenes del Estado Clandestino. Desde 1943 y tras la ruptura de relaciones entre el gobierno polaco y la URSS a causa del descubrimiento de los crímenes de Katyń, una alianza con el AK resultó del todo imposible. Sólo hubo pequeñas colaboraciones puntuales —como en el Levantamiento de Varsovia—. A cambio, sobre todo en el último año de la guerra, el conflicto entre unidades comunistas y del AK fue constante y violento, alcanzando caracteres de verdadera guerra civil[20].

Otro de los participantes en esta guerra civil fueron las Fuerzas Armadas Nacionales (*Narodowy Siły Zbrojone,* NSZ), la formación surgida de la fusión de las extremas derechas[21]. Muchos de sus miembros provenían de la «Nacional-Democracia», un partido antisemita y nacionalista que había sido la segunda fuerza política en importancia antes del golpe de Estado de 1926. Otros habían militado en las organizaciones fascistas polacas. Se trataba de jóvenes radicalizados por la ola autoritaria en los años de entreguerras, quienes hasta el 1 de septiembre de 1939 veían en la Italia mussoliniana un modelo para Polonia. Admiradores también de la Alemania hitleriana, ésta les había producido problemas para conciliar el paganismo nazi con su ultracatolicismo. Tras la invasión sólo un pequeño grupo de ellos colaboró con los alemanes.

Los nacionalcatólicos radicales formaron una organización política con un brazo armado que en 1942 se unió a los descontentos de la derecha que habían abandonado las organizaciones de la resistencia unificada. Hacia 1944 contaba con unos 60.000 miembros. En su prensa, que alcanzó una difusión bastante amplia, se promovía una visión de una Polonia autoritaria y ultracatólica, se exaltaba la independencia del país, se atacaba a los judíos y a los comunistas[22]. Estos ataques no fueron tan sólo verbales. Los destacamentos de las NSZ combatieron a los BCh muy a menudo, pero, sobre todo, odiaban y perseguían a los de la GL. En julio y agosto de 1943 las NSZ atacaron al menos a dos unidades de partisanos comunistas, asesinando a varias decenas de ellos. Asimismo, comenzaron una serie de acciones de tono antisemita, matando —entre otros— a algunos oficiales del AK judíos o considerados como prorrusos. Se elaboraron listas de personas a eliminar cuando la situación lo permitiera, pensando también que, tras la derrota nazi, comenzaría una nueva guerra entre las potencias occidentales y la URSS, y ellos tendrían su oportunidad para realizar el proyecto de una Polonia nacionalcatólica.

Esto no quiere decir que las NSZ no atacaran también a los alemanes, aunque según las órdenes del comando central ello debía ocurrir sólo en casos extremos, para evitar represalias. Ciertamente, la dirección de la formación consideraba a la URSS como el mayor peligro —dada la marcha de la guerra, ya desfavorable a los nazis desde Stalingrado—, y se fueron centrando cada vez más en combatir a los comunistas polacos y a los partisanos soviéticos. Para tener las manos libres llegaron a entablar pactos locales con los órganos de ocupación alemanes, comprometiéndose a combatir a los guerrilleros rojos. Con el tiempo, esta lucha desembocaría en una verdadera guerra fratricida.

Los esfuerzos de unidad del gobierno clandestino llevaron a que durante todo el año 1943 se desarrollaran conversaciones, una y otra vez rotas, para unir las NSZ al AK. Sólo a principios de 1944, con la amenaza cada vez más presente del avance del Ejército soviético, las NSZ se avinieron a unirse, eso sí, en unas condiciones de gran autonomía. La unificación no duró mucho, puesto que ya en junio del mismo año las NSZ salieron de las

fuerzas armadas clandestinas unificadas, dejando sólo unos 10.000 o 15.000 hombres dentro del AK.

Es cierto que tampoco el propio gobierno en el exilio veía a ambos grupos —ultraderechistas y comunistas— con buenos ojos, aunque solo consideraba abiertamente peligrosos a los comunistas, dado que eran aliados de la URSS y su caballo de Troya para hacerse con el poder en una futura Polonia liberada. El general Sikorski —líder indiscutible— consideraba que el camino de Polonia era el de convertirse en una democracia parlamentaria, de economía liberal, aunque social, y aliada a Francia y Gran Bretaña. No había en su concepción lugar para comunismo ni fascismo. Contra ambos enemigos tendría que luchar el grueso de la resistencia polaca durante muchos años todavía.

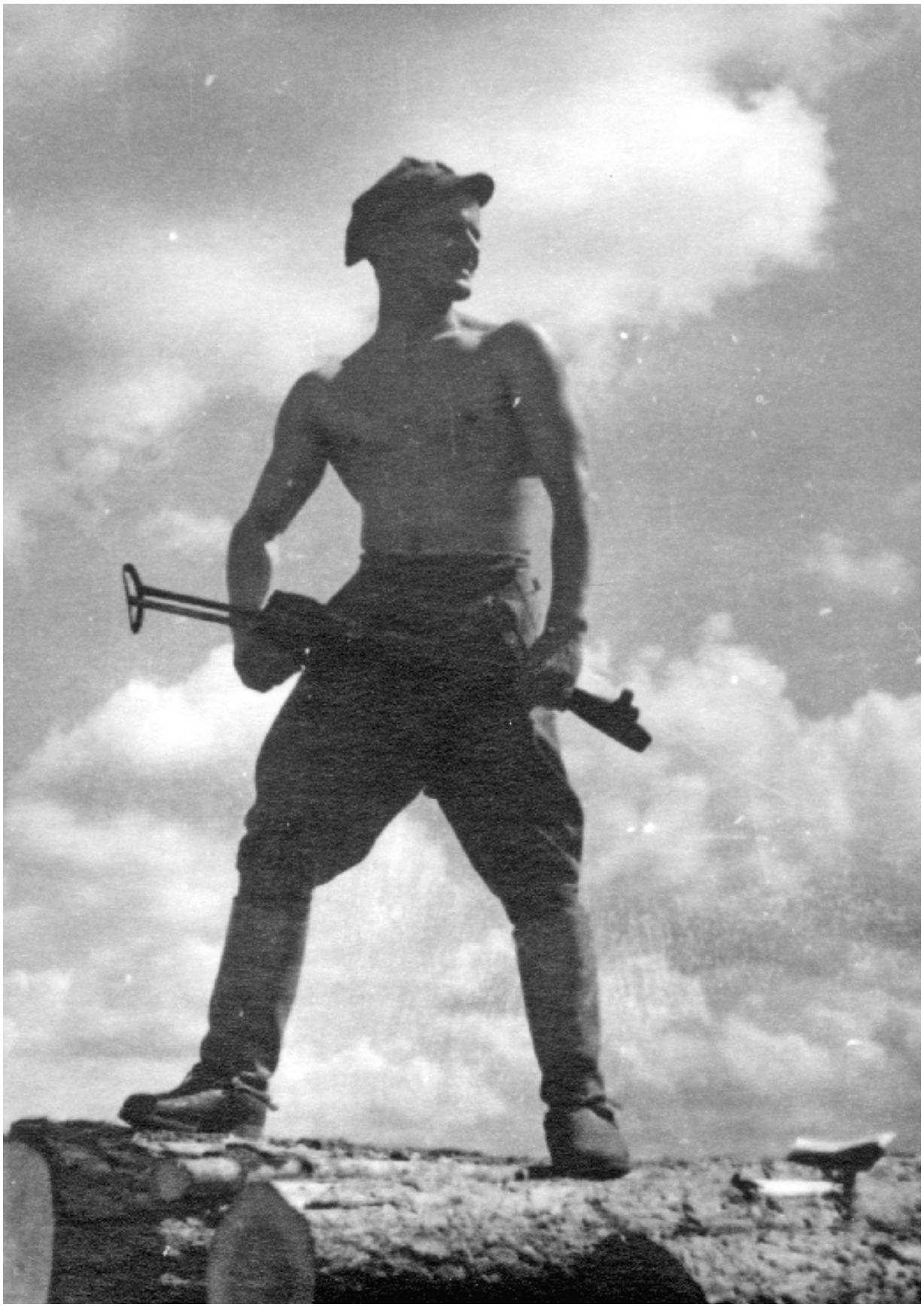

Foto 4. El capitán Longin Wojciechowski, «Ronin», jefe de la Cuarta Brigada partisana del AK polaco.

---

[1] Stefan Korboński, *Polskie Państwo Podziemnie. Przewodnik po podziemiu lat 1939-1945,* Varsovia: Świat Książki, 2008, p. 32.

[2] Monika Żeromska, *Wspomnienia,* Varsovia: Czytelnik, 1996, p. 303.

[3] Żeromska, *Wspomnienia,* p. 307.

[4] Stanisław Ruman, «Uciekłem Sowietom i Niemcom», en *Biuletyn Instytutu Pamięci Narodowej,* núm. 05-06, 2005, pp. 153-164.

[5] Testimonio de Meinhart Freiherr von Guttenberg, en Hans Walter Bähr (ed.), *Die Stimme des Menschen. Briefe und Aufzeichnungen aus der ganzen Welt, 1939-1945,* Múnich: R. Piper, 1961, pp. 35-36.

[6] Jan Grabowski, *Na posterunku. Udział polskiej policji granatowej i kryminalnej w zagładzie Żydów,* Sękowa: Czarne, 2020.

[7] Czesław Madajczyk, «Kann man in Polen 1939-1945 von Kollaboration sprechen?», en Werner Röhr (ed.), *Europa untern Hakenkreuz. Okkupation und Kollaboration. Beiträge zu Konzepten und Praxis der Kollaboration in der deutschen Okkupationspolitik,* Berlín, Heidelberg: Hüthig Verlagsgemeinschaft, 1994, pp. 133-148.

[8] Para la imagen del soldado rojo en esta primera ocupación, véase Tomasz Bereza, «Obraz czerwonoarmisty na okupowanych ziemiach polskich (1939-1941) w dokumentach, wspomnieniach i relacjach», en Piotr Chmielowiec (ed.), *Okupacja sowiecka ziem polskich 1939-1941,* Rzeszów, Varsovia: IPN, 2005, pp. 13-16.

[9] Véase, como mejor ejemplo, el caso de Lwów: Grzegorz Hryciuk, *Polacy we Lwowie, 1939-1944. Życie codzienne,* Varsovia: Książka i Wiedza, 2000, pp. 20-26.

[10] Tomasz Strembosz, *Rzeczpospolita podziemna. Spoleczeńswo polskie a państwo podziemne, 1939-1945,* Varsovia: Krupski i S-ka, 2000, esp. pp. 19-21.

[11] Strembosz, *Rzeczpospolita podziemna,* pp. 22-23.

[12] Rafał Wnuk, *«Za pierwszego Sowieta». Polska konspiracja na Kresach Wschodnich II Rzeczypospolitej (wrzesień 1939-czerwiec 1941),* Varsovia: IPN, 2007.

[13] Jan Gross, *Und wehe, du hoffst... Die Sowjetisierung Ostpolens nach dem Hitler-Stalin-Pakt 1939-1941,* Friburgo: Herder, 1988, pp. 121-122.

[14] Strembosz, *Rzeczpospolita podziemnia...,* p. 26.

[15] De entre la extensa bibliografía sobre el *Armia Krajowa* destaca el resultado del proyecto internacional dirigido por Bernhard Chiari (ed.), *Die polnische Heimatarmee. Geschichte und Mythos der Armia Krajowa seit dem Zweiten Weltkrieg,* Múnich: Oldenbourg, 2003.

[16] https://www.wprost.pl/historia/10245830/polski-ruch-oporu-w-czasie-ii-wojny-swiatowej-cztery-organizacje-ktore-trzeba-znac.html.

[17] Andrzej Paczkowski, *Pół wieku dziejów Polski (1939-1989),* Varsovia: PWN, 1998.

[18] Stefan Korboński, *Polskie Państwo Podziemnie...,* p. 61.

[19] Grzegorz Rutkowski, «Polski ruch oporu w czasie II wojny światowej. Cztery organizacje, które trzeba znać», en *Wprost,* 1 de septiembre de 2019, https://www.wprost.pl/historia/10245830/1/polski-ruch-oporu-w-czasie-ii-wojny-swiatowej-cztery-organizacje-ktore-trzeba-znac.html.

[20] Anita J. Prazmowska, *Civil War in Poland,* Houndmill: Macmillan Press, 2004.

[21] Leszek Zebrowski (ed.), *Narodowe Siły Zbrojne. Dokumenty, Struktury, Personalia,* vol. I, Varsovia: Burchard Edition, 1994.

[22] En general, sobre la Resistencia polaca y los judíos, puede verse Joshua D. Zimmerman. *The Polish Underground and the Jews, 1939-1945,* Nueva York: Cambridge University Press, 2015, y Jan Grabowski, *Judenjagd: Polowanie na Zydow 1942-1945,* Varsovia: Stowarzyszenie Centrum Badań nad Zagładą Żydów, 2011.

# CAPÍTULO 4

# NARRATIVAS Y DISCURSOS

La Resistencia europea fue, en sus discursos, amplísima y plural. Todos los espectros ideológicos, religiosos y sociales estuvieron representados en ella, incluidos los que, aparentemente, estaban más alejados de poder decidirse por una oposición a sus —presuntos— correligionarios. Por supuesto que las situaciones reales variaron mucho, dependiendo de países, regiones y momentos en la marcha de las ocupaciones. También se produjeron matrimonios muy extraños y combates y enfrentamientos en apariencia imposibles. Así, una parte de la ultraderecha nacionalista francesa se pasó a la Resistencia en cuanto se vio que Vichy no era un Estado soberano. Pero también hubo comunistas que, desencantados con las ocupaciones soviéticas y sus gobiernos impuestos, se pasaron a la resistencia armada. Un ejemplo fue uno de los presos de conciencia que más años pasó en cárceles de todo tipo, el comunista ucraniano Danylo Shumuk, quien a partir de 1943 estuvo combatiendo en el UPA[1]. Su figura es muy significativa porque de luchar como comunista por los derechos de la minoría ucraniana en Polonia en los años treinta, pasó a celebrar la anexión del Oeste de Ucrania por la URSS, para desencantarse luego de la ideología comunista, luchar —sin ilusiones— en la organización armada ucraniana contra la ocupación soviética de posguerra y terminar por convertirse en los años setenta en un disidente por la democracia en la URSS. Sus memorias, publicadas en la emigración en los años ochenta, fueron, a su vez, recibidas muy críticamente por los nacionalistas ucranianos, ya que cuestionaba muchos de sus mitos[2].

La Segunda Guerra Mundial fue una guerra de las ideas. El enfrentamiento no era sólo de ejércitos sino de palabras. La propaganda supuso uno de los grandes campos de batalla de la Segunda Guerra

Mundial. Todos los beligerantes eran conscientes de la importancia de ganar no sólo por las armas, sino en las cabezas de los enemigos. Para la URSS, que pretendía no sólo vencer sino convencer y asimilar a su sistema, la propaganda fue siempre de capital importancia. Para los nacionalsocialistas, que habían construido la imagen de Alemania como la nación portadora de la cultura de Occidente, el uso de mecanismos culturales para consolidar su dominio por las armas era algo inexcusable. Ni siquiera las mayores bestialidades cometidas por los nazis fueron capaces de erradicar por completo el influjo de la cultura alemana sobre Europa. La Resistencia europea fue capaz en buena medida de saber distinguir entre el fascismo hitleriano y la propia cultura alemana, las publicaciones cargadas de moralismo de quienes se enfrentaban a los invasores no siempre se dejaban llevar por el odio fácil y las ganas de revancha.

Por otro lado, el atractivo de la URSS, distribuido y acrecentado por los comunistas de todos lados, creció con las victorias sucesivas en la guerra y con la propaganda positiva de los aliados, que hicieron de Stalin —el antaño temido zar rojo— una especie de bonachón Papá Noel, el «Tío Joe». El hecho de que las directrices de la Comintern hasta su disolución en 1943 y de la política exterior soviética después fueran realistas y tendentes a pedir la unidad de acción de las fuerzas antifascistas, ayudó a crear una imagen benigna y democrática de los comunistas. Cierto que ello, sobre todo allá donde consiguieron una ventaja, no siempre impidió el sectarismo y la violencia contra sus rivales. Pero cuando Alemania claudicó, los soviets eran extremadamente populares en muchos países europeos y su sistema social y político parecía una de las opciones abiertas para el futuro. Esto se debía en gran medida a la propaganda por el hecho que había significado la Resistencia.

## *La prensa clandestina*

Buena parte de la construcción de los discursos y de la batalla de las ideas se dirimió en los miles de publicaciones clandestinas. La importancia de la prensa clandestina difícilmente puede ser sobrevalorada. En un ambiente de propaganda omnipresente y de censura absoluta, la mera presencia de un

medio independiente del poder de ocupación era ya un alivio psicológico para quienes pensaban haber perdido su país y su modo de vida. Al mismo tiempo, las publicaciones clandestinas servían para congregar a su alrededor a grupos de resistentes que acababan por formar organizaciones. Era el esquema clásico de la propaganda política del siglo XIX: el periódico servía como forma de aglutinar un grupo, así como para expresar unos postulados políticos que se esperaban que hicieran actuar a la población. Muchos de estos miles de periódicos —incluso aunque su alcance solía ser limitado— sirvieron para mantener la esperanza en una pronta liberación, informaban de la verdadera marcha de la guerra, proporcionaban líneas de acción para resistir.

Es interesante anotar que publicaciones clandestinas hubo tanto entre la resistencia a los nazis como entre quienes se oponían a los soviets y que, a partir de 1944, aprovechando la experiencia anterior, se extenderían entre los partisanos antisoviéticos. Sin embargo, no parecen ser estas tan abundantes como en la época inmediatamente anterior. La presión de los soviéticos sobre la sociedad —habremos de repetirlo muchas veces— fue mayor que la de los nazis, siquiera porque, al contrario que los invasores alemanes, la distinción entre indígenas y soviéticos, entre resistentes y colaboracionistas era mucho más difícil de hacer. Cualquiera podía ser un enemigo. Aun así, pudiera ser que tan sólo falten estudios adecuados y no conozcamos muchos casos.

De la importancia de la prensa podemos poner como ejemplo a Bélgica. Apenas un mes después de haber comenzado la nueva ocupación ya habían surgido los primeros periódicos clandestinos. Algunos de ellos recuperaban títulos aparecidos en la clandestinidad durante la primera Gran Guerra, estableciendo así una continuidad consciente. Un ejemplo fue *La Libre Belgique* (La Bélgica libre), importante periódico clandestino de los años de la primera ocupación y que hacia octubre de 1940 tenía al menos ocho réplicas, publicaciones clandestinas que usaban ese nombre. Hacia 1944 había más de trescientos periódicos que se publicaban regularmente, la gran mayoría en francés, aunque había también en flamenco y alemán. Al principio, la mayor parte de los periódicos eran iniciativas individuales o de una familia, hechos en casa, y de una y cuatro páginas. Muy pocos de ellos

tenían una tirada de más de doscientos ejemplares. Sus contenidos eran sobre todo expresiones de patriotismo tradicional, nacionalismo, y su tono, antialemán más que antifascista. En ellos se repetían las alusiones a la Primera Guerra Mundial y sus héroes. Como afirmaba Gaston Vandermeerssche, el joven que creó las redes de espionaje Ramón-Raymond y *WIM,* comenzó su resistencia reproduciendo copias del periódico clandestino *La Libre Belgique:*

> Yo mecanografiaba los artículos en la máquina de mi padre y producía 20 o 30 copias en una fotocopiadora que estaba en el ático (...) Luego las distribuía secretamente en escuelas y a las puertas de las casas[3].

Una de las más espectaculares acciones del FI (Frente de la Independencia, belga) es digna de figurar en los anales de la guerra psicológica. El 9 de noviembre de 1943, miembros del FI repartieron miles de ejemplares de un fingido *Le Soir,* el periódico belga colaboracionista. Por supuesto, los artículos eran de tono combativo y a veces hasta paródico, lleno de acusaciones contra el colaboracionismo y los ocupantes[4].

Algo muy parecido, pero a gran escala, tuvo lugar durante la Operación *N* del *Armia Krajowa* polaco. Aprovechando el hecho de que muchos polacos eran bilingües en alemán y con la ayuda de alemanes étnicos simpatizantes, una entera sección del ejército clandestino se dedicó a preparar periódicos y folletos trucados para sembrar la discordia y el temor entre los alemanes. Por ejemplo, editaron un folleto, aparentemente escrito por los servicios médicos de la Wehrmacht, en el que se daban instrucciones para evitar la congelación en el Frente del Este. Las descripciones eran tan horrendas que causaron frecuentes discusiones entre los soldados alemanes a los que iba destinado. También publicaron periódicos enteros que afirmaban ser los órganos de grupos de oposición de «verdaderos nacionalsocialistas» que estaban en contra de la marcha de la guerra. Las publicaciones de esta acción fueron distribuidas hasta lugares dentro del propio Reich muy alejados de Polonia, como Heidelberg o Stuttgart. La sofisticada red de difusión que lograron les permitió incluso hacer llegar panfletos antiprusianos («Ich scheiße auf Preußen») hasta Viena.

Los sacrificios de quienes publicaban los periódicos se entenderán mejor si observamos el caso de un país más lateral, Noruega. En su punto álgido hubo allí 300 periódicos clandestinos. Los nazis desarticularon al menos 120 de ellos. Unas 20.000 personas estaban relacionadas con su publicación o distribución, y de ellas, más de 3.000 fueron capturadas y enviadas a prisión o ejecutadas. Un ejemplo es Petter Moen, editor del *London Nytt* (que ofrecía una transcripción de noticias oídas por la BBC pero que tenía una cierta resonancia). Capturado por los nazis en febrero de 1944, se le transportó hacia Alemania en 1945, poco antes de que la guerra acabara, y su barco naufragó y murió. Interesante es que Moen, en un diario escrito clandestinamente en la cárcel, comentaba cómo el hacer el periódico le había llenado de orgullo[5].

En Dinamarca los editores ilegales pagaban ellos mismos sus periódicos, aunque a veces pedían dinero a los lectores o vendían algunos suplementos, especialmente los ilustrados. Su mayor fuente de ingresos era la venta de los libros prohibidos por los nazis, que se imprimían ilegalmente y que contaban con enormes tiradas, en las partes de atrás de las librerías o mediante el boca a boca. Vendían «desde *best-sellers* internacionales, como *One World* de Wendell Willkie y *The Moon is Down* de John Steinbeck» hasta libros de autores daneses populares. Parece ser que uno de los más vendidos era un libro de cocina, que en realidad contenía fórmulas para explosivos caseros e instrucciones sobre técnicas de sabotaje[6].

Es difícil establecer, siquiera aproximadamente, la repercusión de la prensa clandestina. El hecho de que fueran pasados de mano en mano implica que su circulación debió de ser mucho mayor que su tirada. Para Francia se ha calculado en 20 millones de lectores, la mitad de la población, pero está claro que habría que tener cuidado con tales cifras. Igualmente, con el tamaño de las tiradas: *Combat,* el periódico francés, aseguraba haber distribuido regularmente 300.000 copias, mientras que *Défense de la France* distribuía unos 250.000 (o 400.000 en algún determinado momento). En Francia se produjeron 300 títulos distintos, en Bélgica 500, con 75 publicaciones regulares. En Polonia hubo más de 500 títulos (25 mensuales, 34 quincenales, 58 semanales y 32 diarios). De los diarios polacos al menos 17 tenían tiradas de más de 4.000 ejemplares. Para

Dinamarca se dan cifras de 150.000 copias, con más de 600 periódicos que publicaron un total de aproximadamente 26 millones de copias en total. Los partisanos yugoslavos, por su parte, afirmaban haber publicado unos 3.000 títulos diferentes[7].

Menos información tenemos —como hemos dicho— de la prensa clandestina producida bajo las ocupaciones soviéticas. Para las zonas de Polonia Oriental ocupada hay algunas cifras para los años entre 1944-1953: 592 títulos de periódicos clandestinos, 180 títulos de libros y folletos y al menos 1.250 panfletos y octavillas[8]. De la prensa publicada por los partisanos lituanos, sabemos que las escalas de la edición clandestina eran muy amplias, gracias a un número considerable de máquinas de escribir y de multicopistas. En el contexto de la guerra de guerrillas era posible imprimir tiradas de hasta hasta mil o más copias[9]. El último número de «El eco de los disparos partisanos» *(Partizanų šūvių aidas)* se publicó en 1957.

## *Símbolos*

Las resistencias diseñaron una impresionante cantidad de distintivos y lemas de gran poder simbólico o se apoderaron de signos anteriores, de rasgos del pasado a los que dieron un significado nuevo para construir su identidad y la de sus grupos. A menudo se apoyaban en imágenes del pasado y símbolos enraizados en la historia del país. Se establecía así una identidad de luchas que reforzaba, por un lado, la legitimidad de quienes lo hacían —al inscribirlos en una perspectiva del largo plazo y la identidad nacional— y, por otro servía como imagen de un futuro de libertad que habría de venir inevitablemente. Como dice Tomasz Szarota,

> en esta situación, era de gran importancia mantener el ánimo de todos los que esperaban recuperar la libertad con la derrota de Alemania. Al mismo tiempo, también se trataba de crear un sentido de comunidad de naciones luchando contra el mismo enemigo, defendiendo los mismos ideales y valores[10].

Si en Bélgica la Resistencia había tomado sus modelos iniciales de la experiencia de la Primera Guerra Mundial, los primeros resistentes neerlandeses —Bernardus IJzerdraat, restaurador de alfombras de Haarlem

— denominaron a su grupo con el nombre de *Geuzengroep,* que recordaba a los rebeldes holandeses que lucharon en el siglo XVI contra el rey de España. Los partisanos soviéticos contra los nazis, por su parte, fueron ensalzados por la propaganda como sucesores de las guerrillas antinapoleónicas, el Partido Comunista de España en su prensa identificaba a los guerrilleros españoles como a luchadores por la independencia, similares a los guerrilleros de 1808. La lista podría seguir mencionando a casi cada grupo o ideología resistencialista.

Uno de los símbolos más importantes creados durante la guerra y que se internacionalizó al instante fue el signo de la V. Victor de Laveleye, un veterano resistente belga de la Primera Guerra Mundial y que durante la Segunda dirigió el servicio de propaganda belga de la BBC, animó a sus conciudadanos a la resistencia de una forma muy curiosa. En una emisión de la BBC radiada el 14 de enero de 1941 les impulsó a hacer pintadas con una V, porque, decía,

> la V es la primera letra de *Victoire* (Victoria) en francés y de *Vrijheid* (Libertad) en flamenco, como los valones y los flamencos marchan en este momento mano a mano, dos cosas que son la consecuencia la una de la otra, la *Victoria* nos traerá la *Libertad,* la victoria de nuestros amigos los ingleses. Y victoria en inglés se dice *Victory*[11].

La idea tuvo un éxito rotundo, resultaba además más fácil de pintar en los muros que las siglas RAF, que eran las que se habían estado pintando hasta entonces. Podían también hacerse con los dedos índice y medio, como Winston Churchill mostró en una famosa foto. Cuando la señal de la V comenzó a extenderse por toda Europa, los nazis intentaron apropiarse de ella y comenzaron a utilizarla en prensa y cartelería como señal de su propia victoria. Sólo en el momento en que las derrotas alemanas comenzaron a superar a las victorias, desaparecieron las V nazis de las representaciones públicas de la propaganda.

Como reacción al uso de la V por parte de los nazis, el estado clandestino polaco, por medio de su muy activa Oficina de Información y Propaganda del Comando Central del *Armia Krajowa,* decidió lanzar un concurso —no menos clandestino— para crear un símbolo que sirviera para sustituirla. Las principales características que un símbolo tal debía tener eran las de representar adecuadamente a la patria y ser muy fácil de pintar,

para evitar problemas a quienes lo hacían. De entre las 27 propuestas se eligió, en marzo de 1942, el llamado «ancla» de la Polonia Luchadora *(Polska Walcząca),* una composición entre una P y una W, que lograría una popularidad inmediata. Parece ser que su autora fue una joven de apenas veinte años, Anna Smoleńska, instructora de los *scouts* patrióticos, y estudiante de arte en la Universidad Clandestina de Varsovia. Smoleńska fue capturada por los nazis y enviada a Auschwitz, donde murió en 1943.

También los partidarios de De Gaulle crearon su propio símbolo. Ante la necesidad de tener un símbolo que oponer a la esvástica nazi, la Francia Libre recuperó un símbolo de origen cristiano, la cruz de los patriarcas, aunque —erróneamente— se le asignó el nombre de «Cruz de Lorena». Los barcos y aviones de la Francia Libre comenzaron a portarla ya en 1940, la BBC la comenzó a introducir en el país, recomendando su uso en fiestas patrióticas a partir de 1941[12].

Como parte de ese «pequeño sabotaje» o de esa «resistencia cotidiana», pintar los símbolos en lugares públicos exigía mucho coraje. Pero podía tener un gran valor emocional para muchos ciudadanos comunes y corrientes. Un resistente francés escribía en abril de 1942:

> A lo largo del Sena, entre la Porte du Carrousel y la Place de la Concorde, todos los plátanos muestran una gran V alrededor de una cruz de Lorena tallada profundamente en su corteza. Admiro la osadía de un trabajo como ese. Sin duda se necesitó todo un equipo. Las autoridades de ocupación hicieron tachar las inscripciones, pero eso las hace aún más visibles. Las manchas negras atraen la atención. Y las inscripciones van a crecer durante años, con los árboles[13].

En general, la simbólica de la resistencia contra los invasores alemanes se apoyó en imaginarios patrióticos, pero también en anhelos de liberación social encarnados por los socialismos (de ahí el uso de símbolos como la Internacional, las estrellas de cinco puntas o la bandera roja por muchos partisanos, no sólo comunistas). La resistencia contra los soviets —sobre todo en la segunda ola, a partir de 1944— buscó casi exclusivamente motivos patrióticos y de resistencia nacional, aunque muchos de ellos estaban mezclados con signos y símbolos cargados de religiosidad.

## *Músicas*

La música cumple un papel excepcional en la emocionalización de las sociedades y en la producción de la identidad compartida de los grupos humanos. Como muestra el rico patrimonio de las músicas de la Guerra Civil Española, los años treinta y cuarenta suponen además la época en la que la cultura de masas irrumpe con fuerza a través de la radio, las grabaciones y el cine. Las sociedades ocupadas estaban impregnadas de música y algunas de ellas —el jazz, el swing, el tango— estaban prohibidas o perseguidas por los ocupantes, al menos durante determinadas épocas.

Pero aparte de la música de la época, las resistencias produjeron sus propias músicas, que tenían el objetivo de prestar identidad al movimiento y expresar esperanzas o perspectivas de futuro y, a veces, la melancolía de quienes se sienten condenados. Un ejemplo es «Le chant des partisans», escrito por la cantante y guitarrista francesa de origen ruso Anna Marly en 1941, con texto en ruso. Luego, dos escritores miembros de la Resistencia, Joseph Kessel y Maurice Druon, lo adaptaron al francés. Introducida en el país por la radio clandestina y por su publicación en una revista de la Resistencia, *Cahiers de Libération,* la canción se hizo inmensamente popular en la Francia de la época e incluso después de la guerra, llegando a ser un himno no oficial del país por algún tiempo. La canción se convirtió en patrimonio de la memoria de la Resistencia y ha sido usada, de vez en cuando, para reafirmar la pureza de los tiempos resistenciales en comparación con los posteriores. Así, un presidente de una asociación de resistentes escribió muchos años después a Anna Marly:

> en los días en que la unidad fraterna de la Resistencia se desintegra bajo la influencia corrosiva de la política, o el mismo nombre de ser Resistente ha pasado a convertirse en un apelativo ridículo, en sus canciones vive y vivirá asociado con su nombre el espíritu ardiente de la Resistencia[14].

Quizá más conocida sea la canción soviética «Katiusha», escrita por Matvey Blanter en 1938, pero popularizada durante la Segunda Guerra Mundial como canción para el frente, incluido el partisano. Los consejeros militares soviéticos y la radio moscovita la transportaron por Europa hasta tal punto que se hicieron versiones de ella en varios idiomas. Una de las versiones más populares fue la traducción italiana que, con el título de «Fischia il vento» escribió Felice Cascione en 1943, apenas un año antes de

morir. De la Resistencia italiana provenía también otra de las canciones más conocidas, «Bella Ciao». Se trataba de una vieja canción de lamento de las mujeres que cosechaban el arroz en la Italia del siglo XIX que, con otra letra de autor desconocido, se hizo muy popular entre los resistentes italianos. Los partisanos italianos cantaban también canciones comunistas o religiosas, dependiendo de colores políticos o situaciones geográficas. También en Polonia el género de la «canción partisana» se convirtió en extremadamente popular. Durante los años de la dictadura comunista, se desarrolló un movimiento cultural desplegado sobre todo en grabaciones y en repetidos «concursos de canción partisana» que gozaron de enorme popularidad[15].

El poder de la música para encabezar discursivamente la Resistencia se muestra muy claramente cuando el secretario general del partido comunista griego Zachariádhis, hablando en Salonika el 24 de agosto de 1945, y amenazando con tomar de nuevo las armas decía:

> Si la situación no se vuelve pronto y drásticamente hacia un desarrollo democrático normal, responderemos al monarco-fascismo en las ciudades, las montañas y las aldeas con los mismos medios. Y si los intereses supremos del pueblo lo exigen, la gloriosa canción de marcha «Empros ELAS gia tin Ellada» (Adelante ELAS, por Grecia) volverá a sonar en los barrancos y en las cimas de las montañas[16].

La música se convertía a menudo en seña de identidad, discurso de unión y medio de fortalecimiento emocional. Las canciones e himnos impulsaban la idea de que no se estaba solo en la lucha contra el invasor.

## *Europa y la Resistencia*

El exacerbado nacionalismo de los fascismos propulsó un movimiento de reacción intelectual contra los exclusivismos etnicistas que se unió a las ideologías desarrolladas tras la Gran Guerra para crear un sentimiento proeuropeísta. En una encuesta que llevó a cabo el organismo oficial francés de estadística publicada el 15 de julio de 1945, el 73 por ciento de los franceses estaba a favor de la construcción de un estado federal europeo[17]. Un análisis de la prensa de Polonia y Checoslovaquia durante

los dos primeros años de posguerra nos confirma que tanto en el este como el oeste los sentimientos europeístas estaban, justo al final de la guerra, muy extendidos[18]. La depresión económica de la posguerra, junto con el desarrollo de la Guerra Fría y el surgimiento del telón de acero hicieron que estos sentimientos disminuyeran primero y que se concentraran luego en una construcción europea limitada al oeste del continente y diseñada desde arriba. Prueba de que la «federación europea» acabó por convertirse en un proyecto occidental es que si en el Congreso Europeo de mayo de 1948 aún había representantes de Europa Oriental, en su mayoría exiliados, un año más tarde, en la fundación del Consejo de Europa, ya sólo participaron países occidentales.

Sería absurdo pensar —como a veces sostienen círculos antieuropeístas — que estos sentimientos habían sido obra principal de la propaganda nazi dirigida a alabar el «Nuevo Orden Europeo» por ellos construido. Los esfuerzos propagandísticos de los nazis por asegurarse la colaboración de los fascistas de todo el continente con imaginerías europeístas tuvieron cierto éxito, sobre todo para crear las pautas discursivas anticomunistas propias de la Guerra Fría acerca de la «Defensa de Europa» contra «el bolchevismo». Pero no había en ello fuerza integradora porque, como el propio Hitler en su llamado «Segundo libro» dejaba muy claro, la única posibilidad de unión europea que veían los nazis era la de una Europa bajo el dominio imperial alemán. Para los nazis sólo un liderazgo fuerte e implacable podía llevar al continente a las cimas de la civilización y para ello todas las naciones debían subordinarse al único pueblo cuya herencia genética era lo suficientemente fuerte como para poder «crear cultura»[19].

Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial la idea de una federación europea era un proyecto verdaderamente paneuropeo, en el que los checos o los húngaros participaban tan activamente como franceses o alemanes. El «Movimiento Paneuropeo» de Richard Coudenhove-Kalergie (quien era de nacionalidad austriaca) no sólo incluía a Europa central como parte importante de su proyecto, sino que también participaban en él conocidos políticos de los países situados más allá del Elba, como Tomas Masaryk, Edvard Benes y Milan Hodza[20]. También debemos considerar como parte de la historia de la unificación europea los planes de uniones y federaciones

de estados que, aunque limitados a ciertos países de Europa Central u Oriental, prepararon el camino a la idea de la unidad europea. Ejemplos de ello son los diversos proyectos de federación en el ámbito del Danubio o la concepción de «Mitteleuropa» de Friedrich Naumann. Para los comunistas —pese a que Trotski había escrito acerca de la «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de Europa»— continuaron vigentes mucho tiempo las palabras de Lenin contra los «Estados Unidos de Europa». El propio paneuropeísmo de entreguerras era violentamente anticomunista y excluía de Europa a Rusia y su reencarnación en la URSS.

Sin embargo, la resistencia en Europa —pese a ser nacional y nacionalista— se desarrolló en un obligado contexto transnacional y paneuropeo. No había otra posibilidad. Si por un lado las líneas de salvamento cruzaban países y fronteras sin pausa ni tregua, si los fugitivos y exiliados —como los españoles— se unían a los partisanos, también los increíbles movimientos de miles de personas a lo largo de todo el continente (trabajadores esclavos, exiliados, fugitivos, soldados de muy diversas naciones yendo a servir en otros países, funcionarios de las administraciones de ocupación...) contribuían a crear contactos, ligazones y a cambiar las imágenes mentales. Un ejemplo cercano nos lo proponen los miembros de la División Azul española cuando, en su trayecto hacia el Frente del Este, conocieron Alemania, Lituania, Polonia, Bielorrusia y la propia Rusia. Independientemente de sus ideologías, muchos de los divisionarios desarrollaron sentimientos de conexión para con estos territorios que durarían todas sus vidas.

Durante la propia Segunda Guerra Mundial, junto a los planes de federación de posguerra desarrollados por la Resistencia francesa o italiana, hubo también una importante serie de planes producidos por la Resistencia polaca o checa relativos a la unificación europea tras la victoria sobre las fuerzas nazis[21]. En el «Manifiesto de Buchenwald», esa extraordinaria muestra de europeísmo surgida del infierno de un campo de concentración, encontramos cómo la resistencia en los campos de concentración se preocupa por la unidad del continente:

> Nuestro objetivo más alto es, en colaboración con los estados socialistas, llegar a una comunidad de estados europeos que conceda orden y bienestar a nuestro castigado continente a través de una

> economía común. Esto debe servirnos como medio para renovar la misión cultural de Europa en el mundo hacia el nivel social del socialismo. La primera condición para ello es en nuestra opinión el entendimiento y la cooperación germano-francesa y germano-polaca; la segunda, que Alemania se integre en el mundo anglosajón. De este modo queremos crear una conciencia común europea, que es lo único que puede traer la paz a los pueblos.

Es lo que se ha denominado el «nacimiento del federalismo europeo a partir del espíritu de la Resistencia»[22].

Por poner un ejemplo de resistencia transnacionalizada y europeísta, una importante formación de la Resistencia alemana, que también poseyó una específica forma de acercamiento a Europa, lo constituía el grupo «La Unión Europea». Este grupo fue formado en Berlín alrededor de unos círculos de cripto-comunistas y socialistas, judíos escondidos por el propio grupo, personas de tendencia antinazi que trabajaban en hospitales y centros de investigación, así como algunos emigrados políticos enviados por los soviéticos como agentes[23]. Desde el principio sus miembros intentaron atraerse a los *Zwangsarbeiter,* los «trabajadores esclavos» que habían sido traídos por los nazis de los países ocupados para cubrir las demandas de mano de obra. A través de Konstantin Zadkevich, hijo de emigrantes rusos y políglota, consiguieron formar una extendida red de colaboradores de diversas nacionalidades (soviéticos y franceses principalmente) entre los *Zwangsarbeiter*. El objetivo del grupo era el de organizar todas las fuerzas posibles para, cuando se derrumbara la Alemania nazi, poder construir una «Europa socialista y libre» aliada con la URSS. Sus miembros fundadores Georg Groscurth, Robert Havemann, Paul Rentsch y Herbert Richter se veían a sí mismos como parte de una lucha antifascista de ámbito europeo y no se contentaban con luchar contra el nacionalsocialismo desde Alemania. A finales del verano de 1943 la Gestapo, que había estado siguiendo a dos paracaidistas enviados por los soviéticos, descubrieron la red y arrestaron a varias decenas de sus miembros. Del grupo básico sólo sobrevivió Robert Havemann, gracias a su trabajo como químico. Havemann vivió en la RDA y se convirtió luego en uno de los principales disidentes contra el régimen comunista.

También tanto los conspiradores antihitlerianos del Círculo de Kreisau como los hombres del «20 de julio» desarrollaron amplios y complicados

planes europeístas que nos muestran hasta qué punto «Europa» era ya una preocupación profunda de los intelectuales alemanes. En Italia, un grupo de antifascistas encarcelados en Ventotene, una isla en el golfo de Gaeta, y entre los que estaban Altiero Spinelli (1907-1986) y Ernesto Rossi (1897-1967) promovieron en junio de 1941 un manifiesto, el llamado «Manifiesto de Ventotene», en el que llamaban a una «revolución europea» que sería democrática, socialista y que traería consigo la unidad del continente y el fin de los estados nación. Tras la caída de Mussolini fueron ellos los que crearon el Movimiento Federalista Europeo, que desempeñaría un cierto papel en las primeras fases de la construcción europea. En la Resistencia francesa se desarrollaron corrientes europeístas, entre las que destacaron los autores reunidos en torno al movimiento —y la revista clandestina— de *Combat*. Entre sus responsables estaban Henri Frenay, quien después de la guerra se mostraría como un destacado paladín del europeísmo y enfrentado al nacionalismo de De Gaulle. Según *Combat,* la Resistencia sería la «esperanza de Europa, el cimiento de las uniones del mañana». Con la marcha de la guerra y la cada vez más clara perspectiva de la derrota alemana, las organizaciones de resistencia europeas comenzaron a plantear acciones y planes de futuro conjuntos. Ciertamente era esto muy difícil. Si las diversas organizaciones de la Resistencia no habían tenido en principio más objetivo que el liberar sus países, es cierto que muchas de ellas desarrollaron luego planes más ambiciosos para después de la guerra. Entre ellos se encontraban los numerosos intentos y propuestas de federalismo regional o paneuropeo. En mayo de 1944, después de varias reuniones anteriores, un grupo de delegados de grupos de resistencia de Francia, Italia, Holanda, Dinamarca, Noruega, Polonia, Checoslovaquia y hasta de la propia Alemania, firmaron en Ginebra un «Proyecto de Declaración de las Resistencias Europeas». La declaración partía de que

> La resistencia a la opresión nazi que une a los pueblos de Europa en el mismo combate creó entre ellos una solidaridad y una comunidad de propósitos e intereses que toman toda su importancia en el hecho de que los delegados de los movimientos de la resistencia europea se reunieron para redactar esta declaración, donde tienen la intención de expresar sus esperanzas y sus intenciones sobre el destino de la civilización y la paz[24].

Pese a la mitologización europeísta que envuelve a esta declaración, las discusiones de este grupo dejaron al descubierto las diferencias —bastante grandes— entre las concepciones más federalistas y las más soberanistas y entre las diferentes visiones acerca de los límites geográficos de Europa (en especial la relación con Gran Bretaña y la URSS). Pero, en cualquier caso, el que en medio de la tormenta de la guerra y tras una explosión de nacionalismos como la que había producido el período de entreguerras, los representantes de las minorías resistentes consiguieran crear algunas líneas de una nueva Europa, ha de ser considerado como una de las grandes herencias simbólicas y discursivas de la Resistencia.

Foto 5. Fotografía del período de la ocupación alemana de Varsovia. Centro Sur. Monumento al Aviador en la plaza de Unia Lubelskiej con el «Ancla» pintado por el *scout* Jan Bytnar, «Rudy».

---

[1] Danylo Shumuk, *Za skhidnim obriyem,* París, Baltimore, 1974.

[2] Danylo Shumuk, *Life Sentence: Memoirs of a Ukrainian Political Prisoner,* Edmonton: Canadian Institute of Ukrainian Studies, University of Alberta, 1984.

[3] Lande, *Resistance,* p. 128.

[4] Henri Bernard, *Historia de la Resistencia europea,* Barcelona: Orbis, 1986, p. 173.

[5] Citamos por la edición alemana Edzard Schaper (ed.), Petter Moen, *Tagebuch,* Fráncfort: Fischer, 1959, p. 46. En castellano: Petter Moen, *Diario,* Madrid: 27letras, 2009.

[6] David Lampe, *Hitler's Savage Canary: A History of the Danish Resistance in World War II,* Nueva York: Skyhorse Publishing, 2011 (1957).

[7] Harry Stone, *Writing in the Shadow. Resistance publications in Occupied Europe,* Londres: Frank Cass, 1996, pp. 183-184.

[8] Władysław Chojnacki y Marek Jastrzębski (eds.), *Bibliografia polskich publikacji podziemnych wydanych pod rządami komunistycznymi w latach 1939-1941 i 1944-1953. Czasopisma, druki zwarte, druki ulotne. Bibliography of Polish Underground Publications Issued under Communist Rule 1939-1941 and 1944-1953. Periodicals, Books, Brochures and Leaflets*, Varsovia, 1996.

[9] https://www.vle.lt/straipsnis/lietuvos-partizanu-spauda/ (05-01-2021).

[10] Tomasz Szarota, *V – jak zwycięstwo: Symbole, znaki i demonstracje patriotyczne walczącej Europy 1939-1945,* Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne, 1994, 127.

[11] Citado en Tinou Dutry-Soinne, *Les méconnus de Londres. Journal de guerre d'une Belge 1940-1945,* Bruselas: Racine, 2006, pp. 188-189.

[12] Bruno Leroux, «Croix de Lorraine», en François Marcot, *Dictionnaire historique de la Résistance,* París: Robert Laffont, 2006, pp. 925-927.

[13] Jean Guéhenno, *Diary of the Dark Years, 1940-1944. Collaboration, Resistance, and Daily Life in Occupied Paris,* Oxford: OUP, 214, p. 152.

[14] Citado en Marcot, *Dictionnaire,* p. 1000.

[15] Stanisław Świrko (ed.), *Z pieśnią i karabinem: pieśni partyzanckie i okupacyjne z lat 1939-1945: wybór materiałów z konkursu ZMW i «Nowej Wsi»,* Varsovia: Ludowa Spółdzielnia Wydawnicza, 1971.

[16] David Brewer, *Greece, the Decade at War: Occupation, Resistance and Civil War,* Londres: I.B.Tauris, 2016, p. 212.

[17] Walter Lipgens (ed.), *Europa-Föderationspläne der Widerstandsbewegungen. 1940-1945,* Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1968, pp. VII; Walter Lipgens (ed.), *Continental Plans for European Union, 1939-1945,* Berlín: De Gruyter, 1985.

[18] Cfr. Faraldo, Gulińska-Jurgiel, Domnitz (eds.), *Europa im Ostblock...*

[19] Birgit Kletzin, *Europa aus Rasse und Raum. Die nationalsozialistische Idee der Neuen Ordnung,* Múnich, 2002; B. Bruneteau, *L'Europe nouvelle de Hitler. Une illusion des intellectuels de la France de Vichy,* Mónaco, 2003; Tomasz Głowiński*, O nowy porządek europejski. Ewolucja hitlerowskiej propagandy politycznej wobec Polaków w Generalnym Gubernatorstwie, 1939-1945,* Wrocław, 2000.

[20] Richard N. Graf Coudenhove-Kalergie: *Paneuropa,* Viena, Leipzig, 1924.

[21] Walter Lipgens (ed.), *Europa-Föderationspläne...*

[22] Ernst Friedländer, *Wie Europa begann,* Colonia, 1968, p. 50.

[23] Bernd Florath, «Die Europäische Union», en Johannes Tuchel (ed.), *Der vergessene Widerstand – zu Realgeschichte und Wahrnehmung des Kampfes gegen die NS-Diktatur,* Gotinga: Wallstein Verlag, 2005, pp. 114-139.

[24] https://www.cvce.eu/obj/projet_de_declaration_des_resistances_europeennes_20_mai_1944-fr-d68ca0ad-c24b-4906-8235-96b82814133a.html.

# CAPÍTULO 5
# LA LUCHA EN ESCANDINAVIA

La intensa explosión de solidaridad internacional con la República Española no se repitió para con Polonia después de septiembre de 1939, como no se había producido unos meses antes para con Checoslovaquia. Ciertamente el grisáceo régimen autoritario de la «Sanacja» polaca no era un sistema político fácil de defender, y tampoco la pequeña república checoslovaca, el último oasis de democracia en el centro de Europa, resultaba objeto de importancia simbólica suficiente. Para entonces, miles de exsoldados de la derrotada República Española estaban internados en campos de refugiados del sur de Francia. Los miembros de las Brigadas Internacionales o bien se hallaban encerrados en campos franquistas o franceses, o habían regresado a sus aún neutrales patrias, donde se les sometía a castigo u ostracismo. En algunos casos, los brigadistas intentaban a toda costa regresar a su Polonia o Checoslovaquia natales para participar en su defensa. Muchos de estos soldados republicanos y brigadistas iban a tener un papel importante en la organización de las resistencias contra los nazis a partir de 1941.

Durante meses tuvo lugar lo que se conoció como la «guerra de mentira» *(drôle de guerre, Sitzkrieg)*. Tanto Francia como Gran Bretaña se encontraban oficialmente en guerra con Alemania desde el 3 de septiembre de 1939. Sin embargo, excepto alguna patrulla exploratoria y unas incursiones de pocos kilómetros cuadrados, las tropas aliadas no habían hecho apenas amagos de atacar a Alemania. La esperanza de británicos y franceses era de que —nuevamente— Hitler se contentaría con tragarse otro país —esta vez Polonia— y se quedaría por fin satisfecho. Y si esto no resultaba así, al menos ganarían tiempo para una guerra que ellos esperaban sería de posiciones, como en la Primera Guerra Mundial. Tampoco Francia ni Gran Bretaña habían declarado la guerra a la Unión Soviética, pese a que

los tratados firmados con Polonia suponían que un ataque al territorio polaco sería considerado acto de guerra contra ellos. La clase política de ambos países no había comprendido el cambio tan radical que la estrategia de la guerra relámpago hitleriana —y estaliniana— había introducido en el nuevo conflicto. Los habitantes de Europa Occidental no estaban dispuestos a «morir por Danzig», la suerte que corrieran «países lejanos de los que no sabemos nada» —así había hablado el primer ministro británico, Chamberlain— no era prioridad para nadie.

La siguiente fase de la guerra giró en torno a Escandinavia y el Báltico. Los países de la zona —Suecia, Dinamarca, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania— se habían apresurado a declararse neutrales, los alemanes les habían dado garantías de no atacarlos. La Unión Soviética, que en el pacto firmado con la Alemania nazi se había reservado la influencia sobre el Báltico y Finlandia, vio la posibilidad de obtener ventajas de la situación de guerra. Así, a principios de octubre de 1939, la URSS planteó a Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania la necesidad de establecer bases militares en sus respectivos territorios. El caso finlandés fue especialmente grave, ya que se expusieron unas exigencias territoriales bastante duras acerca de la zona de Carelia y del lago Ladoga. Ante la negativa finlandesa —que temía que las reivindicaciones no acabaran allí—, la URSS lanzó sus tropas a invadir el país[1]. Puede que la borrachera producida por el rápido éxito en Polonia cegara a los jerarcas soviéticos, el caso es que Finlandia supo defenderse con fiereza, derrotando sucesivamente al Ejército Rojo, aunque sin poder alcanzar una victoria clara. De este modo, la llamada Guerra de Invierno se sucedió hasta el armisticio de marzo de 1940, en el que Finlandia asumió grandes pérdidas, incluida la segunda ciudad del país, Viipuri (Vyborg). En esta guerra, la URSS ensayó algunos métodos como la formación de un gobierno títere en el exilio y la combinación de exigencias territoriales e intimidación que luego devendrían estándar para la construcción del glacis soviético en Europa Central y Oriental desde 1944. Por otro lado, es muy posible también que esta victoria pírrica hiciera que la URSS fuera más cuidadosa en sus intentos de ocupar países.

Finlandia, al contrario que Polonia, recibió en esta guerra un cierto apoyo exterior que de alguna manera recuerda a la experiencia española. Un

cierto número de voluntarios de países nórdicos y bálticos se alistaron en el ejército finlandés para combatir a la URSS, Suecia y Gran Bretaña enviaron también armas y pertrechos. Francia y Gran Bretaña elaboraron un plan para enviar tropas a través de Noruega y Suecia, pero las objeciones de estos países a dejarlas pasar, así como el rápido fin de la guerra impidieron que se llevara a cabo.

### *La marcha soviética sobre el Báltico*

Ante la presión soviética y el ejemplo de la guerra con Finlandia, las tres repúblicas bálticas se habían avenido a firmar los pactos militares y a dejar que la URSS estableciera sus bases. Ello significaba en realidad una ocupación encubierta. La política de presión sobre los estados bálticos subió de nivel hasta que fueron engullidos dentro de la Unión Soviética. La mecánica fue muy similar para los tres países. La URSS acusó a los tres de romper el pacto militar, lanzó un ultimátum exigiendo que dejaran entrar a más tropas, los gobiernos cedieron, las tropas entraron. A partir de ese momento los soldados del Ejército Rojo, apoyados por las milicias obreras organizadas por los comunistas y los enviados por Moscú se dedicaron a presionar con actuaciones callejeras y manifestaciones. Toda referencia a una «ocupación» quedó prohibida. Al tiempo se llevó a cabo una campaña de asalto a los símbolos de la identidad de los países bálticos, se retiraban los monumentos a la independencia, se combatía el uso de la bandera. Al final se produjeron votaciones parlamentarias trucadas, en los que a la mayoría de los candidatos nacionalistas se les impidió presentarse.

En Estonia, que desde 1934 estaba bajo el gobierno autoritario del presidente Konstantin Päts, y donde los partidos políticos estaban prohibidos, la tensión política había sido, antes de la llegada de los soviéticos, considerable. El 28 de septiembre de 1939 se firmó el pacto de asistencia mutua con la URSS por el que se permitían bases soviéticas en territorio estonio. Mientras que el ejército estonio poseía por entonces unos 15.000 hombres, el número de tropas soviéticas alcanzaba los 25.000 y en junio de 1940, después de nuevas amenazas, su número llegó incluso hasta 100.000. Tras un cambio de gobierno en el mismo mes, los soviéticos

dictaron al presidente estonio la composición del nuevo gobierno, con el primer ministro Johannes Vares a la cabeza. El nuevo gobierno prosoviético —aunque aún sin comunistas en él— comenzó la reestructuración del país siguiendo el modelo estalinista.

Lo mismo sucedía en Letonia y Lituania. El pacto que permitió la entrada de las tropas soviéticas se firmó en Letonia el 5 de octubre de 1939 y en Lituania el 10 del mismo mes. Bajo presiones diversas, la URSS aprovechó la situación —incluida la ofensiva alemana hacia el oeste en mayo— para ir haciéndose con el poder en las repúblicas. Como para mostrar la coordinación de la sovietización, las elecciones para elegir nuevo parlamento tuvieron lugar simultáneamente en los tres países entre el 14 y el 15 de julio de 1940. Los parlamentos resultantes se reunieron el 21 de julio, declararon a sus países «repúblicas socialistas» y pidieron la admisión en la URSS. Para entonces, el presidente-dictador lituano, Antanas Smetona, había ya huido del país con algunos miembros de su gobierno, mientras que Päts, el estonio, y Kārlis Ulmanis, el letón, fueron detenidos y enviados al interior de la URSS, donde murieron en confinamiento. El 22 de agosto de 1940 el Comité Central del Partido Comunista de la URSS aceptó las constituciones para las tres repúblicas bálticas y, tras su ratificación por los gobiernos sovietizados, éstas pasaron a constituir formalmente parte del Estado soviético. A principios de septiembre del 1940, los ciudadanos de las tres repúblicas recibieron la nacionalidad soviética.

La forma en que las ocupaciones se habían llevado a cabo, con una mezcla de amenazas y de acciones aparentemente legales, dejaron desactivada la oposición. De todos los jefes de Estado bálticos sólo el lituano Smetona propuso una resistencia armada, que fue desechada finalmente ante la imposibilidad manifiesta de vencer. La superioridad numérica del inmenso imperio de Stalin era abrumadora, por supuesto, pero también la falta de legitimidad de los gobiernos autoritarios permitía que, en los primeros momentos, no hubiera posibilidades de unir la población en un frente común. Al mismo tiempo, no podemos olvidarlo, la URSS y Alemania habían firmado un pacto que parecía duradero a los ojos de todos, los aliados estaban envueltos en combates en el oeste y, por el cariz que

tomaban las operaciones —caída de Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca —, parecía que poco iban a poder hacer. Aparte de ello, no lo olvidemos, estos países no habían sido independientes más que durante veinte años, la mayor parte de sus habitantes habían nacido en el Imperio ruso. Una ocupación, pues, era algo que entraba dentro de su comprensión del mundo, aunque era mayoritariamente rechazada y, por supuesto, no se percibía como una «reincorporación» a la madre patria, como querían los soviéticos. En general, en el Báltico, la población asumió la sovietización como una ocupación. Los regímenes de entreguerras, pese a ser dictaduras, se habían conformado sobre una base social de élites y grupos sociales que, habiendo primero conquistado con las armas la independencia, habían logrado beneficios sociales y políticos en la construcción del Estado. Esto se refería incluso a la clase obrera, la cual, pese a las tensiones y revueltas de origen económico y hasta político, habían llegado a asociar su bienestar con el de las naciones en las que habitaban.

El proceso de sovietización avanzó muy deprisa: disolución de organizaciones de todo tipo, integración de parte de los ejércitos en el Ejército Rojo, nacionalizaciones de la economía, establecimiento de censura y purga de libros. Las primeras detenciones no se hicieron esperar, aunque todavía no adquirieron niveles masivos.

La planificación de la ingeniería social sólo alcanzó un temprano clímax cuando la primera ocupación soviética ya llegaba a su fin. Entre mayo y junio de 1941, justo antes de comenzar el ataque alemán sobre la URSS, decenas de miles de personas fueron deportadas del Báltico hacia las profundidades de la Unión —los Urales, Kazajstán y Siberia principalmente —. Más de 18.000 personas —familias enteras— fueron sacadas de Lituania, en su mayoría miembros de la *intelligentsia,* profesores, militares, autoridades y militantes relevantes de partidos políticos, pero también granjeros y empresarios. En Estonia, aparte de al menos unos 10.000 deportados en esos meses, el que la ofensiva alemana se detuviera dio tiempo a los soviéticos para deportar a Siberia a unos 33.000 jóvenes del norte del país[2].

## *La semilla de la Resistencia*

Cierto que hubo algunas expresiones de una resistencia que fue en principio más bien callejera, desorganizada, espontánea. Típicos fueron los enfrentamientos durante las manifestaciones que organizaban los comunistas para exigir la entrada de los países en la URSS. Por lo general, alguien alzaba una bandera nacional o profería una consigna patriótica y se comenzaba una pelea. También se usaba cualquier tipo de reunión para demostrar la oposición nacionalista. Un ejemplo fue el 18 de julio de 1940, tras un partido de fútbol en el estadio de Kadriorg en Tallin, capital estonia, en el que Estonia ganó a Letonia por 2 a 1, los espectadores, unos siete mil, se dirigieron hacia el palacio presidencial para saludar al presidente Päts. Considerado esto por la milicia popular comunista como un acto subversivo, intentaron impedirlo, se produjeron incidentes, aparecieron tropas del Ejército Rojo que obligaron a los manifestantes a dispersarse. Varios líderes de la federación central de deportes de Estonia fueron detenidos y se les hizo responsables de los disturbios.

Algunas organizaciones estonias de resistencia que se crearon a lo largo del verano, fueron descubiertas pronto y deshechas, sus integrantes encarcelados, y cuando comenzó la guerra con Alemania, en junio de 1941, ejecutados. Pequeños grupos surgieron en algunos lugares, a menudo formados por estudiantes, como una «Sociedad Nacional Democrática Estonia», cuyos miembros, acusados de poseer armas, fueron encarcelados. La organización de mayor tamaño fue el Comité de Salvación *(Päästekomitee),* fundado en julio de 1940 e integrado —entre otros— por antiguos miembros de la Liga de la Patria *(Isamaaliit),* un partido político derechista. La tarea prevista para el «Comité» era la de extender un movimiento clandestino por toda Estonia para, cuando la situación internacional fuera más favorable, llevar a cabo un levantamiento. Aunque el comité consiguió establecer células en varias partes del país, diecisiete de sus líderes fueron detenidos antes de enero de 1941 y la organización después desmantelada. También en 1940 se formaron los primeros grupos de una reconstruida Liga de Defensa *(Omakaitse),* una organización de autodefensa voluntaria —hasta 1943— que luego desempeñaría un papel

importantísimo para impulsar a los primeros partisanos antisoviéticos. Era una organización descentralizada, sin autoridad general, que quedó bastante tocada tras las deportaciones y que luego fue revitalizada por los nazis como una especie de policía. Una parte de sus efectivos, quizá un 3 por ciento, participó en el exterminio de los judíos y de los gitanos.

En Letonia los comportamientos resistencialistas por parte de los funcionarios públicos fueron al parecer bastante extendidos. Se suponía que habían de quedarse en sus puestos para intentar hacer lo mejor posible para el país. En ciertos casos hubo intentos de aprovechar la posición oficial para realizar trabajos de inteligencia. Por ejemplo, un miembro del ilegalizado —ya antes de la ocupación— partido fascista del *Pērkonkrusts* (La Cruz del Trueno o Esvástica) se infiltró en la escuela de oficiales soviéticos para captar información que enviar luego a los alemanes. En las zonas rurales, y esto es extensible seguramente a Estonia y buena parte de Lituania, los comunistas tenían poca fuerza y les fue difícil encontrar personas dispuestas a colaborar en la administración. Por ello, en muchas de las administraciones locales siguieron trabajando los mismos que lo hacían antes, integrándose en el sistema aparentemente comunista, pero en realidad ejerciendo una cierta resistencia contra el avance de la sovietización o, al menos, haciendo poco esfuerzo por trasladar las órdenes de la cúpula. Las industrias letonas dejaron casi de producir a causa de un laxo sabotaje ejercido de los trabajadores. Típico también fue el robar materiales o destruirlos, incluyendo talleres y empresas completos para evitar que sirvieran al invasor. La forma más radical de esta negativa a colaborar era el suicidio, en especial por parte de oficiales del ejército. El general Ludvigs Bolšteins, que había luchado en las guerras de independencia, se suicidó en junio de 1940 dejando un mensaje en el que decía:

> Nosotros los letones hemos construido nuestro estado con nuestras propias manos. Una potencia extranjera quiere obligarnos a que traicionemos a ese estado. Yo no puedo participar en ello[3].

También lugares impregnados de simbolismo nacional sirvieron para expresar la resistencia. El monumento a la libertad y el «Cementerio de los hermanos» —donde estaban enterrados los caídos de la guerra civil llamada de independencia por los historiadores letones— fueron escenario de

secretas deposiciones de flores y velas, así como de episodios de suicidio. Los estudiantes fueron —como tan a menudo en las distintas resistencias— quienes más abiertamente se mostraban en oposición al poder soviético. La educación nacionalista típica de los regímenes de entreguerras, así como la falta de reservas propia de la edad, los llevaba a portar banderas nacionales, a escribir y distribuir octavillas antisoviéticas, a negarse a realizar actos que supusieran una sumisión a las condiciones impuestas por el nuevo régimen. Muchos de ellos lo pagaron con cárcel y gulag.

El caso de Lituania fue algo distinto. La resistencia se mostró desde el principio algo más compleja, más concreta también. Ello se debía en primer lugar a las condiciones físicas de la zona, preñada de grandes y densos bosques, pero también al hecho de tener frontera con la ocupada Polonia y a la numerosa minoría de polacos que la habitaban. La nueva capital, Vilna —Wilno en polaco, Wilne en yiddisch—, había sido concedida a la república por los soviets tras habérsela arrebatado a la Polonia ocupada. Aunque la ciudad había sido siempre reclamada como su capital por los lituanos, su composición étnica era mayoritariamente de polacos y judíos. En Vilna comenzó muy pronto la resistencia de los polacos, el Estado Clandestino Polaco cobró una fuerza intensa desde el principio. Enviados del gobierno en el exilio reforzaron muy pronto la clandestinidad, unificando y consolidando las organizaciones de resistencia. Como diferencia con el resto de la Polonia ocupada hay que decir que no se desarrollaron aquí nada más que los niveles militar y político-regional, faltando casi por completo los tribunales clandestinos y la Delegación del Gobierno —es decir, el parlamento clandestino[4].

Pero no sólo la *minoría* polaca. Por todos lados en Lituania surgieron grupos de resistencia muy diversos, algunos de ellos provenientes de partidos políticos de preguerra aunque muchos otros eran apenas fortuitas asociaciones de personas muy cercanas que se oponían a la marcha de la situación. La organización de mayor ámbito era el Frente de Activistas Lituanos (*Lietuviu Aktyvistu Frontas,* LAF) que había sido formado el 17 de noviembre de 1940 en Berlín por emigrantes lituanos y que tenía a Kazys Škirpa, el *attaché* militar lituano en Alemania a la cabeza. Los servicios secretos militares alemanes *(Abwehr)* les prestaron un cierto apoyo, pero no

contaban con la aquiescencia del partido nazi. El LAF era una unión de diversos partidos derechistas en el que la mayor influencia correspondía a la Unión de Nacionalistas Lituanos *(Lietuvių tautininkų sąjunga),* el partido que había dominado la dictadura de Smetona, y al Partido Demócratacristiano. En Berlín se creó una organización modelada al estilo de los grupúsculos fascistas europeos, pero en el país el LAF tomó otro tono, menos nacionalista. En competencia con otras organizaciones locales de resistencia, el LAF se fue extendiendo por el país poco a poco, adoptando la forma de células de espionaje y de preparación de un ejército secreto, hasta lograr un número de 35.000 colaboradores.

La Resistencia lituana —como en general toda la báltica— se dedicó a acumular fuerzas y a organizar lentamente una resistencia que, se esperaba, podría ser despertada en el momento en que la situación internacional se transformara y las condiciones para un levantamiento fueran mejores. En un comunicado emitido en marzo del 1941, el LAF informaba ya de que

> la hora de la libertad de Lituania está cerca. Serás informado por radio o de otra manera del comienzo de la marcha desde el Oeste. En ese momento deberán comenzar los levantamientos locales en los esclavizados pueblos y ciudades lituanos: en otras palabras, asume la administración, organizaos en pequeños grupos... Después de las operaciones militares, ocupa los puentes, las vías ferroviarias de importancia, los aeropuertos, las fábricas... Tropas en paracaídas serán lanzadas en el momento de las operaciones militares. Establece contacto con ellas de inmediato y proporciónalas toda la ayuda que sea necesaria[5].

Poco a poco se fue viendo que una guerra entre la Alemania de Hitler y la URSS de Stalin era inevitable. En junio la URSS comenzó con las deportaciones masivas de ciudadanos de las tres repúblicas bálticas. Ante la ola de detenciones y la amenaza de deportaciones, un gran número de personas, en especial hombres jóvenes, huyeron a los bosques y se escondieron allí. Muchos de ellos esperaban ansiosos el comienzo de la guerra entre los alemanes y los soviets, lo que les permitiría, tal era su esperanza, recuperar la libertad. Las deportaciones continuaron hasta pocas horas antes de la entrada de las tropas alemanas en la zona.

Cuando el 22 junio de 1941 los ejércitos alemanes cruzaron la frontera lituana, las organizaciones de resistencia del país se lanzaron a un levantamiento antisoviético de grandes proporciones en Kaunas, la capital del período de entreguerras y Vilna, la nueva capital, arrancada a Polonia.

La revuelta —en la que participaron alrededor de cien mil personas— liberó por un corto tiempo buena parte del país y se formó un gobierno provisional que restauró la República de Lituania. Como afirma un observador judío,

> no podíamos creer el hecho de que mientras los alemanes no habían entrado todavía en la ciudad y miles de asustados rusos estaban aún allí, los partisanos lituanos estaban en apariencia lo suficientemente armados y organizados como para ello. De pronto nos dimos cuenta de que durante todo el año anterior, mientras nosotros [los judíos] estábamos intentando rehacer nuestras vidas, los lituanos se hallaban ocupados en armarse clandestinamente[6].

Durante la confusión se desarrollaron persecuciones y asesinatos de judíos, a los que se acusaba de colaborar con los soviets. Hubo pogromos ejecutados por parte de turbas anónimas, pero también organizados por grupos de partisanos lituanos pertenecientes o cercanos al LAF. A lo largo de la ocupación, muchos de sus miembros sirvieron como personal de apoyo de los nazis durante la Shoah en Lituania. Cuando los alemanes ocuparon el país, se negaron a reconocer el gobierno provisional que había surgido de la revuelta y comenzaron a detener a los nacionalistas. Crearon también una administración lituana títere para ayudarlos en la gestión de la ocupación. Una parte de la clandestinidad antisoviética pasó directamente a otra clandestinidad, esta vez antialemana.

## *Diferencias entre las ocupaciones*

Las dos ocupaciones de 1940-1941 y 1941-1944 en el Báltico fueron de características muy distintas. A los soviéticos les interesaba sobre todo la proveniencia social, menos la nacional, por ello admitieron también a jóvenes izquierdistas judíos en el gobierno. Durante el tiempo de la primera ocupación, los soviets intentaron hacer de árbitros, sin decantarse por nadie, evitando que la disputa desestabilizara la zona. Nikolai Pozniakov, plenipotenciario de Moscú para Lituania, afirmaba en el V Congreso del Partido Comunista de Lituania, en febrero de 1941, que

> nuestro punto de partida es la gente del trabajo, independientemente de que sean obreros, campesinos, intelectuales o funcionarios. Sólo eso es importante para nosotros y no importa para nada quién es de qué nacionalidad[7].

No sólo eran palabras: la represión alcanzó a todas las nacionalidades y las escasas diferencias porcentuales se debían a percepciones de peligrosidad de los grupos por parte del poder, no a discriminación estrictamente étnica.

En Lituania, tanto la ocupación soviética como la posterior ocupación alemana supusieron en cierta medida la eliminación temporal de los problemas entre polacos y lituanos. El conflicto que se había mantenido desde la proclamación de independencia de ambos países y la ocupación por parte del ejército de Piłdsudski de la región de Vilna en 1920 —con su anexión formal en 1922— quedó congelado. Los alemanes por su parte, aunque más decididamente prolituanos, realizaban una política similar a pie de calle, para escapar a un conflicto que interfiriera en su dominio. De este modo se evitaron terribles limpiezas étnicas como las que asolaron el oeste de Ucrania y en las que murieron miles de personas en los enfrentamientos entre nacionalistas ucranianos y polacos. A cambio la población judía de Lituania fue exterminada.

La rápida sovietización del escaso año de ocupación soviética dejó, sin embargo, como hemos visto, una profunda huella. Las consignas anticomunistas, que antes de 1940 habían podido pasar por propaganda, se habían confirmado. Ni siquiera la izquierda había visto cumplidos sus deseos de un cambio social, el nuevo régimen fue percibido en general como un monstruo antinacional, ajeno y represor. Por ello los alemanes fueron acogidos con alivio, esperando que trajeran de algún modo la recuperación de una independencia anhelada y la vuelta de un sistema económico racional.

Era, por supuesto, una equivocación. Los planes de las jerarquías nazis para el Báltico no eran muy diferentes de los desarrollados para Polonia. El Báltico era contemplado, por un lado, como un territorio muy ligado a Alemania —el propio teórico racial del nacionalsocialismo, Alfred Rosenberg, era un baltoalemán— y, por otro, como un espacio excelente para la expansión del Reich. No había lugar en la política imperial alemana para tres pequeñas naciones independientes, ni siquiera como protectorados al estilo de Eslovaquia. A sus habitantes les esperaba el mismo destino que a los polacos o los bielorrusos: ser deportados o exterminados en su gran

mayoría, mientras que un escaso porcentaje habría de servir como fuerza de trabajo bajo un régimen de esclavitud.

## *La gran traición: Dinamarca y Noruega*

La ideología hitleriana consideraba a los pueblos escandinavos como «puros» racialmente y por ello aliados naturales. A la larga, se pensaba, los «arios» se pondrían de acuerdo entre sí, dado que para la mentalidad nazi era la «sangre» el motor del mundo, antes que la política o las relaciones diplomáticas. La actuación de Gran Bretaña con respecto a Noruega durante la Guerra de Invierno y el período subsiguiente y la escasa capacidad noruega para hacer que los británicos respetaran su neutralidad les demostró a los nazis lo poco que el racismo servía para interpretar la realidad[8]. Las presiones británicas sobre Noruega —en especial el asalto a un buque auxiliar alemán, el *Altmark,* dentro de aguas jurisdiccionales noruegas— llevaron a la jerarquía nacionalsocialista a planificar y ejecutar la invasión de Noruega. Dinamarca, la antigua madre patria de los noruegos, era el puente geoestratégico necesario para controlar las alargadas costas noruegas, de modo que —un tanto lateralmente— se decidió invadirla también.

Estaba ya claro para entonces que ni Francia ni Gran Bretaña estaban dispuestas a embarcarse en una guerra continental de posiciones, como en la Primera Gran Guerra. Los británicos estaban afianzando un bloqueo sobre Alemania que podría resultar peligroso, la posición noruega era —a juicio de los nazis— demasiado débil. La Operación *Weserübung* —el nombre clave de la invasión— se preparó largo tiempo aunque solo se decidió ante la conjunción de dos hechos: el ya mencionado incidente del Altmark y la convicción por parte de Hitler de que Noruega podría producir un gobierno indígena nacionalsocialista y colaborador. Efectivamente, Vidkum Quisling, el *Fører* de la *Nasjonal Samling,* el partido fascista noruego, no disfrutaba de la simpatía del Führer alemán, entre otras cosas porque el partido apenas había conquistado un par de puntos en las elecciones y no parecía contar con arraigo entre la población. Sin embargo, los nacionalsocialistas estaban convencidos de que podrían llegar a un

acuerdo con el rey noruego Håkon VII, y de que la invasión no les costaría un exceso de tropas ni un frente nuevo.

De esta manera, el 9 de abril de 1940, las tropas alemanas invadieron a la vez y sin aviso previo Dinamarca y Noruega[9]. El ataque sobre Dinamarca fue tan demoledor que a las pocas horas los alemanes controlaban Copenhague por completo, y Christian X, el rey, hermano del noruego Håkon VII, se veía obligado a capitular. Aun así, los negociadores daneses consiguieron la promesa de mantener la integridad territorial del país —se refería a la provincia de Schleswig, habitada por minorías alemanas— y la independencia política de su gobierno, incluidas las instituciones democráticas, el sistema de partidos y sus fuerzas armadas y policiales. La ocupación había costado sólo 16 vidas y se había producido sin una declaración de guerra. La vida podía, pues, seguir casi como siempre.

De hecho, los obreros trabajaban, los funcionarios cumplían su papel, los estudiantes iban a la escuela y los campesinos seguían cultivando los productos que, como antes de la ocupación, continuaban yendo a parar a Alemania. También los periodistas seguían escribiendo en una prensa que —significativamente— no estuvo censurada hasta mucho después, cuando comenzaron las derrotas alemanas. Dinamarca fue considerada pronto por la opinión pública europea como el «protectorado modelo de Hitler», un vergonzoso caso de colaboración con el enemigo y de cobarde acomodo sin pensar en las consecuencias.

Bastante distinto fue el caso de Noruega[10]. Los alemanes atacaron simultáneamente en Oslo, Kristiansand, Bergen, Trondheim y Narvik. Para su sorpresa, las defensas marítimas de Oslo resistieron, hundiendo el acorazado *Blücher,* lo que permitió que el rey y el gobierno tuvieran tiempo suficiente para partir hacia el norte, llevándose con ellos 50 toneladas de oro. Al contrario que su hermano Christian X en Dinamarca, Håkon VII decidió huir antes que capitular. En un tren especial, junto con el príncipe heredero, la princesa y sus hijos, además de los parlamentarios, el gobierno y funcionarios de importancia, el rey se dirigió hacia el norte. Los alemanes lanzaron a una tropa en su busca, intentando capturarlo para llevarlo de vuelta a la capital. Un pequeño destacamento noruego, con la ayuda de

voluntarios civiles, bloquearon la carretera y se enfrentaron a los alemanes, hiriendo mortalmente a su comandante y haciéndolos huir.

El rey decidió quedarse en el país «mientras alguna parte de Noruega permanezca aún libre», lanzó un mensaje a sus súbditos de resistir a toda costa y se dispuso a esconderse para dirigir la Resistencia. Primero el monarca encontró refugio en una pequeña estación de esquí, luego se escondió en una cabaña en el bosque. Algo que serviría para incentivar la resistencia noruega durante la guerra estaba ya a la vista: el carácter montañoso y boscoso de su paisaje.

Al mismo tiempo que el rey animaba a su pueblo a la resistencia, el mayor Quisling, de *motu propio,* lanzaba un mensaje a las ondas reclamando el gobierno para él y su organización. Los alemanes —asombrados— le dejaron hacer hasta que a los seis días, ante la escasa resonancia conseguida en el país, le destituyeron. Un histórico nacionalsocialista, amigo personal de Hitler, Josef Tervoben, fue elegido por el Führer como Reichskommissar para gobernar el país. Su régimen fue de terror, apoyado en las SS y la Gestapo antes que en la administración militar.

La guerra en Noruega continuó durante unos meses, en algunos lugares la resistencia fue feroz, tropas británicas, francesas y polacas apoyaron a las últimas tropas noruegas, consiguiendo éxitos como en Narvik del 10 al 13 de abril, cuando la armada británica hundió diez destructores y sus buques auxiliares. Sin embargo, el 28 de mayo de 1940, Narvik cayó de nuevo en poder de los alemanes y, en vista de la situación en Europa —la ofensiva en el Oeste—, las tropas expedicionarias aliadas se retiraron. Noruega estaba ahora firmemente en poder de los alemanes, el rey y el gobierno huyeron a Londres y se instalaron allí como representantes de la nación en el exilio. El 10 de junio se había firmado la capitulación militar, pero la lucha seguía.

### *Resistencia ciudadana en Dinamarca*

Dinamarca se convirtió en el «protectorado modelo». Sin embargo, muy pronto, posiblemente para evitar que los mismos daneses creyeran que todo estaba perdido, el propio rey que había firmado la claudicación, Christian

X, comenzó a mostrar una actitud de desafío y de oposición. Todas las mañanas el rey cabalgaba sólo y sin escolta por las calles de la capital, saludando a los daneses, pero evitando hacerlo a los alemanes. A lo largo de la ocupación el monarca iría mostrando muchos pequeños ejemplos de desafío que eran tanto producidos por la conciencia de su papel de representante de la nación ocupada como por su propio rechazo de unos nazis que para él no eran más que plebeyos.

El ejemplo del rey fue seguido por buena parte de sus súbditos. Como el joven Kim Malthe-Brunn —miembro posterior de la Resistencia— escribió a su madre:

> No puedes ni imaginarte la desesperación que nos ha acometido a todos cuando hemos sabido lo que ha pasado. Es como si nos hubiéramos dado cuenta de un grandísimo amor a la patria que, en tiempos de paz, nunca apreciamos[11].

Kim veía pasar a las tropas alemanas cantando sus himnos y con los subfusiles en la mano y confesaba sentir repugnancia. Esta repugnancia ante el invasor se manifestaba en desafíos que, sin embargo, se mantenían por lo general bajo la línea de lo legal y de lo poco arriesgado. Por ejemplo, si un alemán entraba en un bar, el propietario ponía de inmediato el reloj a funcionar, ostentativamente. Las ordenanzas de ocupación imponían a los daneses el deber de no salir del bar antes de quince minutos después de la entrada de un alemán. En cuanto el reloj señalaba los quince minutos exactos, se producía un éxodo masivo.

La resistencia simbólica fue muy rica y compleja en Dinamarca. La rendición incondicional, pero el mantenimiento de una normalidad y una autonomía de la que pocos países ocupados disfrutaron, no permitía profundizar en resistencias violentas. Por ejemplo, en el momento de la caída de Francia, un maestro de escuela y un panadero de Jutlandia animaron a sus vecinos a cantar canciones folclóricas y patrióticas danesas. Al cabo de poco tiempo la acción se había convertido en un auténtico movimiento popular, la gente se reunía a cielo abierto y cantaba. Un domingo de septiembre de 1940 se reunieron para cantar unas 150.000 personas en el parque Faelled de Copenhague, mientras que varias decenas

de miles lo hacían en otros lugares del país. Según algunos autores, casi dos tercios de la población danesa adulta participaron en aquella velada.

Sin embargo, no era fácil organizar una resistencia más activa en el país[12]. Ni la orografía permitía la guerrilla, ni la situación política era desesperada, ni el sistema propio del país había desaparecido del todo. Pasarse a la Resistencia era luchar no solo contra el invasor, sino también contra el propio gobierno. Faltaba, además, un gobierno en el exilio, como en otros países ocupados, que diera cobertura legal a los resistentes. La actitud era entonces —había de ser— la de esperar y ver, mientras se mantenían actitudes a medias entre la colaboración y el desprecio nacionalista hacia el invasor. Los cuadros dirigentes daneses —en especial el primer ministro Erik Scavenius— estaban convencidos de que los alemanes iban a ganar la guerra, por eso su actitud era amigable hacia las fuerzas de ocupación, tratando de ganarse sus voluntades. Scavenius estaba también ideológicamente dispuesto a una colaboración más profunda, y su gobierno desarrolló planes para tomar parte en el reparto del botín de la ocupación alemana del Báltico. Fue la oposición de la sociedad la que, con toda seguridad, lo retuvo. Que la situación de Dinamarca era excepcional lo atestigua por ejemplo el hecho de que los primeros que comenzaron a acumular información y a transmitirla a Gran Bretaña —a través de Ebbe Munck, un periodista danés destacado en Estocolmo— fueron los propios miembros de los servicios secretos del ejército, quienes, con la aprobación de los alemanes, seguían en sus puestos. Este mismo grupo fue el que en 1943 obtuvo fotografías de una V-1 (los primeros misiles alemanes) y las transmitió a los aliados.

Las primeras resistencias de talante armado vinieron, por supuesto, de los márgenes del espectro político. Los nacionalistas de derecha que rechazaban el nacionalsocialismo, como el partido *Dansk Samling* y algunos derechistas que habían luchado como voluntarios en apoyo a los finlandeses durante la guerra fino-soviética de 1939-1941 (los *Finlandsfrivillige*) comenzaron a acumular fuerzas para un levantamiento armado cuando la situación fuera más favorable. Los comunistas, que hasta el ataque alemán contra la URSS habían sido legales, pasaron rápidamente a la clandestinidad. A demanda de los alemanes, pero apoyándose también

en un poderoso sentimiento anticomunista indígena, el partido fue prohibido y sus miembros perseguidos, se promulgaron leyes contra ellos y Dinamarca ingresó en el Pacto Anti-Comintern. En estas circunstancias los comunistas se vieron abocados a la resistencia. A lo largo del tiempo se fueron coordinando las diversas células y se creó —como en todos lados— una organización de partisanos comunistas —la KOPA, *Kommunistiske Partisaner,* los Partisanos Comunistas—, formada principalmente por antiguos miembros de las Brigadas Internacionales. Con la aceleración de los sabotajes y el crecimiento numérico en 1943, la organización cambió su nombre a BOPA (*Borgerlige Partisaner,* Partisanos Ciudadanos). Aunque muchos daneses estaban en contra de las acciones armadas de los comunistas, de quienes desconfiaban, los comunistas marcaron la pauta de la Resistencia hasta el otoño de 1943.

La otra organización de resistencia que alcanzó pronta relevancia fue *Holger Danske,* bautizada con el nombre de un personaje de leyenda danés, un mítico rey de la época de Carlomagno que habría de regresar en tiempos difíciles para salvar Dinamarca. *Holger Danske* fue creada por ocho antiguos *Finlandsfrivillige,* y era de tono nacionalista y derechista, aunque con el tiempo se abriría a otras tendencias. Trabajaban en grupos pequeños, organizados de forma que sólo se conocía a los compañeros más inmediatos y sólo mediante su seudónimo. Aparte de sabotajes, el grupo se encargó de asesinar a colaboradores de los nazis, una tarea en la que se destacaron sus legendarios miembros Bent-Faurschou Hviid, *Flamme* (*Llama,* apodo que le venía por su cabello rojo), y Jørgen Haagen Schmith, *Citron* (*Limón,* apodo formado por haber trabajado en la fábrica de Citroën y el sonido de esta palabra en danés es similar a «limón»).

El SOE, el servicio secreto británico, comenzó también a enviar agentes, al principio con tremenda mala suerte, porque fueron capturados. De hecho, el SOE mantuvo un perfil bajo en Dinamarca hasta 1943, sobre todo a petición del Foreing Office, la diplomacia británica, que pretendían evitar que escalara la situación en el país. De hecho, cuando la RAF británica bombardeó unas instalaciones en Copenhague —a petición de la propia resistencia—, causó numerosas víctimas entre la población civil. De alguna manera, este incidente sirvió para convencer a los daneses de que debían

tomar en sus propias manos la iniciativa de una futura liberación. Con el tiempo se fueron organizando otros grupos de sabotaje —como el llamado *Churchill-klubben,* «Club Churchill», por ejemplo, un grupo de jóvenes estudiantes— que fueron perseguidos y encarcelados por la propia policía danesa. Las acciones armadas, sin embargo, sólo se incrementaron después de la derrota final alemana en Stalingrado, a principios de febrero de 1943. Poco después, en marzo de 1943 tuvo lugar un hecho inaudito: unas elecciones parlamentarias libres en un país ocupado. En ellas, los colaboracionistas consiguieron —sumando nazis y derechistas— apenas cinco escaños de un total de 148.

A lo largo del año empezaron a crecer los actos de sabotaje. Unos informes aportan cifras de 38 atentados en febrero, 68 en marzo, 80 en abril y un incremento hasta llegar a los 213 en agosto[13]. Las huelgas —de índole económica, no política— comenzaron a hacerse frecuentes. Este acrecentamiento de la resistencia condujo a una mayor presión de las tropas de ocupación sobre las autoridades del país y a un endurecimiento de la política. Para entonces ya había sido nombrado plenipotenciario del Reich en Dinamarca —desde noviembre de 1942— Werner Best, uno de los creadores de la Gestapo y ferviente creyente en la doctrina nazi. Pese a ello, Best siguió considerando mucho tiempo que era mejor transigir con los daneses, dado que los productos agrícolas y las manufacturas producidas por el país eran de vital importancia para Alemania. Los partidarios de la mano dura —como el general Hermann von Hanneken, gobernador militar de Dinamarca— tenían que enfrentarse a su propia burocracia para que se les permitiera hacer uso de la represión. Esto sólo cambió a partir de la ola de sabotajes y huelgas de agosto de 1943, que —organizadas pero no iniciadas por el partido comunista— lanzaron a miles de obreros y clases medias a la calle exigiendo el fin de la colaboración. Las manifestaciones desembocaron en sangrientas luchas con los ocupantes en varias ciudades. Esto sirvió de pretexto para que el 29 de agosto las autoridades alemanas asumieran por completo el gobierno, disolvieran el ejército danés y declararan el estado de emergencia. El gobierno danés no quiso someterse a su dictado y dimitió en pleno, el rey y el parlamento dejaron de actuar. A partir de ese momento comenzaba la ocupación oficialmente.

Hasta agosto de 1943, la tarea de la Resistencia había sido la de exacerbar las cosas para provocar una reacción violenta de los alemanes que trajera el fin de la colaboración. Una vez logrado esto, la táctica había de cambiar por fuerza. En septiembre del mismo año los cuatro principales grupos de la Resistencia (los comunistas, el partido *Dansk Samling* y las organizaciones clandestinas *Frit Danmark* y *Ringen*) se unieron en el Consejo de la Libertad *(Frihedsraad)*. El Consejo, que contaba también con un representante del exilio, comenzaría a coordinar la lucha contra el invasor[14].

Uno de los principales factores de desacuerdo con el poder de ocupación había sido «la cuestión judía». Unos ocho mil judíos vivían en Dinamarca libremente, sin las restricciones ni persecuciones habituales en otros lugares. Las autoridades alemanas sabían que los daneses no estaban dispuestos a cambiar esta política y la respetaron en principio, aunque hicieron presiones para lograr que la cambiaran. Cuando hacia 1942 los nazis impulsaron a los nacionalsocialistas daneses a atacar la sinagoga de Copenhague, la propia policía danesa los detuvo. Al poco, crearon incluso una fuerza de policía auxiliar formada por judíos para proteger el edificio.

En general, en Dinamarca no se repitieron las escenas de antisemitismo que, provocadas por el ocupante o enraizadas en sentimientos indígenas, tuvieron lugar a lo largo y ancho del continente. La prueba de fuego llegó en 1943, cuando Dinamarca dejó de tener un gobierno propio. Los alemanes organizaron secretamente la acción de deportación de los judíos para la noche del 1 al 2 de octubre de 1943. El diplomático alemán Georg Ferdinand Duckwitz, quien se había alejado del ideario nacionalsocialista y acercado a la Resistencia, informó secretamente a finales de septiembre a responsables judíos daneses de lo que estaba a punto de suceder. Asimismo, marchó a Estocolmo y parlamentó con el gobierno sueco para animarlo a acoger a los posibles refugiados. A partir de entonces se desarrolló una amplia operación cívica de rescate que al principio fue caótica, pero rápidamente resultó organizada con eficacia por la Resistencia danesa. A bordo de multitud de barcas de pesca y transbordadores, unos 7.000 judíos, casi toda la población semita danesa, fueron trasladados a Suecia. Únicamente unos 500 fueron atrapados por los nazis y deportados al campo

de concentración de Theresienstadt. La resistencia cívica danesa tampoco se olvidó de ellos y, mediante visitas para protegerlos y el envío de paquetes de víveres, consiguieron que la mayor parte de ellos sobrevivieran a la guerra. El rescate de los judíos daneses es sin duda una de las principales operaciones de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, también porque estuvo dirigido a salvar a seres humanos, y no a acabar con ellos.

### *La lucha armada en Noruega*

En Noruega se había establecido un «gobierno dual» —la administración nazi y el gobierno colaboracionista indígena— que además competía con el mando militar de la Wehrmacht. Durante todo el año de 1940 hubo un progresivo desmontaje de las instituciones democráticas noruegas llevado a cabo por el nuevo poder. En origen, como en Dinamarca, la política alemana había sido la de ejercer una «ocupación pacífica», a los soldados se les habían dado órdenes claras de no ejercer violencia sobre los noruegos. En una ordenanza para definir el comportamiento de las tropas alemanas durante la ocupación se les comunicaba a los soldados que «habían entrado en Noruega no como enemigos, sino para salvaguardar al país y su población». Para ayudar a los soldados alemanes a entender la mentalidad de los ocupados el documento exponía una larga descripción de las características espirituales y culturales de «los noruegos». «El noruego es profundamente patriota (...) por eso has de evitar el herir su orgullo nacional». También se decía: «El noruego ama grandemente la libertad y la independencia. Rechaza todo tipo de presión. No está acostumbrado a la disciplina militar. Por eso también: pocas instrucciones, ninguna orden, porque estas lo llenan de rechazo y no producen ningún efecto». Se advertía también contra los robos y los abusos, que serían castigados duramente. También, tildando a los noruegos de «pueblo de navegantes y mercaderes», se afirmaba que no «eran capaces de comprender las aspiraciones nacionalsocialistas». Se aconsejaba por ello «evitar discusiones políticas»[15].

El «pacifismo» nazi no duró mucho. Ante el evidente rechazo de los noruegos a la invasión, se pasó a un intento de indoctrinar políticamente a

la población junto a una represión que cada vez adquirió tonos más graves. Fue, por supuesto, el desarrollo de la guerra el que impulsó el incremento de la represión, aunque también el hecho de que la resistencia en Noruega comenzara muy pronto a tomar dimensiones de importancia. Pero incluso en tiempos de máxima represión la deferencia de los nazis para con los noruegos continuó de alguna forma. Pese a asesinatos y torturas, los crímenes bestiales cometidos por los nazis en Polonia y el Este no tuvieron lugar allí. Como se puede leer en las memorias del líder de la Resistencia Gunnar Sønsteby, todavía en 1942 un alemán le para de noche, pidiéndole que se identifique. Como él había destruido su carné para evitar ser reconocido por la policía sueca durante una misión, le contestó que vivía allí y por eso no lo llevaba. El alemán aceptó la respuesta, algo que difícilmente hubiera hecho en algún pueblo polaco o bielorruso.

El plan del comisario del Reich Josef Terboven para conseguir una lenta nazificación del gobierno y la sociedad noruega implicaba conseguir la abdicación del rey. Terboven presionó al parlamento noruego para conseguirlo. Ante las tortuosas negociaciones que parecían mostrar la claudicación del *Storting* —parlamento—, el rey emitió un comunicado rechazando por completo la idea. El comunicado se introdujo en el país y circuló —está considerado como el primer documento clandestino— en más de 150.000 copias.

La primera resistencia militar se fue conformando de una manera un tanto caótica e improvisada. Jóvenes que habían ido voluntarios a luchar los primeros días de la contienda se encontraron perdidos en el bosque al llegar la capitulación, ansiosos por continuar. La vuelta a la vida cotidiana era imposible, los lazos formados en aquellos primeros dos meses les llevaron a desarrollar grupos espontáneos. En un principio estos grupos se limitaron a esconder las armas en lugares que pudieran ser encontrados en caso de que se llegara a nuevos combates, a establecer contactos e ir alistando personas. La idea general era que la ocupación debía acabar con una invasión por parte de las tropas aliadas a la que se unirían los voluntarios noruegos. Por otro lado, y siguiendo las órdenes que el general Otto Ruge, el comandante en jefe noruego, había impartido antes de ser trasladado a Alemania, los militares comenzaron a tejer una red de oficiales de confianza a lo largo de

casi todo el país —exceptuado el extremo norte—, con la intención de crear un ejército secreto para el momento esperado de la invasión aliada. Al cabo de un tiempo ambas corrientes se unieron y, en mayo de 1941, se fundó la *Milorg* («Militær Organisasjon», «Organización Militar»), que se convertiría en el grupo de resistencia más importante, integrado en el Alto Mando noruego en el exilio.

A finales de 1940 se había desarrollado ya por completo una amplia red de espionaje conectada con la inteligencia noruega en Londres, pero también con los servicios secretos británicos[16]. El plan de actuación desarrollado por el SOE británico implicaba la futura liberación del país por un desembarco aliado y, para apoyar la invasión se pretendía crear un ejército clandestino que fuera lo suficientemente poderoso como para estorbar las defensas de los alemanes. Un factor excepcional —y con el que no contaba ningún otro país de la Europa ocupada— era que Noruega tenía una larguísima frontera con un país neutral, Suecia. La capital sueca, Estocolmo, se convirtió pronto en nido de espías y lugar de encuentro y —a veces de descanso— para los resistentes noruegos. El SOE comenzó a lanzar agentes y materiales, aunque también es cierto que Noruega no figuraba entre las prioridades de los aliados, y no se la dotó suficientemente de armas y pertrechos. A lo largo de los años se fue desarrollando una producción propia de armas: metralletas *sten,* receptores y transmisores de radio, granadas, cócteles molotovs, incluso torpedos. Los grupos un tanto amateurs del *Milorg* habían empezado a transformarse en bien entrenados destacamentos clandestinos de partisanos.

Al principio de 1943 la organización se hallaba completamente madura: el mando central en Oslo estaba en contacto ininterrumpido con el Alto Mando en Londres, el país se encontraba dividido en distritos, secciones y áreas, cada una con sus grupos, destacamentos y pelotones de unos ocho a diez personas. Sin embargo, los aliados mantuvieron a la Resistencia noruega en espera. Sólo en junio de 1944 Eisenhower estableció que se entrenara al ejército clandestino noruego para convertirse en una fuerza ofensiva, armándola y encaminándola hacia acciones militares de gran envergadura.

La Resistencia había ganado predicamento en la opinión pública sobre todo debido al rechazo absoluto a la política de Vidkum Quisling. Los alemanes habían recuperado a Quisling y lo habían nombrado jefe de gobierno el 1 de febrero de 1942. Quisling comenzó una campaña de nazificación del país, con la intención de introducir el «nuevo orden» en diversos aspectos de la vida diaria. Los fallidos intentos de obligar a los maestros a enseñar la doctrina nacionalsocialista y de mover a la Iglesia protestante a colaborar, sólo sirvieron para demostrar hasta qué punto Quisling estaba aislado en su propio país. La indiferencia y la hostilidad hacia su gobierno por parte de la población se reflejó en un crecimiento de la resistencia civil y del activismo no violento. Es verdad que acciones como la firme negativa de los maestros a seguir las órdenes de Quisling y el cierre de las escuelas habían mostrado las ventajas de una resistencia sin armas. Los sabotajes y atentados dividían a la población y provocaban represalias muy graves, al contrario que la resistencia no violenta. La polémica desarrollada en el seno de la Resistencia danesa acerca de la mejor estrategia —violenta o no— tardó en solventarse hasta casi 1944. En este año se consiguió la unificación formal de los líderes civiles y militares en el llamado «Hjemmefrontens ledelse» (Liderazgo del Frente Interior). El rey les autorizó a asumir el poder y actuar como un gobierno interino después de la liberación hasta que retornara la autoridad constitucional.

Foto 6. Miembro del movimiento de resistencia de Maribo (Dinamarca) en 1945.

[1] Gordon F. Sander, *The Hundred Day Winter War: Finland's Gallant Stand Against the Soviet Army,* University Press of Kansas, 2013.

[2] *Estonia 1940-1945. Reports of the Estonian International Commission for the Investigation of Crimes against Humanity,* Tallin, 2006.

[3] Björn M. Felder, *Lettland im Zweiten Weltkrieg. Zwischen sowjetischen und deutschen Besatzern, 1940-1946,* Padeborn: Ferdinand Schöning, 2009, p. 178.

[4] Piotr Niwiński (ed.), *Opór wobec systemów totalitarnych na Wileńszczyźnie w okresie II wojny światowej,* Gdańsk: IPN, 2003.

[5] Citado en Tadeusz Piotrowski, *Poland's Holocaust: ethnic strife, collaboration with occupying forces and genocide in the Second Republic, 1918-1947,* Jefferson, Mac Farland, 1998, p. 163.

[6] William W. Mishell, *Kaddish for Kovno: Life and Death in a Lithuanian Ghetto, 1941-1945,* Chicago: Chicago Review Press, 1988, p. 14.

[7] Citado en Arunas Būbnis, «Litewski i polski ruch oporu w latach 1942-1945: podobieństwa i różnice», en Piotr Niwiński (ed.), *Opór wobec systemów totalitarnych,* pp. 76-80, aquí 76.

[8] John Gilmour y Jill Stephenson (eds.), *Hitler's Scandinavian Legacy,* Londres: Bloomsbury, 2013.

[9] El ataque pilló de improviso hasta al propio personal de la embajada alemana: Virginia Haller, *Neumond über Kopenhagen,* Múnich: Bergstadt, 1961, p. 29.

[10] Arnfinn Moland, «Norway», en Moore, *Resistance,* pp. 223-248.

[11] Kim, *Auzüge aus Tagebuch und Briefen,* Berlín: Evangelische Verlagsanstalt, 1963, p. 13.

[12] Jorgen Haestrup, *Secret Alliance: A Study of the Danish Resistance Movement 1940-1945,* Odense: Odense University Press, 1976.

[13] Hans Kirchhoff, «The Danish Resistance», en Ger van Roon (ed.), *Europäischer Widerstand im Vergleich: Die Internationalen Konferenzen – Amsterdam,* p. 59.

[14] Lampe, *Hitler's Savage Canary,* epub.

[15] Tomasz Szarota, *Życie codzienne w stolicach okupowanej Europy. Szkice historyczne. Kronika wydarzeń,* Varsovia: PIW, 1995, pp. 15-16.

[16] Christopher Mann, *British Policy and Strategy Towards Norway, 1941-1945,* Londres: Palgrave Macmillan, 2012.

# CAPÍTULO 6

# CONTRA EL IMPERIO DE HITLER

El 10 de mayo de 1940 la espera llegó a su fin. La «guerra de mentira» finalizó de improviso cuando los tanques alemanes cruzaban al mismo tiempo las fronteras de Francia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En estos tres últimos países hubo una sorpresa casi total. Los alemanes no habían declarado la guerra formalmente, tampoco habían respetado la declarada neutralidad ni los gestos de benevolencia de sus gobiernos hacia Alemania. Los motivos para ocuparlos eran variados: geoestratégicos, militares y económicos. Pero hubo también consideraciones ideológicas y simbólicas. Los ejércitos alemanes atravesaron Bélgica para atacar Francia, del mismo modo que lo habían hecho en la Primera Guerra Mundial. Tal y como había planteado la Wehrmacht el ataque a Francia, con la estrategia de la Blitzkrieg —la Guerra Relámpago— no está claro que este paso fuera necesario estratégicamente. Es posible que se tratara de una reparación moral de las muchas que Hitler ofrecía al pueblo alemán, una representación simbólica de que estaba corrigiendo las injusticias que veinte años antes se le habían infligido al ejército del Reich y a la propia nación alemana.

En cualquier caso, la destrucción de las tropas neerlandesas se llevó a cabo en apenas cinco días, un terrible bombardeo sobre Róterdam hizo capitular al país. La reina Wilhelmina huyó con el gobierno hacia Londres, se dio la orden al ejército de deponer las armas, aunque muchos soldados las llevaron consigo a la clandestinidad. Bélgica todavía peleó algo más de dos semanas, la estrategia —también proveniente de la Primera Guerra Mundial— de retirar la línea defensiva hasta el río Yser fracasó. Un pánico masivo se desató, las carreteras se llenaron de fugitivos: los belgas recordaban la dureza de la ocupación alemana durante la Gran Guerra e

intentaban escapar. Luxemburgo, por su parte, no había durado más que un día. La gran duquesa huyó a Francia, luego a Gran Bretaña. El minúsculo Gran Ducado mantenía toda su esperanza en el triunfo de los aliados.

Tras el fin de las hostilidades, la situación en cada uno de los tres países era muy distinta. Los alemanes ocultaban por entonces sus intenciones de crear un «Gran espacio económico europeo» en el que los tres países serían pieza de importancia. Ello significaba que a la larga la ocupación sería permanente y quizá supusiera —no había planes definidos— la asimilación dentro del Reich. Pero por el momento las autoridades alemanas daban a entender que se trataba de un estado provisional, dejando esperanzas de que la ocupación terminaría algún día. Mientras durase la guerra parecía razonable no tener que embarcar excesivos recursos en el gobierno y el mantenimiento del orden en los territorios ocupados. Tampoco nadie podía imaginarse por aquel entonces la amplitud de los planes imperiales de Hitler, por muy claras que estuvieran sus ansias imperiales en la programática nacionalsocialista. Además, el Führer había asegurado a la Wehrmacht que la administración en el Oeste sería puesta bajo el mando del ejército. Los altos mandos habían presionado para ello tras la experiencia de los primeros meses de la ocupación de Polonia, donde las SS y el NSDAP habían asumido la administración instaurando un régimen de arbitrariedad y terror que no gustaba a los militares profesionales.

Las promesas de Hitler, sin embargo, no se cumplieron. El Führer no consideraba a los militares capaces de desarrollar sus objetivos raciales y políticos. El caso de Luxemburgo resultó ya sintomático. El 21 de julio de 1940 le fue asignado al gobernador militar, Alexander von Falkenhausen, un jefe de la administración civil Gustaf Simon, prominente miembro del partido nazi. Simon, que formalmente estaba por debajo del militar, tenía en realidad todo el poder decisorio en sus manos y sólo respondía ante Hitler. El nuevo dueño de Luxemburgo comenzó una rápida actuación para germanizar el ducado y convertirlo en «una fortaleza del germanismo». El único lenguaje permitido pasó a ser el alto-alemán, mientras que el francés fue prohibido, y el luxemburgués —un dialecto del alemán—, ridiculizado y menospreciado. Una intensa propaganda proalemana se llevó a cabo, nombres de calles y lugares fueron germanizados, a muchos

luxemburgueses se les dieron seis meses para cambiar nombres y apellidos que no eran «lo suficientemente alemanes». La represión llegó a límites ridículos, como el prohibir llevar boina, puesto que se consideraba a esta prenda como algo «francés». Las consideraciones ideológicas —Luxemburgo como territorio «Ur-deutsch» («originariamente alemán»)— dieron paso a deportaciones hacia el este de parte de sus habitantes y su sustitución por alemanes del Tirol meridional.

También los Países Bajos fueron puestos bajo una administración civil el 29 de mayo de 1941, después de que se hubiera nombrado gobernador militar al general de infantería Alexander von Falkenhausen. Arthur Seyss-Inquart, nacionalsocialista austriaco, asumió el cargo de Reichskommisar y gobernó Holanda hasta el final de la guerra. Al principio, Seyss-Inquart hizo amagos de conciliación con la población gobernada, pero pronto se desengañó de esta política y comenzó a usar de la mano dura.

Von Falkenhausen tuvo que ceder el mando en el caso de Luxemburgo y de los Países Bajos, pero quedó como gobernador militar de Bélgica y de algunos departamentos del norte de Francia. Parece seguro que Hitler tenía intenciones también de introducir una administración civil en Bélgica, pero el hecho de que el rey Leopoldo se hubiera quedado en el país le impulsó a mantener la jurisdicción. Pensaba que así el imperio colonial belga se mantendría fiel a su rey y no se pasaría a los aliados. Las administraciones alemanas en los tres territorios —independientemente de su carácter civil o militar— eran sobre todo aparatos de vigilancia y control sobre una estructura indígena.

## *Primeros pasos*

La resistencia en Luxemburgo comenzó pronto, aunque dado el tamaño y la población del ducado —300.000 habitantes—, y el hecho de estar completamente rodeado por territorio ocupado por los alemanes, las posibilidades eran reducidas. Hubo una amplia acción de resistencia simbólica, con personas portando enseñas con los colores del ducado, oposición a la germanización cultural, así como a las medidas tomadas por el poder para legitimarse. En octubre de 1941, un censo acerca de la

nacionalidad y la lengua, que perseguía dividir a los habitantes según criterios nacionales, fue retirado cuando grupos organizados comenzaron a animar a los habitantes a contestar definiéndose nacionalmente como luxemburgueses —algo que no había sido especialmente asumido hasta entonces—. Como en muchos lugares, la guerra constituyó una escuela de nacionalismo y un proceso de construcción de comunidad nacional se llevó a cabo a partir de la experiencia de la ocupación.

A lo largo de los años se crearon diversos grupos de resistencia —algunos minúsculos— con nombres como *Letzeburger Patriote Liga* (Liga Patriótica de Luxemburgo), *Letzeburger Volleks Legioun* (Legión Popular de Luxemburgo) o *Letzeburger Frihétskämpfer* (Luchadores por la Libertad de Luxemburgo). En marzo de 1944 la *Unio'n vun de Letzeburger Fräiheetsorganisatiounen* (Unión de los Movimientos de la Resistencia) consiguió unificar a la mayor parte de estas células[1]. En general, su actividad se redujo a la propaganda y la ayuda a perseguidos, ya que las condiciones del país no permitían la lucha armada. Cuando los alemanes introdujeron el servicio militar obligatorio en la Wehrmacht, el 30 de agosto de 1942, los luxemburgueses respondieron con una huelga general. A consecuencia de ella, el Reichskommisar instauró el estado de guerra y la represión se incrementó. Muchos jóvenes del país pasaron a la clandestinidad para evitar ser enrolados, escondiéndose gracias a organizaciones de la Iglesia y a grupos comunistas. Otros huyeron a Bélgica o se enrolaron en el maquis francés.

Los Países Bajos seguían legalmente en guerra, dado que el gobierno en el exilio conservaba la legitimidad —aunque la huida de la reina había sido muy criticada por la población—. El 14 de mayo emitió Wilhelmina una declaración en la que proclamaba que la lucha seguía. Aunque la parálisis era total, el caso es que no se planteó división de importancia entre la sociedad y su gobierno. Al principio, el *Reichskommisar* realizó una aproximación de guante blanco. Estaba convencido de que los neerlandeses anhelaban una revolución nacionalsocialista y de que cooperarían con ellos. Tanto holandeses como flamencos eran considerados por los nazis como pueblos «de sangre hermana» y en su concepción de la vida, por tanto, racialmente «aprovechables». De hecho, los prisioneros de estas

nacionalidades capturados durante la contienda habían sido ya liberados, lo que había tenido un cierto efecto positivo sobre la población. Sin embargo, la voluble política de Seyss-Inquart —que apoyaba visiblemente al minoritario partido nazi holandés (Movimiento Nacional Socialista en los Países Bajos, *Nationaal-Socialistische Beweging in Nederland,* NSB)— fue produciendo una creciente irritación en los neerlandeses. Al mismo tiempo, los escasos avances reales en la «autonazificación» y unos primeros signos de resistencia, llevaron al fin de las concesiones y a un incremento de la represión.

La resistencia simbólica fue como en casi todos los países muy temprana, no sólo porque era en principio menos peligrosa, sino porque no representaba esfuerzo alguno. De este modo se llevaban pequeños botones con los colores de la bandera nacional, con la efigie de la reina —cortada de las monedas— o con el escudo neerlandés. También el 29 de junio de 1940, el día del cumpleaños del príncipe Bernhard —que era, por cierto, alemán y antiguo miembro de las SS— miles de ciudadanos portaron claveles blancos, la flor favorita del príncipe. Era esta una forma de mostrar al invasor que no olvidaban quiénes eran los legítimos gobernantes del país.

También pronto surgieron periódicos clandestinos, de los que la mayor parte tuvieron una vida muy corta. Sólo dos de los fundados al principio de la ocupación, Vrij Nederland (*Los Países Bajos Libres,* protestante) y *De Waarheid* (*La Verdad,* comunista), consiguieron sobrevivir —pese a la ejecución y represión de decenas de sus colaboradores— hasta el final de la guerra. Mientras tanto se fueron organizando redes de apoyo a los refugiados que habían pasado a la clandestinidad. Antes de la guerra los Países Bajos habían recibido miles de fugitivos alemanes, comunistas, socialistas y judíos —como el caso de Anne Frank y su familia—, muchos de los cuales pasaron a esconderse. A ellos se fueron uniendo los fugitivos del trabajo forzado, los militares que no quisieron internarse y los propios judíos holandeses, formando lo que se llamó «los Escondidos» *(Onderduikers)*. En total unas 300.000 personas que debían ser abastecidas y protegidas. A finales de 1942 se formó una organización cristiana que desarrolló ramificaciones por todo el país, la Organización Nacional para la Ayuda a los Escondidos (*Landelijke Organisatie voor Hulp aan*

*Onderduikers,* LO) cuya misión era la de apoyar a los refugiados. Otra organización paralela, los Grupos de Asalto Nacionales (*Landelijke Knokploegen,* LKP), se dedicaron a asaltar las administraciones públicas para hacerse con cartillas de racionamiento y tarjetas de identidad, mientras que otros grupos falsificaban documentos para poder mantener a salvo a los miles de clandestinos[2].

Desde muy pronto existió una organización militar clandestina, de derechas, el *Ordedienst* (Servicio de Orden) que, además de dedicarse a misiones de inteligencia y sabotaje, se había otorgado a sí mismo la misión de mantener el orden en el país y evitar el vacío de poder en el momento de la —hipotética— liberación. El proyecto era de raíz autoritaria, lo que provocó el recelo de comunistas e izquierdistas. Esta organización entró en contacto con el gobierno de Londres y mantuvo con él buenas relaciones.

En Bélgica se suponía que la administración militar alemana debía comportarse apolíticamente y dejar abiertas todas las opciones posibles, actuando como una especie de árbitro. Sin embargo, pronto se vio que el rey Leopoldo III no estaba dispuesto a colaborar en la forma que los alemanes pretendían, Hitler ordenó que no se le permitiera relacionarse con la población. Se le convirtió así en poco más que un prisionero mientras que se comenzaba una política para ganarse a los flamencos. La política racial nazi era la de no tomar en consideración a la comunidad valona por ser considerada «románica», mientras que los flamencos eran «hermanos de sangre». Además, la política llevada a cabo por los alemanes durante la ocupación de la Primera Guerra Mundial había sido la de promover a los flamencos para distanciar ambas comunidades y sembrar la discordia entre ellas. Unos ciertos lazos se habían creado entre determinados intelectuales y políticos nacionalistas flamencos y alemanes.

De hecho, tanto la ocupación como la resistencia en Bélgica estuvieron conectadas a la Primera Gran Guerra. La simbólica de la Resistencia, su recurso a modelos y ejemplos de aquella primera ocupación es evidente. Para los belgas resultaba una especie de cruel broma del destino el que el propio Falkenhausen fuera sobrino de Ludwig von Falkenhausen, el general que había sido el gobernador militar alemán del país entre 1917 y 1918. El viejo Falkenhausen había dejado una terrible fama, labrada a base de

ejecuciones sumarias y represión desaforada. Muy pronto, prominentes resistentes de la primera ocupación comenzaron de nuevo a organizarse. Veteranos de la Resistencia como el político liberal Victor de Laveleye, Walthere Dewe —jefe de la red «Dama Blanca» durante la Primera Guerra Mundial— o Camille Joset —un jesuita, editor del periódico clandestino *La voix des Belges*— se lanzaron sin dudarlo a una nueva lucha. Muchos de ellos tenían contactos con los servicios secretos ingleses que provenían de veinte años atrás y los hicieron valer. Estos antiguos resistentes parecieron especializarse en coordinar líneas de inteligencia, recopilando información para los aliados y enviándola a Londres. La sofisticación de estas redes fue muy elevada. Consiguieron crear servicios telefónicos y telegráficos propios y organizar servicios de correos muy ramificados y seguros[3]. Algunas de las informaciones obtenidas de este modo tuvieron una influencia importante en el desarrollo de la guerra, como por ejemplo los datos acerca del radar alemán. El propio Churchill llegó a afirmar que hubo momentos en los que el 80 por ciento de la información de importancia militar les llegaba de manos de los belgas.

Mientras tanto, militares como el coronel Robert Lenz, el comandante William Grisar y el coronel Jules Bastin habían comenzado a reorganizar clandestinamente el ejército (*L'Armée Belge Reconstituée,* ABR). Otro comandante, Charles Claser, se dedicaba a recorrer clandestinamente el país, construyendo la Legión Belga (*Légion Belge,* LB). Con el tiempo estos militares sumarían sus esfuerzos para crear el Ejército Secreto (*L'Armée Secrète,* AS)[4]. Las organizaciones militares se caracterizaban por una ideología autoritaria, su admiración por el rey y su desprecio hacia el parlamentarismo y el gobierno de Londres. Consideraban a los comunistas y a los colaboracionistas como los verdaderos enemigos. Cuando a principios de 1941 unos oficiales pertenecientes a la «Legión» hicieran público un manifiesto exigiendo un régimen autoritario y una política de neutralidad, se llevó a cabo una purga de estos elementos más reaccionarios. También su estructura militar, centralizada y férrea, les hacía muy vulnerables a las detenciones, puesto que una sola caída significaba el arresto de muchos activistas[5].

Aunque, como hemos dicho, Bélgica carecía de las condiciones adecuadas para la actividad de un maquis al estilo francés o polaco, lo cierto es que se conformó una guerrilla urbana muy activa en el sabotaje y el castigo a los colaboradores. Tampoco faltaron golpes de mano, como liberación de prisioneros, asaltos a trenes y el robo de correspondencia. Esto último iba dirigido a conseguir las cartas escritas por las varias decenas de miles de voluntarios belgas en el frente oriental, lo que permitía obtener información acerca de la marcha de la guerra contra la URSS.

La opinión pública en Bélgica y los Países Bajos evolucionó en forma muy parecida: desde la resignación del verano de 1940, producida por la sensación de impotencia y de fracaso del propio sistema —menor en Holanda— hasta la rabia y el desprecio ante la política de violencia de los nazis.

## *El crecimiento de la Resistencia*

Charles Claser, líder de la Legión Belga, consiguió llegar a Londres en agosto de 1942. Allí fue bien recibido por el SOE, que estaba harto de los fracasos de sus agentes en Bélgica y acogió de buena gana el ofrecimiento de Claser de un ejército secreto preparado para llevar a cabo sus iniciativas. Sin embargo, el propio gobierno belga en el exilio no estaba de acuerdo con el programa político ni con las ambiciones de Claser, y en ello le apoyaba el SIS, que consideraba el sabotaje como una estrategia equivocada. Cuando los alemanes arrestaron a la cúpula de la Legión al completo, estos tres actores —Gobierno, SOE y Legión Belga— pudieron llegar a acuerdos. Entre otras cosas, la presión del gobierno de Londres consiguió que la tarea de la Legión se limitara a la lucha contra el enemigo hasta la liberación, enfocada como una acción militar, sin consecuencias políticas y que le llevaría a disolverse cuando la guerra terminara. En cualquier caso, los problemas con el gobierno durarían hasta 1944.

Además de la Legión, hubo diversos grupos de resistencia, surgidos la mayoría alrededor de periódicos clandestinos, como el grupo de *La Voix des Belges* o la *Witte Brigade-Fidelio.* Algunos de ellos se especializaron en el sabotaje. Se calcula que entre mayo de 1940 y marzo de 1941 hubo al

menos un acto de sabotaje al día, algo que se triplicó a partir de junio de 1941, cuando los comunistas se unieron a la Resistencia. El llamado *Grupo G,* por ejemplo, fue un grupo de científicos de la Universidad de Bruselas que se dedicaron a preparar y ejecutar sabotajes muy bien elaborados y planificados, que con el mínimo esfuerzo causaban el mayor daño a los alemanes sin, para ello, destruir las infraestructuras belgas. El incremento del sabotaje produjo también, como era habitual, una represión muy dura. No sólo se trató de la persecución a los miembros de la Resistencia, sino que las represalias a inocentes cuando no se podía encontrar a los culpables se incrementaron con el tiempo.

Un caso especial, como en toda Europa, fueron los comunistas. Al principio estos intentaron mantener las líneas de la Comintern de imposible neutralidad entre Londres y Berlín, lo que supuso el internamiento de parte de sus líderes en el momento en que estalló la guerra. Luego, como en Vichy, los belgas intentaron conseguir permiso legal para publicar sus periódicos, lo que no les fue dado. Con el tiempo, la base —que había sido mermada por las repercusiones de la alianza entre Hitler y Stalin— comenzó a organizar protestas de tipo económico, contra la carestía y la falta de alimentos. Se publicaban también periódicos en la clandestinidad, aunque eran sobre todo boletines internos, más críticos con la ocupación, aunque sin salirse demasiado de la ortodoxia.

Sólo a partir de 1941 y la Operación *Barbarroja* se lanzaron los comunistas a la resistencia con los brazos abiertos. Crearon en primer lugar el Frente de la Independencia (*Front de l'indépendance,* FI), una organización frentista que pretendía agrupar a la Resistencia y que, hasta el final de la guerra logró reunir a su alrededor a una larga serie de movimientos y organizaciones. Fue esa actividad la que asustó al gobierno de Londres, que tardó en reconocer el FI, temiendo que se tratara de una plataforma comunista para hacerse con el poder.

Y, por otro lado, los comunistas crearon una fuerza guerrillera, los partisanos. Centrada sobre todo en la región minera —donde la disponibilidad de dinamita les permitió realizar sonoros atentados— y en Bruselas, su tono se fue volviendo cada vez más agresivo, según la represión alemana iba creciendo. Su principal objetivo fueron los

colaboradores y los informantes, de los que sólo en la segunda mitad de 1942 asesinaron a 60. Cuando a finales de ese año los partisanos eliminaron a tres alcaldes pertenecientes al movimiento fascista Rex, los alemanes ejecutaron a 68 rehenes, la mayor parte de ellos partisanos y comunistas. Unos meses después la policía consiguió desarticular muchos grupos, arrestando a más de 300 partisanos y unos 500 comunistas, entre ellos, a los líderes del partido y de la guerrilla. Para entonces, la estrategia radical de los partisanos comenzó a atraer a socialistas e incluso patriotas burgueses, cansados de la inactividad de otros movimientos. También una parte de los judíos belgas —muchos de ellos inmigrantes llegados en los años veinte y treinta y que constituían un proletariado muy radicalizado y militante— se unieron a los partisanos, asumiendo las misiones más peligrosas de los años 1942 y 1943. Como en Francia, los extranjeros formaban batallones especiales de partisanos, denominados Fuerza de Trabajo Inmigrada (*Main d'Oeuvre Inmmigrée,* MOI) y en ellos los judíos constituyeron una parte muy importante.

A lo largo del tiempo la Resistencia fue ampliando su base cada vez más. En un principio sólo minorías perseguidas o en peligro e individuos muy concienciados y motivados se habían acercado a la lucha. Con el tiempo, la radicalización de la guerra llevó a buena parte de la población a una resistencia que era, en realidad, una lucha por la supervivencia. Cuando los alemanes fueron extremando sus exigencias de mano de obra, por ejemplo, decenas de miles de jóvenes trabajadores pasaron a la clandestinidad. Sólo una pequeña parte de ellos se alistó con los partisanos —como en Francia —, pero el hecho de que todos ellos necesitaran cobijo, papeles, lugares para esconderse y alimentos obligó a desarrollar redes de apoyo que eran, en sí mismas, poderosos ejemplos de resistencia. Por supuesto que estas redes tenían más que ver con nexos de parentesco y de amistad que con organizaciones ideológicas o patrióticas, pero de ellas podían surgir también compromisos más profundos con la Resistencia.

En Holanda, una particularidad de la Resistencia fueron las huelgas. La primera se produjo ya a principios de 1941, la llamada «Huelga de febrero» *(Februaristaking),* un acontecimiento que marcó un antes y un después en la ocupación. Los días 22 y 23 de febrero de 1941 la policía alemana —con

ayuda de nazis holandeses— había capturado al menos a 400 judíos en las calles de Ámsterdam, maltratándolos a la vista de todos. Al mismo tiempo había crecido el malestar entre los obreros de la ciudad por los rumores de que los ocupantes estaban planeando enviar mano de obra holandesa para trabajos forzados a Alemania. El 24 de febrero, en una asamblea al aire libre en el Noordermartkt de Ámsterdam, se decidió ir a la huelga general. El partido comunista neerlandés —que estaba en la clandestinidad— asumió la organización de una llamada a la huelga, preparó panfletos y los distribuyó durante la noche. La huelga abarcó toda la ciudad, incluidos transportes, escuelas, tiendas y oficinas. Al día siguiente la huelga comenzó a extenderse a otras ciudades. La autoridad de ocupación reaccionó con una violenta y sangrienta represión que acabó por doblegar las voluntades. Los organizadores de la huelga fueron fusilados. A partir de entonces la «revolución nacionalsocialista» que Seyss-Inquiart quería sólo se podía hacer «desde arriba».

Todavía tuvieron lugar dos grandes huelgas. Entre finales de abril y primeros de mayo de 1943 una huelga espontánea se extendió por el país motivada por los requerimientos para enviar mano de obra a Alemania y la orden de reinternar a los antiguos soldados holandeses como prisioneros de guerra. Un millón de personas participaron de una forma u otra durante los tres días de sucesos. La huelga fue aplastada brutalmente por el general Christiansen, el gobernador militar. Noventa y cinco personas resultaron muertas por disparos, 900 fueron deportadas a campos de concentración, y 80, condenadas a muerte.

La tercera huelga fue organizada por el gobierno en el exilio como forma de apoyo a la invasión aliada del país el 17 de septiembre de 1944. Para paralizar el transporte de los alemanes, los ferrocarriles fueron llamados a la huelga. Ésta duró hasta la liberación final de mayo de 1945 y ello pese a que la política alemana de impedir los suministros a las tres provincias occidentales del país llevó a la muerte por hambre a miles de personas.

Una de las causas principales de la desordenada resistencia armada en Holanda fue la Operación *Polo Norte* —también conocida como «Englandspiel», el «Juego de Inglaterra». Se trató de una de las obras maestras del contraespionaje alemán y sirvió para destruir buena parte de la

Resistencia holandesa y sus contactos con el SOE londinense. La operación comenzó en marzo de 1942 cuando la policía alemana detuvo al teniente Huub Lauwers, un holandés enviado por el SOE para establecer contactos entre la Resistencia local y Londres. Con amenazas, el jefe del Abwehr en Holanda Hermann J. Giskes y el comisario de la Gestapo Joseph Schreider consiguieron que Lauwers se prestara a darles los códigos y a seguir informando a su base como si nada hubiera pasado. Los intentos de Lauwers para hacer ver a Londres que se trataba de un engaño fracasaron. A partir de ahí comenzó un juego por el que el SOE iba enviando agentes (más de cincuenta), ante las noticias —falsas— de que la Resistencia se estaba extendiendo y organizando, y los nazis los iban capturando y neutralizando sus operaciones. Así, aparte de conseguir información de importancia sobre la Resistencia, no sólo en Holanda, sino también en otros países europeos, el Abwehr desbarató una campaña prevista de atentados contra colaboracionistas y miembros del partido fascista neerlandés. Sólo cuando algunos agentes presos consiguieron escapar y contactar con Londres, tuvo que terminarse el juego. El resultado —aparte de una vergüenza para los servicios secretos británicos— supuso el retraso de una resistencia armada organizada tal y como se había creado en Bélgica y Francia.

### *La ocupación y la división de Francia*

Tras haber conquistado el Benelux en dos semanas, la maza de los ejércitos alemanes continuaba y aplastaba el norte de Francia. La línea de defensa ideada por los franceses —la línea Maginot— fue simplemente rebasada, el ejército francés humillado por la aviación y los tanques alemanes. Rodeadas en Dunkerque, las tropas aliadas se evacuaron a Gran Bretaña, la defensa de Francia se convertía en pocos días en algo imposible.

La destrucción del ejército francés y la rápida e imparable invasión alemana condujo a la rendición de Francia. El gobierno francés tenía dos opciones abiertas para rendirse: por un lado estaba la capitulación —que permitiría seguir combatiendo desde las colonias y el exilio— o un armisticio negociado —lo que implicaría el final de la guerra a base de

concesiones, que se esperaban fueran bastante serias—. El gobierno se hallaba dividido, la lucha política en su interior fue agria y acerba. Al final el mariscal Pétain, héroe de la Primera Guerra Mundial, logró imponer sus tesis acerca de la necesidad de inclinarse por el armisticio. Petáin fue encargado de formar un nuevo gabinete y de firmar la paz. Confiado en su honor de soldado, no puso condición alguna y fue Hitler quien las diseñó de su propia mano, veinticuatro puntos que se presentaron a los franceses como innegociables. En el mismo vagón de tren en el que en 1918 habían aceptado los alemanes su propia rendición, firmó Pétain el 22 de junio de 1940 las condiciones de alto el fuego.

Tras la anexión *de facto* de Alsacia y Lorena, las tropas alemanas sólo ocuparon el norte y el este del país, dejando el sur y el centro como zona «libre». El gobierno que Hitler permitió que se formara tomó posesión inmediatamente de esa zona, nombrando como capital administrativa la pequeña ciudad-balneario de Vichy. Los invasores controlaban la mayor parte de la industria y la producción minera francesa, mientras que Francia, aparte de reparaciones de guerra, se veía obligada a financiar la propia ocupación. Aunque los alemanes mantenían bajo custodia a casi dos millones de soldados franceses, se permitió a Francia mantener un ejército de hasta 100.000 hombres. También dejaron los alemanes que el extenso imperio colonial francés siguiera bajo control del gobierno de Pétain.

En un principio, el armisticio y el nuevo gabinete de Pétain fueron bien recibidos por los franceses. El país se había librado de una sangrienta derrota, la humillación de ser invadidos por los alemanes no se había unido a destrucciones y masacres como las que se habían temido. El mariscal era considerado como un héroe que durante la Primera Guerra Mundial había evitado un exceso de muertes en Verdún y, por tanto, el que acometiera el intento de terminar la guerra, incluso con una derrota, resultaba coherente y respondía además al profundo deseo de muchos franceses. El prestigio del mariscal duraría aún largo tiempo, lo que permitiría esconder las deficiencias de un régimen que cada vez más se iría convirtiendo en una marioneta de los nazis.

La paz a cualquier precio había sido, en suma, el deseo de la población. No olvidemos que el derrumbe de la III República francesa ante los nazis

había terminado con una época de intensa conflictividad social y de tensiones entre izquierda y derecha que tenían algo de guerra civil. El régimen militar en la Francia ocupada y la construcción de un autoritarismo con rasgos fascistas en la Francia Libre subsumieron el conflicto que aún no estaba cerrado. Con el tiempo, el desarrollo de la Resistencia y su represión tomarían un cariz de guerra civil virtual que conservaría a lo largo del proceso de depuración posterior a 1944.

El gobierno del mariscal Pétain proclamó pronto la «revolución nacional», un proceso por el que se pretendía terminar con las presuntas debilidades de la democracia liberal francesa, con la corrupción y el partidismo que se le atribuían. Desarrollaron así medidas tendentes a crear un corporativismo de índole católico, rural y nacionalista. Sin embargo, al contrario que el nacionalsocialismo alemán, el régimen de Vichy no era un régimen modernizador, ni su identitarismo a ultranza similar al movilizador anhelo racista hitleriano. Vichy tuvo mucho más que ver con el nacional catolicismo azul de Franco —ante cuyo régimen había sido Pétain breve embajador— que con el modelo económico y social de los invasores que lo habían hecho posible. Así, aunque nominalmente Francia —excepto su parte ocupada— seguía siendo independiente y se había declarado neutral en el conflicto con los aliados, el hecho es que la presión nazi, por un lado, y la voluntad del gobierno petainista de colaborar en la construcción de la Nueva Europa, por otro, les condujo a situarse inequívocamente del lado de Hitler. Se crearon así estructuras como la policía política, que serían cruciales para el comienzo de la lucha contra la Resistencia —y para el desarrollo del exterminio de los judíos en Francia— y se promulgaron leyes que seguían fielmente los deseos de los nazis, pero, y esto es importante, sin que éstos lo exigieran expresamente. La subordinación de Francia al Eje era, pues, en buena medida, autoimpuesta.

## *De Gaulle y la Francia Libre*

Mientras tanto, al otro lado del Canal de la Mancha, un antiguo subordinado de Pétain durante la Primera Guerra Mundial se preparaba para avivar la Resistencia. Charles de Gaulle, un general relativamente poco conocido,

que había sido por un corto tiempo secretario de Estado encargado de coordinar los asuntos de guerra con Gran Bretaña, había huido de Francia el 17 de junio, antes incluso de que se firmara el armisticio[6]. De Gaulle, que pocos días antes había firmado con Winston Churchill un acuerdo de colaboración contra Alemania, fue recibido por el *premier* británico con la esperanza de que se le fueran uniendo nombres de mayor porte. Era la única posibilidad de que al menos una parte de Francia se enfrentara a los nazis, algo que Churchill sabía que necesitaría desesperadamente.

De Gaulle comenzó su tarea el 18 de junio con un famoso discurso radiado por la BBC en el que animaba a la resistencia, declaraba al gobierno de Vichy ilegítimo y ofrecía la visión de una Francia Libre, añadiendo que «la llama de la resistencia» todavía no se había apagado. Pese a ser recordado como el origen de la Resistencia francesa, el discurso apenas llegó a ser escuchado por sus presuntos destinatarios —por razones técnicas, entre otras— y no produjo efecto alguno inmediato en el interior del país. Sólo al cabo del tiempo, cuando se reprodujera en los periódicos de la Francia no ocupada y la BBC comenzara a repetirlo, serviría el discurso como fuente de inspiración para la Resistencia.

Agnès Humbert, luego una de las fundadoras de la revista clandestina *Résistance* y del grupo del «Museo del Hombre», comentaba así lo que había significado para ella el haber oído, por pura casualidad, las palabras de De Gaulle:

> Una voz anuncia una alocución que va a dar un general francés. No cojo su nombre. En un discurso que es perentorio y tajante, no muy adecuado para la radio, el general urge a todos los franceses a unirse alrededor de él para seguir la lucha. Siento que he vuelto a la vida. Un sentimiento que yo pensaba que había muerto, se revuelve otra vez en mi interior: la esperanza[7].

El 25 de junio de 1940 formó De Gaulle en Londres el comité *France Libre,* que fue reuniendo a su alrededor a los soldados escapados de la derrota de Dunkerque y de las fuerzas expedicionarias a Noruega. Con ellos se construyeron pronto las *Forces Françaises Libres* (FFL), el ejército en el exilio del que De Gaulle fue nombrado comandante en jefe. Estas dos organizaciones fueron creciendo, entre otras razones, gracias a la progresiva toma de partido por De Gaulle de diversas colonias africanas (Camerún, Chad, Madagascar...). A la larga serían estas colonias, en especial Argelia,

de una importancia decisiva para desarrollar la guerra. La intención de De Gaulle era la de conseguir que la posición de las fuerzas francesas fuera lo suficientemente fuerte como para que los aliados los consideraran parte beligerante en la contienda. Este reconocimiento tuvo lugar con el tiempo, pero fue resultado en buena medida de la simple buena voluntad de los aliados británicos. El aporte francés a la liberación de Europa fue —al cabo — bastante magro[8].

Pero el problema que se le planteaba a De Gaulle era el de contrarrestar la acción colaboracionista de Vichy a toda costa. La legitimidad del régimen de Pétain era indudable. Los principales países del mundo lo habían reconocido y entablado relaciones diplomáticas con él. Por ello cualquier esfuerzo por resistir al invasor alemán y ser aceptado por los aliados pasaba por eliminar dicha legitimidad. De Gaulle lo intentó a base de alzar una y otra vez la bandera de una desconocida Francia, resistente y en el exilio, «Otra Francia», que nadie sabía muy bien lo que significaba. No olvidemos que, a diferencia de polacos, checos o noruegos, De Gaulle no era el representante de un gobierno huido ante la derrota que se hubiera asentado en Londres, sino un mero individuo, miembro del gobierno, que, a título personal, había decidido continuar la resistencia. Durante mucho tiempo los aliados, en especial los estadounidenses, no quisieron reconocer a De Gaulle y buscaron con desesperación alguien a quien entregarle su confianza. Cuando el 8 de noviembre de 1942 se produjo la Operación *Torch,* la invasión del norte de África por los aliados, los estadounidenses se ganaron al almirante François Darlan —comandante en jefe de las fuerzas de Vichy en África—. Cuando Darlan fue asesinado de improviso y ante el fracaso de los sondeos para atraerse a otros militares de Vichy más conocidos, los estadounidenses aceptaron —a regañadientes— el liderazgo de De Gaulle. Justo a tiempo: desde la plataforma que ofrecía el norte de África, el general organizaría un embrión de estado que conseguiría —con el tiempo— atraer a la parte más importante de la Resistencia que se encontraba en el interior de la metrópoli[9].

El principal rival de De Gaulle fue el general Henri Giraud, quien había sido capturado en mayo de 1940 por los alemanes durante la invasión. Prisionero en la fortaleza de Königstein, en Sajonia, Giraud consiguió

escapar en abril de 1942 con ayuda de los servicios secretos británicos. Regresó de incógnito a la Francia Libre y se mantuvo en la clandestinidad porque, aunque por temperamento era partidario de la «Revolución Nacional» petainista, se negaba a colaborar con los alemanes. Trasladado por los británicos a Gibraltar, mantuvo la pretensión de convertirse en interlocutor principal de los aliados, por encima de De Gaulle, y siguiendo la Operación *Torch,* Giraud fue nombrado por Darlan jefe de las tropas francesas en el norte de África. Su actuación a partir de aquel momento fue errática y ambigua. Entre otras cosas, mantuvo la legalidad de Vichy, incluso las leyes antisemitas, después del asesinato de Darlan hizo fusilar a su asesino y mandó detener a miembros de la Resistencia. En 1943 la comandancia militar y civil de Argelia —surgida del hundimiento del régimen de Vichy en África tras la Operación *Torch* y dirigida por Giraud— se fundió con el Comité Nacional Francés de Londres, de De Gaulle, para formar el *Comité Français de la Libération Nationale* (CFLN). En esta especie de gobierno provisional, Giraud cumplió funciones de copresidente, junto con De Gaulle, hasta que una serie de errores y apreciaciones equivocadas le obligaron a dimitir. El camino para De Gaulle quedó libre así.

Mientras tanto, la situación en Francia era de apatía absoluta, de esperar y ver, de dejarse llevar y refugiarse en la vida privada. Las grandes organizaciones —partidos, sindicatos, iglesias— o habían sido disueltos o se encontraban sumidos en el más absoluto marasmo. La magnitud e imprevisibilidad de la derrota había dejado a los franceses sin deseo alguno de combatir. El prestigio de Pétain ocultó durante mucho tiempo lo que estaba sucediendo, la confianza en el mariscal era tal que la mayoría de los franceses —ante el hecho añadido de las contundentes victorias alemanas en el resto de Europa— prefirieron dejar sus destinos en las manos del anciano. Los escasos esfuerzos primeros de resistencia surgieron por simple odio, desesperación o rabia. Era revuelta individual, pataleo sin objetivo, combate sin causa clara. Hubo algunos asesinatos de oficiales de las fuerzas de ocupación, algún sabotaje de menor entidad. También la propaganda comenzó a circular pronto, folletos, panfletos, algún periódico. Quienes los producían intentaban quebrar la apatía y la sumisión espiritual al invasor, la

«pérdida del alma de Francia», como la denominaba un grupo de católicos resistentes de Lyon[10].

Sin embargo, para la mayoría de los franceses el mero pensamiento de resistir era poco menos que una locura. Tan inmenso parecía el poderío alemán que unos panfletos o un poco de sabotaje no resultaban creíbles como efectivos medios de contrarrestar al invasor. Es más, muchos esperaban —con razón— que un exceso de oposición produjera mayor represión. Todavía en septiembre de 1941 pedía el propio De Gaulle en uno de sus discursos radiados por la BBC hacia el interior del país que, aunque «era completamente normal y completamente justificado» el matar alemanes, había un sólo motivo pero muy importante por el que él daba la consigna de no hacerlo: «en este momento el enemigo puede responder fácilmente con una masacre de nuestros soldados»[11]. Sólo poco a poco comenzó a desarrollarse una serie de organizaciones que ejercieron —primero— una oposición civil o que diseñaban unos objetivos —por el momento inalcanzables— de confrontación armada.

La Resistencia era también una cuestión económica. La escasez de papel impedía la publicación de periódicos, la falta de armas no podía suplirse por inexistencia de fondos. Con el tiempo, requisas y contrabandos de materiales, donativos de personas afectas a la causa y aportaciones de dinero y armamento, así como aparatos de radio proporcionados por los servicios secretos británicos permitieron que los resistentes se fueran pertrechando. Es interesante que buena parte de los conflictos internos entre grupos de la Resistencia, o entre estos y Londres, tuvieron que ver con los medios económicos. Por ejemplo, las diferencias ideológicas y estratégicas entre Henri Frenay, el líder del grupo *Combat,* y Jean Moulin, el plenipotenciario de De Gaulle para la unificación de la Resistencia, se agudizaron por este problema, hasta el punto de que, para mantener la independencia de su movimiento, Frenay firmó un acuerdo de financiación con los servicios secretos americanos.

Aun así, los medios fueron siempre escasos y en ningún momento los grupos de resistencia —ni siquiera los maquis ni las tropas irregulares— alcanzaron un nivel que permitiera pensar en poder combatir abiertamente un ejército sólido y entrenado como el alemán.

### *Principales grupos de resistencia*

La división de Francia en dos zonas, una ocupada y otra «libre» produjo también una diferente composición y una diferencia inicial en el surgimiento de las resistencias[12]. La «Zona Libre» se comportó —hasta su ocupación en noviembre de 1942— como una dictadura de derechas y la Resistencia asumió el aspecto de una oposición política que evolucionó hacia la lucha armada. Los movimientos principales en Vichy fueron:

— *Franc-Tireur et Partisans,* que eran de izquierda radical, bajo hegemonía del partido comunista, liderados por Jacques Duclos, aunque sus miembros no sólo pertenecían al partido. Fueron especialmente duchos en la lucha armada y el sabotaje.

— *Libération-Sud,* una amalgama de sindicatos y grupos socialdemócratas, cuyo líder fue Emmanuel d'Astier de la Vigerie, un peculiar personaje, más bien bohemio.

— *Combat,* de tendencia democratacristiana, liderado por Henri Frenay, uno de los más inteligentes cabecillas de la Resistencia, antiguo hombre de derechas que fue derivando hacia un socialismo no marxista.

Ciertamente, la Resistencia en la zona evolucionó hacia la lucha armada también porque la represión de la dictadura de Vichy se fue haciendo más intensa. Los cuerpos policiales (la *Police de Suréte,* los *Garde des Voies et des Communications,* etc.) incrementaron con el tiempo su efectividad y, tras la extensión de la ocupación también al sur, cuerpos como los *Groupes Mobiles de Reserve* (unos 10.000 hombres) o la *Legion Française des Combatants* (formada por antiguos combatientes y que daría nacimiento a la temida *Milice Française* dirigida por Joseph Darnand) lucharían codo a codo con los alemanes para erradicar a la Resistencia.

Las regiones francesas que habían sido ocupadas desde el principio —incluida París— desarrollaron pronto una miríada de organizaciones de resistencia. La ocupación era allí —lógicamente— más visible, y la humillación, cotidiana y palpable, con lo que la motivación para unirse a algún grupo resultaba mayor. Las condiciones de represión provocaron también la multiplicación de grupos, con una verdadera sopa de letras que

no es fácil de describir adecuadamente. Como principales organizaciones estaban:

— *Ceux de la Libération* (CDLL), Fue creado en el curso del verano de 1940, con su centro en París pero extendido luego de Bretaña a Borgoña y de la Vendeé a la Champagne. Su iniciador fue Maurice Ripoche, un ingeniero y antiguo piloto, y su composición siguió esa norma: especialistas e ingenieros, lo que le atrajo una represión implacable. Sus principales actividades eran la inteligencia, la ayuda a la evasión y la acción paramilitar.

— *Ceux de la Résistance* (CDLR). De tendencia derechista, surgió en el invierno de 1942 a partir de la reconstrucción de un grupo del *Libération* de Henri Frenay destruido por la policía. Liderado en principio por Jacques Lecompte-Boinet y Henry Ingrand, rompen con el grupo de Frenay y edifican un poderoso movimiento que crecerá de 12.000 militantes en 1943 hasta unos 60.000 en 1944, durante los combates de la liberación.

— *Libération-Nord.* De izquierdas, socialdemócrata formado alrededor de un periódico clandestino *(Libération),* en noviembre de 1941, con la peculiaridad de que se trataba de una unión de los sectores no comunistas de los sindicatos clandestinos. Su origen sindical hace que existan dos tendencias: por un lado, la defensa de las consignas políticas y sindicales y, por otro, una adaptación a las tareas de inteligencia y de acción directa, que se empezará a llevar a cabo sobre todo a partir de 1943.

— *Organisation civile et militaire* (OCM). Nacido en París en diciembre de 1940 de la fusión de dos grupos, se trata de una organización basada en universitarios, antiguos militares, industriales y profesionales liberales. Organizada militarmente, sus militantes crearon rutas de evasión, acumularon armas, recogieron información para los aliados y, con el tiempo, desarrollaron una serie de grupos paramilitares que fueron desmantelados a lo largo de 1944. La OCM contó a finales de 1943 con unos 65.000 militantes, de ellos unos 4.000 murieron durante los combates de la liberación.

Una organización de importancia que se encontraba en las dos zonas fue el Partido Comunista Francés (PCF). El PCF, de obediencia soviética, mantenía al principio de la ocupación una posición muy delicada.

Recordemos que, tras el pacto Hitler-Stalin en agosto de 1939, el liderazgo comunista francés había llamado a no participar en la guerra contra los nazis, desertando incluso ante el enemigo. Su secretario general, Maurice Thorez, había desertado del ejército y huido de Francia, tras ser acusado de traidor, y ahora estaba refugiado en la URSS, mientras que el partido había sido prohibido. En la zona controlada por Vichy los comunistas —fiados de la alianza con Hitler— intentaron conseguir —sin éxito— que se les permitiera volver a la legalidad y publicar su diario *L'Humanité*.

Es cierto que desde el principio de la ocupación hubo comunistas que no se habían resignado a seguir las órdenes del comité central y habían comenzado a organizar la Resistencia. Roger Garaudy, que ya durante la Guerra Civil Española había estado implicado en una red para hacer pasar los Pirineos a voluntarios comunistas, cuenta cómo se había alistado, pese a las órdenes del partido, y había combatido contra los alemanes «con alegría y entusiasmo»[13]. Aun manteniendo la consigna del partido en atacar en su prensa clandestina a Gran Bretaña como principal culpable de la guerra, muchos comunistas no se habían resignado a quedarse con las manos quietas. Algunos miembros del partido, en especial de las juventudes y de quienes habían estado en las Brigadas Internacionales, comenzaron a organizarse muy pronto. Pero sólo a partir del momento en que la presión de Hitler se fue dirigiendo hacia los Balcanes y el sureste de Europa, dio Stalin órdenes de que el partido se lanzara a una resistencia sin reservas.

Este giro del partido —que tuvo lugar a lo largo de la primera mitad de 1941, tras el bombardeo de Belgrado— condujo al establecimiento de una organización, *Front National,* que durante los dos primeros años de la ocupación fue la única que estaba representada en las dos zonas. También es cierto que los comunistas —como en toda Europa— eran los únicos con verdadera experiencia en trabajo clandestino, de modo que no tuvieron mucha dificultad en reemprenderlo. La justificación de la violencia propia de la ideología de los comunistas y su disposición a la lucha armada explica que fueran los primeros en lanzarse a acciones directas. Desde el momento en que decidieron integrarse en la Resistencia, su actuación fue la más decidida y fueron ellos quienes dejaron más víctimas propias, mártires de la causa de la liberación nacional y social. Los comunistas fueron el «partido

de los fusilados», como reza el mito construido en la posguerra. La consigna después de la Operación *Barbarroja* —el ataque nazi a la URSS— era intentar lograr que los alemanes tuvieran que desviar fuerzas desde el Frente del Este hacia Francia, creando para ello la mayor confusión posible. El que se considera como primer atentado mortal contra las fuerzas de ocupación —el asesinato de un oficial alemán en el metro de París el 21 de agosto de 1941— fue realizado por un resistente comunista, antiguo miembro de las Brigadas Internacionales en la guerra de España. El juego de acción y reacción producido por las acciones armadas comunistas avivó la resistencia de la población, no sólo por su ejemplo y su sangre vertida, sino por la represión desatada que, a su vez, como resultado, impulsó a aquellos que habían estado más tibios a la hora de entrar en el juego.

### *La coordinación de la Resistencia*

Aunque la situación de partida era extraordinariamente difícil, la Resistencia se fue coordinando poco a poco, impulsada desde Londres. Es ahí quizá donde radica la verdadera importancia del gaullismo para la Resistencia. Jean Moulin, antiguo prefecto y uno de los primeros resistentes en la zona libre, huyó a Londres en septiembre de 1941, donde trabó contacto con De Gaulle. Moulin le presentó al general una serie de planes para la construcción de un movimiento coordinado de la Resistencia y con esta misión fue enviado —lanzado en paracaídas— en enero de 1942 al país. Su labor no fue fácil, los celos y las desavenencias entre los grupos de resistencia eran muy profundos, pero con el tiempo lo logró. En pasos sucesivos, Moulin, persona de indudable talento organizativo, consiguió hacer de la sopa de letras de la resistencia un alfabeto organizado bajo una sola sigla: el *Conseil National de la Résistance* (CNR). Partiendo de ocho grandes grupos —producto a su vez de consolidación de otros más pequeños— y de representantes de viejos partidos y sindicatos disueltos por Vichy, el CNR se convirtió en una especie de parlamento en la sombra. El Consejo, aparte de coordinar la resistencia militar y preparar al país para el inminente desembarco aliado, elaboró a lo largo del último año y medio de la guerra una serie de documentos de trabajo que tenían la misión de

preparar la Francia que surgiría del conflicto. Las ocho organizaciones que formaron el consejo fueron: *Ceux de la Libération* (CDLL), *Ceux de la Résistance* (CDLR), *Combat, Franc-Tireur, Front National, Libération-Nord, Libération-Sud* y la *Organisation civile et militaire* (OCM). Con ellas se coordinaban también los dos principales sindicatos (CGT y CFTC) y los seis principales partidos anteriores a la guerra.

Aunque en esta unificación hubiera por supuesto un elemento de responsabilidad nacional y patriótica, ciertamente la baza jugada por Moulin —y por De Gaulle— era la de los envíos de pertrechos y armas. Gracias a la conexión con Londres —tanto gracias a los servicios secretos ingleses como con la *France Libre* gaullista—, las aisladas organizaciones resistentes podían hacerse con armas y municiones que necesitaban desesperadamente. Someterse, pues, a De Gaulle significaba tener acceso a dichos envíos. Moulin permitió la participación de los comunistas —algo que no todos veían con agrado— y les dio acceso a cotas de poder dentro de la organización. Manejando hábilmente la entrega de pertrechos, consiguió sin embargo evitar que su poder pusiera en peligro el consenso nacional, logrando un equilibrio complicado y difícil. La unificación, por otro lado, permitió también que De Gaulle adquiriera el respeto necesario que le hizo afianzarse en el liderazgo de la Francia Libre. Por otro lado, las acciones armadas de la Resistencia habían ido creciendo hasta tal punto que la mera coordinación política —la conseguida por Jean Moulin— resultaba insuficiente. Se necesitaba cada vez más una coordinación de sabotajes y represalias, se necesitaba que se mantuviera la calma en determinadas zonas, que se fuera construyendo poco a poco el ejército secreto que se iba a precisar en el momento de la invasión de los aliados para liberar el país de mano de los propios franceses.

Jean Moulin fue capturado el 21 de junio de 1943 e interrogado cruelmente por Klaus Barbie, el jefe de la Gestapo de Lyon. Murió a consecuencia de las torturas, sin haber revelado nunca los secretos de la *Resistánce*. Después de su desaparición, hacía falta reemplazarlo con un personaje de calibre, se eligió así a Georges Bidault, que se encargó del mando civil del movimiento. Para encargarse de la coordinación militar se decidió enviar al país a Jacques Bingen, un ingeniero de origen judío, que

formaba parte del *Bureau Central de Renseignements et d'Action* (BCRA), los servicios secretos de la Francia Libre gaullista. Bingen saltó en paracaídas a mediados de agosto de 1943 para tomar parte en las negociaciones del Consejo de la Resistencia y poco a poco fue desarrollando su labor.

Para entonces, la situación de la Resistencia era de *impasse*. Los aliados habían retrasado la invasión de Europa —sustituyéndola momentáneamente por la de África del Norte— y la ocupación por los alemanes de la zona libre había clarificado las posturas en la metrópoli. Sin embargo, también la represión se había incrementado hasta niveles elevados. Bingen sucumbió también y fue capturado, pero para entonces había conseguido crear las *Forces Françaises de l'Intérieur* (FFI), una organización armada que aglutinaba las fuerzas clandestinas. Entre ellas se encontraban el *Armée secrète* (AS) (que agrupaba a *Combat, Libération-Sud, Franc-Tireur*), la *Organisation de résistance de l'armée* (ORA) —seguidores del general Giraud, un rival de De Gaulle— y los *Francs-tireurs et Partisans* (FTP) —comunistas—, que estaban llevando sobre sus hombros la parte más amplia de la lucha.

La presión gaullista para separar la resistencia política de la armada produjo fricciones de importancia. La más importante fue posiblemente con Henri Frenay, líder de *Combat,* quien veía dicha división como ajena a la esencia de la Resistencia. Frenay, que se había sentido incómodo con la creación del CNR, soñaba con convertir la Resistencia en un gran partido —algo que intentaría conseguir sin éxito tras la liberación—. Su disgusto con Moulin y De Gaulle le condujo a intentar mantener el máximo tiempo posible la independencia de su movimiento.

La Resistencia francesa había alcanzado un nivel de relativa importancia a principios de 1944. En aquellos momentos había unos 200.000 resistentes, algo que se cuadruplicaría a lo largo del año en los combates por la liberación. François Marcot habla de un total de 500.000 personas implicadas en la Resistencia de un modo significativo a lo largo de la guerra. Hay que reconocer que en un país que contaba por entonces con unos cuarenta millones de habitantes, la Resistencia no fue un fenómeno de masas[14].

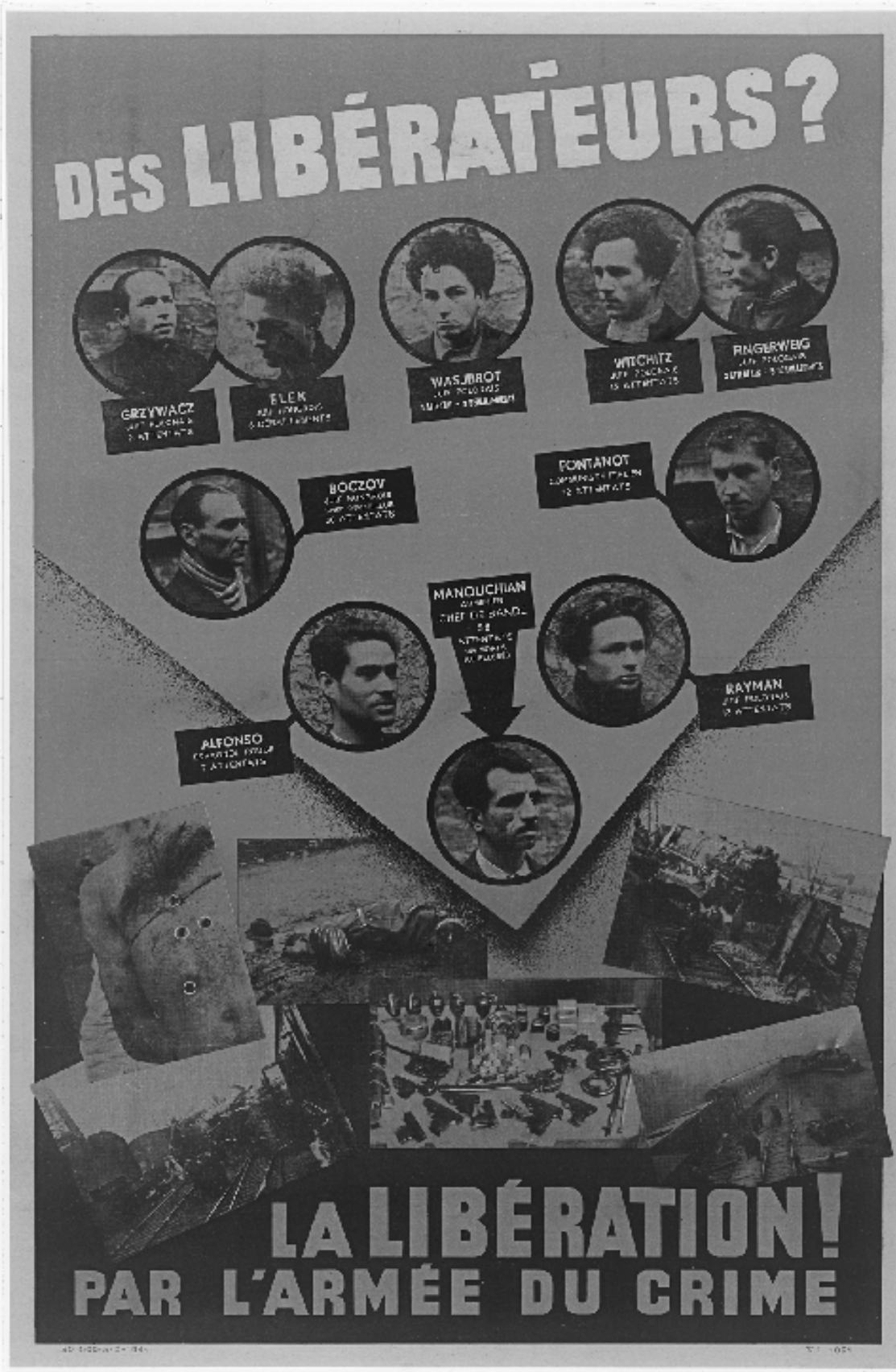
DES LIBÉRATEURS?
GRZYWACZ
ELEK
WASJBROT
WITCHITZ
RINGELWEIG
BOCZOV
FONTANOT
MANOUCHIAN
ALFONSO
RAYMAN
LA LIBÉRATION!
PAR L'ARMÉE DU CRIME

Foto 7. «El afiche rojo», un cartel de propaganda de la Francia de Vichy denigrando a la Resistencia.

---

[1] Émile Krier, «Luxemburg am Ende der Besatzungszeit und der Neuanfang». en Kurt Düwell, Michael Matheus (eds.), *Kriegsende und Neubeginn: Westdeutschland und Luxemburg zwischen 1944 und 1947,* Stuttgart: Franz Steiner, 1997.

[2] Gerhard Hirschfeld, *Nazi Rule and Dutch Collaboration: The Netherlands Under German Occupation, 1940-1945,* Oxford: Berg, 1988.

[3] Emmanuel Debruyne, *La guerre secrète des espions belges, 1940-1944,* Bruselas: Éditions Racine, 2008.

[4] Henri Bernard, *L 'Armée secrète. 1940-1944,* Gembloux: Duculot, 1986.

[5] Pieter Lagrou, «Belgium», en Moore, *Resistance,* pp. 27-64.

[6] Olivier Wieviorka, *Histoire de la Résistance: 1940-1945,* París: Perrin, 2013

[7] Humbert, *Résistance,* p. 7.

[8] Robert Gildea, *Fighters in the Shadows. A New History of the French Resistance,* Londres: Faber and Faber, 2015.

[9] Henri Michel, *Histoire de la Résistance,* París: PUF, Que sais'je?, 1950.

[10] Renée Bédarida, *Pierre Chaillet: La genèse d'une résistance spirituelle,* París: Assas Editions, 2000.

[11] J. Lacouture, *De Gaulle. I. Le Rebelle, 1890-1944,* París: Seuil, 1984, p. 577.

[12] Laurent Douzou, Robert Frank, Denis Peschanski y Dominique Veillon (eds.), *La Résistance et les Français: Villes, centres et logiques de décision,* Cachan: École Normale Supérieure, 1995.

[13] Alphons Matt, *Hat es sich gelohnt? Gespräche und Dokumente über den Widerstand in Europa von 1930 bis 1945, Eine Text-/Bilddokumentation,* Zúrich/Múnich: Ringier & Co AG, 1980, p. 51.

[14] François Marcot, «Combien étaient-ils», en: François Marcot, *Dictionnaire historique de la Résistance,* París: Robert Laffont, 2006, p. 341.

# CAPÍTULO 7

# LA EXPERIENCIA DE LA RESISTENCIA

Comienza una nueva vida.

Primera página del diario del comisario
de partisanos soviéticos Povarov[1].

El hecho resistente se convirtió a lo largo del tiempo en forma de vida y parte de la experiencia vital de sus miembros. Para algunos, «los huidos», los escondidos y perseguidos, no había otra opción, tenían que hacer de la resistencia su vida. En las aldeas de Lituania, por ejemplo, tras la Segunda Guerra Mundial, muchos jóvenes se vieron obligados a esconderse en el bosque para evitar represiones del nuevo ocupante soviético, algo muy parecido a lo que había sucedido en otras partes: franceses huyendo a esconderse de ser arrastrados al Servicio de Trabajo Obligatorio por los alemanes (los *réfractaires*), españoles a los que la persecución de la guardia civil en sus pueblos les impelían a echarse al monte, judíos que se escondían en toda Europa para evitar la persecución. No todos ellos formaban parte de la Resistencia en la politizada forma que nosotros estamos considerando. Muchos, quizá la mayor parte, prefirieron simplemente sobrevivir y esconderse, sin arriesgarse a realizar acciones de otro calibre. Esto ha quedado demostrado en el caso francés, donde hubo departamentos en que solo un 6 por ciento de los *refractarios* ingresó en el maquis[2]. Su composición era muy dispareja. En el mismo caso francés, por ejemplo, la atmósfera del maquis dependía también del carácter de aquellos que lo componían: los miembros del maquis eran en verdad muy variados. «A los jóvenes obreros y los jóvenes estudiantes de las ciudades afectados por el STO se unieron muy pronto los campesinos de las villas vecinas[3].

En cualquier caso, la vida a escondidas implicaba desarrollar una serie de mecanismos de supervivencia que se constituían en estilo de vida. Muchas de estas personas se vieron obligadas a permanecer años en *el monte* —palabra con la que recogemos todas las formas diversas y lugares de escondite y acción rurales—. Otros resistentes, sobre todo los urbanos, convirtieron el oponerse al invasor en un modo de vida. Gente joven, en general, a la que la Resistencia —a veces a sueldo del ejército en las sombras— le ofrecía una perspectiva en un mundo carente de ellas. La Resistencia proporcionaba una identidad en un momento en que las lealtades e identidades habituales estaban puestas en cuestión por los invasores. La identificación con una causa, con un grupo, con una comunidad, proporcionaba un lugar en el mundo a personas cuya sociedad se hallaba en estado de excepción. Pero incluso podía convertirse también en una forma de supervivencia. La identidad otorgada por la Resistencia podía ser muy real y material: en un mundo en el que los papeles, tarjetas de identidad y permisos de trabajo podían significar la diferencia entre la vida y la muerte, participar en la Resistencia daba acceso a unos recursos —identidades falsas, falsos papeles de trabajo— que salvaron la vida a muchas personas.

Pero también la Resistencia podía proporcionar algún dinero. Como comenta el comunista griego Fanis Bistulas, su primo «fue enviado al EDES [la guerrilla monárquica] por su tío (puede que no por convicciones políticas, sino por el dinero, por una libra esterlina inglesa al mes)». Aunque añadía: «sin embargo mi hermano Ilias se unió siguiendo sus convicciones a las fuerzas del ELAS [la guerrilla comunista]»[4]. Los partisanos soviéticos cobraban un buen sueldo. El comisario de partisanos Povarov comentaba en su diario con sarcasmo:

> Una fecha histórica. Un elevado nivel patriótico... Inscripción en el servicio militar para el año 1943 [se refiere a los partisanos de su región]. Se han inscrito 66 personas por 45.650 rublos, es decir el 150 por ciento del sueldo [normal][5].

Hubo también quien esperaba alguna recompensa por su trabajo. Jan Nowak-Jeziorański, el famoso «correo de Varsovia», cuenta cómo después de contactar con un ferroviario para una acción de la Resistencia, la acción

fue anulada. Al comunicarle al ferroviario que no era necesaria su participación, este dijo, con aspecto frustrado y ademán triste: «Una pena. Y yo que pensaba que después de la guerra me iban a dar alguna concesión, algún quiosco para inválidos. Y así, nada de nada»[6]. Las motivaciones fueron, como vemos, muy diversas.

### *Cómo entrar en la Resistencia*

Entrar en la Resistencia era en general una cuestión relacionada sobre todo con dos factores: voluntad y oportunidad. La Resistencia solía crecer a partir de lazos sociales y relaciones interpersonales ya existentes. Por lo general, en las aldeas y pequeñas poblaciones la entrada en la Resistencia se producía con naturalidad, como un paso más dentro de la red social a la que se pertenecía. Se echaban así «al monte» los mozos que eran reclamados por el ocupante para trabajar o para servir en el Ejército, acompañaban al padre de familia a los refugios en el bosque los hijos, mujeres o parientes, les seguían los conocidos o las personas del pueblo que se encontraban en parecida situación de peligro. Por poner un ejemplo: Aristina Pop-Săileanu, una muchacha de 18 años de la región rumana de Maramures, huyó a las montañas el 13 de mayo de 1949 siguiendo a su padre, a quien la Securitate buscaba por dar cobijo a miembros del partido campesino y a estudiantes. En los montes, el padre dirigió un grupo de partisanos que resistió hasta que, en 1953, Aristina y otro hijo suyo fueron capturados por la Securitate y él se entregó y fue fusilado. Como Aristina afirmaba: «había una gran solidaridad» por parte de la gente común[7]. Se creaban así redes que durarían mucho tiempo y que son las responsables de la persistencia de guerrillas en las zonas aisladas durante mucho tiempo. Los guerrilleros antifranquistas que más pervivieron tenían por lo general apoyo familiar, sus «enlaces» eran antiguos amigos o personas que los conocían desde antes del final de la guerra. Lo mismo sucedía en Lituania y Rumanía.

Las primeras fases de las resistencias en los países ocupados solían corresponder a los soldados desmovilizados. Gunnar SØnsteby, resistente noruego, cuenta cómo, tras volver del frente, durante el primer año de la

ocupación, él y sus amigos escuchaban las noticias de Londres y discutían acerca de la marcha de la guerra. Comenzó a entrenarse, corriendo y paseando por los bosques —había tenido una terrible experiencia en los últimos días de la guerra—. Al escuchar la BBC parecía que en todo el mundo seguía la guerra menos en Noruega.

> O ¿era así? Las armas que habíamos escondido antes de volver a casa todavía estaban donde las habíamos dejado. Un pensamiento conducía a otro. Poco a poco, estaba naciendo la idea de una resistencia[8].

Luego, con el tiempo, la entrada en la Resistencia urbana podía ser muy diferente. Parece lógico que había que conocer a alguien para hacer el contacto. Pero se podía intentar llegar a ellos. Yvonne de Ridder, una chica belga, contaba su experiencia de la siguiente forma:

> nueve meses después de la invasión alemana de Bélgica, estuve conversando con un conocido mientras volvía a casa en el tranvía. Estábamos en la plataforma, y nuestra conversación allí, desde luego, era entre líneas cuando tenía algo que ver con la guerra o el ejército de ocupación. Pero yo tenía una extraña sensación, como un sexto sentido que me decía que aquel hombre estaba envuelto en el movimiento de resistencia. Esto me movió, cuando estaba a punto de bajarme del tranvía, a decirle: «Dime si puedo ayudarte de alguna manera. (...) ¡La peculiar mirada que me devolvió me hizo sentir que había dado con ello! Entonces, una tarde, menos de dos semanas después, sonó el timbre. Esta era siempre una razón para que se te disparara la adrenalina. Si no estabas esperando a nadie, un timbrazo quería decir a menudo un visitante «enemigo» indeseado, o bien para arrestarte o bien para un registro. El visitante era mi conocido del tranvía. En el momento en que entró a mi piso me dijo: «Se te ha investigado; puedes empezar a trabajar»[9].

De forma parecida —a través de una red de contactos personales— es como Wiesław Furmanczyk, entonces un joven polaco, acaba por formar parte de la Resistencia en Varsovia:

> Un amigo mío estaba ya en la resistencia y nosotros íbamos al instituto juntos —era un instituto clandestino, también, porque los alemanes pensaban que sólo con alguna clase de escuela profesional era suficiente para los polacos, para las razas inferiores—. En los niveles superiores, la cita era en casas privadas. Había seis o siete chicos sentados a la mesa y los profesores venían allí. También esto era la resistencia. (...). De modo que este amigo mío me preguntó si quería unirme al ejército clandestino y le dije que sí. Lo hice bastante tarde. Era abril del 44, unos meses antes del levantamiento, y él entonces habló con el comandante en jefe. Hubo una cita en una de las plazas de Zoliborz, la parte norte de Varsovia. Fuimos en tranvía, los dos bajamos y el hombre estaba esperándonos. Mi amigo fue a hablarle y entonces yo me uní a ellos y el tío este habló conmigo[10].

En cualquier caso, era lo común que también se establecieran redes de contactos que provenían de antes de la guerra. Halina Szwarc, una muchacha de Łódź, la segunda ciudad polaca, que en 1939 tenía 16 años, cuenta que se unió a la Resistencia por influencia de una amiga, Bogusia, miembro de los *scouts* polacos. Esto era muy característico, sobre todo al principio, los *scouts,* como otras organizaciones patrióticas y paramilitares, constituyeron inmejorables plataformas para iniciar el trabajo clandestino contra el invasor. No hay que olvidar que tales organizaciones fueron de las primeras que prohibían los ocupantes, tanto los nazis como los soviets. Los conspiradores eran en Polonia gente a menudo muy joven, lo que acarreaba problemas. Como cuenta Halina,

> el comienzo de la conspiración en Łódź estaba lejos de ser ideal y lejos también de lo que se llegó a hacer (por desgracia pagando el precio de la tragedia de muchas víctimas) con el paso de los meses[11].

A veces en la Resistencia partisana se entraba por presión del ambiente o entusiasmo ante el contacto con los partisanos victoriosos. Cuando un pueblo o aldea era liberado por una partida, había muchas posibilidades de que jóvenes ardorosos, marginados o perseguidos por los ocupantes se les unieran. Siempre resultaba muy sugestiva la llegada de grupos de hombres vestidos con uniformes abigarrados y, normalmente, mal afeitados y poco aseados, pero que portaban armas y estaban cubiertos de la pátina romántica y violenta del bandido, el resistente, el héroe del pueblo que lucha contra el poderoso. Como relataba el partisano judío Zeev Milo, que había sobrevivido al régimen ustacha en Croacia:

> El día después de la liberación de Novi me apunté voluntariamente —junto con la mayoría de los jóvenes locales— a los partisanos. El procedimiento era muy corto: nos recibieron en la comandancia, anotaron nuestros datos personales. Luego nos dieron a cada uno de nosotros un arma, una carabina italiana y tres cajas de municiones, una hogaza de pan blanco y cinco cigarrillos. Un cabo que no era mayor de 14 años nos enseñó cómo se manejaban las armas[12].

Los partisanos soviéticos estaban organizados desde arriba, por lo que la entrada en ellos era por lo general mas difícil. Pero uno se podía presentar voluntario. La familia de Natalia Pastushenko, una chica de Carelia de apenas 18 años, había padecido todo el rigor de la represión estalinista: su

padre había sido fusilado por el NKVD, y a sus hermanos mayores los habían arrestado y enviado al Gulag, de donde no volvieron. Tampoco regresó su hermano menor, Misha, que fue llamado al frente.

> En julio-agosto de 1941 se comenzaron a formar los destacamentos partisanos. Yo también me apunté. Desde el siete de septiembre de 1941 hasta octubre de 1944 fui la enfermera del destacamento partisano «Vpered»[13].

### *La simbólica de la admisión*

En los «ejércitos en las sombras» como el polaco o el francés, los ritos oficiales eran muy importantes, de modo que se mantenían grados militares, se otorgaban destinos, se guardaban saludos y jerarquías. El ejército —aunque fuera clandestino y a veces resultara un tanto irrisorio— debía ser mantenido como columna vertebral de la sociedad. Los juramentos eran también uno de los principales medios de superación simbólica del estadio de estar en disposición psíquica para ser Resistente y el hecho voluntario y decidido de pasar a pertenecer a la Resistencia. En los juramentos unitarios propios de los ejércitos, se exhibían muy gráficamente las características esenciales de cada resistencia. El polaco Furmanczyk nos comenta:

> Tenías que hacer un juramento, lo hice en el piso en el que vivíamos. Uno de nuestros jefes directos, que estaba a cargo de una de las unidades más pequeñas, vino a nuestro apartamento y yo y otro amigo mío que también era nuevo tuvimos que jurar sobre una cruz. Teníamos que poner dos dedos sobre la cruz y repetir el texto de un juramento que decía que íbamos a ser leales al Gobierno Polaco[14].

El juramento que hizo debió de ser más o menos este:

> Ante los ojos de Dios Todopoderoso y de la Santa Virgen María, Reina Coronada de Polonia, poso mis manos sobre esta Santa Cruz, señal de Pasión y Salvación, y juro ser fiel a mi Patria, la República Polaca, mantenerme indomable en la salvaguardia de Su honor y luchar con todas mis fuerzas por Su liberación de la opresión, hasta ofrecer la propia vida.
>
> Obedeceré sin reservas al Presidente de la República Polaca y las órdenes del Jefe Principal y del Comandante por él señalado, y guardaré los secretos sin quebrarme, pase lo que pase. Que Dios me ayude.

A lo que quien le tomaba el juramento debió de contestar:

> Te acepto en las filas del Ejército Polaco, que lucha clandestinamente contra el enemigo por la liberación de la Patria. Tu obligación será luchar por ello con el arma en la mano. La victoria será tu recompensa. La traición se pagará con la muerte[15].

No era muy diferente del de los partisanos yugoslavos, si obviamos las referencias religiosas y vemos cómo «la patria» se convirtió en «el pueblo». En el juramento al parecer escrito por el propio Tito en 1941 se lee:

> Nosotros, los partisanos del pueblo de Yugoslavia, hemos tomado las armas para librar una lucha sin tregua contra los más sangrientos enemigos que han esclavizado nuestro país y están exterminando nuestros pueblos. En el nombre de la libertad y de la justicia para nuestro pueblo, juramos que seremos disciplinados, perseverantes y valientes, que no ahorraremos ni sangre ni vida para luchar contra los invasores fascistas y todos los traidores al pueblo hasta que sean completamente aniquilados[16].

## *La experiencia de la lucha*

Cuando la resistencia surgía espontáneamente, sobre todo en los primeros instantes de la lucha, sus integrantes podían aprovecharse de experiencias previas: ya hemos comentado cómo los belgas se apoyaron en las prácticas y modos de la Resistencia durante la Primera Guerra Mundial, y también hemos visto repetidas veces cómo los comunistas tenían ya en muchos lugares redes clandestinas que les sirvieron para construir la nueva resistencia. Si alguien comenzaba la resistencia por compromiso social o nacional, si entraba en una organización ya preexistente y no tenía ni idea de cómo actuar, necesitaba algún entrenamiento. Las organizaciones de resistencia de tono militar estaban compuestas, sobre todo al principio, por personas que tenían alguna experiencia previa como soldados u oficiales. Tanto para ellos como para los novatos, para los jóvenes que se les unían, era habitual que siguieran un cierto entrenamiento.

> Entonces nos encontrábamos en secciones, seis a ocho de nosotros, quedábamos en casas particulares y teníamos instrucción para manejar las armas[17].

En realidad, muchas veces, la mayor parte del tiempo se pasaba esperando, o realizando pequeñas acciones que parecían sin sentido. El polaco Stefan Dąmbski, apenas un niño, cuenta cómo se aburría al principio de su participación en la Resistencia:

> Al entrar en las filas del AK me esperaba más acciones y emociones, soñaba con la gloria. Y resulta que los primeros tres meses no hacía nada. Cada dos días iba con unas órdenes que recogía de bajo una piedra y las llevaba a ponerla debajo de otra que estaba a quince kilómetros de distancia[18].

Para los partisanos no había mucha diferencia: la espera en el monte, el arma en la mano, el frío, el calor, la fuerza de los elementos. Stevan Galogaža, un partisano serbio —luego asesinado por los ustachas en octubre de 1944—, contaba así su experiencia:

> En algún lugar, allá a lo lejos, resuena un trueno. Dušan echa mano instintivamente al arma. Pero no se mueve nada. En la fuerte helada se quedan pegados sus dedos al metal del arma. Eso es todo. Alrededor reina el silencio, un silencio muerto, así o de forma parecida podría denominarse esa sensación[19].

No era nada fácil para muchos comenzar con la acción armada. Era algo que para muchas personas parecía salirse de todo lo habitual, los entrenamientos ayudaban, pero no suplían la experiencia. Los jóvenes podían estar impacientes de entrar en acción, pero no por ello eran las cosas más fáciles, los errores eran continuos. Gusta Davidson-Draenger, «Justyna», que pertenecía a la Akiba, una organización de resistencia judía, cuenta cómo, mientras están esperando para una acción, a uno de sus compañeros se le dispara la pistola que lleva en el bolsillo, la bala le atraviesa la rodilla[20].

Entre las acciones bélicas más numerosas, aquellas que preñaban la cotidianidad, están las que en Polonia se denominaban con el gráfico nombre de «pequeño sabotaje», pero que existieron en toda Europa de una forma u otra. La reflexión era —sobre todo en las primeras fases de las ocupaciones—, que el realizar acciones militares serias podía traer graves consecuencias para la población civil. El balance entre los beneficios de esas acciones y sus costes las hacía poco recomendables. Había sin embargo otro tipo de actuaciones que, como decía en un reportaje clandestino Aleksander Kamiński, escritor y resistente polaco —autor de una novela que se publicó clandestinamente y fue poco menos que un *best seller*—, eran no solamente posibles, sino hasta deseables. El mismo Kamiński se refería a ellas en su artículo afirmando que todo el mundo, «hombres,

mujeres, jóvenes, organizados o por su cuenta», debía poder realizar el «pequeño sabotaje. Los ejemplos que daba de este tipo de acciones eran:

> 1. Alargar el tiempo del trabajo que le ha pedido realizar el ocupante en su profesión. 2. Todo tipo de «errores» cometidos en los trabajos pedidos por los alemanes. 3. Informaciones falsas a los alemanes que preguntan por una dirección (pierden gasolina y tiempo). 4. Decir «no entiendo» a todo tipo de intento de entablar contacto, no aceptar favor alguno de los alemanes por ejemplo en trenes y tranvías (les produce un sentimiento de ser indeseados, enemigos). 5. Menospreciar todo tipo de ordenanzas alemanas, realizarlas sin ganas, dejarlas para el último momento. 6. Todo tipo de «corte de mangas» (delación anónima a la Gestapo de algún alemán étnico *[Volksdeutsch]* especialmente ardoroso, pegar en un tablón de anuncios versos antialemanes, aforismos, chistes).

El pequeño sabotaje servía, por supuesto, para producir a los ocupantes sentimientos de no ser aceptados, de estar en mal lugar y en peor momento. Pero, sobre todo, más que su posible acción contra el enemigo, lo importante eran los resultados que producía en la propia comunidad que los realizaba: «abre perspectiva para la actividad cotidiana y patriótica de cada uno de nosotros. Satisface las necesidades del corazón, agitado por el deber de la actual pasividad militar»[21].

Tales directivas para el sabotaje, así como los numerosos códigos de comportamiento moral durante la ocupación fueron impresos y difundidos en todos los países ocupados por los alemanes y poseían características muy similares. El texto «Conseils à l'occupé», publicado en Francia, o los «Diez mandamientos del honrado noruego» no eran, en esencia, muy diferentes y todos ellos consideraban el confraternizar con el enemigo como un gran pecado[22]. La vida cotidiana de toda persona se convertía así en un difícil equilibrio entre sus «deberes» como patriota y las necesidades reales del día a día.

## *Sexo, amor y muerte*

Las condiciones de la lucha clandestina dramatizaban las ocasiones de intimidad entre los miembros de los grupos, sobre todo en las condiciones de vida de la guerrilla partisana[23]. La sexualidad parecía no ser importante en una situación en la que sólo los ideales y el patriotismo parecían necesarios. El sexo era un tabú[24]. Pero la vida al filo convertía al sexo en

elemento importante, el miedo se unía al ansia de vivir de personas que eran, por lo general, muy jóvenes. La resistente judía neerlandesa Etty Hillesum escribía en su diario:

> Me acosté en aquella cama, por primera vez desnuda en sus brazos (...) él me consideraba hermosa. Y colocó su mano cuidadosamente sobre mi pecho y susurró casi con sorpresa «Tan suave». Y cuán gentil (...) La amenaza se hace cada vez mayor y el terror aumenta día a día[25].

La mezcla entre el miedo al futuro —que cada vez iba ennegreciéndose más — y la aventura que la propia vida les presentaba, llevaba a los resistentes a valorar cada minuto, a sentir la necesidad de la intimidad con el otro, mientras afuera el peligro acechaba. La misma Etty Hillesum, que luego moriría en Auschwitz, plasmó en su diario algunas de estas emociones:

> Desde mi cama miraba por la gran ventana abierta. Y eso era una vez más como si la vida con todos sus misterios estuviese cerca de mí, como si pudiera tocarla. Tenía la sensación de que estaba descansando contra el pecho desnudo de la vida y podía sentir su suave corazón latir (...) Y pensé, qué extraño es el tiempo de guerra. Hay campos de concentración[26].

Es verdad que la cercanía de la muerte llevaba a darle más importancia a aspectos de la vida que en algún momento parecían más lejanos. Las relaciones de pareja surgían a cada paso —incluso aunque, como muchos antiguos resistentes dejan claro en sus memorias, era lo último en que pensaban en aquel momento. La necesidad de sancionar la relación con una boda, por ejemplo, ante la perspectiva de una muerte próxima, se hacía apremiante. Durante el Levantamiento de Varsovia, por ejemplo, fue bastante normal que aquellos chavales —muchos tenían 17, 18, 20 años todo lo más— se casaran:

> Biega, un comandante de pelotón en el batallón «Kilinski», resultó herido el primer día. Estaba en el hospital, donde fue visitado por su prometida, Alicja llamada Lili. «Nos conocimos durante toda la ocupación, la recluté yo para la conspiración», dice hoy Bolesław Biega. «¿No tenía miedo de exponerla? Todo era arriesgado entonces». La boda fue decidida en cierto sentido por el comandante de Biega, Franciszek Szafranek, «Frasz». Organizó formalidades para ellos e informó a los jóvenes sobre la ceremonia el día anterior. El padre de Bolesław estaba sorprendido. «Es una idea idiota, no tienes un hogar, no tienes trabajo, ¿cómo puedes mantener a tu familia?». Se quejó. Bolesław argumentó que, dado que podrían morir en cualquier momento, las viejas reglas no importaban[27].

Las relaciones homosexuales eran, por supuesto, un tabú aún mayor que las heterosexuales. Lo que no quiere decir que no existieran, pero estaban mal vistas y en general perseguidas, tanto entre hombres como entre mujeres. El caso de Pascal Copeau es un buen ejemplo de ello. Copeau, periodista y escritor, intentó huir a Inglaterra a través de Portugal y España, donde fue detenido en mayo de 1941, internado en el campo de concentración de Miranda de Ebro y luego devuelto a Francia. En ese país contactó con la Resistencia y colaboró con el grupo de Liberación Sur, del que llegó a ser su director, tras la marcha de Emmanuel d'Astier de La Vigerie a Londres. Al final de la guerra, conectado con los comunistas, fue elegido diputado por el Alto-Sena, pero en 1946, cuando debía presentarse a la reelección, recibió coacciones de sus antiguos camaradas que amenazaron con desvelar su homosexualidad. Copeau decidió no presentarse[28].

También estaba la emoción de producir la muerte, los sentimientos que la rodean. A veces es difícil matar. El partisano italiano «Zama» asesina por primera vez y los que le rodean lo acogen con «horror reverencial», con «sorpresa» y disgusto. Otro compañero suyo, el camarada «Balestrieri» también confiesa que le embarga «un sentimiento de dolor» mientras apunta a la cabeza de un oficial alemán. Cierto, aprieta el gatillo, pero se siente abrumado por ello[29].

Para otras personas, la situación es distinta. Stefan Dąmbski que tenía 16 años cuando se unió al AK en 1942, se ofrece él mismo de inmediato para matar a un amigo suyo que, según sus jefes, era confidente de la Gestapo. Tiene que discutir mucho hasta que los convence de su idoneidad. Luego respira hondo, con satisfacción:

> No me pasó por la cabeza que en unas horas iba a tener que matar a una persona, que le iba a quitar la vida no sólo a un ser humano sino a un amigo con el que me había bebido más de una botella de vodka. Consideraba que era algo completamente normal, algo que debía ser realizado, al cumplimiento de un simple deber patriótico[30].

Dąmbski invita a su amigo a tomar unos tragos y luego pasean por el bosque. El comando del AK le había dicho que tenía que leerle la sentencia por la que le habían condenado a muerte, pero él piensa que aquello no eran más que tonterías.

> Me di la vuelta de pronto. Jurek [el amigo] caminaba a paso alegre, sonriendo. Desde tan corta distancia no tenía ni que apuntar. Disparé como un rayo, a la altura del hombro. Jurek todavía dio un paso adelante, la sonrisa se le quedó helada y cayó sin un ruido como una piedra[31].

El uso de la violencia a veces llenaba las vidas de gente muy joven que se debatía en la amoralidad de una época sin barreras. El odio se sumaba al espíritu de aventura, el deseo de venganza por las ofensas recibidas; a las emociones de la juventud. Por ejemplo, el judío Arluk-Lawit recordaba lo que le producía hacer estallar un tren:

> Yo lo adoraba, ver el rayo de un paquete explosivo que estallaba y el fuego subía hasta el cielo. Cuando los vagones se encaramaban los unos sobre los otros. Y luego el silencio, y sólo se oye el silbido del vapor en la locomotora, como un animal moribundo. Aquello era una experiencia, un sentimiento de venganza: que yo ahora había hecho pagar todo lo que me habían hecho a mí, en el gueto, a mí y a mis padres[32].

Matar y morir eran opciones que todo miembro de la Resistencia tenía que asumir. Ninguna de las dos era, por supuesto, sencilla. La muerte les rodeaba a diario: ejecuciones, muertes por hambre y enfermedades, violencias cotidianas, represiones, batallas y enfrentamientos. Sólo el contexto en el que se movían y las personas que les rodeaban impulsaban a muchas de aquellas personas a arriesgar la vida o a quitarla. Adolf Liebeskind, uno de los líderes de la Resistencia judía en Cracovia escribía:

> No hay vuelta atrás en nuestro camino. Seguimos la senda de la muerte; que cualquiera que desee la vida no la busque entre nosotros; estamos al final, pero nuestro final no es el crepúsculo; nuestro fin es la muerte a la que un hombre fuerte se enfrenta en soledad[33].

## *De la detención a la condena*

Milovan Djilas entendía que la resistencia era una forma de vida estrechamente relacionada con la muerte: «Aquella experiencia fue la vida misma, una vida extraordinaria, una vida con la muerte y en la muerte»[34]. El destino de todo resistente era el ser detenido, torturado, encarcelado, fusilado. La muerte y la violencia le rondaban siempre, fuera o no consciente de ello. Primero llegaba la detención. El escritor comunista checo Julius Fucik explicaba cómo la Gestapo le capturó, en una escena que debió de repetirse en muchos lugares, muchas veces:

> Alguien llama a la puerta. ¿Ahora, de noche? ¿Quién podrá ser? Los visitantes muestran su impaciencia. Golpes en la puerta. —¡Abrid! ¡La policía! Rápido, a las ventanas. ¡Huid! Tengo pistolas y cubriré vuestra retirada. ¡Demasiado tarde! Bajo las ventanas se hallan los hombres de la Gestapo, apuntándonos con sus pistolas. Después de forzar la puerta y de cruzar el corredor, los agentes de la policía secreta penetran atropelladamente en la cocina y luego en la habitación. Uno, dos, tres, nueve hombres. No me ven porque estoy a sus espaldas, detrás de la puerta que han abierto. Podría tirar con relativa facilidad, pero sus nueve pistolas encañonan a dos mujeres y a tres hombres indefensos. Si disparo, mis compañeros caerán antes que yo. Y si me pegara un tiro a mí se iniciaría un tiroteo del cual serían ellos las víctimas. Si no tiro, los encerrarán seis meses, quizá un año, y la Revolución los libertará. Mirek y yo somos los únicos sin salvación posible. Nos torturarán. A mí no me sacarán nada, pero ¿qué hará Mirek? Él, antiguo combatiente de la España republicana; él, que permaneció dos años en un campo de concentración de Francia para volver desde allí ilegalmente a Praga en plena guerra; no, estoy seguro de que no traicionará. Tengo dos segundos para reflexionar. ¿O son quizá tres? Si tiro, nada salvaré. Tan solo me liberaré de las torturas, pero sacrificaré inútilmente la vida de cuatro camaradas. ¿Es así? Sí[35].

Las detenciones tenían también sus daños colaterales. Uno se preocupaba por los suyos, por los que le rodeaban, lo que añadía terror y desesperación al momento. La resistente rumana Aristina Pop-Săileanu contaba así su detención por la Securitate:

> Los soldados de la Securitate han logrado acercarse a nosotros. Uno de ellos me golpeó con su bota tan fuerte que salté por el aire y luego caí al suelo, boca abajo. Él gritó: «¡Manos arriba!» No quería levantar las manos y les dije que me dispararan, como habían disparado a mi hermano. Y, mientras mi hermano yacía allí, a mi lado, me agarró las manos y las levantó en el aire. En ese momento, se acercaron y nos miraron (...) Al ver que Achim se estaba poniendo pálido, les dije: «¿Qué piensas hacer con él? ¿No ves que se está muriendo?». De alguna manera se despertaron de su ensueño y dijeron: «¿Dónde está Hotea? ¡Perderemos a Hotea!». Entonces, parecían saber muy bien toda la historia. Le grité a Hotea: «No puedo correr más». «¡Quédate conmigo!», dijo, pero me quedé con mi hermano. Entonces los soldados comenzaron a correr tras él, algunos de ellos se quedaron con nosotros, cuatro o cinco. Se las arreglaron para dispararle a Hotea. Más tarde supe que, desde el otro lado, había otros soldados que venían hacia nosotros, en el camino de Lăpuşului, entre Rogoz y Lăpuşul Românesc. Allí se habían reunido muchos automóviles con soldados de la Securitate, lo rodearon en un círculo y lo atraparon. Mientras tanto, mi hermano empeoraba. «¡Haz una camilla y llévate a mi hermano, se está muriendo!», les dije. En este punto, fueron a la casa grande, trajeron algunas tablas de madera y construyeron una camilla. Me ataron con cuerdas y marchamos al pueblo de Dobric. Me patearon, no puedo describir cómo me trataron, me golpearon con los rifles en la espalda (...) solo yo sé lo que soporté. Era el 8 de marzo de 1953, un domingo. Nos pusieron a todos en una furgoneta y nos llevaron a la Securitate, en Târgu Lăpuş[36].

Y tras la detención venía la tortura. La partisana judía Justyna escribió unas memorias de su lucha en unos rollos de papel higiénico, mientras estaba en la cárcel de mujeres de Cracovia. Durante el período en que las estaba

escribiendo, la Gestapo la estaba torturando salvajemente. Las memorias le ayudaban a aferrarse a la vida, a superar el dolor y la rabia. Describiendo la muerte de sus padres y su hermana y el hecho de que no podía olvidarla,

> percibió un poderoso impulso de atacar al enemigo con las manos desnudas. Por primera vez en su vida percibía la necesidad de venganza y el deseo de atacar, de matar incluso. Aunque la violencia le era totalmente ajena a su ser, crecía aquella necesidad y precisó de toda su más estricta autodisciplina para contenerse[37].

Justyna consiguió al final escapar de la cárcel, aunque sólo para morir luchando contra los alemanes en la clandestinidad. También a Petter Moen —editor de prensa clandestina noruega— lo torturaba la Gestapo en Oslo. Moen no pudo aguantar y habló, reveló lo que le pedían. Su vergüenza era tal que lo escribía en su diario, un diario escrito en papel higiénico con un punzón. Se preguntaba a sí mismo:

> ¿Tienes todavía tanto miedo como antes del látigo, de las patadas, del retorcimiento de las extremidades, de que estrellen tu cabeza contra el muro? Me respondo a mí mismo: Sí, tengo un miedo terrible[38].

Kim Malthe-Bruun, un joven resistente danés, es traído a su celda de vuelta, inconsciente, después de la tortura. Luego escribe una carta y la esconde, la carta se encuentra tras el fin de la guerra. Kim cuenta en ella cómo se examina las manos, maltratadas, le han arrancado algunas uñas. Percibe extraños sentimientos en su interior: euforia, aligeramiento, una embriaguez de victoria. Afirma entonces comprender mejor a Jesucristo.

> La espera es la prueba. Lo aseguro, sufrir un par de uñas rotas en las manos, morir en la cruz, no es más que algo puramente mecánico que envuelve el alma en una embriaguez que no es comparable con nada. Pero la espera en el huerto gotea sangre roja[39].

El final de la experiencia del resistente podía acabar en un disparo en un callejón, en un monte, en la muerte durante la tortura, en la condena a muerte. El mismo Kim Malthe-Bruun, al cabo de un tiempo en la cárcel, escribe otra carta a su novia, la última, esta vez oficial, pasada por la censura: «Hoy fui condenado por un tribunal a muerte. Es un mensaje terrible para una muchacha de veinte años».

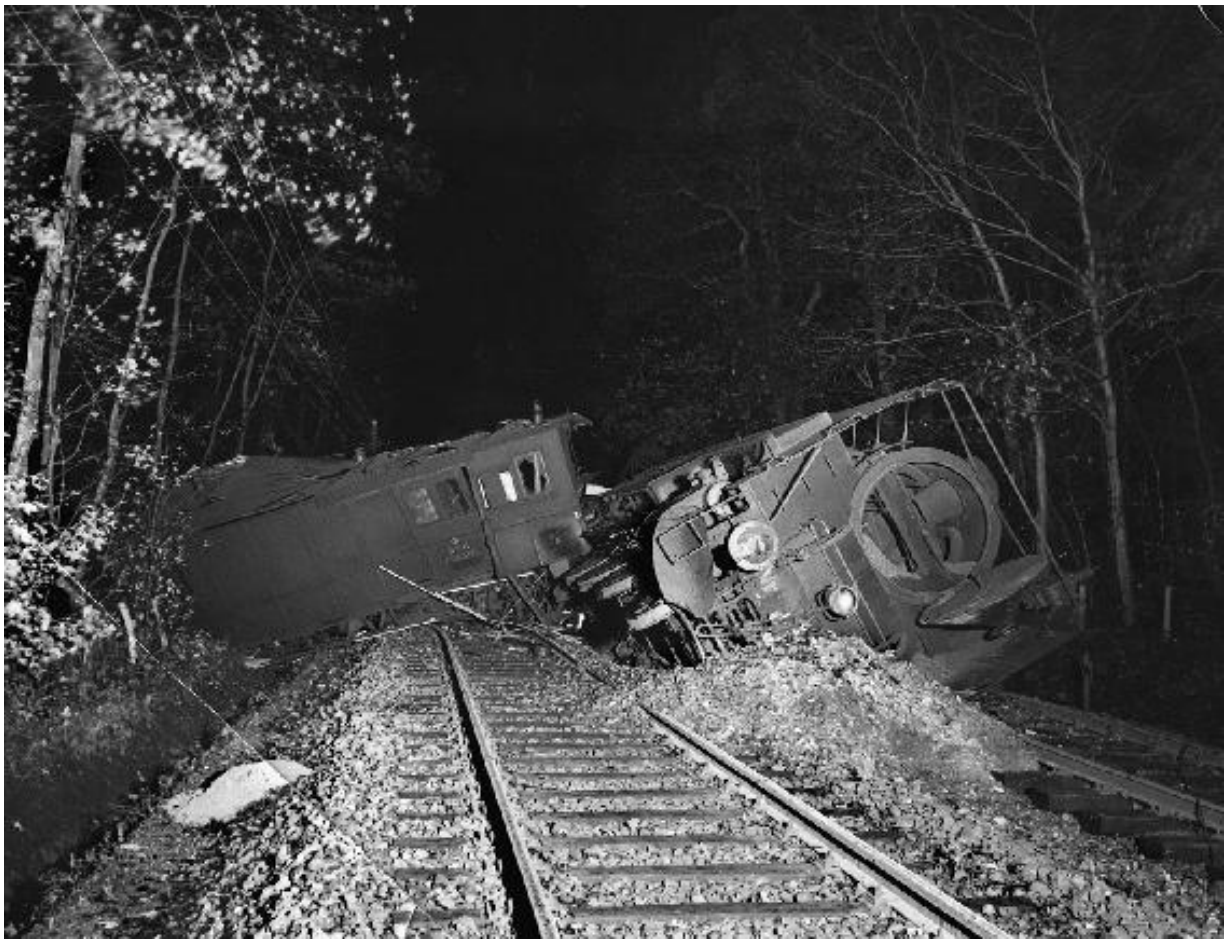

Foto 8. Un tren descarrilado en noviembre de 1942 por el grupo procomunista danés BOPA.

---

[1] Entrada del 1 de mayo de 1943, en Konstantin Gnetnev, *Tainy lesnoii voiny,* Petrozavodks: Ostrova, 2007, p. 293.

[2] Olivier Wieviorka, «France», en Bob Moore (ed.), *Resistance,* p. 134.

[3] Marie Granet, *Les jeunes dans la Résistance. 20 ans en 1940,* París: France-Empire, 1985, pp. 106-107.

[4] Fanis Bistulas (Bistolas), *Z Grecji do Polski – wspomnienia,* Nowa Ruda: Struga, 2004, p. 130.

[5] Entrada del 4 de junio de 1943, en Konstantin Gnetnev, *Tainy lesnoii voiny,* Petrozavodks: Ostrova, 2007, p. 293.

[6] Jan Nowak-Jeziorański, *Kurier z Warszawy,* Cracovia: Znak, 2007, p. 93.

[7] Aristina Pop-Săileanu, *Să trăiască partizanii până vin americanii,* Bucarest: Fundația Academia Civică, 2008, esp. pp. 26-36.

[8] Gunnar SØnsteby, *Los patriotas no llevan uniforme,* Barcelona: Altaya, 2008, p. 18.

[9] Citado en Lande, *Resistance,* pp. 127-128.

[10] Citado en Jeanne Manning, *A Time to Speak,* Paducah: Turner, 1999, p. 145.

[11] Halina Szwarc, *Wspomnienia z pracy w wywiadzie antyhitlerowskim ZWZ-AK,* Varsovia: Neriton, 1999, p. 20.

[12] Milo Zeev, *Im Satellitenstaat Kroatien. Eine Odyssee des Überlebens, 1941-1945,* Konstanz: Hartung-Gorre Verlag, p. 130.

[13] Gnetnev, *Tainy lesnoii voiny,* p. 35.

[14] Manning, *A Time to Speak,* p. 146.

[15] Citado según Piotr Niwiński, Powstanie Armii Krajowej, en *Biuletyn IPN* 1-2, 2007, pp. 103-105, aquí 105.

[16] http://www.marxists.org/archive/tito/1941/09/26.htm.

[17] Wiesław Furmanczyk, en Manning, *A Time to Speak,* p. 145.

[18] Stefan Dąmbski, *Egzekutor,* Varsovia: Karta, 2010, p. 13.

[19] Stevan Galogaža, en *Die Stimmen der Menschen,* pp. 409-410.

[20] *Das Tagebuch der Partisanin Justyna,* pp. 98-99.

[21] Todas las citas en Aleksander Kamiński, «Mały sabotaż», en *Biuletyn Informacyjny,* Varsovia, 1 de noviembre de 1940.

[22] Véase Tomasz Szarota, *Okupowanej Warszawy dzień powszedni,* Varsovia: Czytelnik, 1988, p. 507.

[23] En general, para la sexualidad en la Segunda Guerra Mundial, véase Sabine Frühstück, «Sexuality and sexual violence», en Michael Geyer, Adam Tooze (eds.), *The Cambridge History of the Second World War,* Cambridge: Cambridge University Press, 2014, pp. 422-446.

[24] Jean-Marie Guillon, François Marcot, «Amours et sexualité», en Marcot, *Dictionnaire,* pp. 917-918.

[25] Etty Hillesum, *An Interrupted Life: The Diaries and Letters of Etty Hillesum,* Londres: Persephone Books, 1999, p. 163.

[26] Hillesum, *An Interrupted Life,* p. 165.

[27] Patrycja Bukalska, *Sierpniowe dziewczeta '44,* Varsovia: Trio, 2013.

[28] Pierre Leenhardt, *Pascal Copeau (1908-1982): l'Histoire préfère les vainqueurs,* París: L'Harmattan, 1994.

[29] Giovanni De Luna, *La Resistenza perfetta,* Milán: Feltrinelli, 2015.

[30] Dąmbski, *egzekutor,* p. 14.

[31] Ibídem.

[32] Lustiger, *Zum Kampf,* p. 342.

[33] Gusta Dawidsohn-Draengerowa, *Pamiętnik Justyny,* Cracovia: Wojewódzka Żydowska Komisja Historyczna, 1946, p. 22.

[34] Djilas, *Krieg der Partisanen,* p. 8.

[35] Julius Fucik, *Reportaje al pie de la horca,* Madrid: Akal, 1984.

[36] https://www.pametnaroda.cz/en/saileanu-n-pop-aristina-1931 (visita del 19 de marzo de 2020).

[37] *Das Tagebuch der Justyna,* p. 21.

[38] Schaper (ed.), Petter Moen, *Tagebuch,* p. 45.

[39] Kim, *Auzüge aus Tagebuch und Briefen,* p. 177.

# CAPÍTULO 8
# LAS GUERRAS DE LOS BALCANES

El imperio mussoliniano se iba construyendo con estruendo histriónico, aunque sin especial gloria[1]. Antes incluso de que los alemanes comenzaran la invasión paulatina de Checoslovaquia, los italianos habían ocupado Albania, incorporándola a sus dominios. Cuando un año después el ejército del Duce se lanzó a la conquista de Grecia, lo que iba a ser una campaña de diez días se fue convirtiendo en una larga guerra en la que los italianos llevaban la peor parte. Hitler se vio obligado a intervenir y con su ayuda, Grecia y su vecino, el reino de Yugoslavia, cayeron de un golpe. Los estados pertenecientes al pacto del Eje procedieron a repartirse unos territorios en los que los alemanes querían mantener las menos tropas posibles. Su intención era asegurarse las espaldas ante un futuro ataque a la URSS, nada más. Pero los Balcanes no eran un territorio como otro cualquiera. La orografía, la historia, las rivalidades políticas y étnicas hacían de esta península un avispero en el que nada estaba claro.

## *Italianos en los montes de Albania*

Albania, uno de los países económicamente más atrasados del continente por aquel entonces, se hallaba dividido en clanes rivales y poseía una estructura cultural y religiosa muy diversa. El régimen político era el de una monarquía constitucional, aunque gobernada despóticamente por Ahmed beg Zog[2]. El rey había llegado al poder en 1928 como consecuencia de un golpe de Estado con apoyo italiano y la influencia de éstos había ido creciendo con el tiempo. La presión diplomática del fascismo mussoliniano había empujado a Albania a aceptar una serie de pactos y acuerdos muy desiguales, que iban haciendo que el país balcánico dependiera cada vez

más de su vecino. Las ambiciones imperiales italianas se expresaron por fin el 25 de marzo de 1939 en un ultimátum que significaba claramente el fin de la corta independencia albanesa. El rey intentó ganar tiempo, pero ante la falta de reacción de las potencias occidentales, se decidió por la resistencia bélica. El 7 de abril de 1939, de madrugada, los ejércitos italianos, dirigidos por los generales Alfredo Guzzoni y Giovanni Messe, comenzaron la invasión del país. En apenas dos días el ejército mal armado y mal dirigido de los albaneses fue sometido y el rey huyó a Grecia[3].

Los italianos pronto se encontraron con el apoyo y la colaboración de clanes y grupos políticos enemigos de Zogu, que participaron en la creación de una asamblea constituyente convocada por el conde Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores italiano. Esta asamblea, formada por elementos proitalianos, decidió privar a Zogu del trono y ofrecérselo a Vittorio Emanuel, el rey italiano. Albania se convirtió así en una provincia italiana, los jefes de los clanes firmaron un «pacto de amistad» con el gobernante. Los italianos tomaron el control sobre el país, creando e imponiendo un partido fascista albanés *(Partia Fashiste e Shqipërisë)*. Albania, aunque con el rango de provincia, fue gobernada más como una colonia o una plantación que como parte del Estado italiano. La explotación de la economía del país aumentó con la preparación de la guerra contra Grecia. Tampoco fueron los italianos capaces de atraerse a los albaneses, la corrupción, la arbitrariedad y la burocracia enajenaron a las masas, la falta de participación de las élites locales en el gobierno les privaron del apoyo de éstas. El ataque a Grecia, que se inició en octubre de 1940, interrumpió la modernización del país —algo que, pese a todo, los italianos habían comenzado—. Las tensiones crecieron, el descontento se hizo mayor. Hacia mediados de 1941, el tiempo se estaba acabando, los italianos debían decidirse si querían una verdadera colaboración o una simple ocupación[4].

En cualquier caso, la resistencia había comenzado ya mucho antes. Los estudiantes se manifestaron en contra de los italianos desde el principio de la invasión, resistencias simbólicas —como el hecho de negarse a saludar a la romana, el desfilar cantando canciones patrióticas albanesas, gritar el nombre del exrey Zogu en un cine— llevaron a buen número de ellos a problemas con la policía, incluso a prisión. Los obreros declararon huelgas

que, si bien muchas veces eran puramente económicas, desembocaban en demostraciones antifascistas y antiitalianas. Una divertida forma de resistencia —citada por Fischer— era el embadurnar con miel los retratos de Mussolini que colgaban por doquier, de modo que, en el calor del verano, el dictador italiano parecía tener una barba formada por moscas[5].

Debido a las condiciones geográficas y a la estructura social y económica del país, quienes entraban en conflicto con los italianos tenían la posibilidad de refugiarse en las montañas. Ya a mediados de 1940 había noticias de grupos aislados de montañeses en armas tuvieron lugar, y los primeros sabotajes y asesinatos políticos. Arslan Geineb, un alto cargo del partido fascista albanés, fue asesinado, junto con tres de sus colaboradores[6]. Asaltos y ataques, que a menudo eran indistinguibles del tradicional bandolerismo albanés, se sucedían. El intento de alistar jóvenes albaneses en el ejército italiano comenzó a saldarse con revueltas, la primera, la del clan católico de los Mirdita, durante el verano de 1940, algo sorprendente, habida cuenta que las políticas procatólicas de los italianos les habían beneficiado. También por entonces comenzaron su actividad grupos de partisanos que sólo a partir de 1942 cobrarían importancia, como los dirigidos por Myslim Peza y Muharrem Bajraktari.

No hay que olvidar que el 10 de junio de 1940, los italianos habían declarado la guerra a Gran Bretaña y Francia. La propaganda británica en los Balcanes y la acción de los grupos de operaciones especiales británicos se redoblaron. Los británicos contactaron con Abaz Kupi, militar afecto a Zogu y que se convertiría en el líder de las fuerzas zogistas. De hecho, en Belgrado, en la emigración, se formó una organización política denominada Frente de Unidad, y que agrupaba a personajes como Gani bei Kryeziu —rico propietario de tierras en Kosova—, al comunista Mustafa Gjinish e incluso al zogista Bajraktari. Por entonces, los movimientos clandestinos en el país eran ya muy diversos: monárquicos, islamistas, derechistas y algunos grupos de comunistas. En colaboración con los británicos estaba previsto que se desarrollara una amplia operación de sabotajes. Sin embargo, la ocupación de Yugoslavia y de Grecia destruyeron estos planes, el Frente de Unidad desapareció.

Esto coincidió con la creación, en agosto de 1941, de la Gran Albania por los italianos —añadiendo territorios de la Yugoslavia conquistada—, un hecho que tuvo una importancia propagandística de primer orden para la política fascista en el país.

Sin embargo, los fracasos de los italianos en Grecia impulsaron el crecimiento de la oposición. A finales de 1941 las primeras guerrillas permanentes habían hecho ya su aparición, el ataque del Eje contra la URSS aceleró la unidad de los diversos grupos comunistas o comunizantes. De entre ellos, el grupo liderado por Enver Hoxha acabaría por ir imponiendo su visión de las cosas, se creó un Partido Comunista Albanés unitario. Hoxha, que fue elegido en marzo de 1943 secretario general del partido, era un intelectual de clase media que durante sus estudios en Francia había entrado en contacto con el comunismo. El partido siguió en principio una estrategia de frente popular en el orden interno y de acercamiento a los comunistas yugoslavos en lo exterior. De hecho, el apoyo de los yugoslavos fue decisivo a la hora de organizar la resistencia comunista. Dušan Mugoša, un agitador comunista, fue enviado por Tito para encauzar el partido. Su actuación impulsó el crecimiento de la guerrilla comunista y, a la larga, la toma del poder en el país siguiendo el modelo yugoslavo. El propio Hoxha, que era un manifiesto oportunista y contaba con fuertes enemigos dentro de su partido, se mantuvo en el liderazgo gracias a la presión yugoslava.

Por otro lado, la resistencia monarquista y derechista había entrado también en contacto con los chetniks serbios de Mihailović. Por todo el país se extendió el sabotaje y las actuaciones armadas, en junio y julio de 1942 la Resistencia consiguió cortar las comunicaciones armadas. En un encuentro en la aldea de Pezë, el 16 de septiembre de 1942, las organizaciones de resistencia firmaron un acuerdo en el que se creaba el Movimiento de Liberación Nacional (*Lëvizja Nacional-Çlirimtare,* LNÇ), que, aunque controlado por los comunistas, contenía representantes de partidos nacionalistas. Esta organización comenzó a impulsar consejos de liberación nacional locales como base para extender la resistencia. A la larga, el LNÇ acabaría por transformarse en el gobierno provisional tras la liberación.

Algunos grupos nacionalistas y diversas fracciones socialdemócratas e izquierdistas que no habían entrado en el LNÇ formaron un Frente Nacional *(Balli Kombëtar)* bajo el liderazgo de Midhat Frasheri. El Frente Nacional ofrecía un programa de reconstrucción de una república democrática, pero con un fuerte contenido social. A la larga, una parte de ellos acabaría colaborando con los ocupantes, mientras que la mayor parte continuaría la lucha oponiéndose a los comunistas.

Durante los años subsiguientes los comunistas lograron reunir una cifra de unos 70.000 partisanos —de los cuales 6.000 eran mujeres—, que eran además bastante jóvenes. Esto les daba ventaja sobre los nacionalistas, quienes raramente reclutaban mujeres y cuyos miembros eran en general de mayor edad y más relacionados con el antiguo régimen. Mientras que el gobierno marioneta de Tirana inspirado por los italianos cambiaba una y otra vez, la Resistencia iba haciéndose fuerte en las montañas y liberando zonas. A mediados de 1943 el LNÇ se sentía tan fuerte que creó un ejército regular con un comando central dirigido por Spiru Moisiu, un antiguo oficial de la monarquía, mientras que Enver Hoxha entraba como comisario político general. En este ejército, el Ejército de Liberación Nacional (*Ushtria Nacional-Çlirimtare*), tuvieron un papel importante antiguos miembros de las Brigadas Internacionales, como Mehmet Shehu, quien luego sería largos años primer ministro del país, para terminar cayendo en desgracia.

Cuando el 8 de septiembre de 1943 Italia capituló y el régimen de Mussolini se desmoronó, los alemanes ocuparon el país y declararon su independencia. El nuevo gobierno marioneta colaboró con los alemanes en una persecución aún más implacable de la Resistencia. Pero —como luego veremos en Yugoslavia y Grecia—, la debacle del ejército italiano había proporcionado una importante cantidad de armas y suministros a las fuerzas partisanas, tanto las monárquicas como las comunistas. Una nueva situación se conformó: una guerra a tres bandas entre el invasor alemán y sus colaboradores, las fuerzas monárquicas y los comunistas.

### *La ocupación de Grecia y Yugoslavia*

El 28 de octubre de 1940 Mussolini lanzó un ultimátum al dictador griego Metaxas. Embriagado por los éxitos de Hitler y de Stalin, el Duce sentía que perdía la carrera por un imperio en aquella Europa de militarotes, pintores fracasados y periodistas del montón que jugaban a ser césares sobre vidas y haciendas ajenas. Pero al contrario que los dictadores bálticos ante Stalin, los orgullosos griegos rechazaron la amenaza. Unas horas más tarde el ejército italiano comenzaba la invasión de la cuna de Europa, partiendo de Albania, que había sido ocupada, como hemos visto, un año antes.

No fue un paseo triunfal. Metaxas —que llevaba tiempo esperando que le llegara el turno del agresivo expansionismo italiano— planteó la lucha en las montañas del Epiro, en la frontera con Albania, organizando y alistando a los montañeses de la zona, los mismos que integrarían la Resistencia a lo largo de la guerra. Los ejércitos italianos fueron aplastados en las montañas y los desfiladeros, los hicieron retroceder hasta Albania, los griegos llegaron a introducirse en el país vecino, ocupando algunas ciudades albanesas. A lo largo del invierno y hasta la primavera, los griegos mantuvieron a raya a las cada vez más numerosas fuerzas italianas. Los británicos, aliados de Metaxas, aportaron cuatro divisiones que ocuparon Creta y la isla de Lemnos. Fuerzas aéreas británicas tomaron como base ciertos aeropuertos del sur de Grecia, amenazando con ello los flancos previsibles de la futura invasión de la URSS.

Mientras tanto, la situación en Yugoslavia se había acercado peligrosamente a la guerra. Hitler no veía con buenos ojos la intervención mussoliniana en Grecia, dado que estaba decidido a no abrir un frente más mientras preparaba la Operación *Barbarroja.* Su idea había sido la de mantener los Balcanes en orden a través de una mezcla de presiones diplomáticas y amenazas militares. Pero ello no funcionó. El pacto firmado el 5 de marzo de 1941 por el príncipe Pablo (el llamado «Tripartito») hizo montar en cólera a las masas en Serbia. El 27 de marzo un golpe de Estado organizado por los militares expulsó al príncipe del poder y puso en su lugar a un primo segundo suyo, Pedro, de sólo 17 años. La nueva coalición de gobierno se formó con todos los partidos políticos que habían rechazado el pacto con los nazis. Sin el golpe de Estado en Yugoslavia y sin los

problemas de Mussolini en Grecia, la Wehrmacht no hubiera precisado entrar en los Balcanes. De hecho, esta intervención produjo el retraso de la Operación *Barbarroja.*

El comienzo del ataque alemán a Grecia y Yugoslavia se produjo el 6 de abril de 1941, en forma de *Blitzkrieg,* y en apenas veinte días los dos países fueron ocupados. Los terribles bombardeos aéreos de Yugoslavia —en especial sobre Belgrado— adquirieron la condición de escarmiento a la actitud antialemana de su pueblo y sus élites. Grecia fue en principio ocupada con menor brutalidad, pero tanto el ejército griego como su aliado británico fueron machacados. Ambos gobiernos y sus respectivos reyes huyeron para evitar ser capturados, los británicos les ofrecieron cobijo. Para ninguno de los dos estados caídos preveían los alemanes fines racistas y de exterminio racial como en Polonia o Rusia. La prioridad era principalmente económica y de mantenimiento del orden ante la inminente invasión de la URSS. Precisamente fue esta incursión hacia los Balcanes lo que llevó a la URSS a comenzar a movilizar sus fuerzas —los partidos comunistas locales — en los países ocupados de Europa occidental. A Stalin le inquietaba la expansión hitleriana en su patio trasero —Serbia era tradicional aliado geopolítico del conglomerado ruso-soviético—, aunque no se figuraba aún que el ataque a su estado se hallara tan cercano.

La división del estado yugoslavo siguió las líneas de interés de los integrantes del Eje, así como la necesidad de los alemanes de evitarse un excesivo peso de la ocupación para su ejército. Así, Alemania se anexionó partes de Eslovenia y mantuvo ocupada Serbia —formalmente independiente bajo Milan Aćimović, y luego bajo el gobierno de Salvación Nacional de Milan Nedić—. Italia se anexionó partes de Eslovenia, Croacia y Montenegro (hasta el hundimiento de Mussolini en 1943), mientras que Hungría ocupó los territorios fronterizos de Bačka, Baranja, Međimurje y Prekmurje (hasta la ocupación nazi de Hungría en 1944). Albania anexionó la mayor parte de Kosovo, el oeste de Macedonia y algunas partes de Montenegro. Bulgaria por su parte ocupó partes de Serbia y de Macedonia. El grueso de Montenegro fue declarado por Mussolini —a causa de la presión de la casa real italiana— como un reino bajo protectorado italiano, aunque su independencia fue totalmente ficticia y el gobierno nunca tuvo un

dominio real del territorio. La mayor parte de Croacia —aunque también formalmente reino independiente y protectorado italiano— se convirtió en un estado marioneta de los alemanes bajo el gobierno del partido fascista de los *Ustaše* (Ustacha), liderado por Ante Pavelić.

Grecia fue dividida en tres zonas. Alemania se reservó el control de Atenas, los puertos de Tesalónica y el Pireo, así como de algunas islas, con Creta como la mayor de todas. Bulgaria ocupó las zonas fronterizas, Tracia y Macedonia oriental, mientras que el resto de Grecia quedó bajo control italiano, incluyendo la provincia de Prenza, anexionada a la gran Albania. El Führer concedió la potestad sobre Grecia a los italianos, algo que coincidía con su entendimiento del reparto de esferas de influencia del momento y con sus necesidades de retirar las tropas para lanzarlas a la conquista de Rusia.

Al contrario que en el oeste de Europa, la resistencia militar en los Balcanes comenzó de inmediato, no hubo período de shock ni parálisis primera. Porque al mismo tiempo que se formalizaba la ocupación, las contradicciones que habían marcado la existencia de los tres estados —Albania, Grecia y Yugoslavia— durante el periodo de entreguerras se mostraron en toda su gravedad. En los tres estados los problemas internos y las divisiones políticas llevaron a una complicada serie de guerras que se libraban, por un lado, entre diversas facciones de la Resistencia y, por otro, entre ellas y los invasores. Alguna de estas facciones recibía ocasional —o consistente— apoyo por parte del ocupante, mientras que otra u otras eran ayudadas política o militarmente por Gran Bretaña —como aliado o a través del SOE—. En Albania y Yugoslavia poseyó una especial importancia el juego entre colaboración y resistencia. La división de clanes en Albania —como hemos visto— llevó a una guerra interna que se saldó con la victoria de la facción más radical, pero también la que contó con el apoyo tanto de británicos como de los poderosos partisanos yugoslavos. En Serbia, Montenegro, Bosnia-Herzegovina y Croacia fueron las divisiones étnicas, por un lado, y por otro las rivalidades políticas las causantes de las luchas internas.

## *La lucha en Grecia*

Tras la invasión alemana, varios miles de soldados pertenecientes a las tropas de la Commonwealth habían quedado atrapados en Grecia. Las primeras muestras de resistencia se fueron construyendo sobre la ayuda a estos soldados. Por supuesto, aislados, sin conocer la lengua, eran los primeros en necesitar ayuda para esconderse, alimentarse y —con el tiempo— salir del país. De forma espontánea, los griegos se encargaron de acogerlos y alimentarlos, pese a los problemas propios para encontrar víveres. Con el tiempo se fueron organizando redes para sacarlos del país y enviarlos sobre todo a los dominios ingleses en el Medio Oriente.

En un principio, decenas de organizaciones con nombres muy diversos se formaron por todo el país, algunas de ellas contactaron entre sí —a través de la Iglesia ortodoxa, de las redes sociales y familiares— y fueron creciendo. Un papel especial lo asumió muy pronto el Movimiento de Liberación Nacional (*Ethniko Apeleftherotiko Metopo,* EAM), que ofrecía una resistencia radical y agresiva, al estilo comunista. El movimiento, que entraba de lleno en la estrategia de Frente Nacional de los partidos comunistas con posterioridad a junio de 1941, se formó por la unión de diversas organizaciones de izquierdas y sindicales, con una potente participación de los comunistas. Surgido oficialmente en septiembre de 1941, la presencia comunista se fue intensificando gracias a la propaganda, la ayuda soviética, el ejemplo yugoslavo y la proverbial capacidad de organización de los comunistas, lo que lo convirtió en un verdadero movimiento de masas. La red de clandestinidades ya organizada por los comunistas con anterioridad —dada su ilegalización y persecución por la dictadura de Metaxas— sirvió para construir otra clandestinidad, esta vez dirigida contra el invasor. Sin embargo, el EAM intentaba no mostrar a las claras el predominio comunista y su programa era patriótico y social al mismo tiempo, pero no expresamente socialista. Como en otros países, la estrategia de los comunistas fue no entorpecer la lucha contra el invasor con reivindicaciones políticas propias, algo que habría que dejar para después. Era la línea seguida por el Partido Comunista de España en la Guerra Civil

Española, y la que desarrollarían otros partidos comunistas en otros lugares, como Polonia y el protectorado de Bohemia y Moravia.

El EAM creó muy pronto una guerrilla, el Ejército Griego de Liberación Popular (*Elleniko Laiko Apeletherotiko Strato,* ELAS). Sus tropas y sus formas de representación bebían de las fuentes tradicionales de los bandidos de las montañas, pero unía esto a una convicción política férrea y bien estructurada. Actuaban muy directamente, pegados al terreno, apelando a los habitantes de las villas y pueblos de las zonas más inaccesibles, invocando el patriotismo y el odio al invasor. De esta forma consiguieron crecer con rapidez, llegando a controlar zonas muy importantes del país en poco tiempo. El ELAS estaba dirigido por Athanasios Klaras, alias Aris Velouchiotis, miembro de preguerra del partido comunista y soldado durante la invasión germano-italiana. Velouchiotis era de personalidad violenta y carismática y su discurso atraía a los campesinos. También era bastante independiente de Moscú, lo que no le resultó peligroso mientras duró la guerra y el líder del Partido Comunista Heleno, Zahariadis, estaba prisionero en el campo de concentración de Dachau, pero que le costaría después la expulsión. Era también férreo y cruel hacia los oponentes, lo que le planteó problemas con las organizaciones guerrilleras rivales. El ELAS formó el núcleo de la rebelión y lo estructuró en muchas zonas de montaña, pero no hemos de olvidar que en zonas como las Argólidas o en Atenas, el EAM, como organización de cuadros políticos, tuvo más importancia que la estructura militar.

A finales de 1941 se formó en Atenas un grupo llamado la Liga Griega Nacional Democrática (*Ethnikos Dimokratikos Ellinikos Syndesmos,* EDES), bajo el liderazgo de Napoleon Zervas, antiguo oficial antimonárquico que se fue inclinando poco a poco hacia el monarquismo. El SOE, a base de grandes cantidades de dinero y bajo amenazas de delatarle a los alemanes, consiguió mover a Zervas a crear una guerrilla en los montes y comenzar una lucha armada contra los ocupantes. Fue su grupo el que realizó el primer ataque a gran escala contra las fuerzas ocupantes en junio de 1942, cuando atacaron un convoy italiano y se llevaron numerosas armas y municiones.

Durante el tiempo subsiguiente, la frontera informal entre las dos guerrillas se encontraba en el río Achelos, al noroeste del país. Sus fuerzas no eran aún demasiado numerosas, los alemanes apenas los tomaban en consideración. Fue la voladura del viaducto sobre el río Gorgopotamos lo que impulsó la guerrilla, sirviendo como escaparate de una acción que ya por fin parecía tener resultados concretos. Este atentado fue promovido por el SOE y está considerado como la primera acción de ese tipo que se llevó a cabo concertada con las fuerzas de resistencia indígenas. Se trataba de cortar la línea de suministros de los alemanes para las tropas de Rommel en el África del Norte. El grupo del SOE, dirigido por el coronel Edmund Myers, pretendía usar para ello a las tropas de la EDES, pero por error contactaron primero con el ELAS. De ahí surgió una iniciativa para la unidad de acción de ambas guerrillas, que colaboraron en la acción por primera vez.

Tras el atentado, las organizaciones guerrilleras crecieron exponencialmente, aunque la que más lo hizo fue el ELAS. Un mensaje claro, un liderazgo carismático, un accionismo muy del gusto de los elementos más activos de la sociedad se unían a la capacidad organizativa ya citada: nacieron así una organización de sindicatos, unas juventudes, una incipiente marina, una red de cooperativas, una policía secreta y una policía civil. Cierto es que el hecho de que el EAM-ELAS estaba liderado por los comunistas —aunque por entonces no estaba sólo compuesto por ellos—, se mantenía oculto. Para entonces, los británicos ya se habían dado cuenta del hecho y aunque siguieron coordinando sus acciones con ellos, lo cierto es que se sentían incómodos y no incrementaron el apoyo militar ni económico, que fue ofrecido en grandes cantidades a la EDES.

En mayo de 1943 el ELAS, la EDES y una guerrilla menor llamada Ejército Nacional y Social de Liberación (*Ethniki ke Kinoniki Apeleftherosis,* EKKA) firmaron un acuerdo de colaboración que —aun siendo a la larga poco más que papel mojado— sirvió para una serie de acciones unificadas, que los británicos usaron —sin conocimiento de los griegos— para apoyar la Operación *Mincemeat*. Esta era una operación para engañar a los alemanes, haciéndoles creer que la invasión del sur de Europa empezaría por Grecia y lograr desviar su atención del verdadero objetivo,

que era Sicilia. La acción incluía lanzar cerca de Gibraltar el cadáver de un hombre disfrazado de militar británico y que portaba unos documentos falsos detallando el supuesto plan. Las autoridades españolas recogieron el cadáver y pasaron rápidamente copias de los documentos a los alemanes. La intensificación de los combates en Grecia servía para apoyar la tesis. Los alemanes picaron el anzuelo y comenzaron a incrementar sus tropas y fortificaciones en el área. Esto sucedía al tiempo que la esperanza de una pronta liberación desataba una frenética lucha por el poder entre las diversas guerrillas. La EDES se estaba convirtiendo cada vez más en una fuerza anticomunista. Tras la rendición de las tropas italianas en septiembre de 1943, siguiendo a la caída del régimen de Mussolini, el ELAS se hizo con una cantidad bastante elevada de moderno material de guerra, incluidos cañones, ametralladoras y morteros. Ahora, los desastrados guerrilleros de antaño se habían convertido en un verdadero ejército.

Aprovechando las luchas intestinas entre los griegos, los alemanes —que para entonces habían invadido también las zonas pertenecientes a Italia— lanzaron una serie de sangrientas operaciones antipartisanas y de castigo. Para ello, utilizaron la ayuda de unas milicias griegas colaboracionistas formadas —entre otros— por jóvenes oficiales perseguidos por los partisanos comunistas y parientes de las víctimas del gobierno del ELAS en las provincias[7]. En las zonas liberadas, la guerrilla procomunista había comenzado a establecer esquemas revolucionarios de relaciones sociales. Esto proporcionó unos avances sociales de importancia en zonas atrasadas, pero su persecución de las clases medias y los funcionarios y profesionales liberales —acusándoles de traidores o colaboracionistas— quebró las lealtades rurales y las estructuras de la sociedad en muchas zonas. La violencia desatada y las muertes provocadas le enajenó al ELAS parte del apoyo que disfrutaba entre la población. Por otro lado, la colaboración con los alemanes se intensificó en el momento en que comenzaron las operaciones antipartisanas. Todo ello se iría acumulando hasta que a partir de 1944 estallaran los dos conflictos civiles sucesivos, con todas sus consecuencias y sus tragedias.

## *El nacimiento de los partisanos yugoslavos*

La situación en Yugoslavia era todavía más complicada que en Grecia. Los conflictos étnicos que se habían ido acumulando a lo largo de los años estaban unidos a una larga lista de rivalidades políticas, diferencias culturales y desigualdades sociales. A ello se unía una tradición de resolución de problemas a base de la violencia. Como comentaba en su diario un partisano de Tito:

> A nosotros los serbios se nos ha insuflado desde siempre que teníamos que luchar por alguna libertad. Hoy tienes que luchar, se decía siempre, también mañana has de estar presto para la lucha[8].

La entrada de los alemanes desató todas estas contradicciones. La invasión —que se aprovechó del apoyo de los aliados búlgaros, húngaros y rumanos para aplastar la Resistencia atravesando a la vez todas las fronteras del país — tuvo éxito inmediato. A los cinco días los alemanes habían conquistado Zagreb, y al día siguiente, Belgrado. Aunque causó muchas víctimas civiles, la Wehrmacht apenas perdió unos 150 hombres. El colapso de Yugoslavia parecía irrebatible.

El régimen dictatorial croata de los ustachas, bajo la égida de Ante Pavelić, comenzó muy pronto una severa política de homogeneización étnica del país y de catolización de la vida pública. Usando la fuerza, incluidas las matanzas y la limpieza étnica, los ustachas desataron un régimen de terror destinado a eliminar —por desaparición física o conversión forzada— a los habitantes no croatas —en su mayor parte serbios ortodoxos— de la Gran Croacia. Tales medidas, que llegaron a inquietar incluso a los propios ocupantes, produjeron el inmediato surgimiento de movimientos de autodefensa y de guerrillas, que alcanzaron pronto unas proporciones bastante elevadas.

Las atrocidades de los croatas y su obvio colaboracionismo con el ocupante hicieron resaltar a la larga la legitimidad del estado unido yugoslavo entre la mayoría de la población, aunque la reunificación sólo se consiguió por conquista. Los partisanos surgieron de varios núcleos tanto políticos como geográficos, en buena medida contrapuestos y hasta excluyentes de por sí. La conquista sólo se pudo hacer mediante la

construcción de un movimiento partisano unido e implacable, capaz de combatir a sus rivales y de atraerse a sus bases, ya fuera con palo o zanahoria. Este movimiento partisano poseía muchas de las características de un ejército tradicional —disciplina, marcialidad, mando— unidas a una autoimagen más libertaria, de ejército revolucionario y popular. El nacimiento de los partisanos significó también la fusión de una tradición de alzamiento campesino popular, casi folclórica, con la creación de un movimiento de resistencia urbana y política de características más modernas. De todas formas, no debiéramos dejarnos llevar por las apariencias arcaicas de muchas producciones culturales en la península balcánica: como muy bien supo ver Eric Hobsbawn hace muchos años, las formas arcaicas bien pueden esconder fenómenos modernos.

El primer ejército partisano de importancia fue el creado por el coronel serbio Dragoljub «Draža» Mihailović. Mihailović, que ya antes de la guerra había teorizado sobre la guerra de guerrillas como estrategia propia para Yugoslavia en caso de invasión, reunió unas decenas de oficiales y de soldados y partió a las montañas del oeste de Serbia pocos días después de que se consumara la ocupación de Belgrado por los alemanes. Cuando comenzó su resistencia, Mihailović no actuaba por orden del gobierno en el exilio ni del rey, ya que estos habían huido a Palestina sin dejar atrás las mínimas disposiciones que permitieran organizar la lucha contra el invasor. Sin embargo, Mihailović proclamó como objetivo la vuelta a la situación anterior a la invasión y la restauración de la monarquía. Para organizar su movimiento guerrillero se apoyó en las tradiciones balcánicas de los guerrilleros nacionalistas chetniks (*Četnitsi,* Четници) de Serbia. Mihailović intentó atraerse a Kosta Pećanac, el líder de preguerra del movimiento chetnik, pero no lo consiguió. A la larga, Pećanac acabaría por unirse a los más radicales y procolaboracionistas, para crear unos chetniks que se apoyarían en el invasor para combatir a los comunistas. Su acción sería sin embargo escasamente efectiva.

También el movimiento «Zbor», una variante local del fascismo italiano y que existía antes de la guerra, se puso a disposición de los alemanes por razones de proximidad ideológica. Este grupo, bajo el liderazgo de

Dimitrije Liotić, formó —en el momento álgido de la rebelión, en agosto de 1941— cinco batallones militares de voluntarios.

Mientras tanto la guerrilla de Mihailović seguía creciendo, aunque de forma más bien pausada. Su idea era la de acumular fuerzas para un levantamiento que tendría lugar cuando los aliados atacaran. De la misma forma que en otros países, pretendía crear un ejército que, más que en la sombra —que también—, estaría en los montes. No era su intención primera realizar sabotaje o emprender una lucha armada ofensiva, porque esto traería pérdidas y represalias que no eran asumibles. Las condiciones geográficas de Yugoslavia propiciaban un desarrollo de las guerrillas. La posibilidad de crear zonas más o menos libres —teniendo además en cuenta el desinterés de los alemanes y la incapacidad de los italianos— parecía real. Pero esta estrategia debilitaba la posición de Mihailović. La impaciencia de muchos chetniks llevó a que los distintos grupos realizaran políticas muy diversas, estando en muchos casos tan sólo nominalmente bajo el mando de Mihailović.

Otro de los problemas que los chetniks planteaban era que se trataba sobre todo de serbios y que la dirección de la política que Mihailović planteaba era la de una Yugoslavia bajo el control de los serbios. Esto les oponía a la acción de los partisanos comunistas, quienes eran abiertamente «internacionalistas» y cuyo objetivo, tal y como se planteó desde el principio en sus llamamientos, era la consecución de una Yugoslavia socialista y multinacional. Su tono social y su acento en la pluriculturalidad y la unidad del país, atrajo a muchos profesionales, miembros de la intelligentsia, liberales y demócratas.

Los comunistas no habían sido demasiado numerosos antes de la guerra. Josip Broz, llamado Tito, un croata de madre eslovena, participante en la revolución y guerra civil rusas y también en la Guerra Civil Española, había sido enviado por la Comintern para reorganizarlos. A la altura de la invasión alemana había conseguido reunir unos 8.000 miembros. Sin embargo, no estaba muy claro que pensaran lanzarse a resistir de inmediato. Como comenta Milovan Djilas, comunista yugoslavo,

> Todo miembro del Politburó y del Comité Central que se encontrara en Belgrado al estallar la guerra había forjado ya el plan de atacar al ocupante. Aunque esto se refería a cuando los

alemanes, a causa de la guerra, se encontraran débiles y faltos de moral»[9].

El comienzo de la guerra germano-soviética provocó una explosión de júbilo. Los comunistas pensaban que el Ejército Rojo liberaría el país e hicieron inmediatos preparativos para la revuelta. El 4 de julio de 1941, Tito hizo un llamamiento a la revuelta contra «el invasor y sus colaboradores», así como a la unidad de los pueblos de Yugoslavia en la lucha. A los pocos días hubo diversas escaramuzas en Serbia. El alzamiento comenzó con mucha fuerza en Montenegro, donde los rebeldes contaban con una buena cantidad de armas provenientes del antiguo ejército yugoslavo y habían conseguido reunir unos 280 grupos de ataque que agrupaban en total a unos 6.000 soldados.

Los montenegrinos consiguieron expulsar al ejército italiano hasta el mar, 4.000 soldados tuvieron que rendirse, dejando todas sus armas y pertrechos a los insurgentes. Más de un año tardarían los italianos en poner orden en la provincia, a costa de incontables refuerzos. Las revueltas continuaron en Eslovenia, Bosnia, Serbia. En Serbia, en el verano de 1941, los partisanos de Tito y los chetniks de Mihailović —que firmaron acuerdos de colaboración— se hicieron con el control del país. Sólo las ciudades seguían en manos de los alemanes.

La estrategia seguida por los partisanos yugoslavos es —en definitiva— no muy diferente de la que habían planteado el resto de resistencias contra los nazis en otros países. Se trataba de reunir fuerzas para un levantamiento armado que estuviera apoyado por los aliados. Lo que marcó la diferencia en los Balcanes fueron dos aspectos: en primer lugar, la posición geoestratégica de Yugoslavia, que era considerada por los nazis tan solo como retaguardia que podía amenazar sus acciones en Rusia y como posible objeto de explotación económica, pero no como sujeto principal de su política de expansión. Esto hacía que la inversión en tropas y esfuerzo ocupante no tuviera —en principio— prioridad. En segundo lugar, el estrecho margen entre el comienzo de la ocupación nazi y la invasión de la URSS hizo que, en efecto, los aliados —contando ya con la URSS— apoyaran, siquiera de forma verbal, los esfuerzos de la Resistencia yugoslava para autoliberarse. A estos dos factores se unía, por supuesto, la

endiablada geografía balcánica, con sus agrestes montañas y cordilleras que proporcionaban un escenario propicio para la acumulación de tropas y la resistencia militar. Por ello Yugoslavia tomó desde el principio un camino de resistencia que sólo pudieron seguir muchos países ocupados en el último año de la guerra.

Hemos dicho que Yugoslavia no constituía prioridad inmediata para los alemanes. Era sin embargo un objeto de prestigio en una visión del mundo, la de los jerarcas nazis, organizada en torno al orgullo y la convicción de supremacía racial. La Wehrmacht envió a Yugoslavia sobre todo a militares austriacos, que habían acumulado experiencia en los Balcanes durante la Primera Guerra Mundial. El odio a los serbios y el desprecio a los eslavos de que estos generales —Ludwig von Schröder o Franz Böhme— hacían gala se unía a la crueldad propia de la guerra nacionalsocialista en el este de Europa. Ya desde el primer momento se cursaron órdenes de capturar y fusilar rehenes como respuesta a la Resistencia, pero fue a partir de septiembre de 1941 cuando Franz Böhme, recién nombrado gobernador militar de Serbia, elevó la toma de rehenes a práctica cotidiana de gobierno. En una orden para las tropas que debían combatir a los partisanos comentaba Böhme:

> Habéis de llevar a cabo vuestra tarea en una región en la que en 1914 corrieron ríos de sangre alemana a causa de las emboscadas de los serbios, hombres y mujeres. Vosotros sois los vengadores de esos muertos. Hay que dar un ejemplo de terror para toda Serbia que ataña a toda la población de la forma más dura. Aquel que se deje llevar por la piedad es culpable ante las vidas de sus camaradas. A éste, independientemente de la persona que sea, se le exigirán responsabilidades ante un consejo de guerra[10].

Al convertir a toda la población en posibles rehenes y en potenciales víctimas, los invasores se enajenaron su posible apoyo, o al menos su posible indiferencia. Las masacres cada vez mayores sobre la población civil —incluyendo la eliminación de los judíos y gitanos— fueron atrayendo e impulsando cada vez más a los habitantes hacia la Resistencia. Los partisanos intentaron mantener un tipo de guerra de guerrillas clásico, sin combates a campo abierto, atacando y huyendo, presionando más a los colaboracionistas que a las tropas invasoras.

A la altura del otoño de 1941 los chetniks, por orden de Mihailović, detuvieron su ofensiva. Las conversaciones mantenidas entre el líder chetnik y Tito no dieron resultados. La voluntad unitarista, de frente nacional, del líder comunista, chocaba contra la aprensión del nacionalista ante violencias y revueltas que atrajeran mayores represiones contra la población civil. Además, Mihailović había entrado en contacto con el gobierno de Londres y se consideraba representante oficial del gobierno en el exilio. Esto le hacía desconfiar de los comunistas al tiempo que Tito, que despreciaba profundamente al gobierno monárquico, se veía obligado a mantener distancias.

Pero debido a sus contactos con el gobierno en el exilio y al temor hacia los comunistas, los británicos habían decidido apoyar a los chetniks. Reconocieron a Mihailović como líder de la Resistencia yugoslava, le ofrecieron apoyos financieros, armas y consejeros del SOE. Para entonces los éxitos de la guerrilla yugoslava habían llamado la atención de los medios de comunicación de masas británicos. Artículos de periódicos y revistas, ilustrados con fotos de un barbado Mihailović, popularizaron la causa yugoslava y la convirtieron en la resistencia partisana por antonomasia. De hecho, es muy posible que sea en parte el uso propagandístico de los chetniks por parte de los medios aliados, lo que produjera la imagen de indomable ferocidad y lucha por la independencia con la que se asociaba a Yugoslavia en la posguerra. Durante todos estos primeros tiempos la prensa nunca mencionaba a los partisanos comunistas ni a Tito, ni siquiera cuando se comentaban sus acciones armadas. Las referencias eran siempre elusivas, nebulosas, mezcladas. El anticomunismo de los chetniks de Mihailović —a partir de 1942 considerado como el «Ejército Yugoslavo del Interior» por el gobierno exiliado— fue creciendo a la par que su compromiso con la monarquía. Poco a poco fueron comenzando esporádicas luchas entre ellos y los partisanos de Tito. Mihailović inició contactos con el régimen colaboracionista de Nedić y con los propios ocupantes. El temor a una victoria comunista se había hecho más poderoso que el deseo de combatir al invasor. Los comunistas, por su parte —aunque mantenían un tono conciliador y unitarista en general—,

lanzaron una campaña de propaganda acusando a Mihailović de colaboracionista.

Los contraataques alemanes comenzaron en otoño de 1941 y siguieron con fuerza a lo largo del año siguiente. Los partisanos retrocedieron y los alemanes reconquistaron buena parte de Serbia. Para entonces, en noviembre de 1942, Tito había creado ya en Bosnia —en el terreno controlado por los partisanos— un Consejo Antifascista de Liberación Nacional, que sería luego embrión de su gobierno. Mihailović había comenzado contactos con los italianos, la descomposición de éstos le animaba a ofrecerles camino libre de regreso a Italia a cambio de que le dieran armas y el control de los territorios ocupados. En febrero de 1943 el líder chetnik declaró que el verdadero y primer enemigo eran las etnias no serbias de Yugoslavia —ustachas y musulmanes— y los partisanos comunistas. También los comunistas —considerando a los chetniks como a su principal contrincante— entablaron conversaciones con los alemanes, ofreciéndoles un alto el fuego a cambio de campo libre en la lucha contra sus hermanos. Sólo la acción decidida de Moscú, prohibiendo tales componendas, les llevó a romper las negociaciones.

El temor a que los aliados desembarcaran en los Balcanes hizo a los alemanes comprometer más tropas a partir de 1943. También empezaron a movilizar a sus aliados y colaboracionistas para controlar toda Yugoslavia. En marzo de aquel año unos 150.000 soldados (sobre todo alemanes, pero también italianos y ustachas, así como chetniks del gobierno Nadić) se lanzaron a una amplia ofensiva contra los partisanos. A orillas del río Neretva se enfrentaron las fuerzas. Mientras que los alemanes y los ustachas se aproximaban por el norte y el este y los italianos por el oeste y el sur, los chetniks de Mihailović le cerraban el paso al otro lado del río. Las fuerzas de Tito avanzaron sobre las tropas chetniks, destrozándolas y recuperando una parte de Montenegro, al tiempo que conseguían escapar del cerco. En las palabras de un oficial alemán en su diario:

> La situación en los Balcanes parece haber cambiado (...). Los ingleses parecen haber dejado caer Dalmacia-Montenegro, los Chetniks se están desintegrando, una parte se viene con nosotros, pero la mayor parte se va con Tito. Los frentes se están haciendo muy claros: blanco y rojo[11].

La guerra civil era ahora oficial. Para entonces —el otoño de 1943— las fuerzas de Tito alcanzaban los 180.000 soldados, mientras que los chetniks tendrían unos 80.000. Al final de ese año los británicos reconocieron la mayor fuerza de los partisanos comunistas y comenzaron a apoyarlos financieramente, también la propaganda se volvió a su favor. Mihailović, por el contrario, cayó en desgracia.

Los comunistas aprovecharon la ocasión y acusando a los chetniks y al propio rey Pedro II de colaboracionismo, formaron un *Comité de Liberación Nacional de Yugoslavia* que se convirtió en un verdadero gobierno provisional. A su cabeza estaba Tito. A ello respondieron los chetniks con la creación de una *Comunidad Nacional Democrática de Yugoslavia* que guardaba adhesión a la monarquía y atacaba a los comunistas.

El evidente apoyo de las potencias aliadas a Tito no dejó lugar a dudas. Los chetniks se fueron quedando marginados, el propio gobierno en el exilio reconoció las instituciones titistas y proclamó la entrada de varios ministros del exilio en ellas. Los partisanos comunistas yugoslavos —la Resistencia— fueron los primeros en Europa en ir más allá de la mera expulsión del invasor. Las fuerzas de Tito lograron conquistar el poder.

Foto 9. Partisanas y partisanos del ELAS (Grecia).

---

[1] Davide Rodogno, *Fascism's European Empire*: *Italian Occupation during the Second World War,* Cambridge: Cambridge University Press, 2012.

[2] Owen Pearson, *Albania and King Zog: Independence, Republic and Monarchy, 1908-1939,* Londres: Bloomsbury Academic, 2004.

[3] Duraczyński, Terej, *Europa podziemna,* pp. 38-39.

[4] Bernd Fischer, *Albania at War, 1939-1945,* Londres: Hurst, 1999, p. 97.

[5] Fischer, *Albania at War,* p. 100.

[6] Duraczyński, Terej, *Europa podziemna,* p. 41.

[7] Stathis N. Kalyvas, «Red Terror: Leftist Violence during the Occupation», en Mark Mazower (ed.), *After the War was Over. Reconstructing the Family, Nation and State in Greece, 1943-1960,* Princeton: Princeton University Press, 2000, pp. 142-183, aquí 151.

[8] Stevan Galogaža, en Hans Walter Bähr (ed.), *Die Stimme des Menschen,* p. 410.

[9] Milovan Djilas, *Der Krieg der Partisanen. Memoiren. 1941-1945,* Viena: Verlag Fritz Molden, 1978.

[10] Citado en Walter Manoschek, «Serbien: Partisanenkrieg und Völkermord», en Wolfgang Benz, Johannes Houwink ten Cate; Gerhard Otto (eds.), *Anpassung, Kollaboration, Widerstand. Kollektive Reaktionen auf die Okkupation,* Berlín: Metropol Verlag, 1996, pp. 140-141.

[11] Erasmus von Jakimow, en *Stimmen der Menschen,* p. 426.

# CAPÍTULO 9

# MUJERES Y RESISTENCIA

Desde que Élisabeth Terrenoire en 1946, nada más terminar la guerra, mostrara el papel asumido por las mujeres en la Resistencia francesa —a las que ella consideraba pioneras en la rebelión—, mucho se ha escrito sobre la actividad de las mujeres en la Segunda Guerra Mundial[1]. Sin embargo, todavía hoy, la imagen que ha quedado de la Resistencia es la de unos movimientos eminentemente masculinos, con jóvenes musculosos portando metralletas, pistoleros plenos de testosterona disparando contra confidentes nazis y adustos hombres con gorra de obrero volando trenes. Las mujeres, todo lo más, parecían haber servido como correos o espías de glamur. Pero eso no fue del todo cierto.

## *Mujeres clandestinas*

El caso es que las mujeres —en especial las clases medias bien educadas y las obreras politizadas— hicieron uso de las posibilidades que les ofrecía la nueva situación y se lanzaron a la lucha. La libertad de acción para las mujeres producida por los cambios sociales y la coyuntura bélica fue el campo donde las semillas sembradas por la educación patriótica, la fe religiosa y el activismo social crecieron para dar a luz a resistencias de muy diversas características. Las mujeres tenían, en las condiciones de la ocupación, posibilidades de movimiento y acción que resultaban más difíciles para los hombres: estos estaban encarcelados a menudo como prisioneros de guerra o en campos de trabajo, o eran vigilados de forma más intensa por las fuerzas de ocupación.

En especial en las redes de salvamento y de espionaje jugaron las mujeres un papel decisivo, esencial. Jóvenes mujeres como la belga Andrée

de Jongh, responsable de la *Comet Line,* una de las más largas y duraderas redes de rescate. Andrée de Jongh tenía apenas 23 años en 1940, cuando los alemanes invadieron Bélgica. En el país había cientos de soldados aliados —sobre todo británicos que habían escapado del cerco de Dunkerque— escondidos en lugares precarios y de forma muy primitiva. De Jongh organizó primero una serie de viviendas seguras para ellos y luego unas redes de escape que cruzaban Francia y se adentraban en España. De Jongh acompañó en numerosas ocasiones a grupos de soldados, aviadores caídos o voluntarios belgas a través de Francia hasta el País Vasco francés. Allí cruzaba la frontera con ayuda de un contrabandista vasco y dejaba a los soldados en el consulado británico en Bilbao, que se encargaba de extraerlos del país. Luego volvía a su base —a veces París, otras Valenciennes, en la frontera belga con Francia—. Las estimaciones hablan de que consiguió transportar a cerca de 118 personas[2].

También Marie-Madeleine Fourcade, una joven de la alta burguesía parisina, católica y conservadora, se lanzó a la Resistencia. Fourcade había trabajado en el servicio secreto francés desde que tenía 30 años, en 1936, cuando, a las órdenes del mayor Georges Loustaunau-Lacau, intervino en una revista financiada por el servicio secreto. La misión del grupo de Loustaunau-Lacau era observar los progresos del rearmamento alemán en la frontera y combatir los intentos de sabotaje de los comunistas dentro del ejército. Cuando los alemanes ocuparon Francia, Fourcade fue encargada de reclutar informantes en la zona libre y tejer una red de información. Cuando en julio de 1941, Georges fue arrestado por la Gestapo, Marie-Madeleine se hizo cargo de la red y mantuvo el espionaje. Huyó a Londres tras la ocupación de la Francia de Vichy, en 1942, pero volvió, ya como agente británico, para reorganizar la red y dirigirla. Fourcade tuvo mucha suerte: capturada dos veces por los alemanes, consiguió huir y pudo sobrevivir en la clandestinidad hasta el fin de la guerra[3].

En general, todas las estadísticas confirman la representación insuficiente de las mujeres en la Resistencia francesa en comparación con la población en general. Tal fue el caso en Franc Tireur (donde las mujeres constituían menos del 10 por ciento de las fuerzas), en el DF (16 por ciento), en Ille y Vilaine (13 por ciento), en Calvados (12 por ciento), en la

red Jade-Fitzroy (14 por ciento) y en la red Zéro-Francia (14 por ciento)[4]. La explicación de Michel Wieviorka a esto es de que, pese a las cifras concretas, se trata de una participación impresionante, puesto que antes de la guerra las mujeres no podían votar, tenían vedada la participación política y había un número relativamente escaso de mujeres comprometidas en política. Según él, la intervención en la Resistencia supuso un enorme salto cuantitativo que demostraba la transformación y modernización de las mujeres francesas. Esto, con toda seguridad, se puede aplicar a todas las resistencias contra el nacionalsocialismo.

En la resistencia urbana polaca, especialmente, participaron muchas mujeres. Estaban en todos los grupos, servían en todas las posiciones. Cuando estalló el Levantamiento de Varsovia de agosto de 1944, casi uno de cada cuatro «powstanców» (rebeldes) era mujer. Por ejemplo, la polaca Larysa Zajączkowska-Mitznerowa, que trabajaba en prensa durante la ocupación alemana de Varsovia. En los días inmediatamente anteriores al Levantamiento, ella consiguió información sobre el sucesor de Franz Kutschera, el director de las SS y la policía de Varsovia que había sido ejecutado por la Resistencia. Zajączkowska-Mitznerowa se hizo amiga de la secretaria del gobernador alemán de Varsovia, de la que, sin que ella lo supiera, extraía informaciones que luego pasaba al AK, con quien le había contactado otra mujer, participante en el atentado a Kutschera. Para evitar más atentados, los alemanes mantuvieron en secreto el nombre del sucesor, todos los decretos se firmaban con títulos genéricos.

> Pero un día, en el secretariado, había de pie junto a la ventana un hombre de edad mediana, con calvicie y un poco canoso ya. Le pregunté en un susurro a Frida [la secretaria] qué quién era, añadiendo la excusa de que me gustaba bastante. Con otro susurro me respondió que era Geibel, el sucesor de Kutschera. Al día siguiente la noticia llegó a donde tenía que llegar, y yo recibí la tarea añadida de seguirle, de saber con qué automóviles viajaba y qué matrícula tenían[5].

Otro ejemplo es Halina Szwarc (entonces Kłąb), una chica de 16 años, que contactó muy pronto con la ZWZ (Liga de la Lucha Armada) del distrito de Łódź. Se le encargó aprender alemán y luego, utilizando los documentos de su abuela, de origen teutón, se le pidió que se naturalizara en la lista de los llamados «alemanes étnicos» (Volksdeutsche). Gracias a eso pudo ir a estudiar a una escuela secundaria alemana en Kalisz, en los territorios

anexados al Reich, donde comenzó a realizar labores de espionaje. Después fue enviada a Viena, en 1943, donde se matriculó en la facultad de Medicina. Viajó por toda Alemania, recopilando información de valor para la inteligencia aliada, que permitió la destrucción de objetivos militares en Hamburgo, Múnich y Berlín. En la capital del Reich aceptó un trabajo en los Archivos de Medicina Militar, que le sirvió de tapadera para continuar su actividad. Fue responsable de distribuir materiales de la llamada acción *N,* que consistía en llevar prensa falsa y materiales de propaganda a lo más profundo de Alemania.

En 1944 fue descubierta, detenida, interrogada, torturada y condenada a muerte en Łódź. Pudo escapar de prisión en el caos de la evacuación de la ciudad por la Wehrmacht. Tras la liberación, a su vuelta a su ciudad natal fue perseguida por la policía secreta comunista en varias ocasiones, acusándola de colaboracionismo, aunque nunca pudieron probar nada. Eso sí, aunque se había doctorado y estaba trabajando en la Universidad de Poznan, fue expulsada a consecuencia de su pasado como miembro del *Armia Krajowa.* Hasta 1960, con la desestalinización, no pudo volver a la universidad[6].

## *Mujeres en armas*

Pero también entre los guerrilleros hubo mujeres que, con el arma en la mano, se enfrentaron a los invasores[7]. Existió, por ejemplo, una amplia participación femenina en el sabotaje, incluido el armado, con uso de explosivos y que producía muertes. Es cierto que, excepto en algunos casos —Yugoslavia, la URSS—, el papel de las mujeres fue muy limitado en los enfrentamientos directamente armados y muchas veces propulsado por la mera necesidad de supervivencia. Sin embargo, como cuenta Józef Roman Rybicki, jefe de la sección de sabotaje y represalia del *Armia Krajowa* de Varsovia, también en la resistencia urbana se mancharon las mujeres las manos con la sangre de ocupantes o colaboradores. Las mujeres iban por delante de los hombres en la lucha clandestina «por su sacrificio, su entrega, su trabajo, su fe y sus hechos». Rybicki dice que no puede

imaginarse cómo habría sido la resistencia sin la participación y la ayuda de las mujeres, porque no hubo sección del trabajo clandestino en el que no tomaran parte activa: «había correos, enfermeras, cuidaban de los escondites, conseguían explosivos, escondían las armas, tomaban parte en acciones armadas (e incluso una vez liquidaron en la calle, con arma blanca, a una traidora que iba con su grupo), etc.»[8].

Un grupo importante de combatientes lo constituyeron las que participaron en el Levantamiento de Varsovia, desde el 1 de agosto de 1944 y hasta su final. Unos días después, el 12 de agosto de 1944 por orden del general Chruściel se legalizó su situación en el Levantamiento. El general ordenó que todas las mujeres que hubieran hecho un juramento durante el tiempo de la clandestinidad fueran «incluidas en la formación del Ejército del Interior». Tomaron parte más de 7.000 mujeres, aunque hubo muchas voluntarias que no habían participado en la clandestinidad, así como *scouts* que fueron asignadas como sanitarias y correos en el Servicio Militar de Mujeres *(Wojskowej Służby Kobiet,* WSK). Aunque la mayoría de las mujeres participantes cumplieron fundamentalmente funciones complementarias (sanidad, correos, enlaces), hubo también una unidad de sabotaje «Dysk» compuesta de 85 mujeres, así como una veintena de mujeres zapadoras. Y en las condiciones del Levantamiento, en la lucha cotidiana en las barricadas, cuerpo a cuerpo, muchas mujeres no dudaron en tomar el arma con sus manos y lanzarse contra el enemigo[9].

Por su parte, el mando soviético impulsó desde el principio la incorporación de las mujeres, especialmente de las jóvenes militantes del Komsomol (las juventudes comunistas). En mayo de 1943 la dirección del Komsomol propuso a Ponomarenko, comandante de los partisanos de la sede central, una orden para obligar activamente a las chicas a participar en las operaciones de combate partisano. En junio de 1943 se envió una carta secreta a todos los secretarios de los comités locales del Komsomol para recordarles a las organizaciones su deber de usar a las jóvenes no solo en la cocina o para tareas de guardia[10]. No es casual tampoco que Stalin eligiera el martirio de una joven muchacha partisana por los alemanes, Zoya Kosmodemienskaya, que fue un caso más de los muchos parecidos, para construir su edificio de propaganda sobre los partisanos y la resistencia en

la retaguardia del enemigo. No se trataba sólo de la empatía que pudiera despertar una muchacha, apenas una adolescente, torturada y ajusticiada por el invasor: era también una mujer, un símbolo de las transformaciones producidas por el nuevo sistema, que daba a todos sus ciudadanos —mujeres incluidas— las mismas oportunidades: hasta la de morir en defensa de la patria[11].

Pero incluso entre los partisanos, las mujeres se veían sometidas a tareas que revelaban la persistencia de los estereotipos. Incluso si se les permitía realizar acciones armadas, su ocupación tenía muchas veces que ver con los roles tradicionales. Así, un comandante partisano soviético habla sobre una mujer partisana diciendo que:

> Fue una importante adquisición para nuestra tropa. Limpiaba, planchaba la ropa de los hombres, lavaba la ropa, cosía, ponía parches. De manera sistemática y cuidadosa, aprendía el manejo de todo tipo de armas y no despreciaba ninguna oportunidad de participar en operaciones militares[12].

Seguramente, entre las partisanas más conocidas estén las yugoslavas. Jelena Batiniç, usando fuentes oficiales, da la cifra de 100.000 mujeres en el ejército partisano de Tito. Barbara Wiesinger afirma que esta cifra es exagerada y que las mujeres representaban sólo entre el 5 y el 10 por ciento de las unidades partisanas[13]. En las «brigadas proletarias» (luego divisiones) establecidas por el Ejército Popular de Liberación de Yugoslavia, las mujeres constituían una parte importante de su cuerpo médico. A diferencia de otros movimientos antifascistas, los yugoeslavos, que se veían a sí mismos como el embrión de un nuevo Estado y de una nueva sociedad, contemplaban la emancipación completa de las mujeres como una necesidad encaminada hacia el nuevo orden de posguerra. De ahí que comenzaran a luchar también con las armas en la mano y que la imagen que de ellas haya quedado en los países posyugoslavos sea la de jóvenes sonrientes con uniforme y armas.

La participación de mujeres en las primeras unidades partisanas variaba del 2 por ciento al 20 por ciento: la Primera Brigada Proletaria en el momento de su formación tenía 67 mujeres, en la Segunda Brigada Proletaria había 46 mujeres, la mayoría de las cuales eran trabajadores médicos, mientras que en la Cuarta Brigada Proletaria, había 200 mujeres

entre 1.082 combatientes. Se estima que durante la guerra, 25.000 de ellas fueron asesinadas o murieron y 40.000 fueron heridas. Parece ser que solo en Serbia fueron ejecutadas más de 1.500 mujeres[14].

Pero las mujeres que lucharon en la Segunda Guerra Mundial no eran sólo comunistas, por supuesto. Católicas, derechistas, socialistas, anarquistas, republicanas y muchas mujeres sin partido se unieron a las luchas contra los nazis y, luego, contra los soviets. Un caso muy particular es el de la italiana Leletta d'Isola, católica y aristócrata. Huyendo de los bombardeos de Turín, su familia se instaló en una casona de su propiedad que tenían en el Piamonte. Cuando la resistencia comenzó, después del armisticio del 8 de septiembre de 1943 y la subsiguiente invasión alemana, la madre de Leletta comenzó a acoger y esconder a soldados italianos de infantería que habían desertado del ejército mussoliniano, a partisanos heridos o enfermos, a judíos que escapaban de la deportación. Todo ello tuvo lugar en connivencia con el comandante partisano del área, el comunista Barbato (Pompeo Colajanni). Leletta se unió a estos partisanos y escribió un diario gracias al que podemos conocer cómo era la lucha en el monte. Tras la guerra, Leletta continuó su vocación religiosa e ingresó en 1947 en un convento, donde permaneció el resto de su vida. Murió en 1993, y en 2012 se abrió la causa de su beatificación[15].

En Italia hubo una participación muy elevada de mujeres en la lucha. La web del Centro de Estudios de la Resistencia italiana habla de 4.633 mujeres arrestadas, torturadas o condenadas, de 2.890 deportadas a Alemania, de 683 mujeres fusiladas o caídas en combate y de más de 1.750 heridas. Entre partisanas, enlaces y apoyos de la guerrilla, el centro cuenta a unas 35.000[16].

### *Dirigentes y enlaces en España*

Para las resistentes españolas el fin de la Guerra Civil supuso también el fin de la rápida emancipación de las mujeres en el campo republicano. Pero la presencia de mujeres había sido tan importante durante los tres años de conflicto que era inevitable que hubiera permanencias en la clandestinidad.

Aunque la figura fascinante de Dolores Ibárruri, Pasionaria, estaba en la cima de la organización, el Partido Comunista de España —el mayor foco de resistencia armada— era un partido de hombres. La relación entre Pasionaria y Francisco Antón, un miembro brillante del partido mucho más joven que ella, provocó un escándalo en los círculos de gobierno del partido. Pasionaria había dejado a su esposo cuando ella se fue a Madrid al comienzo de la Segunda República, pero para los hombres del Buró Político parecía una indignación que encontrara un nuevo amante. Aunque la relación de Pasionaria y Antón fue muy discreta, Dolores, impulsada por los críticos, abandonó a Antón en 1943. Su vínculo creó muchos enemigos para Antón y fue una de las razones de su caída en la década de 1950.

Las mujeres fueron las primeras en tratar de reconstruir el Partido Comunista en Andalucía, en Barcelona, Alicante, Albacete y otros lugares[17]. El hecho de que dos mujeres, Matilde Landa y Carmen de Pedro, hubieran sido designadas como líderes principales del partido en las condiciones más extremas (justo después de la guerra en España y durante la Segunda Guerra Mundial en Francia), puede haber sido causado por la creencia de que su condición de ser mujeres podría atenuar las consecuencias de la represión. Pero también es cierto que, durante la guerra, las mujeres habían escalado puestos en la administración republicana —con una ministra, Federica Montseny, en lo más alto—. Durante los primeros años cuarenta, la relación entre los militantes Carmen de Pedro y Jesús Monzón —que reconstruyeron el partido en la clandestinidad dentro del país— fue la razón por la cual Carmen cayó en desgracia después de la muerte de Monzón, perdió su cargo en el partido y fue relegada a un puesto menor en Moscú.

Cientos de mujeres fueron también quienes actuaron de «enlaces» de la guerrilla: servían de correos, llevaban víveres y municiones, mantenían el contacto con el exterior. Aunque sólo unas decenas vivieron realmente en el monte y portaron armas —no hay que olvidar que los maquis españoles no serían más de 6.000—, muchas de ellas, especialmente jóvenes, se sintieron empujadas a combatir a Franco.

La fuerte posición de las mujeres durante la Guerra Civil y la posguerra queda atestiguada por el hecho de que, después del conflicto, casi 30.000

mujeres fueron recluidas en las cárceles de Franco. Violadas, torturadas, fusiladas, muchas mujeres comunistas, anarquistas, socialistas o simplemente republicanas estaban en la misma situación que los hombres, probablemente porque la reificación de los «rojos» en el discurso de los ganadores las había transformado a los ojos de sus captores en casi animales. Se produjeron terribles represalias. En 1939, como respuesta al asesinato de un oficial, muchos comunistas, que eran inocentes de todos los cargos, fueron fusilados, incluidas las llamadas «Trece Rosas», unas chicas muy jóvenes, miembros de la Juventud Socialista Unificada, la organización de jóvenes comunistas.

## *Mujeres de un nuevo siglo*

La Resistencia tuvo mucho que ver con la modernización de las conductas que había traído el nuevo siglo. Y ello implicaba, por supuesto, la ocupación por la mujer de roles que hasta entonces le eran vedados. La guerra de los ejércitos regulares asumía a la mujer como mucho en la fábrica, sustituyendo al marido en el trabajo, pero, en suma, alejada de las armas. Cierto que hubo participación femenina en algunos escenarios —las aviadoras soviéticas, por ejemplo, o las unidades auxiliares americanas—, si bien esta participación se contemplaba aún como algo incómodo, molesto, aunque necesario. Pero el comienzo de la guerra total moderna lo cambió todo. La guerra asestó un fuerte golpe al papel tradicional de la mujer como gestora del hogar, impidiéndole realizarlo adecuadamente por carencias materiales, desaparición del elemento masculino y presiones de las fuerzas de ocupación. Hasta la propia moralidad tradicional se difuminaba ante el caos en las jerarquías de valores, los forzamientos y violaciones físicas y psíquicas, la promiscuidad necesaria para sobrevivir, la anarquía relativa en el trabajo y las explosiones sexuales que acompañaban a la situación excepcional de la guerra. Cierto que las «revoluciones nacionales» de tono fascista quisieron hacer regresar a la mujer al hogar y al paritorio, pero ni la fuerza liberadora de las costumbres ya adquiridas ni tampoco la escasa duración de estas revoluciones reaccionarias —excepto en el caso español— se lo permitió del todo. Por otro lado, tampoco la

«liberación de la mujer» propuesta por el sistema soviético y que, legalmente, era real y estaba establecida, había conseguido quebrar los estereotipos ni el reparto de tareas cotidianas.

Una muestra: un grupo de soldados del NKVD soviético persiguen durante mucho tiempo a unos partisanos ucranianos y, poco a poco, los van abatiendo. Al final sólo queda uno.

> Entonces la figura apareció sola entre los abetos, rara vez devolviendo el fuego de los chekistas. [...] El grupo de asalto continuó la persecución, disparando sobre el supuesto paradero del miembro de OUN. Fue herido, restos de sangre y los restos del botiquín de primeros auxilios proporcionaron información. Finalmente, algo crujió entre los matorrales. En una inspección más cercana, los chekistas vieron a una persona tendida en el suelo, que se movía de manera extraña con las manos y sin arma. El círculo alrededor de los arbustos se contrajo lentamente. Una explosión apenas perceptible y amortiguada arrojó a los espectadores al suelo. [...] La granada explotó en las manos de la persona. La había encendido cerca de la cabeza. La cara, parte de la parte posterior de la cabeza y la mano izquierda se habían volado. [...] Cuando los chekistas, con cuidado de no mancharse de sangre, desabrocharon el traje de camuflaje y descubrieron la parte superior del cuerpo, sus manos encontraron el seno aún tibio de una mujer. Fue como un shock. [...] Sus rostros expresaban asombro, vergüenza y perplejidad: unas pocas docenas de hombres no habían podido atrapar a esta pequeña y frágil mujer durante tanto tiempo [...][18].

La vergüenza y el asombro de los chekistas deja claro cómo el que la mujer hubiera sido capaz de eludirlos tanto tiempo, les parecía un menosprecio de su virilidad. Las mujeres partisanas —como las milicianas en la Guerra Civil Española— tuvieron que luchar contra muchos estereotipos, tanto de género como sociales. La situación de su persona en medio de una guerra eminentemente masculina atraía sobre ellas cuestiones acerca de la promiscuidad o la sexualidad que, a los hombres nunca se les presentaban. A veces se las acusaba de «prostitutas», sus tareas por lo general se vieran limitadas a lo sanitario, al servicio o al correo, se les impedía ascender en el escalafón de la organización. El trato que recibían no variaba mucho de lo que se encontraban en la vida civil.

Pero también la represión se cebaba en ellas en formas específicamente femeninas, como las violaciones y las vejaciones de todo tipo. Por supuesto, el maltrato sexual era constante por parte de las organizaciones de represión, durante torturas e interrogatorios. Rybicki habla de una de sus mejores agentes, arrestada por la Gestapo en Varsovia:

> Arrestada tras un encuentro con Ignacy. A quién le siguieron, a ella o a él, no lo supimos nunca. Los dos arrestados murieron. Torturada y martirizada de forma inhumana, en los mensajes que nos hacía llegar desde la cárcel pedía veneno (ella, tan creyente, pero tenía miedo de no aguantar las torturas); no delató a nadie[19].

Sin embargo, también corrían peligro de ser violadas y maltratadas por sus propios compañeros de la Resistencia, o por miembros de grupos resistentes alternativos que las asaltaban. A veces, para evitarlo, sobre todo en los campos de partisanos, entablaban relación con hombres, especialmente líderes, para que esto las protegiera de la violación[20].

Algunas autoras que han examinado el fenómeno de la escasa presencia de las mujeres en la memoria de las resistencias ponen el foco sobre este problema: la forma en que se ejercía violencia contra ellas no permitía a una sociedad de valores eminentemente masculinos presentarlas como heroínas y mártires, su sufrimiento traía a colación aspectos de orgullo y honor masculino mancillado, individual pero devenido social, que no eran lo suficientemente épicos para la narración nacional y nacionalista de la Resistencia. Hasta la forma en que se les infligía dolor conspiraba para invisibilizar la presencia de las mujeres[21].

Foto 10. Combatiente mirándose al espejo después de un ataque aéreo durante el Levantamiento de Varsovia (1944).

---

[1] Élisabeth Terrenoire, *Combattantes sans uniforme: les femmes dans la Résistance,* París: Bloud et Gay, 1946.

[2] Peter Eisner, *The Freedom Line: The Brave Men and Women Who Rescued Allied Airmen from the Nazis During World War II,* Nueva York: Harper Collins, 2004, p. 13.

[3] Marie-Madeleine Fourcade, *L'Arche de Noé,* París: Fayard, 1968.

[4] Olivier Wieviorka, *Histoire de la Résistance: 1940-1945,* París: Perrin, 2013, p. 429.

[5] «Larysa Zajączkowska-Mitznerowa», en Zuzanna Pasiewicz (ed.), *Dzienniki z Powstania Warszawskiego,* Lomianki: LTW, 2006, p. 158.

[6] Szwarc, *Wspomnienia*.

[7] Véase Ingrid Strobl, *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945),* Barcelona: Virus, 2002; Jelena Batinić, *Women and Yugoslav Partisans. A History of World War II Resistance,* Cambridge: Cambridge University Press, 2015.

[8] Józef Roman Rybicki, *Notatki szefa warszawskiego Kedywu,* Varsovia: WUW, 2003, p. 111.

[9] Patrycja Bukalska, *Sierpniowe dziewczęta '44,* Varsovia: Trio, 2013.

[10] Julianne Fürst, «Heroes, Lovers, Victims: Partisan Girls during the Great Fatherland War», en *Minerva,* 2000, Volume 18, Issue 3, pp. 38-74.

[11] Anja Tippner, «Girls in Combat: Zoia Kosmodem'ianskaia and the Image of Young Soviet Wartime Heroines», en *The Russian Review* 73(3), julio de 2014, pp. 371-388.

[12] Strobl, *Partisanas,* p. 277.

[13] Ivana Pantelić, «Yugoslav female partisans in World War II», *Cahiers balkaniques* 41(1), pp. 239-250.

[14] Ibídem.

[15] Giovanni De Luna, *La Resistenza perfetta,* Milán: Feltrinelli, 2015.

[16] http://www.storiaxxisecolo.it/Resistenza/cifre.html.

[17] Claudia Cabrero Blanco, «El PCE y las mujeres. La actitud del partido respecto a la militancia femenina durante el primer franquismo», en: Manuel Bueno y Carmen García, José Hinojosa (eds.), *Historia del PCE...,* vol. I, Madrid: FIM, 2007, pp. 427-439.

[18] Georgij Sannikov, *Operacija «Rejd» ili istorija odnoj ljubvi. Specslužby v bor'be za Ukrainu (1946-1956),* Moscú, 2007, S. 341-342; citado según Olena Petrenko, «Zwischenpositionen. Frauen im ukrainischen bewaffneten Untergrund der 1940er-50er Jahre», en Klaus Latzel, Silke Satjukow, Franka Maubach (eds.), *Soldatinnen. Gewalt und Geschlecht im Krieg vom Mittelalter bis heute,* Paderborn, 2011, pp. 257-278.

[19] Rybicki, *Notatki,* p. 112-113.

[20] Arno Lustiger, *Zum Kampf auf Leben und Tod! Vom Widerstand der Juden, 1933-1945,* Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2002, pp. 238-239, y Anette Warring, «Intimate and Sexual Relations», en Robert Gildea, Olivier Wieviorka y Anette Warring (ed.), *Surviving Hitler and Mussolini. Daily Life in Occupied Europe,* Oxford, Nueva York: Berg, 2006, p. 90.

[21] Petrenko, «Zwischenpositionen»; Jeffrey Burds, *Sovetskaja agentura: očerki istorii SSSR v poslevoennye gody, 1944-1948,* Moscú/Nueva York: Sovremennaya Istoriya, 2006.

# CAPÍTULO 10

# LA INVASIÓN DE LA URSS: EL GRAN IMPULSO

> He sabido por Anna de la guerra germano-rusa. Me he resentido de la impresión física que me ha sobrevenido. La sensación, contra la que yo hacía esfuerzos por combatir, de que Alemania era invencible ha desaparecido bruscamente. Es un inmenso drama del que sabemos poco pues Alemania de repente tiene un enemigo, ¡y menudo enemigo!! (...) ¿El crepúsculo de Hitler? Dispuestos para el segundo acto. La escena será grandiosa.
>
> Charles d'Aragon, entrada en su diario del 23 junio 1941[1].

El domingo 22 de junio de 1941, de madrugada, más de tres millones de soldados alemanes de diversos cuerpos y seiscientos mil soldados aliados rumanos, italianos, eslovacos y finlandeses cruzaron las fronteras con la Unión Soviética. La invasión tuvo lugar siguiendo el modelo usado por Hitler desde el ataque a Polonia en 1939: de noche, sin declaración formal de guerra, desde muy diversas direcciones y con toda la fuerza y la violencia posibles, la llamada *Blitzkrieg*[2]. Los primeros resultados fueron razonablemente satisfactorios para las fuerzas del Eje, parecía que el Ejército Rojo se estaba viniendo abajo, la maquinaria de guerra dirigida por los alemanes avanzaba implacable. Pero al cabo de unas semanas el frente se estabilizó y en diciembre de 1941 los invasores fueron detenidos ante Moscú. Una larga guerra había comenzado.

## *El giro de la Resistencia*

El comienzo de la Operación *Barbarroja* supuso la desactivación de la alianza entre los dos grandes sistemas dictatoriales que se mantenía desde el pacto Ribbentrop-Molotov de agosto de 1939. La construcción de una

Europa bajo la égida nacionalsocialista y la extensión del dominio racial alemán hacia el este eran incompatibles con el mantenimiento del *statu quo* y el reparto de esferas de influencia que tan caros le eran a Stalin. El secretario general del Partido Bolchevique y comandante de los comunistas de todo el mundo había sido capaz de sacrificar una posible extensión hacia España del comunismo para evitar un aislamiento diplomático. Su opción por los alemanes parecía haber sido la correcta desde un punto de vista de política interior soviética: los éxitos alemanes en el oeste parecían darle la razón. El régimen estalinista había conseguido apuntalarse tras la «revolución desde arriba» de los planes quinquenales, las purgas de la élite y las deportaciones en masa y ejecuciones de campesinos, disidentes o potenciales enemigos. La celebración del 60 cumpleaños de Stalin en 1939 había supuesto la apoteosis de su figura y la muestra de la estabilidad de un gigantesco país unido por la figura del «padrecito Stalin». El pacto con Hitler había posibilitado una nueva estrategia de «recuperación» de territorios perdidos por el Estado ruso zarista que había parecido incontestada —salvo el caso con Finlandia—. La URSS era ahora una gran potencia geopolítica, un estado «normal», en la Europa del momento, cuya política exterior ya no parecía dictada por la necesidad de extender la revolución mesiánica socialista.

Por esta razón los comunistas en todos los países habían sido mantenidos en la mayor inactividad posible desde agosto de 1939. Pese a disidencias, incomodidades, puntuales desobediencias de la línea general, el ejército de millones de personas que en todo el mundo se debían a la URSS como patria del socialismo, había respetado las decisiones de la cúpula soviética. Los propios comunistas españoles refugiados en Moscú, aunque sorprendidos y hasta escandalizados por el pacto, lo justificaban como necesidad estratégica y temporal para acumular fuerzas. Como decía Manuel Tagüeña, «si este razonamiento no correspondía a la pureza de nuestros ideales, por lo menos estaba de acuerdo con las viejas normas insidiosas de la diplomacia»[3].

La presión en los Balcanes a lo largo de 1941 había hecho que los soviéticos comenzaran a poner en marcha sus redes en los países afectados por la guerra. Contrariamente a las leyendas, Stalin, aunque sorprendido y

quizá asustado por el comienzo de la invasión, sabía que tarde o temprano ésta llegaría. Pero también es cierto que, pese a todos los rumores, su estrategia no era la de —en principio— atacar primero.

Sin embargo, el comienzo de *Barbarroja* supuso una inmediata liberación moral para los comunistas en las resistencias europeas. Aunque como hemos visto había habido individuos y hasta grupos comunistas que —pese a las órdenes de Moscú— se habían involucrado en la Resistencia desde el principio, sólo ahora podían contar con apoyo específico, moral y material, de las redes de la Comintern. El estallido de emociones que siguió a la noticia de la invasión tuvo lugar incluso en territorios como la ocupada Varsovia, que no tenía mucho que agradecer al régimen dictatorial que se había repartido el territorio polaco con los alemanes. Por esta razón, junio de 1941 supuso la vuelta de hoja de la guerra. Sólo aquellos que no conocían verdaderamente la inmensidad del territorio soviético podían creer que los ejércitos del Eje iban a ser capaces de controlar aquellas estepas sin final. Alguien que lo había reconocido de inmediato y había decidido usarlo para fortalecer su figura fue Charles de Gaulle. Despreciado por los estadounidenses, que aún pensaban entenderse con Vichy para que prosiguiera la lucha, enfrentado a Gran Bretaña por diferencias estratégicas, De Gaulle comprendió de inmediato la oportunidad que se le presentaba. Pese a las diferencias ideológicas, la Unión Soviética podía convertirse en un aliado que contrapesara la dominancia de los anglosajones. De Gaulle había conocido durante su tiempo como prisionero de guerra al luego mariscal soviético Tujachevski y, por otro lado, había participado como voluntario en la defensa de Polonia durante la guerra polaco-bolchevique de 1920-1921, de modo que poseía cierto conocimiento del Este de Europa. Como muestra de su preocupación por la URSS y gesto de buena voluntad, envió una escuadrilla aérea a apoyar la defensa del país contra las tropas hitlerianas. Esto no sólo le permitió que los soviets le consideraran un aliado, sino que le trajo un reconocimiento por parte de los comunistas franceses que sería muy útil a la hora de unificar la resistencia interior.

## *La guerra secreta*

La Segunda Guerra Mundial fue en realidad la suma de varios conflictos bélicos. Guerras civiles, guerras sociales, guerras coloniales, guerras de exterminio. Una de éstas fue la guerra secreta de los espías, un conflicto que había comenzado, en realidad, mucho antes de 1939. A su vez serían las organizaciones de inteligencia creadas entre 1939 y 1945 las que, transformadas, llevaran a la época clásica del espionaje de la Guerra Fría. Junto a las redes de espionaje —que fueron vitales durante la guerra— se desarrollaron otras redes, a veces unidas, a veces independientes, que se dedicaban a acoger, proteger y ayudar a escapar a todos aquellos que lo necesitaban: aviadores aliados abatidos, fugitivos de campos de prisioneros, agentes «quemados», personas que deseaban unirse a los ejércitos en el exilio, así como a perseguidos por causas raciales o políticas. Ambos tipos de «redes» conforman uno de los principales elementos de la Resistencia —en especial en relación con la ocupación nacionalsocialista— tal y como la han definido los investigadores franceses.

El origen del espionaje de la Segunda Guerra Mundial se halla en las estructuras de información creadas por la Comintern y el espionaje soviético desde finales de los años veinte y a lo largo de los años treinta del siglo XX. Ciertamente, los objetivos de este espionaje eran muy distintos: la protección de la «Patria del Proletariado» contra la amenaza de los regímenes capitalistas después del fracaso de las expectativas de revolución en Alemania. Todo comunista que se preciara debía proteger tanto discursiva como realmente, el único país donde el proletariado había salido victorioso. Este hecho fue, poco a poco, desarrollándose a través de una red de agentes que, a veces, como es el caso famoso y arquetípico de Philby, se encubrían mostrándose en apariencia lejos del comunismo. La dirección y el control de los partidos comunistas de todo el mundo, objetivo de la Comintern, se mezclaba con la defensa del estado soviético. Muchos miembros de los niveles de dirección de los partidos comunistas nacionales eran agentes soviéticos, informantes, espías. Ello no debe entenderse dentro de los horizontes mentales del estado-nación: no se trataba de «traidores a la patria» —como se les ha acusado a menudo—, sino que dentro de su propio esquema mental eran «patriotas de la patria del proletariado». El servicio que realizaban al país del que procedían era el de desarrollar una

revolución social que llevaría a un mundo nuevo, lo que era complementario con la defensa de la Unión Soviética, incluso inseparable de ello. En cualquier caso, los espías soviéticos venían trabajando y acumulando datos ya antes de la propia guerra y durante ella consiguieron desarrollar redes que, aunque no siempre bien utilizadas —Stalin supo exactamente el momento de la invasión alemana y fue incapaz de hacer nada con esa información—, constituyeron parte importante del esfuerzo de la guerra.

Pero no sólo el espionaje soviético fue muy temprano. Durante los momentos anteriores a la marcha nazi sobre Checoslovaquia, los servicios secretos del pequeño país centroeuropeo dirigidos por František Moravec habían conseguido llevarse los archivos y sus importantes informaciones acerca de Alemania al exilio inglés. También los servicios secretos polacos habían desarrollado durante el período de entreguerras una densa red de agentes tanto en la Alemania de Hitler como en la URSS de Stalin. En julio de 1939, poco más de un mes antes de la invasión de Polonia, el servicio de inteligencia polaco había conseguido hacerse con dos máquinas «Enigma», que usaban los alemanes para encriptar sus mensajes. Cuando Varsovia cayó, el equipo polaco destinado a descifrar el código escapó con los aparatos a Francia, donde se los entregaron a los servicios de inteligencia aliados y, junto con ellos, consiguieron descifrarlo. Esto permitió a los aliados tener durante mucho tiempo una ventaja con respecto a los alemanes, que pensaban que sus comunicaciones eran seguras.

Buena parte de la resistencia —en especial la relacionada con la inteligencia— se desarrolló en Europa con el apoyo del *Special Operations Executive* (el Servicio de Operaciones Especiales, SOE). Fundado por Churchill en junio de 1940, su tarea consistía en realizar operaciones de guerra clandestina. Dada la situación en Europa, con la caída de Francia, los británicos se preparaban para una larga guerra en la que su única opción sería conseguir que los pueblos ocupados por los alemanes se levantaran en armas contra ellos. La misión original del SOE era la de «prender fuego a Europa», es decir, sabotaje inmediato y formación —a la larga— de *ejércitos secretos* en todos los países ocupados. Conformado como fusión de otros grupos anteriores —de espionaje en el sentido más clásico—, el

SOE llegó a controlar en su punto más álgido a unos 13.000 hombres y mujeres. Su ámbito de operaciones era muy variado: desde el asesinato individualizado de jerarcas nazis o fascistas hasta la instrucción y el entrenamiento de unidades partisanas, el suministro de materiales o la organización de sabotajes. En resumen, todo lo que sirviera para entorpecer la máquina de guerra alemana y alentar la resistencia. Pese al hecho de que su liderazgo mostraba a las claras un idealismo muy simpático para quienes luchaban contra los nazis, lo cierto es que el SOE fue un instrumento lógico de defensa de los intereses británicos, como demostraba el hecho de que —por ejemplo— los suministros enviados eran cuidadosamente dirigidos hacia los grupos que más interesaban a Gran Bretaña. Así, mientras que en Yugoslavia los comunistas acabaron por ser los principales receptores de los suministros, en Grecia, donde los británicos tenían intereses, el SOE aprovisionó sobre todo a sus contrincantes. En cualquier caso, con la entrada en guerra de la URSS y, luego, de los estadounidenses, los ejércitos secretos dejaron de ser prioritarios. Las tropas norteamericanas suponían un aporte interminable de soldados, lo que dejaba a la Resistencia como simple auxiliar, mientras que los soviéticos tenían su propia estrategia y suponían, de hecho, una descarga de la guerra en el occidente.

Parte de las informaciones que recopilaban en toda Europa los agentes y los miembros de la Resistencia, no podía ser radiada y debía ser enviada a Gran Bretaña a través de correos. Éstos seguían a menudo las líneas organizadas de transporte que servían para hacer escapar tanto a los aviadores aliados caídos en territorio enemigo como a determinado número de personas que debían escapar: participantes en la Resistencia con misiones para sus gobiernos en el exilio, agentes del SOE quemados, y también meros perseguidos que, como Walter Benjamin, el filósofo judío alemán, intentaban simplemente escapar de sus perseguidores. Una de las redes más conocidas es la belga *Comète,* creada por Frederick de Jongh y su hija Andrée. Andrée, llamada «Dédée», se inspiró para crearla en una heroína de su infancia, Edith Cavell, que había ayudado a escapar a varios centenares de soldados aliados durante la Primera Guerra Mundial. Estas líneas solían ir a través de París, para cruzar luego los Pirineos y entrar en España. Desde España, los fugitivos iban a Lisboa o a Gibraltar, desde

donde pasaban a Gran Bretaña —o, a veces, a América—. Otra línea, dirigida por Gaston Vandermeerssche fue la Ramón-Raymond, que se extendía por Bélgica y Holanda hasta España a través de Francia. Vandermeerssche fue uno de los agentes que cayó en el *Englandspiel,* aunque logró sobrevivir.

Las redes de salvamento eran estructuras muy peligrosas, que producían muchas «caídas» y dejaban más víctimas que personas lograban salvar. El salvamento de pilotos resultaba vital para la RAF, sobre todo al principio, dada la falta continua de personal especializado. Sin embargo, para la resistencia en los países se trataba de una cuestión más que nada de honor, así como de la posibilidad de poder hacer algo. Era una necesidad casi psicológica de realizar alguna actividad resistente, aunque fuera arriesgada e incluso suicida. A los pilotos, si los capturaba la Gestapo, los llevaban a un campo de prisioneros militares y nada les sucedería durante toda la guerra. A quienes les habían escondido, sin embargo, les esperaba la tortura y el pelotón de fusilamiento. La escritora polaca Monika Żeromska cuenta en sus diarios cómo se ocuparon durante meses de mantener a un piloto escocés. El piloto había escapado de un campo de prisioneros en Pomerania y lo habían hallado miembros del AK.

> Los transportaron en forma extraordinaria hasta Varsovia, de granja a granja, de pueblo a pueblo, vestidos, atendidos, luego transportados y eso que eran seis, con un camión alemán a través de las fronteras del Gobierno General. Todo aquello los divertía y los alegraba. ¡Pero cómo se divirtió el transportista, el oficial del AK que los llevó ya en el terreno del Gobierno General en un tren! Entre la multitud de estraperlistas, de abuelas con carne, huevos o salchichas a los que tenía que responder a la pregunta «¿Y quiénes son esos, tan majos y que no dicen ná?». «Todos mudos»[4].

Se trataba de un jovenzuelo de pelo rojo que ni siquiera quería teñirse el cabello, para parecer menos sospechoso. «Procedía de Sant Andrews en Escocia y sus dientes y sus pelos no señalaban a otra cosa». Al final, al cabo de varios meses, en una de las casas en las que lo habían escondido, el escocés y otros pilotos hicieron una fiesta y acudió la Gestapo.

> Arrestaron a la señora doctora [la dueña de la casa], a su hija y alguien más que se escondía allí. A todas estas personas las fusilaron en el guetto [se refiere al muro del guetto]. A Teresa [como llamaban al piloto] y a sus amigos también los arrestaron, pero qué es lo que les amenazaba a ellos si no eran unos meses de campo de castigo. Tenía la impresión de que no se daban cuenta

aquellos muchachos estupendos, alegres y sin problemas de que alrededor suyo estaba sucediendo algo horrible[5].

En cualquier caso, los sentimientos que provocaba tanto la ayuda como el hecho de saber que se estaba haciendo algo contra el invasor, es lo que movía a muchas personas a participar en estas acciones. El resultado de la labor del SOE —como en general de todos los participantes en la guerra secreta— puede ser resumido con las palabras del mayor Jim Davies, oficial de contacto del Servicio en Grecia e Italia:

> Pienso que la guerra se hubiera ganado de cualquier manera, pero estoy bastante seguro de que el SOE facilitó que algunos objetivos se consiguieran más fácilmente y también ayudó mucho a la cooperación de los pueblos que estaban ocupados por el enemigo. Por trabajar con la Resistencia en esos países, ayudó a la rehabilitación de sus sentimientos y les hizo cobrar orgullo de haber contribuido, aunque fuera de la forma más pequeña, en la victoria aliada[6].

## *La guerra partisana de Stalin*

Ya en julio de 1941, pocos días después de la invasión alemana, Stalin pronunció un discurso por radio que mostraba a las claras la importancia de los partisanos en su concepto de la guerra:

> En las zonas ocupadas han de crearse formaciones de partisanos, a pie y a caballo, crear grupos de sabotaje para la lucha contra las unidades del ejército enemigo, para desplegar la guerra partisana por doquier, para volar puentes, caminos, cortar las conexiones telefónicas y telegráficas, quemar bosques, almacenes y columnas de suministros. En las zonas ocupadas hay que crear unas condiciones insoportables para el enemigo y sus colaboradores, se les ha de perseguir y destruir a cada paso, neutralizar todos sus actos[7].

Sin embargo, al contrario que la mayor parte de las resistencias que hemos examinado, la de los territorios ocupados de la URSS fue una resistencia organizada por un estado aún existente, en una parte de su territorio, pero conservando el resto como reserva y base de operaciones. En eso se asemejaba a la guerrilla de sabotaje de los republicanos españoles en el territorio franquista, que, como hemos dicho, a su vez había sido influida por los consejeros soviéticos.

Los partisanos se desarrollaron siguiendo decretos promulgados por el comité central del partido comunista y el comisariado popular —el

gobierno soviético—. En 1942 se formó un Estado Mayor Central del Movimiento Partisano encabezado por el legendario Pantaleimón Ponomarienko, secretario general del partido en la república soviética de Bielorrusia. Es decir, la organización corrió desde el principio a cargo del Estado. La forma en que se llevó a cabo la guerra partisana en las zonas de Bielorrusia y de Ucrania —así como en el Báltico y Carelia— fue parte de una estrategia militar organizada y estaba integrada en el propio ejército. De este modo podría decirse que se trató de una guerrilla más parecida a la que operó en territorio franquista durante la guerra española que al proverbial maquis francés o al *Armia Krajowa*.

El motivo por el que la acción partisana era tan importante para Stalin es —aparte de consideraciones militares— el hecho de que se trataba de tropas de origen popular, lo que se inscribía claramente en el marco ideológico que sustentaba el estado soviético. Era necesario que el *pueblo soviético* también participara en la guerra, y no solo encuadrado en el ejército, sino activa y entusiastamente como forma de mostrar su apoyo al sistema. Esta participación no era, no podía ser, verdaderamente espontánea, anárquica, sino que debía de ir empotrada en una acción de Estado. El movimiento partisano soviético, pues, era algo similar a la participación «popular» en las grandes fiestas de masas estalinistas, como el Primero de Mayo: no había nada espontáneo, la participación era siempre canalizada y dirigida por el partido comunista, vanguardia del proletariado hasta entonces y del pueblo soviético a partir del estallido de la guerra. No en vano tenían también los dirigentes miedo de que una fuerza popular armada pudiera volverse contra ellos[8].

La creación de los partisanos comenzó muy pronto, a base de restos del Ejército Rojo que habían escapado de la destrucción y se hallaban desperdigados por campo enemigo. En algunos casos surgían partisanos en zonas que incluso todavía no habían sido ocupadas. Al retirarse de pueblos o ciudades a punto de ser invadidos, el Ejército Rojo o el partido comunista dejaban atrás personas cuya misión era, en la clandestinidad, organizar movimientos guerrilleros. El principal objetivo de los partisanos soviéticos fue durante toda la guerra el sabotaje de todo tipo para hacerle la vida imposible al enemigo en su retaguardia. Con el tiempo, y el aumento en el

número y la importancia de partisanos, se irían incrementando las misiones puramente militares. La otra misión importante de los partisanos soviéticos consistía en salvaguardar las estructuras del estado soviético en zonas que estaban bajo control enemigo. Los partisanos eran representantes del estado y ello servía para mantener el colaboracionismo controlado[9]. Precisamente por ello, los partisanos desarrollaron también una misión represora de la población civil. No olvidemos que en muchos momentos —como todos los otros movimientos guerrilleros— debían arrancar a la población civil los suministros y la ayuda que necesitaban. Que esto generalmente se producía por intimidación o violencia es bastante probable. De ahí que la población civil se viera entre dos fuegos: los partisanos que les exigían apoyo y los ocupantes que les castigaban por ello. Se desencadenó una verdadera guerra civil en los territorios ocupados entre partisanos prosoviéticos y policías colaboracionistas locales y los «ancianos de la aldea» (una especie de alcaldes nombrados por los ocupantes alemanes). En regiones muy disputadas, como Ucrania Occidental, la población se veía todavía en peor situación: partisanos soviéticos, *Armia Krajowa* polaca y el UPA ucraniano luchaban entre sí, con los alemanes como parte. No es de extrañar que en toda esta zona la mortandad de la población civil fuera increíblemente alta.

La guerra partisana en los territorios soviéticos ocupados por los alemanes, involucró a medio millón de combatientes. Hubo medio millón de muertos, sobre todo civiles. En marzo de 1943 abarcaba aproximadamente 110.000 partisanos en su mayoría con base en campamentos en los bosques y pantanos, de los que unos 60.000 estaban en Bielorrusia[10].

El estado mayor central partisano fue disuelto en febrero de 1944, los de las repúblicas lo fueron siendo poco a poco, a medida que estas eran liberadas por el Ejército Rojo.

### *La lucha antipartisana*

La lucha contra los partisanos aunó a menudo crueldad extrema y falta de toda restricción moral. Los partisanos eran —en todo lugar— combatientes

que podían afectar de manera directa a los propios soldados que los combatían, y ello en los momentos más diversos, incluso en su intimidad, cuando creían estar más a salvo, libres de la carga de la guerra por unos momentos. Eran una sombra que salía disparando de detrás de un árbol en el momento más inesperado, eran un chirrido o una explosión que anunciaban el descarrilamiento y una muerte poco heroica, eran el hombre o la mujer que te disparaban a la cara cuando les estabas preguntando por el camino.

Esta lucha fue muy distinta dependiendo de los países y el potencial de los rebeldes. En el caso de los alemanes, la diferencia en el combate contra los irregulares fue similar a la diferencia de cómo se llevó la guerra en los distintos frentes[11]. El Frente del Este, la URSS, el Báltico, Polonia, era un frente de la llamada «Guerra de las Cosmovisiones» *(Weltanschauungskrieg),* la destrucción del enemigo había de ser total, los eslavos no eran para la *Wehrmacht* y los *Einsatzgruppe* de la SS otra cosa que animales, asiáticos que había que aniquilar para construir el Nuevo Orden[12]. La lucha contra los partisanos no tuvo piedad, fue llevada a cabo con denuedo y brutalidad. Las «operaciones antipartisanas» de la *Wehrmacht,* de las SS o de las llamadas «comisiones mixtas» (que incluían también a la gendarmería) fueron verdaderas razias que aniquilaban todo lo que se les pusiera en el camino. Su acción concreta y sus formas recordaban verdaderamente a los ejércitos coloniales en África, incluyendo tanto el uso de población auxiliar indígena (en especial en Yugoslavia) como la simbólica de la muerte (la recolección de «recuerdos» como orejas o dedos de los caídos, las ejecuciones públicas, la exposición de cadáveres para escarmiento...).

El ejemplo del combate antipartisano de los alemanes en Polonia nos muestra claramente sus etapas. Hubo un primer período que se centró en el terror preventivo y la acción represiva. Luego un segundo período en el que la lucha contra los partisanos en toda la retaguardia se subordinó a un liderazgo unificado controlado por las SS, mientras que se utilizó la experiencia obtenida durante la lucha contra los partisanos soviéticos. El tercer período comenzó con el anuncio el 21 de junio de 1943 del Gobierno General, el Comisariado del Reich «Ucrania» y parte del Comisariado del

Reich «Región Oriental» era un área partisana. Esto implicaba otorgar poderes especiales a la policía alemana y quitárselos a la administración civil. El por entonces representante de las SS para combatir a la guerrilla Bach-Zelewski, un verdadero criminal de guerra, se convirtió en el comandante de las unidades operativas. La característica distintiva del último período fue la superposición de competencias y poderes de las diversas estructuras de la ocupación alemana[13]. La lucha antipartisana era, en las fronteras del Este, acerba y durísima, sin cuartel.

En el oeste las cosas eran muy distintas. Las operaciones contra los partisanos fueron en principio muy limitadas, y las represalias —existentes —, no tan sistemáticas y destructivas como en el este. En Francia, por ejemplo, sólo muy tarde, cuando el desembarco aliado trajo consigo una extensión importante de las acciones de la Resistencia, promovieron los jerarcas nazis una *Weltanschauungskrieg*. Pese al incremento de matanzas y masacres, buena parte de ellas realizadas por la propia Wehrmacht, la mayoría de los verdaderos crímenes de guerra fueron obra de las Waffen-SS, en especial de unidades muy ideologizadas, como la SS-Division «Hitlerjugend» y la SS-Division «Das Reich»[14]. Esta última fue responsable de la masacre que ha quedado como principal símbolo de la política de destrucción de los invasores en Francia: Oradour-sur-Glane. En total cayeron bajo las balas alemanas unos 16.000 —presuntos— partisanos franceses, mientras que hasta 65.000 fueron enviados a campos de concentración por actividades relacionadas con la Resistencia (un 40 por ciento murió).

La lucha antipartisana de los comunistas fue también, a su vez, distinta. Sobre todo, incluso si consideramos la presencia de las tropas de ocupación soviéticas en países como Polonia, Rumanía y Eslovaquia, por no hablar de los territorios absorbidos por la URSS, lo cierto es que era una lucha doble: contra las unidades del ejército interior del NKVD, los invasores en *stricto sensu,* y contra los propios comunistas que estaban construyendo su régimen y eliminando amenazas a su gobierno. Las formas de persecución fueron muchas veces similares: partidas armadas, destrucción de los apoyos entre la población civil, incrementada propaganda a base de terror y castigos ejemplares. Quizá habría que excluir las contraguerrillas y partidas

partisanas falsas, cuya misión era engañar a los guerrilleros y combatirlos con sus propias armas. En esto fueron maestras las fuerzas de seguridad comunistas —y quizá también las franquistas—. Pero de alguna manera, el hecho de que, tras la creación de los dos grandes bloques que iban a jugar el juego de la Guerra Fría, no hubiera esperanza alguna para una victoria real, limitó en gran manera el alcance de los partisanos e hizo que la lucha antipartisana de los comunistas fuera mucho más efectiva que la de los nacionalsocialistas.

### *La Resistencia judía*

El 6 de enero de 1945 cuatro jóvenes judías polacas, Rózia Robota, Regina Safirsztajn, Ester Wajcblum y Ala Gertner, fueron colgadas por el cuello hasta morir. Sucedía aquello en el campo de exterminio de Auschwitz, a sus compañeros presos se les obligó a presenciarlo, como ejemplo y castigo. La razón de la ejecución era la participación de las muchachas en un levantamiento en el propio *Lager,* intento último de —al menos— morir luchando. Con explosivos que Ala Gertner y otras compañeras suyas habían ido robando, los rebeldes consiguieron hacer volar uno de los cinco crematorios. El estallido de rabia no pudo cambiar mucho la situación: los rebeldes peleaban con palos, cuchillos y manos desnudas contra soldados de las SS bien entrenados y alimentados. Muy pocos de los participantes en el alzamiento consiguieron sobrevivir, pero su acción quedó como ejemplo de una resistencia desesperada y valiente. Este fue uno de los actos de la Resistencia judía más simbólicos de la guerra pero hubo muchos más.

Los territorios situados entre los ríos Elba al oeste y Bug al este constituyeron el punto central de las masacres y matanzas más terribles de la guerra. Los dos últimos años del conflicto envolvieron a las poblaciones allí existentes en un torbellino de sangre y destrucción sin igual. En especial las minorías judías de la zona y los millones de deportados de toda Europa considerados «judíos», sufrieron el desencadenamiento de la furia. A todo lo largo y ancho del territorio se extendían los campos de exterminio nazis, donde, en aquellos momentos, se estaba aniquilando a toda prisa miles de judíos transportados allí desde toda Europa. El balance de esta destrucción

industrializada, junto con el de las matanzas y ejecuciones más artesanales habidas desde 1939 y las muertes por hambre, enfermedades y maltratos en campos de concentración y de trabajo, guetos y *shtetls* —pequeñas ciudades judías—, es de unos seis millones de personas asesinadas a consecuencia del odio racista.

A la acumulación de asesinatos y mortandad inducida se le ha llegado a denominar «Holocausto», «Shoah», por usar el término hebreo. El discurso historiográfico sobre el tema se ha ido convirtiendo con los años en constructo ideológico y ha acabado por instituirse en seña de identidad de las sociedades occidentales posteriores al fin de la utopía soviética. Un consenso político ha hecho hincapié en el recuerdo de las víctimas judías de la guerra y en la responsabilidad —por acción u omisión— de la sociedad europea. Este consenso aparente impide a veces percibir cómo por debajo de la superficie se encuentran discursos e ideologías muy diversas y que están muy lejos de asumir el dolor y la culpa de la destrucción de la judería europea.

Uno de los principales lugares comunes repetidos una y otra vez es el de la aparente inactividad de los «judíos» —como quiera que los definamos— ante la destrucción organizada por los nazis. La supuesta pasividad de las víctimas se convierte así en reconocimiento de culpa, el permitir que los conduzcan como corderos al matadero no es sino una oculta participación en la propia destrucción[15]. La pasividad reconocida se refiere, por supuesto, a la no menos supuesta falta de reacciones armadas a la persecución. Los «judíos» no habrían luchado para salvarse a ellos y a su «pueblo». La realidad fue muy distinta. Aunque nunca hubo una resistencia en masa de judíos —como tampoco fue masiva en ningún país—, lo cierto es que hubo una nutrida representación de hebreos en todos los aspectos, formas y geografías de la Resistencia. En los movimientos armados europeos contra el nacionalsocialismo participaron decenas de miles de judíos, ya fuera como tales o encuadrados en organizaciones políticas —como los comunistas—, lucharon por la libertad y contra el fascismo. Sólo en los ejércitos partisanos de Tito lucharon al menos 4.572 judíos y judías —los que conocemos con nombre y apellidos—. A veces, como en la Resistencia francesa, judíos —emigrantes o no— se encontraron entre los primeros en

tomar las armas contra el invasor. Pero también en determinadas zonas, como Lituania, Bielorrusia, el este y sur de Polonia, surgieron verdaderas bandas de partisanos judíos. Algunos de estos grupos estaban formados por meros huidos, pero los hubo que tenían objetivos políticos y contactos con el estado mayor partisano soviético o con el *Armia Krajowa,* como representante del gobierno polaco.

A veces la resistencia surgía en los propios guetos donde los encerraban los alemanes. Un ejemplo es el grupo en torno al poeta judío Aba Kowner, quien había escrito ya en diciembre de 1941 —es decir, antes de la conferencia de Wannsee y la resolución sobre «la Decisión Final»— una declaración en la que, citando la Biblia, animaba a «no dejarse llevar como los corderos al matadero». En una reunión en la cocina de una cantina, en el gueto de Vilna, se leyeron ceremoniosamente estas palabras y se fundó un grupo de autodefensa, la Organización Unida de Partisanos (*Fareinikte Partisaner Organisazje,* FPO). Los aproximadamente 300 miembros activos del grupo —entre ellos muchas mujeres— desarrollaron un programa de resistencia a los alemanes que impidió por dos veces la destrucción del gueto. Las SS tenían miedo de la organización. Cuando la situación fue desesperada y el gueto a punto de ser destruido, Kowner huyó con sus camaradas a los bosques cercanos y resistió durante toda la guerra.

La organización armada con mayor relevancia se fundó en el gueto de Varsovia en 1942. Formada por jóvenes judíos que no estaban a favor de la política de pasividad de los grandes partidos ante las deportaciones progresivas, la Organización Militar Judía (*Żydowska Organizacja Bojowa,* ŻOB) comenzó a realizar atentados dentro del gueto contra los colaboracionistas. Poco a poco se le unieron otras organizaciones —como los comunistas— y el radio de sus acciones comenzó a subir de tono.

Durante la segunda ola de deportaciones en el gueto, en enero de 1943, la ŻOB atacó a los alemanes y consiguió reducir el número de deportados. Durante la tercera ola, el 19 de abril de 1943, los ataques a las columnas alemanas se convirtieron en una verdadera rebelión que ha quedado en la historia como el Levantamiento del gueto de Varsovia. Pese a estar mal armados, los rebeldes consiguieron asestar duros golpes a los alemanes. Éstos reaccionaron con una política de destrucción masiva, casa por casa,

que produjo miles de víctimas. La rebelión fue definitivamente sofocada el 16 de mayo del mismo año. Sólo un puñado de rebeldes consiguió escapar, de los que alguno, como Marek Edelman, lucharon luego en el Levantamiento de Varsovia.

Por otro lado, en la resistencia contra las invasiones soviéticas encontramos poca presencia judía, lo que se entiende por la muy diferente calidad de la opresión y en la diferente cualidad de la población judía en la zona. Para 1944-1945 las *shtetel* habían desaparecido casi por completo, el Ejército Rojo se presentaba como liberador de la persecución nazi, los escasos judíos que quedaban y que no habían decidido o podido emigrar a Palestina solían estar integrados en las nuevas estructuras del sistema. Tampoco el antisemitismo reinante en muchas de las organizaciones de resistencia antisoviéticas les permitía un fácil posicionamiento a su favor. Todo ello nos confirma una vez más que, aunque la resistencia contra los soviets se puede describir como una continuidad, la ocupación fue muy distinta de la de los nazis.

## *Italia se pasa a la **resistenza***

Durante los años posteriores a 1940 y la entrada en guerra formando parte del Eje, la oposición interior contra Mussolini había ido creciendo[16]. No era ya sólo cosa de comunistas, socialistas y anarquistas, sino que monárquicos y ciertos fascistas veían la política del Duce con recelo y lamentaban las continuas derrotas de la guerra. A la altura de 1943, varias conspiraciones paralelas contra Mussolini buscaban el final de los gobiernos del dictador y la salida de Italia de la guerra. No había acuerdo entre ellas en cuál había de ser el futuro del país y en general se veía al mariscal Badoglio como posible sustituto. Los fascistas antimussolinianos consiguieron entonces que el Duce hiciera reunirse el Gran Consejo Fascista —órgano que no se reunía desde 1939— y al día siguiente Mussolini fue detenido. El nuevo gobierno de Badoglio contactó con los aliados y pidió el armisticio el 8 de septiembre de 1943. Fue un verdadero golpe de Estado con el que nada tuvo que ver la Resistencia. Poco antes del golpe, sin embargo, una enorme manifestación por la paz recorrió las calles de Milán, una acción que representó un hito en

la conformación de la Resistencia y su verdadero comienzo. Al día siguiente, con el armisticio recién iniciado, los aliados desembarcaron en la península. El gobierno de Badoglio y la casa real huyeron tras las líneas aliadas, hasta Brindisi, y reconstruyeron allí, con permiso aliado, la monarquía. Una parte del ejército italiano iba a luchar ahora junto con los aliados y contra los alemanes.

La forma desordenada en que se produjo la caída de Mussolini dejó al ejército italiano sin órdenes ni directivas, completamente a merced de los acontecimientos. A las pocas horas de iniciarse el armisticio los alemanes aprovecharon el caos y ocuparon gran parte del país. Esto hizo que Italia, de régimen dictatorial modélico, con una pequeña oposición política, se convirtiera en parte del movimiento general de la resistencia europea. Los alemanes liberaron en un golpe de mano a Mussolini y establecieron en el norte de Italia un gobierno títere llamado «República Social Italiana» (RSI, «la República de Saló»). De este modo, otra parte del ejército y de los fascistas se mantuvieron fieles al Duce y comenzaron a combatir la resistencia. Cuando la RSI emitió un decreto llamando a la movilización obligatoria de todos los hombres capaces, muchos huyeron a las montañas para no ser reclutados. Italia quedó, por tanto, partida en dos. Además de a los alemanes, los partisanos italianos tuvieron que enfrentarse también a las unidades de las milicias fascistas de Saló. El conflicto —como en otros lugares del continente— tuvo mucho de guerra civil.

En un libro que se ha convertido en la semilla de toda una forma de ver la resistencia en Italia y fuera de ella, Claudio Pavone argumentaba que, desde el 8 de septiembre de 1943 hasta abril de 1945, sobre el suelo italiano se dieron tres guerras diferentes que ocurrieron simultáneamente y cuya interrelación explica no sólo lo que sucedió en el país, sino buena parte de lo que tuvo lugar en el resto de Europa. Según Pavone, en Italia hubo una guerra de clases, una guerra civil y una guerra patriótica.

La guerra de clases, impulsada por la idea de la revolución tras la guerra o, al menos, de una transformación social importante, fue impulsada sobre todo por los comunistas, aunque algún tipo de idea de cambio existió en cada movimiento de resistencia. Esta guerra quedó reflejada en los enfrentamientos entre partisanos comunistas y anticomunistas y en las

maniobras aliadas para evitar el triunfo de los garibaldinos. La guerra patriótica significaba que había que recuperar el sentido de la identidad nacional de una forma distinta, arrancar el patriotismo a los fascistas y asumir al mismo tiempo la derrota. Se trató de un combate moral acerca de una nueva definición del país, pero encarnada en la lucha contra el odiado invasor alemán y sus represalias. Por fin, la guerra civil, que emergía de las otras dos y las sumaba, se reflejaba en el combate entre los partisanos y la República de Saló, dos visiones completamente distintas de cómo debía llegar a ser Italia[17].

Esta triple guerra comenzó en Roma el 9 de septiembre de 1943, cuando, por iniciativa de los partidos antifascistas, se formó el Comité de Liberación Nacional (*Comitato di Liberazione Nazionale,* CLN)[18]. Se trataba de una especie de gobierno clandestino que tuvo como misión dirigir la lucha contra los nazis en las zonas de Italia invadidas por los alemanes. Se constituyó como una unión de todos los partidos, incluidos los que habían estado en la oposición a Mussolini, socialistas y comunistas, pero también a los recién creados. El CLN estaba compuesto por representantes de diversos partidos políticos, bajo la presidencia de Ivanoe Bonomi (1873-1951), socialista y futuro presidente del Consejo. Por el Partido Comunista (PCI) figuraban Mauro Scoccimarro y Giorgio Amendola; por el Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria *(Partito Socialista Italiano di Unità Proletaria)* estaban Pietro Nenni y Giuseppe Romita, por el Partido de Acción *(Partito d'Azione),* Ugo La Malfa y Sergio Fenoaltea; Alcide De Gasperi de la Democracia Cristiana *(Democrazia Cristiana);* Meuccio Ruini por la Democracia del Trabajo *(Democrazia del Lavoro)* y del Partido Liberal *(Partito Liberale)* se incluía a Alessandro Casati. El Comité actuó como dirección política de la lucha de Liberación y gobierno en la sombra. A partir de él surgieron organizaciones provinciales similares en todas las ciudades italianas. En el norte del país se formó en febrero de 1944, con la tarea de dirigir la guerra en las regiones al norte de la Línea Gótica, una división llamada Comité de Liberación Nacional de Italia del Norte (*Comitato di liberazione nazionale per l'Alta Italia,* CLNAI).

El CLN significó una respuesta a la desintegración del Estado y el ejército italianos tras el armisticio. Ante la incapacidad del gobierno de la

monarquía para defender la soberanía italiana, el CLN les dejaba al margen y no aceptaba al rey ni a Badoglio, a quienes acusaba de haber estado al lado de Mussolini durante demasiado tiempo[19]. Al mismo tiempo, su composición representaba una ruptura evidente con el fascismo: la mayor parte de los miembros del CLN —excepto Bonomi y Casati, que ya estaban en política antes de la dictadura y luego se retiraron al llamado exilio interior— eran exponentes del antifascismo activo, que habían pagado su oposición con prisión, destierro o emigración. Por su parte, los aliados no tenían demasiada intención de impulsar una insurrección armada —que podía degenerar en un levantamiento comunista— y prefirieron quedarse en apoyar a pequeños grupos de saboteadores. Fueron reluctantes a reconocer a las organizaciones paraguas de los partisanos y su reparto de armas y pertrechos, cuando lo hubo, se dirigió con preferencia hacia los no comunistas[20]. Esta división iba a marcar los acontecimientos del final de la guerra y de la primera posguerra.

Los alemanes construyeron durante el verano de 1944 una línea de defensa 350 kilómetros al norte de Roma, la llamada «Línea Gótica». En esta línea se quedarían encallados durante varios meses los aliados, con lo que el norte de Italia siguió bajo ocupación alemana. Mientras tanto habían comenzado los alemanes a atrapar soldados italianos y deportarlos destinándolos a trabajo forzado en el propio Reich o el Frente del Este. Para evitar ser deportados, muchos soldados desmovilizados y que no podían volver al sur se echaron al monte, sobre todo en las regiones de Emilia Romana, Piamonte y Liguria.

Así fueron creciendo las guerrillas de todo color político. Desde los grupos socialistas, católicos o republicanos hasta las formaciones Garibaldi, organizadas por los comunistas, que eran las más numerosas, con unos 50.000 integrantes al final de la guerra. Por su parte, las unidades de *Giustizia e Libertà* pertenecían al *Partito d'Azione,* un partido liberal. Estas unidades formaban un 20 por ciento de toda la Resistencia. Las llamadas *Unidades Autónomas,* que formalmente no pertenecían a partido alguno, apoyaban la monarquía y estaban formadas, en algunos casos, por antiguos soldados exfascistas. Los partisanos católicos (llamados las «Llamas

Verdes» *(Fiamme Verdi)* eran minoritarios, pero fueron duramente perseguidos.

También comenzaron a crearse unos grupos de resistencia urbana (*Gruppi di azione patriottica,* GAP) formados por cuatro o cinco personas y que tenían como misión realizar acciones selectivas de sabotaje o de guerrilla. Si en los grupos garibaldinos, aunque liderados por los comunistas, había una pluralidad de opciones políticas entre sus miembros, los GAP eran, por lo general, militantes del partido. Uno de los primeros atentados *gappisti* en Roma fue con motivo de las celebraciones fascistas por el aniversario de la marcha sobre Roma, cuando atacaron una manifestación fascista con granadas de mano y disparos, hiriendo a doce participantes. Durante los meses hasta marzo de 1944, los GAP romanos cometieron al menos cuarenta atentados, en los que hubo decenas de muertos y heridos. La actividad se redujo después del atentado de Vía Rasella, y la subsiguiente represión alemana, que incluyó la masacre de las Fosas Ardeatinas[21]. Además de los GAP estaban las *Squadre di azione patriottica* (SAP), grupos de mayores dimensiones y cuya tarea consistía en apoyar a los partisanos y preparar a la población para los levantamientos.

Con el tiempo, y para evitar que los aliados negociasen con los políticos provenientes del fascismo, los grupos partisanos fueron unificados y militarizados, convirtiéndose en un nuevo ejército italiano (el *Corpo Italiano di Liberazione,* CIL) que fue reconocido tanto por los aliados como por el propio gobierno italiano. El mando de este ejército que había surgido de los partisanos lo ostentaba el general Raffaele Cadorna, pero contaba con un representante de cada uno de los dos partidos más importantes (el comunista y el Partido de Acción) como subcomandantes.

El número de partisanos había ido creciendo. En el invierno de 1943 a 1944 no debía de haber más de 9.000 miembros y su actividad fue poco peligrosa tanto para los alemanes como para la RSI. A los partisanos les faltaban armas, entrenamiento y posibilidades de combate. Para la primavera de 1944 su número ya había crecido hasta unos 12.000-14.000 partisanos, pero apoyados por un número al menos similar de enlaces entre la población civil[22].

Las Brigadas Garibaldi, las comunistas, estaban fuertemente centralizadas y su acción política y militar bebía de la experiencia soviética. Algunos de sus principales dirigentes habían participado en la Guerra Civil española, lo que les concedía una cierta experiencia de combate. Los garibaldinos tenían por regla general un comisario político encargado de funciones de instrucción política y de refuerzo psicológico de los militantes. Aunque férreos comunistas, su discurso era genéricamente democrático, y podía ser aceptado por partisanos que no fueran miembros del partido.

El hecho de que los comunistas controlaran la mayor parte de los ejércitos partisanos promovió una fuerte reacción de otros grupos, especialmente de los «Autónomos», que, en general, eran de tendencia anticomunista. Hubo enfrentamientos armados, de los que el más grave fue en Friuli, el 7 de febrero de 1945, cuando un destacamento de garibaldinos ejecutó a un grupo de partisanos autónomos. En este hecho se mezclaron las desavenencias estrictamente políticas con la cercanía de los partisanos yugoslavos y la idea de convertir la zona en parte de un estado comunista después de la guerra.

Las acciones partisanas fueron subiendo en intensidad y también las represalias alemanas, que implicaron miles de ejecutados. La lucha contra la resistencia armada se llevó a cabo en Italia de acuerdo con las directrices de la llamada «lucha de bandas», como se había utilizado contra los partisanos en el Este de Europa. Ello implicaba que se utilizaba un tipo de violencia y amenazas masivas sobre la población civil para impulsarla a considerar que la responsabilidad de las represalias y de los castigos yacía en los partisanos y su acción y no en la potencia ocupante que era la que lo ejercía. Se intentaba así coger a los civiles entre dos fuegos y que la presión hiciera que no apoyaran a los partisanos. En Italia, los alemanes —que en Europa Occidental habían tenido hasta entonces cierta tranquilidad— se enfrentaron a una situación que provocó un verdadero estado de paranoia: el miedo al francotirador los impulsó a acciones de represalia y masacres de gran magnitud. Un ejemplo es la masacre de las Fosas Ardeatinas, en las que tras un ataque partisano, en Roma en marzo de 1944, que causó una treintena de víctimas, sobre todo policías, 335 rehenes fueron asesinados mediante tiro en la nuca[23].

Las represiones aprovecharon el hecho de que los aliados interrumpieron sus acciones bélicas durante el invierno de 1944 —ordenando a los partisanos lo mismo, cosa que estos no aceptaron—. A principios de 1945 lanzaron los partisanos una ofensiva que logró la autoliberación de muchas ciudades antes de que llegaran los aliados, con lo que el poder fue entregado al CLN, quien el 25 de abril de 1945 tomó posesión de las zonas liberadas. Benito Mussolini fue capturado tres días después por los partisanos y ejecutado, junto a su amada Claretta Petacci, en el mismo lugar que los alemanes habían ejecutado a su vez a varios rehenes.

Las fuerzas aliadas occidentales no estaban satisfechas con la autoliberación. Existía el temor de que los comunistas —ahora bien armados y pertrechados— intentaran usar de la situación para imponer su control. Hubo un momento en el que el peligro de la guerra civil como en Grecia flotó en el ambiente. Por esa razón las tropas angloamericanas ocuparon el norte de Italia, asegurando la zona y desarmando a las milicias. El primer acto de la guerra fría en Italia acababa de tener lugar. Es posible que esto impidiera un estallido civil, pero dejó heridas profundas en la sociedad italiana, lo que llevaría a polarizaciones simbólicas que conducirían a su vez a recurrentes crisis de legitimidad del Estado.

El 26 de septiembre de 1945, Ferruccio Parri, el primer ministro del Partido de Acción, habló ante la Asamblea Nacional estableciendo una solución de continuidad entre la Italia anterior y la que comenzaba a andar democráticamente[24]. Parri creía que los gobiernos anteriores al fascismo no podían llamarse democráticos, y que el legado de la resistencia antifascista la convertía en el único movimiento democrático en la historia de Italia con amplio apoyo en las masas. Llegó a decir que, con «la historia del antifascismo todas las mejores tradiciones del espíritu italiano (...) se resumen y se reúnen y guían a sucesivas etapas liberadoras, comenzando con la primera revolución ilustrada del siglo XVIII»[25]. Desde el principio del nuevo sistema se comenzaba a construir el consenso antifascista que incardinaría las nuevas democracias europeas.

Foto 11. Los partisanos entran en Milán. De izquierda a derecha: Aldo Aniasi, «Iso»; Enrico Casazza, «Rosso»; Vincenzo Moscatelli, «Cino»; Pietro Secchia, «Vineis», y Luigi Longo, «Gallo», estrechando la mano de Andrea Cascella, «Andrea».

---

[1] En Guillaume Piketty (ed.), *Français en résistance. Carnets de guerre, correspondances, journaux personnels,* París: Robert Laffont, 2009, p. 67.

[2] Xosé Manoel Núñez Seixas, *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética 1941-1945,* Madrid: Alianza Editorial, 2007.

[3] Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras,* Barcelona: Planeta, 2005 [1971], p. 374.

[4] Zeromska, *Wspomnienia,* p. 60.

[5] Ibíd., pp. 59-60.

[6] En Roderick Bailey, *Forgotten voices of the secret war,* Londres: Ebury press, 2009, p. 353.

[7] I.V. Stalin, «Vuistupleniie po radiio. 3 iiulia 1941 goda», en I. V Stalin, *Sochineniia,* t. 15, Moscú: Pisatiel, 1997, pp. 56-61, aquí p. 60.

[8] Kenneth Slepyan, *Stalin's Guerrillas: Soviet Partisans in World War II,* Lawrence: University Press of Kansas, 2006.

[9] Aleksander Popov, *NKVD i partizanskoye dvizheniye,* Moscú: Olma-Press, 2003.

[10] Masha Cerovic, *Les Enfants de Staline: La guerre des partisans soviétiques (1941-1944),* París: Le Seuil, 2018.

[11] Ben Shepherd, *War in the wild East: the German Army and Soviet partisans,* Harvard: HUP, 2004.

[12] Véase Núñez Seixas, *Imperios de muerte,* esp. cap. 3.

[13] Paweł Kosiński, «Niemiecki obraz Polskich partyzantów», en *Biuletyn IPN,* núm. 8-9 (129-130), 2011, pp. 108-113.

[14] Peter Lieb, *Konventioneller Krieg oder NS-Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekämpfung in Frankreich 1943/1944,* Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 2008.

[15] Como, por ejemplo, se cita en *Das Tagebuch der Partisanin Justyna,* Berlín: Elefanten Press, 1999, p. 7.

[16] Véase Marcello Flores y Mimmo Franzinelli, *Storia della Resistenza,* Roma-Bari: Laterza, 2019, cap. 1.

[17] Claudio Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella resistenza,* Milán: Bollati-Boringhieri, 1991.

[18] Enzo Collotti, «Natura e funzione storica dei comitati di liberazione nazionale», en *Dizionario della Resistenza,* Turín: Einaudi, 2000, vol. I, pp. 229-241.

[19] Giorgio Bocca*, Storia dell'Italia partigiana (1943-1945),* Bari: Laterza, 1966.

[20] Franco Catalano, *Storia del C.N.L.A.I.,* Bari: Laterza, 1956.

[21] Para una visión desde el interior de los GAP, véase Rosario Bentivegna, *Achtung Banditen! Prima e dopo via Rasella,* Milán: Mursia, 2004.

[22] Gustavo Corni, «Italy», en Bob Moore (ed.), *Resistance in Western Europe,* Nueva York: Berg, 2000, p. 164.

[23] Steffen Prauser, «Mord in Rom? Der Anschlag in der Via Rasella und die deutsche Vergeltung in den Fosse Ardeatine im März 1944», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 50, 2002, 2, pp. 269-302.

[24] Stanislao G. Pugliese, *Fascism, anti-fascism, and the resistance in Italy: 1919 to the Present,* Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, 2004.

[25] Ferruccio Parri, *Scritti 1915-1975,* Milán: Feltrinelli, 1976, p. 179.

# CAPÍTULO 11

# LOS LEVANTAMIENTOS DE 1944 Y 1945

En la mayor parte de los países ocupados, la resistencia contra el nacionalsocialismo tuvo como una de sus principales misiones el acumular fuerzas para reforzar la intervención aliada cuando ésta tuviera lugar y liberar así el territorio. Cierto que la situación complicada de las múltiples ocupaciones y de las diversas ambiciones políticas de los grupos de resistencia planteaba muy distintas perspectivas, sobre todo en el este y sur de Europa. Sin embargo, en general, el núcleo de la acción resistencial organizada la constituyó la creación del «ejército en la sombra». Ello apuntaba a la necesidad de esperar a los aliados, ya fuera en la forma del anhelado desembarco en Francia —que se creía para 1943—, la prometida invasión de Noruega, el cruce a través de los Balcanes o el avance —temido y a la vez deseado— del Ejército Rojo por el este. El mismo De Gaulle había afirmado que «la liberación nacional era inseparable de la insurrección nacional». Por supuesto, en su caso la intención política era la de evitar que los aliados pudieran decidir el destino de Francia en solitario. Habida cuenta de la activa colaboración de Vichy, del apoyo a los alemanes de buena parte de la clase política francesa, sólo un claro posicionamiento a favor de la Resistencia y una autoliberación del país permitirían a los franceses decidir su propio destino. Esa fue la obsesión en especial de De Gaulle, aunque era compartida ampliamente por los otros líderes de la Resistencia.

No era sólo en Francia. En otros países la exigencia de una autoliberación o, al menos, de una participación en la lucha final resultaba también imperativa. El gobierno en el exilio polaco apostó todas sus fuerzas por una doble estrategia: por un lado, la construcción de unidades de ejército en el exilio que lucharan junto a los aliados en diversos escenarios

europeos y norteafricanos y, por otro, la organización de un ejército clandestino que preparara el levantamiento en el interior del país. De este modo hubo cuatro ejércitos distintos luchando durante toda la guerra desde Noruega en 1940 hasta Montecassino y la invasión del continente en 1944-1945, pasando por Francia y el Frente Oriental. Ello incluía también al *Ejército Polaco* organizado por los comunistas y que estaba más allá de la soberanía del Gobierno de Londres. Por otro lado, el *Armia Krajowa,* como ejército secreto, desarrolló amplias operaciones militares que, como la Operación *Burza* (Tormenta) tenían por objetivo avanzar en la autoliberación.

La construcción de los ejércitos secretos en otros países se había llevado a cabo bajo el mismo planteamiento, aunque la posibilidad de la autoliberación era, o bien lo suficientemente improbable como para no resultar factor de importancia (el caso del Protectorado de Bohemia y Moravia tras la destrucción de los partisanos) o bien no constituía objetivo político primordial para la propia resistencia (como en Holanda o Noruega, cuya existencia como estados independientes no estaba amenazada). En estos casos, la importancia geopolítica del país no dependía de una liberación por propia mano que demostrara a las potencias aliadas su derecho a existir. Los aliados no cuestionaban la existencia de Dinamarca como sí lo hacían con Polonia —al menos en la percepción de sus habitantes respecto al poderoso vecino soviético—. Muy distinta era la necesidad de otros territorios: los países del Báltico y las regiones habitadas por ucranianos debían, si querían tener una opción a existir, desarrollar una fuerza militar suficiente como para exigir de los aliados el derecho a una independencia digna.

Algo similar sucedió con los guerrilleros españoles que, tras luchar en Francia, intentarían trasplantar a España las experiencias de la Resistencia francesa. Organizados por el Partido Comunista de España, una fuerza guerrillera (dos grupos de 200 y 400 hombres, respectivamente) se introdujo en el país por el Valle de Arán, en los Pirineos, del 3 al 7 de octubre de 1944. La invasión se encontró con fuerzas muy superiores del ejército español, aunque consiguieron causarles al menos 100 muertos y capturar 300 prisioneros. Ante el escaso éxito de la invasión, los guerrilleros

se retiraron, dejando atrás a unos 100 compañeros muertos. La nula reacción dentro del país, así como la falta de apoyo de los aliados, demostró que una liberación de España siguiendo el modelo francés no iba a tener lugar. Pese a ello, los grupos aislados de «huidos» más los guerrilleros que fueron regresando clandestinamente al país tras el final de la Segunda Guerra Mundial, formaron el núcleo de una nueva guerrilla que sería lanzada por el PCE —con trágicas consecuencias— a partir de 1947.

En general, en todos los territorios que estuvieron bajo ocupación durante la Segunda Guerra Mundial, el último año de la contienda trajo una serie de destrucciones y desgracias que superaron en mucho lo habido durante los años anteriores. Ello fue resultado de la suma entre la obstinación desesperada de los alemanes al retirarse unida a la presión brutal del ejército soviético al ir ocupando —y liberando— territorios, y todo ello multiplicado por las consecuencias del estallido general de la resistencia en todos lados. Así, la resistencia en el oeste tomó cariz de guerra civil en Francia e Italia mientras que en los Balcanes se dobló en autoocupación para construir unas Yugoslavia y Albania comunistas y en asalto al poder y guerra civil en Grecia. Pero en el este, en el arco que va desde el Báltico al Norte hasta Rumanía al sur, pasando por Bielorrusia, Galicia y toda la Polonia Oriental, el último año de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en desesperada y multitudinaria lucha fratricida combinada con el combate contra el enemigo alemán y el soviético a la vez. La fragmentación de estas luchas dio paso a la guerra tras la guerra que se mantendría hasta ir extinguiéndose poco a poco en los años cincuenta.

### *Levantamientos*

La función principal de los ejércitos secretos era la de preparar un levantamiento general en el país. No todos los planeados fueron posibles ni se llevaron a cabo, la mayor parte de ellos acabaron en tragedia. Aunque durante la guerra hubo algunas revueltas en campos de concentración y guetos —la más conocida, la del gueto de Varsovia en 1943— y aunque en Lituania la expulsión de las tropas soviéticas se produjo, como hemos visto, en forma de levantamiento general, lo cierto es que todos los alzamientos

del fin de la guerra tenían unos orígenes comunes. La proximidad del frente, la sensación de que bastaba con dar un paso, realizar un esfuerzo y ya se estaría libre, fue la causa última de estas explosiones militares. Al mismo tiempo, su carácter en gran medida popular les conectaba a otras grandes resistencias, en especial en el caso de los levantamientos urbanos. Leopold Buczkowski, escritor polaco y testigo de la rebelión varsoviana, escribía que «el redactor del periódico del Partido Socialista Polaco comparaba Varsovia con Leningrado y con Madrid» (aunque a renglón seguido ironizaba: «¡Vaya un tío listo!»)[1].

El primer levantamiento producido por el desembarco aliado y quizá el más importante por sus características y el grado de violencia que alcanzó fue el Levantamiento de Varsovia *(Powstanie Warszawskie).* Fue también el alzamiento que —entonces— mayor recibimiento mediático encontró. La Resistencia polaca fue, como hemos comentado, posiblemente la más densa de toda la guerra, la que tejió las redes de conspiración y clandestinidad más diversas y —ello— en la situación más peligrosa de todas. En la primavera de 1944 se había formado definitivamente el *Estado Clandestino Polaco* (*Polskie Państwo Podziemne,* PPP) cuando el gobierno en el exilio promulgó un decreto para crear un poder provisional en el interior del país. Así, con la creación del Consejo de Ministros del Interior (*Krajowa Rada Ministrów,* KRM) que hacía las veces de gobierno, con el Consejo de Unión Nacional (*Rada Jedności Narodowej,* RJN) —surgido a principios de año— como parlamento, y con el *Armia Krajowa* como fuerzas armadas, Polonia estaba en situación de hacer valer su derecho ante los aliados. Esto era muy importante porque para entonces el gobierno temía que la URSS intentara instalar en el país un gobierno propio. Stalin había roto las relaciones diplomáticas con Polonia en 1943 a consecuencia de las investigaciones exigidas por el gobierno polaco acerca de la matanza de Katyn. Se trataba del descubrimiento, en febrero de 1943, por parte de los alemanes de la masacre de decenas de miles de oficiales polacos que había sido realizada por orden del Politburó estaliniano a principios de 1940. Stalin acusó al gobierno polaco de colaborar con los alemanes y aprovechó la ocasión para formar un minigobierno polaco en el exilio moscovita. A finales de julio de 1944, cuando los soviets acababan de atravesar la frontera polaca

reconocida por ellos —no la de preguerra—, esta organización se transformó en un gobierno provisional con sede en la ciudad de Lublin, que acababa de ser liberada. A la impactante noticia de la creación de este gobierno-marioneta se añadió un suceso de la misma semana: el 20 de julio hubo un atentado contra Hitler del que salió ileso, pero que demostraba la descomposición del sistema. El Ejército Rojo iba avanzando hacia Varsovia, había noticias de que se encontraba ya a las puertas de la ciudad.

El comando general del *Armia Krajowa* dio por fin la orden de entrar en combate. Aunque otros grupos de la Resistencia no estaban a favor —ni los comunistas de la Guardia Popular ni los ultraderechistas de la Unidad de Fuerzas Armadas—, también estas fuerzas, minoritarias, se unieron al alzamiento. Eran las cinco de la tarde del 1 de agosto de 1944, la llamada «Hora W» (de *Wolności,* Libertad). Unos 20.000 soldados —de los 40.000, que se suponía que formaban el ejército clandestino— comenzaron la lucha, con escaso armamento y enfrentándose a un número similar de soldados y policías alemanes bien armados y preparados para una eventualidad como aquella desde hacía años[2]. Las luchas duraron hasta el 2 de octubre, más de dos meses. La crueldad del combate fue inenarrable, los alemanes, haciendo en parte uso de unidades de voluntarios extranjeros, de aviación y de artillería pesada, masacraron a los rebeldes y a la población civil. No se trató sólo de combates cuerpo a cuerpo: decenas de miles de civiles fueron simplemente liquidados por las tropas nazis. Los rebeldes —entre ellos al menos un 10 por ciento de mujeres— se defendieron calle por calle y casa por casa. Como vía de escape y de comunicación usaron las alcantarillas. También se desarrolló todo un intento de crear una cultura de la ciudad libre: publicaron periódicos y libros, rodaron documentales sobre los hechos, miles de fotografías, inventaron rituales urbanos y fúnebres.

Aunque las tropas soviéticas se hallaban a pocos kilómetros de la ciudad, una combinación entre factores militares y los cálculos de Stalin para dejar desangrarse al AK hicieron que no intervinieran. Tampoco los aliados occidentales —temerosos de desagraviar a los soviets e impedidos físicamente por la distancia— fueron de gran ayuda para los rebeldes. Al final de los dos meses, Bór-Komorowski, comandante en jefe del levantamiento, firmó el acta de rendición con los alemanes. El

levantamiento dejó unos 200.000 muertos; de ellos, 15.000 soldados. Más de 200.000 personas fueron expulsadas de la ciudad tras la rendición, Hitler ordenó la destrucción sistemática de la ciudad, se crearon comandos especiales de demolición. Varsovia quedó casi desierta, con apenas un puñado de personas —los llamados *robinsones*— escondidas entre las ruinas.

El 19 de agosto de 1944 los resistentes en Varsovia recibieron la noticia de que *París* se había alzado en armas. De modo similar a la capital polaca, cuando las fuerzas aliadas empezaban a acercarse, la tensión en París fue creciendo. De Gaulle buscaba un símbolo para lograr que los aliados aceptaran por fin su gobierno provisional y una liberación de París por la Resistencia hubiera sido el mejor. Pero, por otro lado, quería evitar que reinara la anarquía en la capital, lo que proporcionaría a los comunistas una ocasión para hacerse con el poder. Los resistentes parisinos, por su parte, que habían estado aguantando cuatro largos años, comenzaron a tener deseos de pasar a la acción. El 10 de agosto comenzaron de modo casi espontáneo las huelgas de ferrocarriles, policía y empleados de correos.

Sin embargo, la Resistencia estaba dividida en torno a qué hacer, había noticias de que los estadounidenses —especialmente temerosos de cómo tomar una ciudad del tamaño de París— se mostraban reluctantes a dirigirse hacia la capital y habían optado por la opción de bordearla. Después de ciertas deliberaciones, en las que los comunistas llevaron la voz cantante, el Comité de Liberación de París (CPL), dirigido por el coronel Henri Rol-Tanguy (comunista y antiguo miembro de las Brigadas Internacionales), se decidió por la insurrección. Por entonces los 17.000 soldados alemanes presentes en la capital —incluyendo unidades blindadas de las SS— fueron puestos en alerta. Las fuerzas a las órdenes de Rol-Tanguy constaban de unos 20.000 hombres, pero sólo 2.000 estaban armados.

No pudiendo dejar el campo libre a las fuerzas del interior —lo que significa a los comunistas—, Alexandre Parodi, el delegado de De Gaulle en Francia, firmó el 19 de agosto una orden de movilización general. Cuando Rol-Tanguy, en bicicleta, se dirige esa mañana a dar la orden de movilización, la policía parisina se ha pasado en buena parte a De Gaulle, y en sus cuarteles generales, la Prefectura, ondea la tricolor y se escucha la

Marsellesa. La idea de Rol-Tanguy era la de ir ocupando los veinte ayuntamientos de distrito de la ciudad y hacerse fuertes en ellos, ya que no poseía ni las armas ni los hombres necesarios. Durante tres días las FFI —la Resistencia— se hacen con las comunicaciones, se establecen barricadas, los barrios populares, especialmente los dominados por los comunistas, combaten a los alemanes. El general Choltitz, el gobernador militar alemán de París, duda en usar toda su fuerza, pese a las órdenes de Hitler de arrasar la ciudad. Convencido por el embajador sueco, Choltitz desobedece al Führer.

Para entonces, el 24 de septiembre, De Gaulle y Koenig, el jefe militar de la resistencia interior, habían convencido a Eisenhower de que enviara a la división Leclerc, la segunda división armada francesa, a París. Los primeros tanques franceses —con tripulación de republicanos españoles— entraron en la capital y alcanzaron el Hôtel de Ville, donde el Consejo Nacional de la Resistencia había instalado su gobierno provisional. Después de duros combates callejeros, Leclerc, junto con Rol-Tanguy, aceptaron la rendición de Choltitz. Al día siguiente entró De Gaulle en la ciudad y proclamó la liberación de París. En ese simbólico acto rechazó el general reconocer a la Resistencia y su consejo. En la lógica de De Gaulle, la República no había cesado jamás de existir: se había refugiado en Londres, se había ganado a pulso su existencia en Argelia y había regresado a París aquel 24 de agosto. «No hubo una Comuna de París; se había impuesto el Estado republicano»[3].

Cuatro días después de la liberación de París estalló el Levantamiento Nacional Eslovaco (*Slovenské národné povstanie,* SNP), que, a diferencia de los dos anteriores, no fue una insurrección urbana, sino que se trató de un alzamiento partisano sobre un terreno muy amplio. El alzamiento se produjo tras una larga temporada en que los comunistas eslovacos habían intensificado sus esfuerzos y conseguido crear una serie de reductos partisanos, sobre todo gracias a la ayuda de la URSS. Partisanos soviéticos habían sido infiltrados en Eslovaquia a partir de 1943 —cuando los comunistas consiguieron unir diversas fuerzas no comunistas a su lucha en torno al Consejo Nacional Eslovaco (*Slovenská Národná Rada,* SNR)— y con el tiempo se había ido creando una organización militar que debía

mucho al gran hermano del Este, pero que estaba formalmente bajo la autoridad del gobierno *checoslovaco* de Londres. No hay que olvidar que Eslovaquia había enviado soldados para apoyar la invasión germana de la URSS, por lo que la desestabilización del régimen pro-germano era prioridad de Stalin. Cuando las tropas soviéticas llegaron a la frontera eslovaca en abril de 1944, el movimiento de resistencia cobró fuerza y se comenzó la preparación del levantamiento.

El ejército eslovaco profascista contaba por entonces con unos 90.000 hombres que estaban situados sobre todo hacia el este, siguiendo la línea de los Cárpatos. El mando de la Resistencia sabía que sin el apoyo del ejército la rebelión no tendría éxito, por eso contactaron con ciertos oficiales, atrayéndolos a su causa. Había dos planes dispuestos para el levantamiento, que habían sido diseñados por el general de las fuerzas del interior, el militar profesional y no comunista Ján Golian, junto con representantes de los comunistas (Karol Šmidke, Ladislaw Novomesky y Gustáv Husák): la primera opción era que las dos divisiones del ejército que guardaban los pasos de los Cárpatos —el Dukla— los ocuparan y dejaran pasar por ellos al Ejército Rojo, lo que sería la señal para un levantamiento general. La otra opción y consistía en que la rebelión estallara si los alemanes ocupaban el país. Mientras los enviados de la Resistencia hablaban en Moscú con los soviets para decidir las formas de colaboración con el Ejército Rojo, la tensión en Eslovaquia creció hasta tal punto que el Levantamiento tuvo que ser lanzado el 29 de agosto de 1944. La masacre de la misión militar alemana que huía de Rumanía —donde había tenido lugar el golpe contra Antonescu y el fin de la alianza con el Reich— movió a los alemanes a lanzar un ataque de castigo. El gobierno eslovaco de Tiso se puso al lado de las tropas alemanas con la intención de destruir a los partisanos, el ministro de Defensa eslovaco anunció por la radio la ocupación del país por los alemanes, ordenando a sus tropas quedarse en los cuarteles. A la Resistencia no le quedó otra opción que lanzarse a la lucha.

Al día siguiente, el 30 de agosto, las tropas partisanas se hicieron con Banská Bystryca —donde ya antes radicaba el centro más importante de la conspiración—, así como con tres cuartos del territorio del país. El Consejo Nacional Eslovaco anunció entonces que tomaba el poder y parecía que el

Levantamiento había tenido éxito. Sin embargo, una rápida reacción de los alemanes les llevó a hacerse con el control de los pasos de los Cárpatos, desarmando a las tropas eslovacas, de las que sólo una pequeña minoría se unió a los rebeldes. Esto impedía el avance del Ejército Rojo y fue lo que acabó por decidir la suerte posterior del Levantamiento. En la zona controlada por los partisanos, el SNR funcionó realmente como un gobierno provisional, emitiendo leyes y ejecutándolas. El general Golian, nombrado por el SNR comandante en jefe de las tropas, fue sustituido en octubre por Rudolf Viest, enviado desde Londres a través de la URSS para dirigir el ejército rebelde. En total, las fuerzas con que contaba el nuevo gobierno eran de entre 70.000 y 80.000 soldados, de los que unos 15.000 eran partisanos. Estos últimos provenían, además de la propia Eslovaquia, de una decena larga de países: escapados de campos de concentración y de prisioneros, enviados por los servicios secretos británicos, destinados por la URSS. Unas verdaderas «brigadas internacionales».

Al cabo de un mes el Levantamiento comenzó a perder intensidad. La empresa carecía de un apoyo masivo de la población —en su mayoría campesinos sin mayores convicciones políticas— y los rebeldes no estaban preparados militarmente para resistir a las bien entrenadas tropas de los alemanes. Pese a la ayuda material y militar de los soviets, a mediados de octubre los alemanes lanzaron un ataque masivo contra los terrenos liberados y el 27 caía Banská Bystrica. Los alemanes capturaron a Golian y a Viest, quienes fueron luego torturados y ejecutados. Los rebeldes que pudieron escaparon a las montañas con la intención de continuar una guerra de guerrillas, resistiendo allí en condiciones muy difíciles hasta la liberación final. Para entonces, los alemanes habían perdido más de 10.000 hombres, mientras que las pérdidas de los rebeldes se cifran en unos 15.000, incluyendo además miles de víctimas de las represalias entre la población civil. Eslovaquia dejó de ser aliado de los nazis para convertirse en un país ocupado más.

En Bohemia y Moravia la resistencia organizada había sido casi por completo decapitada a lo largo de 1944. El fin del levantamiento eslovaco llenó de desesperación a los checos. Sin embargo, algunos grupúsculos —como la Organización de Sindicatos Revolucionarios, creada por

infiltración en los sindicatos verticales del Protectorado— y el Consejo de los 3 (R-3) —no comunistas— entraron en contacto con la resistencia apoyada por Moscú y en febrero de 1945 consiguieron crear el Consejo Nacional Checo (*Česká národní rada,* ČNR), especie de Frente Nacional. Por entonces —20 de enero— los ejércitos soviéticos habían liberado Kosice, la ciudad más importante del este de Eslovaquia y allí se proclamó un nuevo gobierno checoslovaco —de inspiración comunista pero bajo la presidencia de Zdenek Fierling, un socialdemócrata, y con aquiescencia del gobierno de Londres. Ante el hecho de la casi total liberación de Moravia por parte del Ejército Rojo, el 30 de abril el Consejo Nacional Checo decidió que el 7 de mayo estallaría una revuelta armada en Praga. Los rumores de que el ejército estadounidense estaba a las puertas de la ciudad impulsaron sin embargo al ČNR a ordenar ya el día 5 el comienzo del alzamiento. Las calles de la ciudad se llenaron de barricadas. Las fuerzas alemanas, sin embargo, se resistieron con fiereza, la situación de la ciudad se volvió crítica, las apelaciones del gobierno checoslovaco en el exilio para que los americanos ayudaran a los rebeldes cayeron en saco roto: el general Eisenhower no permitió que los blindados de Patton avanzaran hacia la ciudad, se había comprometido con los soviéticos a no avanzar más allá de un cierto punto. El Consejo, para ganar tiempo, accedió a parlamentar con los alemanes, quienes pese a firmar la capitulación, no cedieron y continuaron la lucha. El día 8 la Primera División, comandada por el general Vlasov, desertó y se pasó a los checos. Esta división —los llamados vlasovistas— había sido formada por los alemanes con soldados rusos de los territorios ocupados y usada —aunque sin apoyo real— para intentar levantar a la población rusa contra Stalin y los comunistas. Los vlasovistas temían que se les enviara de vuelta a la URSS, donde les esperaba la tortura y la muerte —lo que finalmente sucedió—. Para buscar una cierta benevolencia de los aliados, se hicieron cargo de la situación en Praga, eliminando a las tropas alemanas. Al día siguiente entraron las tropas soviéticas al mando del general Konev y los alemanes se rindieron finalmente. El alzamiento de Praga, como el de París, había tenido éxito...

## *El occidente de Europa*

Mientras tanto, en el occidente del continente europeo las cosas se habían ido precipitando. En Francia, los movimientos de resistencia habían disfrutado de unas ventajas durante toda la guerra de las que carecían muchos de los otros países europeos. Aparte de ser un enorme país con más de cuarenta millones de habitantes —lo que suponía unas considerables dificultades de control por parte de los ocupantes—, Francia estaba situada a pocas millas marítimas del principal país que resistía a Hitler: Gran Bretaña. Cuando se fue acercando el momento de la invasión, los servicios secretos británicos y estadounidenses pudieron desarrollar un amplio programa —comoquiera que insuficiente— de lanzamientos de material en paracaídas. En el día D, la Resistencia había recibido material como para pertrechar por completo a 20.000 hombres y parcialmente a unos 50.000. También fue relativamente fácil para los aliados el enviar a Francia grupos y especialistas para entrenar a los resistentes en las más diversas tareas. Gracias a ello, muchos grupos de la Resistencia tenían una preparación militar considerable cuando los aliados desembarcaron en las playas normandas.

En el mismo momento en que comenzó el desembarco de Normandía, la Resistencia se lanzó a una amplia campaña de sabotaje y guerrilla disuasoria con el fin de ayudar a evitar que los alemanes pudieran rechazar el ataque. Por todo el país se sucedieron descarrilamientos, voladura de vías de comunicación y de depósitos de combustible. Ataques guerrilleros a las tropas nazis sirvieron, por ejemplo, para retener a la división Panzer *Das Reich,* impidiéndole llegar a la costa para contribuir a detener la invasión. Su acción fue tan efectiva que los aliados comenzaron a lanzarles materiales de modo masivo. Los maquis liberaron territorios por su propia mano —el Macizo Central—, hicieron retroceder a los nazis o se dejaron matar por ellos. En los montes de Vercors, en los Alpes, una acumulación de unos 4.000 partisanos, confiados en el prometido apoyo de los aliados, lanzaron tras el desembarco la consigna de una «república partisana» liberada y un levantamiento abierto. Las fuerzas de la *Wehrmacht* irrumpieron en la zona, dos compañías de paracaidistas fueron lanzadas sobre el centro de la zona.

Con una dureza inenarrable combatieron los alemanes tanto a los partisanos como a la población civil, causando unas ochocientas víctimas en total y destruyendo varias aldeas y decenas de granjas.

Pero el avance de los aliados impulsó poco a poco el movimiento guerrillero unificado ahora bajo el nombre de Fuerzas Francesas del Interior. El primer ejército alemán comenzó a replegarse desde su base en el suroeste del país, los guerrilleros les persiguieron. Al mismo tiempo, con el desembarco aliado en Provenza —15 de agosto de 1944—, los partisanos del sur realizaron una amplia campaña de apoyo. De Gaulle aterrizó el 20 de agosto en Normandía, se planteó entonces el problema de la liberación de París. Las bajas de partisanos fueron, en aquel momento, muy numerosas. En el sur y el centro de Francia la Liberación tomó la forma de un levantamiento popular en el que se luchaba, no ya con los ejércitos alemanes en retirada, sino contra unidades armadas de las milicias de Vichy y de otros colaboracionistas. Al mismo tiempo, la liberación se presentaba como una carrera entre diversas organizaciones y gobiernos provisorios (De Gaulle, los comunistas, el «Movimiento de Liberación Nacional» y los propios americanos).

Por otro lado, había comenzado ya la llamada «depuración salvaje». Miles de personas consideradas «colaboracionistas» fueron maltratadas, humilladas y en muchos casos ejecutadas. El número de ejecuciones posteriores al 6 de junio se eleva a más de 5.000 —cifra a la que habría que sumar unos 2.000 asesinatos anteriores a esa fecha—. La escena típica de las mujeres con el pelo rapado —acusadas de «colaboración horizontal»—, pintarrajeadas con cruces gamadas y mostradas ante todo el pueblo en su vergüenza responde también a la realidad. Según afirma Henry Rousso, este tipo de purga cumplió una función de desactivación de la cólera popular, impidiendo que se desatara la violencia de sangre[4].

En Bélgica, por su parte, se había logrado a principios de 1944 una conexión permanente entre el gobierno de Londres y la *Legión Belga*. Fue entonces cuando la *Legión* se vio presionada para cambiarse el nombre y transformarse en el Ejército Secreto de Bélgica (AS), lo que implicaba que debiera disolverse en el momento de la liberación para dejar paso a un nuevo ejército. Aunque el Ejército Secreto realizó diversos sabotajes por

encargo del SOE, sólo con el desembarco aliado en agosto de 1944 comenzó una actividad armada de importancia. Para apoyar la invasión, los clandestinos se lanzaron a un intenso sabotaje de la red de ferrocarriles. Cierto que no fueron capaces —como en Holanda— de paralizar el tráfico, pero sí consiguieron que los alemanes se vieran obligados a desviar muchos recursos para combatirlos. Cuando comenzaron las luchas en el país —aunque no duraron mucho, porque los alemanes se retiraron muy aprisa—, los miembros del Ejército Secreto apoyaron a las tropas aliadas. A la fase del sabotaje le siguió así la fase de las guerrillas. Al menos 4.000 voluntarios resultaron muertos. El AS proclamó —tras la guerra— haber tenido 50.000 miembros pero, tal y como sucedió en otros países, esto sólo ocurrió hacia el mismo final del conflicto, cuando ya no había peligro alguno. Los continuos ataques a los colaboracionistas introdujeron otro elemento en la balanza. Los fascistas valones y flamencos habían comprendido para entonces que no podían confiar más en sus protectores alemanes y organizaron la autodefensa. Grupos de *rexistas* y SS-flamenca ejecutaron acciones de venganza en las que murieron varios cientos de personas. La lucha entre la Resistencia y los colaboracionistas adoptó formas de guerra civil a lo largo de los meses, siguiendo al desembarco aliado en junio de 1944 y la liberación en septiembre del mismo año. Los partisanos afirmaban haber eliminado 1.100 «traidores»[5]. Uno de los grandes logros de la Resistencia belga fue la salvación del puerto de Amberes durante la batalla por liberar la ciudad. Era vital para los aliados el conseguir un puerto intacto en el que poder desembarcar más tropas y suministros con comodidad, no olvidemos que casi el 75 por ciento de los puertos franceses habían sido destruidos. Los alemanes lo sabían e intentaron volar las instalaciones, pero la continuada acción de sabotaje y defensa del puerto por parte de la Resistencia se lo impidió.

Si bien Bélgica pudo liberarse con rapidez y manteniéndose casi intacta, en Holanda los combates duraron nueve meses y dejaron buena parte del país completamente destruido. El propio invierno de 1944 a 1945 es conocido como el «Invierno del Hambre» *(Hongerwinter)*. Los aliados lanzaron la Operación *Market Garden* con la intención de cruzar el Rin por Arnhem, mediante el desembarco aéreo de los aliados en el norte de

Eindhoven, el sur de Nimega y el oeste de Arnhem. El gobierno holandés en el exilio llamó a la huelga de los ferrocarriles como forma de apoyo a la invasión el 17 de septiembre de 1944. Como represalia, los alemanes cortaron los suministros de víveres a las tres provincias occidentales. Cuando a principios de noviembre de 1944, los alemanes permitieron un aligeramiento del embargo, el invierno había comenzado, muy pronto y con mucha dureza. Los canales se helaron y fue imposible hacer llegar los alimentos, los alemanes en retirada destruían los diques e inundaban los campos, mientras que los bombardeos aliados destruyeron buena parte de las comunicaciones. Una mortandad masiva comenzó y sólo la llegada de víveres desde Suecia y los lanzamientos desde el aire de los aviones aliados permitieron una leve mejoría de la situación. Unas 20.000 personas murieron por causa —directa o indirecta— de la hambruna. Como en Francia, otro de los graves problemas en los Países Bajos fue el fin de la colaboración. Ésta fue llegando en etapas, según iba liberándose el terreno. Descontando un pequeño núcleo de fascistas convencidos, no hubo lealtades hacia los alemanes más allá del final de la ocupación. Las retornadas autoridades realizaron detenciones en masa —entre 120.000 y 150.000— y una depuración concienzuda de la administración y de instituciones públicas y privadas[6].

En Luxemburgo los partisanos indígenas y belgas, así como los paracaidistas enviados por el SAS, realizaron una poderosa labor de limpieza del territorio. Evitaron la destrucción de vías de comunicación y las carreteras, hicieron más de 35.000 prisioneros alemanes, entre ellos a tres generales. Aunque las bajas fueron muchas, el resultado fue que las tropas aliadas pudieron atravesar el país casi sin combate.

## *En las fronteras*

Mientras en los campos de exterminio nazis los judíos —y miles de resistentes— iban siendo eliminados, en las zonas fronterizas de Volinia, Polesia y de Galicia occidental se estaban llevando a cabo terribles matanzas. Los nacionalistas ucranianos que habían recibido con los brazos abiertos a los alemanes, pensando que les traían la libertad y la

independencia, se habían visto frustrados. Del mismo modo que los nacionalistas bálticos, ciertas organizaciones independentistas ucranianas habían puesto toda su esperanza en los alemanes. Ya en la década de 1920 habían buscado los nacionalistas radicales ucranianos el apoyo alemán para su acción contra el gobierno polaco.

La independencia de Polonia después del hundimiento de los grandes imperios y su dominio sobre tierras habitadas mayoritariamente por personas de habla rutena y religión ortodoxa o católico-uniata había sido recibida por los nacionalistas ucranianos como una ocupación. Aunque hubo intentos por parte del Estado polaco de conceder autonomía a estos territorios, lo cierto es que no se llegó a consolidar. El activismo nacionalista ucraniano fue enfrentado por el gobierno polaco con represión policial —y militar— y con el asentamiento de colonos polacos en estos territorios. El grupo más radical fue la Organización de Nacionalistas Ucranianos (*Organizatsia Ukrainskich Natsionalistiv,* OUN), una parte de la cual apoyó el uso de la violencia personal y los atentados terroristas. Perseguida con fiereza por la policía polaca, la OUN en el exilio siguió un estricto curso proalemán. Sin embargo, los alemanes apoyaron a Hungría cuando esta, tras el Pacto de Múnich, se anexionó en sucesivos pasos toda la Ucrania carpática, una región, que había formado parte de Checoslovaquia y a la que los nacionalistas ucranianos declararon independiente en marzo de 1939. En buena parte de la región los ucranianos combatieron con las armas en la mano al ejército húngaro, aunque no pudieron impedir la ocupación.

Cuando, poco después, los alemanes y los soviéticos invadieron Polonia, quedó claro que Hitler no iba a satisfacer las esperanzas ucranianas. Galicia oriental y una parte de Volinia se convirtieron en parte de la Ucrania soviética, miles de personas fueron deportadas. Los soviets concedieron a los ucranianos la titularidad oficial de su república, combatieron sin embargo el nacionalismo con firmeza. Los alemanes, por su parte, no ofrecieron a los ucranianos más que un simbólico organismo representativo y algunos privilegios en la vida cotidiana con respecto a los polacos (derecho a la educación, mejores raciones alimenticias...). Para entonces la OUN se había dividido en dos ramas, la OUN-M (por Andrii Melnykin, uno

de los líderes) y la OUN-B (de Stepan Bandera, líder de los jóvenes y partidario de la acción directa). La OUN-M colaboró sistemáticamente con los alemanes, y militantes suyos —en batallones organizados por los nazis — participaron en el ataque a la URSS en junio de 1941.

El comienzo de la Operación *Barbarroja* trajo consigo también un intento por parte de la OUN-B de crear un estado ucraniano independiente. Sin embargo, los alemanes lo desactivaron al momento y enviaron a Bandera y otros líderes al campo de concentración de Sachsenhausen. Tras la conquista de toda la Ucrania Occidental y parte de la oriental, los alemanes repartieron los territorios entre el Gobierno General y un llamado Reichskommisariat Ukraine, lo que les atrajo las iras de los independentistas ucranianos.

El vasto país ucraniano, del mismo modo que Bielorrusia y el Báltico, figuraba en los planes de expansión de los teóricos del nacionalsocialismo como uno de los territorios a explotar y poblar. Los habitantes eslavos debían ser en parte deportados, en parte exterminados y en parte esclavizados. No había lugar en los planes de Hitler para una Ucrania independiente. Ante la explotación por los alemanes y las deportaciones al Reich como trabajadores esclavos, muchos ucranianos se rebelaron y —del mismo modo que en Francia, Bélgica y otros países europeos— huyeron a los bosques. Parte de ellos se convirtieron en simples merodeadores y bandidos, pero muchos fueron organizados por la OUN-B en forma de unidades partisanas. Hacia 1943 esas unidades se fusionaron en el Ejército Insurgente Ucraniano (*Ukrainska Povstanska Armia,* UPA). Gracias a que se le fueron uniendo varios miles de policías ucranianos y de soldados desertores del Ejército Rojo, el UPA se convirtió en una potente fuerza guerrillera que llegó a tener unos 30.000 integrantes. Sus unidades partisanas comenzaron a atacar a los alemanes, en especial a las organizaciones de control alemanas sobre el terreno y sus colaboradores ucranianos. Al mismo tiempo combatieron a los partisanos soviéticos y polacos, cuya presencia representaba un peligro para sus planes de futura independencia y homogeneidad étnica de Ucrania. A lo largo de 1943 el UPA consiguió controlar buena parte de la región de Volinia, formando una «república partisana» (la República de Kolko).

Sintiéndose con fuerza, los líderes de la organización decidieron realizar una política de eliminación de los habitantes polacos de Volinia que luego se extendió a Galicia Occidental. Desde noviembre de 1942 y hasta abril de 1944 se sucedieron diversas campañas durante las que las partidas del UPA, muchas veces con apoyo de la población civil ucraniana, realizaron matanzas en formas especialmente crueles, quemando aldeas polacas enteras y asesinando a sus habitantes. Las acciones adoptaron formas de limpieza étnica y, aunque parece ser que las órdenes de los líderes ucranianos eran las de eliminar «solo» a los hombres adultos, sobre el terreno las víctimas fueron de todo tipo, incluyendo mujeres, niños y ancianos. La forma y los objetivos de las matanzas pueden ser muy bien calificados como de genocidio. El número de víctimas polacas —y de ucranianos considerados colaboradores de los polacos— fue de entre 70.000 y 100.000. Ante el ataque, el *Armia Krajowa* y los partisanos polacos —incluyendo a parte de los comunistas— respondieron con represalias, autodefensa y acciones «preventivas». Se calcula que varios miles de ucranianos —hay cifras de hasta 20.000— murieron a manos de los polacos, aunque es difícil discernir qué parte de estas muertes fue causada por la policía polaca junto con los alemanes y qué parte las cometió la propia resistencia polaca[7].

El avance de las tropas soviéticas impuso el orden en la zona. Los partisanos del UPA se fueron retirando a los bosques y montes, donde continuarían su lucha por la independencia durante mucho tiempo. Por su parte, los partisanos polacos del AK fueron desarmados; buena parte de sus oficiales, detenidos, y los soldados —del mismo modo que los partisanos polacos comunistas—, integrados de mayor o menor grado en el Ejército Polaco comunista (*Wojsko Polskie,* WP).

## *Operación* Burza

En la segunda mitad de 1943, el avance de las tropas del Ejército Rojo y las acciones de los partisanos comunistas llevó al mando del AK polaco a cuestionarse la inactividad de su «ejército en la sombra» en las zonas orientales de Polonia, las ocupadas en 1939 por los soviéticos y luego desde

1941 por los alemanes. Se pensaba que sin una demostración de fuerza Polonia sería convertida en la «17 república de la URSS»[8]. Este temor de ser absorbidos por la Rusia soviética se mantendría durante muchos años, hasta que la situación se estabilizara en los años cincuenta. Durante los últimos meses de la guerra no sólo los mandos militares, sino hasta la población de la zona esperaba —deseaba— que fueran los partisanos polacos y no los soldados soviéticos sus liberadores. Como comenta en su diario del 25 de julio de 1944 Zygmunt Kuklowski, médico de una pequeña ciudad, a punto de ser liberada:

> A las tres [de la madrugada] me senté en la ventana del primer piso, la que da a la calle, que tiene vistas a la calle Blonia y a la plaza. Esperaba a nuestros muchachos. Reinaba una calma absoluta, sólo se escuchaban los ladridos de un perro [...] por desgracia no se veía a los nuestros. Ya había amanecido por completo. Cada vez comenzaban a salir los civiles de sus casas con más ganas y a recorrer las calles. Y nosotros seguíamos esperando, aunque no fuera más que a un puñado de nuestros soldados, que fueran los primeros en entrar a la ciudad antes del ejército soviético[9].

A lo largo de la segunda mitad de 1943, cuando ya se sabía que los soviéticos iban a entrar, el mando del AK diseñó la Operación *Burza* (Tormenta), cuya misión era la de realizar una extensa serie de sabotajes, ataques guerrilleros y hostigamiento de los alemanes. Había de realizarse independientemente del Ejército Rojo, pero con cierto acuerdo o colaboración táctica con él. Esto era muy arriesgado porque la URSS no reconocía el gobierno polaco de Londres y, aunque la clandestinidad polaca, como estaba previsto, había de salir a la luz y presentarse ante los soviéticos como el poder civil legal en aquellos territorios, lo cierto es que cabía la posibilidad, casi certeza, de que esto traería conflictos. Cuando en la noche del 3 al 4 de enero de 1944 el Ejército Rojo cruzó la antigua frontera polaco-soviética, a todo lo largo de los territorios orientales de la antigua república polaca, estalló la rebelión. Barrios enteros de las dos principales ciudades, Wilno (Vilna) y Lwów (Lviv) fueron liberadas por la acción de los partisanos del AK, con la ayuda de partisanos judíos y de la población general. En estas luchas, diversos grupos de partisanos consiguieron crear zonas liberadas antes de la llegada del Ejército Rojo, las llamadas «repúblicas partisanas». Algunas, como la «República de Pincz», que duró desde el 24 de julio hasta el 21 de agosto de 1944, se consiguió gracias a la

coligación de fuerzas de los partisanos comunistas del Ejército Popular (*Armia Ludowa,* AL), con el AK y los Batallones Campesinos. Esta unidad de acción, sin embargo, sólo duró mientras se mantuvieron los combates. Cierto que la completa liberación vino de la mano del Ejército Rojo y el Ejército Polaco comunista. Pero en el momento en que los territorios estaban asegurados, los nuevos ocupantes-liberadores procedieron a desarmar a los resistentes polacos no comunistas.

### *Sangre en los Balcanes*

Al tiempo que la guerra en los Balcanes se había ido endureciendo y las operaciones antipartisanas de la Wehrmacht alcanzaban su mayor agresividad, una serie de guerras civiles abiertas estallaron por toda la península.

Ya hemos visto cómo los partisanos de Tito consiguieron aplastar a todos sus competidores y —con cierta connivencia con los británicos tras su reconocimiento en la Conferencia de Teherán— hacerse con el poder en Yugoslavia, refundando el estado ahora en forma de república socialista. La violencia que hasta entonces se había dirigido contra los invasores italianos y alemanes se desencadenó en toda su crudeza contra la resistencia monárquica, contra los independentistas de variados colores y contra la minoría alemana. Masacres como la de Bleiburg, en la frontera con Austria, donde es posible que varios miles de colaboracionistas croatas fueran asesinados, muestran la lógica de la resistencia armada en el poder. Tras los terribles traumas provocados por la guerra, las represalias en unos Balcanes políticamente muy fragmentados alcanzaron grandes proporciones.

En Albania la conquista del poder por los comunistas tuvo lugar de forma muy parecida. En abril de 1944 los partisanos comunistas se reorganizaron y pasaron a la ofensiva, recuperando el sur del país. Durante la primavera consiguieron resistir una operación antipartisana dirigida por los alemanes y de gran amplitud, derrotaron también a los monárquicos —que apenas resistían ya— y penetraron en el centro y el norte de Albania. El 29 de noviembre de 1944 liberaron Shkodra. Tras ello, el gobierno provisional comunista —con Hoxha a la cabeza— pudo comenzar con la

sovietización del país. Todavía durante algún tiempo resistirían grupos aislados de partisanos monárquicos en las montañas[10].

En junio de 1941, los comunistas búlgaros comenzaron una movilización militar similar a la yugoslava, pero tuvieron que enfrentarse a un Estado, el búlgaro, que seguía funcionando y respondía con represión. El despliegue de partisanos solo comenzó en la primavera de 1943, cuando unos veteranos de la Guerra Civil española fueron introducidos en el país. Se creó un Ejército Insurgente de Liberación Popular con apoyo yugoslavo que comenzó a crear divisiones partisanas. Aunque Moscú envió a un funcionario del Comintern para controlarlos, la verdad es que el ejemplo de Tito fue el principal y los búlgaros siguieron su modelo. Es cierto que ni el número de partisanos ni su armamento llegaría nunca a las proporciones de los yugoslavos. Se trató de unidades pequeñas, mal armadas, con operaciones mal coordinadas, que nunca consiguieron establecer zonas liberadas de envergadura. Tuvieron capacidad, eso sí, para envolver a las tropas búlgaras en operaciones despiadadas y terribles de contrainsurgencia, que implicaban incluso el pago de recompensas por partisanos muertos. Pero no hay que olvidar que Bulgaria no fue invadida por los alemanes[11].

A partir del verano del 1944 el número de partisanos creció mucho, apoyados por armamento soviético —mientras que Gran Bretaña, que había visto lo sucedido en Yugoslavia y Grecia, se mostraba reticente a colaborar.

En este incremento de la ayuda de Moscú tuvo mucho que ver la intervención de Georgi Dimitrov, viejo funcionario de la Comintern —que había dirigido largos años—, quien convenció a Stalin de que prestara todo su apoyo. Ya en 1942 se había creado un Frente Patriótico que intentó agrupar en torno a él a los otros partidos de oposición al régimen, aunque sin mucho éxito, más allá de algunos socialistas y grupos de izquierda del Partido Agrario. La lucha partisana se desarrolló teóricamente bajo esa bandera de coalición, pero el poder estaba firmemente en manos de los comunistas. En 1944, cuando se empezaron a ampliar los Frentes Nacionales en todos los países a liberar por la URSS, se intentaron incluso conversaciones con el gobierno, pero Dimitrov las rechazó y siguió la táctica de Tito de derrocar el viejo orden por la fuerza de las armas. En agosto de 1944, con el beneplácito de Stalin, se comenzaron a convertir los

comités locales del Frente Patriótico en órganos de poder popular. A finales de mes ya se formó un comité nacional del Frente que incorporó al comité compuesto por cinco comunistas, tres representantes de los agrarios y de los militares, dos socialistas, tres independientes y permitió que participaran organizaciones sociales y sindicatos, pero sin derecho a voto. Se comenzó a organizar un golpe de Estado contra el gobierno, los partisanos lanzaron ataques a las ciudades y las ocuparon y se organizaron huelgas, manifestaciones y tumultos. El 8 de septiembre de 1944, la Unión Soviética invadió el país y, al día siguiente, en medio de la confusión, los militares leales al Frente Patriótico capturaron al gobierno, que estaba en el Ministerio de la Guerra. Ese mismo día se firmó un alto el fuego con el Ejército Rojo y Bulgaria dejó de combatir al lado de Alemania.

Las fricciones entre los diversos grupos de la Resistencia griega y de estos con el gobierno en el exilio habían ido creciendo con el tiempo. La escritora y resistente griega Ioanna Tsatsos, escribía en su diario el 29 de abril de 1944: «Naturalmente esta guerra terminará y vencerán los aliados. Pero ¿qué será de Grecia?»[12]. En efecto, las nubes se cernían sobre el país. El gobierno en la sombra en el que los comunistas eran mayoritarios —pero que no sólo estaba compuesto por ellos— y que controlaba la mayor parte del país, se opuso a la introducción del gobierno en el exilio. Tras numerosas tensiones y mientras la poderosa guerrilla comunista del ELAS iba aniquilando la competencia, los aliados presionaron para que se llegara a un acuerdo. Con apoyo tanto de Moscú como de los aliados anglosajones, en mayo de 1944 se firmó un acuerdo en el Líbano entre los partidos y movimientos principales, con la misión de formar un gobierno de concentración. Los comunistas consiguieron seis ministros de entre 24.

A principios de octubre de 1944 los británicos lanzaron la invasión de Grecia, la Operación *Manna.* Los alemanes, muy castigados por las guerrillas, se habían ido retirando progresivamente. Ahora, con los británicos invadiendo el país —al principio sólo una pequeña tropa de 4.000 soldados—, no vieron otra solución que irse. Los británicos entraron en Atenas y el 16 de octubre el gobierno griego en el exilio regresó a la capital. Mientras tanto el ELAS —la guerrilla comunista— había ido acumulando fuerzas y materiales con vistas a la prolongación de la guerra en una

revolución. La desactivación de los grupos partisanos rivales dejó a los comunistas como fuerza armada más influyente del país. El ejemplo yugoslavo estaba a mano, por supuesto, pero también los tiempos parecían propicios para hacerse con el poder: las tropas del Ejército Rojo estaban conquistando media Europa y traían con ellas —al menos se pensaba— una revolución al continente. Toda revolución es, en cualquier caso, una guerra civil. En diciembre de 1944 los ministros comunistas salieron del gobierno, estallaron enfrentamientos entre partisanos comunistas —que no habían sido desarmados— y las tropas gubernamentales. El gobierno fue apoyado por las tropas británicas y los partisanos del ELAS fueron derrotados y desarmados. Pese a ello, el movimiento procomunista siguió siendo legal y las tensiones continuaron. La guerra civil estaba en el aire.

Foto 12. Levantamiento de Varsovia: Formación del II pelotón de la Unidad de Defensa «Chwaty» («Malas Hierbas») de la WZW (Wojskowe Zakłady Wydawnicze, Editorial Militar Secreta) en el patio de una casa en la calle Bowden.

---

[1] Véase Zuzanna Pasiewicz (ed.), *Dzienniki z Powstania Warszawskiego,* Lomianki: LTW, 2006, p. 17.

[2] Włodzimierz Borodziej, *Der Warschauer Aufstand 1944,* Fráncfort: Fischer, 2004; Norman Davies, *Varsovia 1944,* Barcelona: Planeta, 2005.

[3] Jean Francois Muracciole, *Histoire de la Résistance en France,* París: PUF, 1993 (10), p. 120.

[4] Henry Rousso, «L'Épuration. Die politische Säuberung in Frankreich», en Klaus-Dietmar Henke und Hans Woller, *Politische Säuberung in Europa,* Múnich: DTV, pp. 201-207.

[5] Pieter Lagrou, «Belgium», en *Bob Moore* (ed.), *Resistance in Western Europe,* Nueva York: Berg, 2000, pp. 27-64.

[6] Gerhard Hirschfeld, *Fremdherrschaft und Kollaboration. Die Niederlande unter deutscher Besatzung, 1940-1945,* Stuttgart: DVA, 1984, p. 202.

[7] Para todas las cifras, véase Grzegorz Motyka, Dariusz Libionka (ed.), *Antypolska Akcja OUN-UPA. Fakt i interpretacje,* Varsovia: IPN, 2003.

[8] Tadeusz Bór-Komorowski, *Armia podziemna* 8, Varsovia: Bellona, 1994, p. 251.

[9] Cit. en Strembosz, *Polskie panstwo podziemne,* pp. 284-285.

[10] Miranda Vickers, *The Albanians: A Modern History,* Nueva York: I.B. Tauris, 2000. p. 164.

[11] Geoffrey Swain y Nigel Swain, *Eastern Europe Since 1945, 2nd edition,* Londres: MacMillan Press, 1998, pp. 19-22.

[12] Tsatsos, *Diario de la ocupación,* p. 144.

# CAPÍTULO 12

# LA GUERRA TRAS LA GUERRA: CONTRA FRANCO Y STALIN

Liberación no significó libertad para muchos millones de europeos. En España el dictador Francisco Franco, pese a la caída del Eje, se mantuvo en el poder. En Grecia el final de la guerra supuso el comienzo de otra. El ejército soviético, por su parte, aplastó a los alemanes y los fue expulsando poco a poco, cierto. Pero al mismo tiempo fue ocupando los territorios por los que iba pasando. Es verdad que debía asegurar su retaguardia, acabar con los restos desprendidos de los ejércitos del Eje, evitar que los colaboracionistas le asestaran una puñalada por la espalda. Pero en gran medida el sistemático desarme y destrucción de los partisanos antifascistas constituía parte de un plan premeditado, diseñado por la jerarquía soviética para asentar su influencia sobre media Europa. La idea no era la de ocupar imperialmente territorios, aunque ciertas correcciones de fronteras se llevaran a cabo. La URSS no sólo recuperó los territorios que formaban parte de ella hasta 1939, sino que también se adueñó de los que había ocupado a partir del comienzo de la guerra y hasta junio de 1941. Y además añadió a ellos regiones como Transcarpatia, que había pertenecido a Checoslovaquia durante el período de entreguerras.

Pero la ambición principal de Stalin como cabeza del Estado soviético era la de establecer un glacis, una zona de seguridad, formada por gobiernos amigos y que impidieran una nueva invasión de la URSS[1]. Pese a la creencia común y corriente, no está nada claro que Stalin pretendiera establecer dictaduras comunistas a la manera soviética. Lo más probable —y lo demuestran todos los pasos dados hasta 1947— es que quisiera crear estados donde el campo de los prosoviéticos —no necesariamente comunistas— mantuvieran en sus manos con firmeza el timón del poder,

pero cuyas formas pudieran ser de democracia más o menos parlamentaria. Estos gobiernos serían dependientes de la URSS y en buenas relaciones con ella, pero la existencia de otros partidos y de la propiedad privada —aunque con grandes dosis de socialismo— parecía garantizada[2]. Fueron, seguramente, los deseos de los propios comunistas nacionales unidos a la transformación de la situación geoestratégica los que hicieron optar a la URSS por apoyar una sovietización más profunda. Frente a ella se irían superponiendo en todos aquellos países una serie de resistencias que adoptarían muy diversas características.

La liberación de Polonia, Eslovaquia y Chequia y la conquista de los antiguos aliados del Reich, como Hungría, Rumanía y Bulgaria, la ocupación y derrota final de Alemania y Austria, trajo consigo la presencia de millones de soldados del Ejército Rojo en Europa Central. El comportamiento de los soldados soviéticos en los territorios ocupados distó mucho de ser el de unos liberadores y sólo en los primeros momentos, si acaso, fueron percibidos por los habitantes locales como tales[3]. Independientemente de la violencia ejercida con motivos políticos por órdenes y estrategias provenientes del poder central, el pillaje, la violación, el asesinato y la violencia indiscriminada se extendieron por toda Europa Central[4]. Cierto es, y hay que comprenderlo, que la brutalización de la guerra en el Este había sido terrible. Los hechos de los nazis, que los soldados habían visto con sus propios ojos, sumados a la propaganda de guerra a la que habían estado expuestos, les proporcionó justificados deseos de venganza. Pero, además, el mero hecho físico de los cuatro años que llevaban viviendo en unas condiciones difíciles de soportar, coexistiendo a diario con la muerte en las condiciones más terribles que se pueda imaginar, llevó a los soldados a crear una serie de prácticas sociales y de formas de comprender el mundo que no tenían mucho que ver con épocas de paz. La prueba está en que cuando en 1939 y 1940 el Ejército Rojo conquistó el este de Polonia, el Báltico y Moldavia, los soldados se comportaron con frialdad y corrección, la violencia provino sólo y exclusivamente de arriba, y fue ordenada por concretos motivos políticos. En 1944 y 1945, sin embargo, los millones de campesinos rusos y ucranianos, de kazajos y azeríes, de judíos, tártaros y bashkires, se habían convertido en una especie de horda que

arrasaba todo a su paso. O al menos así fueron percibidos por la gran mayoría de las poblaciones bajo su poder, incluso por aquellas que, como los checos y eslovacos, podían considerarse aliadas[5].

### *Un nuevo enemigo*

La violencia inmediata de los soviets supuso el primer impulso para una resistencia más bien desesperada. Esta resistencia fue impulsada por la necesidad de escapar a represalias —incluso por responsabilidades de guerra—, por la posibilidad de cruzar la frontera y huir hacia el oeste y, por supuesto, por la todavía incierta situación de los países, donde no se sabía bien qué iba a pasar, aunque se desconfiaba de la sovietización en cualquiera de sus formas. En Polonia se temió durante mucho tiempo que los deseos de Stalin fueran los de una pura anexión, como mera república soviética, mientras que en los otros países era el gobierno de los comunistas o el miedo a revanchas tras la guerra lo que causaba ansiedades. El antisemitismo jugó un papel importante en algunos de estos movimientos antisoviéticos, pues se identificaba a los comunistas con los judíos, siguiendo el esquema —anterior a la guerra, pero popularizado por los nazis — del judeo-bolchevismo[6]. Ciertamente, el hecho de que buena parte de los comunistas que volvieran de la URSS a Polonia, Rumanía o Hungría fueran judíos y que, como por ejemplo en Polonia, tuvieran un papel importante —no decisivo— en la policía política encargada de perseguir a los nacionalistas, sólo reforzó el estereotipo. La propaganda de muchos de estos movimientos hizo hincapié en que los comunistas no sólo eran enemigos por serlo, sino que —dado que *eran judíos*— su intención era esclavizar y destruir el país. Se sucedieron los bulos y las historias de conspiración que hablaban de la intención de crear un «país» judío en mitad de Polonia, o de «vender» el país a la URSS.

Sería de todos modos demasiado simple definir a los movimientos anticomunistas como fascistas, antisemitas o nacionalistas. Si bien es cierto que hubo una parte de ellos que eran alguna de las tres cosas y que por lo general los que mantuvieran la lucha hasta el último momento —por pura

necesidad— fueron los más radicales y derechistas de ellos, existieron también otras formas de enfrentarse a los comunistas. Grupos socialistas, demócratas, de índole religiosa —católicos y ortodoxos— se unieron a escasos anarquistas y comunistas poco ortodoxos para intentar enfrentarse a la sovietización de sus países. De todos modos, la rueda de los nuevos regímenes aplastó sin dudarlo tanto a quienes tenían una posición política clara, como a aquellos o aquellas que se rebatían contra injusticias y humillaciones cotidianas por parte del poder y que no eran entendidas por ellos como oposición política. Y, no lo olvidemos, en la trágica tarea de la Resistencia durante la sovietización además tuvieron que participar muchas personas que simplemente estaban en el mal momento y en el lugar equivocado.

Hay que destacar también que los programas totalitarios de los movimientos fascistas de entreguerras (el UPA ucraniano es quizá el mejor ejemplo) fueron suavizados a partir del último año de la Segunda Guerra Mundial y se acercaron —al menos discursivamente— a la democracia parlamentaria. Esto sucedió así en primer lugar por el fracaso absoluto de los proyectos fascistas. A la altura de mediados de 1945, querer mantener programas de nacionalismo integral como los de los años treinta, parecía cada vez más falto de sentido. Aparte de ello hubo razones tácticas muy concretas, como el hecho de que pareciera claro que los aliados no iban a apoyar movimientos que estuvieran relacionados con los frentes ideológicos fascistas que estaban derrotando en aquel momento. Del mismo modo que los partidos comunistas en Europa acercaron sus programas —con la táctica del Frente Nacional— al democratismo parlamentario de posguerra, también las organizaciones ultranacionalistas de las fronteras de Europa se vieron obligadas a transformar en parte sus reclamaciones. En el caso del UPA hubo también razones de acercamiento a los ucranianos de las grandes ciudades de la mitad oriental del país, a quienes las ideas nacionalistas les resultaban poco menos que incomprensibles.

La liberación nacional seguía siendo ahora el objetivo principal. A ello se unía un deseo de libertad para las religiones —perseguidas e infiltradas de inmediato por los comunistas— y un anhelo, no menos profundo, de poder dejar atrás persecuciones y enfrentamientos bélicos. Esto puede ser

paradójico, pero el simple hecho de que los gobiernos comunistas recién implantados no permitieran a muchos de los partisanos y miembros de la Resistencia antinazi incorporarse pacíficamente a la vida civil, y los persiguieran y discriminaran como potenciales enemigos, fue una de las causas que propició el incremento de la resistencia. Las amnistías servían para detectar a los presuntos enemigos, que luego eran perseguidos y encarcelados, impulsando a su vez la huida al «bosque» de quienes se sentían amenazados. Esto sucedió en especial en el Báltico y Polonia. Pero es un hecho muy similar al de la España del primer franquismo, que concedía la libertad de los campos y prisiones para seguir luego persiguiendo a los excombatientes republicanos cuando retornaban a casa.

La ocupación —exceptuando en determinadas zonas— no era ahora tan visible en muchas regiones como había sido la ocupación alemana, aunque las tropas soviéticas seguirían estando presentes en forma masiva al menos hasta 1956, aunque en muchos países no se irían del todo hasta después de 1989. Pero los resistentes consideraban ilegítimos a sus gobiernos, meras marionetas de Stalin. Su objetivo era recuperar la plena soberanía de sus países. Algunos de los grupos resistentes, en especial los más grandes, se pronunciaban por la democracia liberal —aunque en general con contenido social—, por un cierto europeísmo, por la integración de sus países en Occidente. Pero a todos ellos les unía un sentimiento nacional que —en los extremos— llegaba al nacionalismo y estaba, a menudo, preñado de xenofobia.

La mayor parte de estos movimientos confiaba en la ayuda de los aliados occidentales para poder alcanzar la liberación de sus países. Esto era también así en el caso de los guerrilleros españoles, quienes entre 1944 y 1946 esperaban con fervor la caída del régimen de Franco, impulsada por la acción de los aliados. La espera fue en vano y ni siquiera las sanciones —impulsadas por Polonia en la ONU en 1946— sirvieron para nada. A la larga los guerrilleros españoles se quedaron aislados, el impulso a la guerrilla que el PCE propugnó a partir de 1947 —cuando la situación internacional comenzó a cambiar y como intento de presionar a los aliados — se terminó bruscamente en 1948. Esto parece haber tenido su origen en un consejo directo del propio Stalin al comité central del PCE

recomendándoles abandonar la lucha armada —la resistencia— y optar por la infiltración en el aparato del Estado —la oposición—. Aunque esto es lugar común, lo cierto es que los beneficios de la lucha eran nulos y la situación internacional —como se veía en Grecia— tampoco la favorecía. Con reticencias imperdonables, el estado mayor de la lucha guerrillera comunista en España comenzó —tardíamente— a evacuar a los guerrilleros. Las pérdidas en vidas humanas fueron tremendas, la represión dejó paralizadas por completo zonas rurales de potencial resistente. Aunque otros grupos políticos y algunos guerrilleros desperdigados continuaron la lucha hasta mediados de los cincuenta, lo cierto es que se trataba de residuos, valerosos y heroicos, de una batalla perdida.

También los comunistas griegos —pese a haber conseguido finalizar la Guerra Mundial en una situación de fortaleza— se vieron abandonados por sus aliados de Moscú. Las luchas de diciembre de 1944 y la derrota —sobre todo política— del partido comunista griego dieron paso a una situación de inestabilidad entre los propios comunistas. La experiencia de la guerra les había acostumbrado a los beneficios inmediatos de la violencia, la imposibilidad de alcanzar el poder por medios pacíficos —ahora que un gobierno firmemente anticomunista apoyado por los británicos estaba sentado en Atenas— les movía a usar las armas y avanzar hacia una revolución. La represión por parte de las bandas de derecha no servía para apaciguar la situación. Estalló una guerra civil en 1946 que duraría hasta 1949[7]. Aunque las fuerzas del ejército comunista recibieron apoyo de Yugoslavia, la Unión Soviética se mantuvo inactiva y sólo tomó parte decisiva en la evacuación de los combatientes y sus familias hacia países del bloque socialista.

El abandono —o la percepción de dicho abandono— de las oposiciones anticomunistas en el centro y el este de Europa tiene un papel simbólico aún mayor. A lo largo de las fronteras occidentales de la URSS, los miles de resistentes armados y las poblaciones civiles crearon una mitología de «la venida de los americanos», que era esperada y deseada con gran fuerza. Los grupos de resistencia armada a todo lo largo de la región, sobre todo a partir de 1946, con el comienzo de la Guerra Fría, luchaban apoyándose en la creencia de que la situación no podría durar, que «Occidente» intervendría

para liberarlos. La estrategia propagandística de los servicios secretos americanos —Operación *Rollback,* por ejemplo— les reforzaba en esa creencia[8]. La tercera guerra mundial estallaría y en el transcurso de ese conflicto los pueblos oprimidos por Moscú serían liberados. Lo cierto es que, más allá de la mera propaganda y algunas acciones de los servicios secretos, los pueblos de Europa Central y Oriental —del mismo modo que España— fueron abandonados a su suerte.

### *El regreso de los espías*

Como hemos visto, el SOE y los otros servicios secretos, tanto los americanos como los franceses libres, los polacos, checos, holandeses, las redes de inteligencia en todos los países ocupados y hasta en los no beligerantes, tuvieron un papel fundamental en el desarrollo de la guerra. Lo interesante es que, tras el final de la guerra contra Alemania, estos servicios se habían convertido en indispensable agente de la política exterior —e interior— de sus gobiernos. El desarrollo de las relaciones este-oeste y el principio de la Guerra Fría dotaron de una nueva importancia a estos servicios. A partir de 1948, con la formación de las democracias populares, la Resistencia se convirtió de nuevo en elemento de interés para los servicios secretos occidentales.

Los estadounidenses comenzaron a construir una red de espionaje con una organización clandestina (la Oficina de Coordinación Política, *Office of Policy Coordination,* OPC), que fue autorizada en junio de 1948 y que para 1950 gastaba 100 millones de dólares en financiar a la Resistencia. Su objetivo era dirigir un amplio rango de operaciones subversivas y paramilitares, que incluía guerrilla, sabotaje, incluso rebeliones de mayor tamaño. Según algunos autores, Frank Wisner, el director de la OPC, había intentado aprender las lecciones de la derrota alemana en el este, que consideraba causada porque los nazis no pudieron capitalizar el sentimiento anticomunista del pueblo ruso[9]. Las nuevas operaciones se apoyaban precisamente en los grupos anticomunistas ya existentes, enriquecidos con los exiliados que se pretendía entrenar y enviar tras el telón de acero. De

alguna forma, seguía las pautas ya acostumbradas de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Los estadounidenses y los británicos apoyaron a los partisanos con medios económicos y armas —aunque en cantidades mínimas en comparación con la Segunda Guerra Mundial—, desarrollaron una amplia y eficaz propaganda radiofónica que emitía hacia el este (desde Radio Nacional de España hasta Radio Free Europe y la propia BBC), recogieron información e inteligencia a través de todos los canales habituales y probaron fortuna con la introducción clandestina de agentes. Como prueban los desarrollos posteriores, la tarea no era fácil. Por un lado, la represión organizada por los gobiernos comunistas fue suficiente para cortar las redes de apoyo a los partisanos y mantenerlos alejados de la ayuda occidental. De hecho, la respuesta de los comunistas —sobre todo en el Báltico— fue tan eficiente que los servicios secretos occidentales no estaban seguros de si los partisanos realmente existían o si se trataba de una fuerza considerable[10]. Como hemos visto, la situación resultaba, mucho más ambigua que en las ocupaciones nacionalsocialistas, dado que el comunismo era nacionalmente inclusivo y la diferencia entre ocupantes y ocupados y entre oposición y régimen no era fácil de establecer. Por otro lado, los gobiernos comunistas reaccionaron construyendo una potente red de aparatos que interferían con la actividad de las radios propagandísticas y persiguiendo a sus locutores y organizadores a través de espías y confidentes.

A veces el espionaje comenzaba como una simple necesidad. Los países controlados por los comunistas habían quedado en una situación en la que el monopolio de la información hacía difícil hacerse una idea de cómo iba el mundo. Un resistente anticomunista checo cuenta por qué contribuyó a crear una red de espionaje:

> Intentábamos obtener información del extranjero porque no teníamos información política fiable aquí. Todo estaba controlado por los comunistas en aquellos días. Queríamos saber qué perspectiva teníamos y qué iba a suceder. Nuestras actividades se castigaban con la muerte o con largas penas de prisión. Teníamos que hacer todo en el más profundo secreto. Yo recopilé la mayor parte de nuestros informes porque estaba viviendo en Praga. El medio más importante era mi memoria. Más tarde usamos código secreto y cifrado[11].

El juego de espionaje y contraespionaje produjo daños irreparables a la resistencia contra los soviets. Quizá el ejemplo más representativo lo tenemos en los países Bálticos. Los servicios secretos británicos habían empezado muy pronto, ya en 1945, a enlazar con la Resistencia en los países Bálticos. Hubo incluso varios envíos de agentes que consiguieron entablar contactos, pero fueron a menudo descubiertos y atrapados. Con el progresivo debilitamiento de los partisanos bálticos a partir de 1950, el Ministerio del Interior/KGB consiguió introducir confidentes en el movimiento de resistencia. Comenzó así un juego que, de forma parecida al tristemente célebre *Englandspiel,* engañó a los servicios secretos occidentales y acabó con la captura de los agentes que eran enviados.

### *Comunistas contra el último fascista*

Debido a que en marzo de 1939 la República española no había sido realmente derrotada en la Guerra Civil, sino que había implosionado, el partido comunista no había preparado el camino hacia la resistencia. No había dinero, ni instalaciones clandestinas, ni depósitos secretos de armas, ni documentos falsos para los militantes que se quedaron en el interior. Y aún más esencial: la evacuación de los militantes fue tan caótica que muchos, que estaban en peligro, no pudieron escapar. Importantes cuadros altos y medios del partido habían sido capturados por la Junta de Casado en Madrid, cuando Casado ejecutó el golpe de Estado que terminó con la República. Los prisioneros fueron ofrecidos a Franco como prueba de su buena voluntad, y la mayoría de ellos fueron fusilados o murieron en prisión. Otros quedaron atrapados en Valencia, Alicante y Cartagena, los últimos territorios leales a la República. Después de la conquista, muchos fueron rastreados por la policía de Franco y encarcelados o asesinados.

Sin embargo, hubo intentos inmediatos para establecer nuevamente el partido en el país[12]. Pequeños grupos sin contacto mutuo intentaron ayudar a los prisioneros mientras comenzaban con algo de propaganda y reorganización. En las condiciones de extrema represión de la posguerra inmediata, no había posibilidades de trabajo político real. Pero para los comunistas, aislados y rodeados de enemigos, la reorganización era, sobre

todo, una necesidad psicológica. La experiencia de casi tres años de guerra, con sus responsabilidades militares y políticas, había forjado un número relativamente elevado de creyentes fuertes, activistas, que estaban listos para dar sus vidas por el partido en las terribles circunstancias de una opresión tan feroz. La historia de los comunistas en España hasta finales de los años cincuenta es una historia de increíble coraje, de fuerte resistencia y de fe ilimitada en una causa. Cuando analizamos las actividades de los comunistas españoles en las décadas de 1940 y 1950, las características cuasirreligiosas que presenta el movimiento comunista son muy claras.

La policía destruyó una y otra vez las primeras celdas del partido que habían sido reconstruidas. Matilde Landa, que había sido comisionada por el Buró Político antes de la pérdida de Madrid con la reconstrucción del comité provincial de la capital, fue atrapada unos días después, continuando su labor en prisión hasta que se suicidó[13]. La represión interrumpió muchas veces la reconstrucción del partido, pero después de cada captura de militantes, hubo una rápida renovación de las estructuras clandestinas, a menudo con la ayuda de cuadros evadidos de campos de concentración y prisiones. Aun así, la mayoría de los comunistas que se capturaban eran torturados y luego fusilados.

En 1941 hubo una nueva reorganización bajo la dirección de un oscuro miembro del Comintern, un moldavo llamado Heriberto Quiñones, que se había quedado en el país después de la derrota. Pudo extender considerablemente las actividades del partido en un país que ahora apoyaba a las potencias fascistas y participaba en la guerra contra la URSS, aunque sin declararse oficialmente como parte del conflicto. El éxito de Quiñones fue totalmente autónomo, sin consultar al Comité Central del Partido. Al principio, esto probablemente se debió a la dificultad de comunicarse con la dirección del exilio, pero con el tiempo, a que Quiñones estaba convencido de la necesidad de independencia para trabajar en la clandestinidad. Cuando la dirección del exilio se enteró de la nueva reconstrucción y de los intentos de Quiñones de dar forma a una nueva línea política, enviaron a algunas personas para restablecer la jerarquía del partido. Pero la delegación fue capturada en Lisboa, transferida a la policía española y fusilada. Con esto, la prensa exiliada de los comunistas comenzó a atacar a Quiñones,

llamándolo traidor y agente provocador. Luego, Quiñones fue arrestado, brutalmente torturado y, al final, fusilado. Antes de morir supo en la enfermería de la prisión que había sido expulsado del partido[14].

### *La Resistencia cruza los Pirineos*

Muchos comunistas españoles, al igual que muchos republicanos de otras tendencias políticas, lucharon en varios escenarios de la Segunda Guerra Mundial e incluso un número importante de ellos acabó en campos de concentración[15]. Al principio, y debido a la política oficial del Comintern, el Partido prohibió a los comunistas españoles unirse al ejército francés. Se declaró que la guerra era un conflicto entre potencias imperialistas y proletarios que no tenían nada que ver con eso. La medida no fue fácil de entender para muchos españoles, pero desde el pacto germano-soviético la propaganda interna había estado trabajando en esta dirección[16]. Por lo general, se explicaba oficialmente que la Unión Soviética estaba tratando de hacer tiempo para preparar la defensa en un conflicto, que parecía inevitable. Con el comienzo de la guerra germano-soviética, los militantes del partido, que habían estado en los campos de refugiados franceses, a menudo organizados en células del Partido, comenzaron a unirse a la Resistencia. Tenían experiencia en la guerra y su motivación era alta, porque veían la guerra europea con toda naturalidad, como una continuación de la Guerra Civil española[17].

Después del exilio de los principales líderes del partido tras el avance alemán en mayo de 1940, la dirección de los comunistas españoles en Francia había sido puesta en manos de dos militantes casi desconocidos: Carmen de Pedro, exsecretaria de Togliatti y probablemente miembro de los servicios secretos del Comintern, y Jesús Monzón, exgobernador de Alicante y Cuenca, que se convirtió prácticamente en el jefe del partido para Francia y España. La organización fue reconstruida en Francia y prepararon las bases para la formación de la «Agrupación de Guerrilleros Españoles», la guerrilla, que primero luchó contra los nazis en el sur de Francia y después de la liberación tuvo una presencia masiva en las

regiones fronterizas. Una poderosa fuerza de más de 10.000 guerrilleros estaba esperando la oportunidad de ir a España y destruir a Franco. Monzón, después de la experiencia de la Guerra Civil y de la Resistencia en la Francia ocupada, pensó que los «maquis» (guerrilleros) eran el mejor medio para liberar a España[18].

La estructura ideológica de la estrategia fue garantizada por la Unión Nacional Española (UNE), una organización fundada en noviembre de 1942 en Francia. Proclamaban representar a todas las fuerzas democráticas en España, pero, de hecho, solo incluía el Partido Comunista, la fracción socialista de Negrín y otras organizaciones relacionadas. La *Reconquista de España,* un periódico publicado primero en Francia y luego en la clandestinidad española, sirvió para popularizar las tesis de una eliminación militar de la dictadura de Franco. La UNE en Francia había conseguido crear siete divisiones subdivididas en treinta brigadas, sobre todo en los departamentos de Pirineos Orientales y de los Altos y Bajos Pirineos[19]. Su capacidad militar era tan amplia que, en los primeros meses después de la liberación, se hicieron con el control efectivo de la zona. Esto les enfrentó a los franceses que, poco a poco, acabaron por recuperarlo. Dicha experiencia sembraría las semillas de los resquemores de la primera Guerra Fría que llevaron luego a la prohibición del Partido Comunista de España en Francia y a la expulsión de sus dirigentes.

En 1943, Jesús Monzón entró clandestinamente en España y comenzó a reorganizar el partido allí y a construir un movimiento guerrillero. Al igual que Quiñones, Jesús Monzón desarrolló una posición muy autónoma, probablemente a partir de una mezcla entre sus propias ambiciones y las dificultades de comunicación con la dirección en México y Moscú. Esto, nuevamente, suscitó sospechas y temores. Monzón, como muchos en aquellos tiempos, estaba seguro de que los Aliados continuarían con la liberación de Europa, terminando la dictadura de Franco. En su opinión, una invasión de guerrilleros podría iniciar el levantamiento en el país. De Pedro y Monzón querían presionar a los aliados provocando una insurrección en España, lo que podría colocar al partido comunista en una buena posición para extender su influencia. Por cierto, algo no muy

diferente de la política del Ejército del Interior polaco cuando comenzaron el Levantamiento de Varsovia solo unas pocas semanas antes.

En octubre de 1944, una fuerza de guerrilleros comandados por el forense Vicente López, invadió España en algunos puntos de los Pirineos, con la intención de ocupar el Valle de Arán y de esta manera forzar la intervención de los Aliados[20]. La operación se desmoronó por la rápida reacción del ejército franquista, pero, sobre todo, debido a la duplicidad de los aliados: Estados Unidos y Gran Bretaña no querían reforzar a los comunistas, la URSS respetó la división de Europa y, como en Grecia, abandonó sus pupilos ideológicos. Los restos de los guerrilleros regresaron a Francia por orden de Santiago Carrillo, el exsecretario de la Juventud Socialista Unificada, que ahora era responsable del frente interno. Este error trajo la destrucción política definitiva de Monzón. Fue llamado por la dirección a Francia y en su viaje a la frontera, la policía lo capturó en Barcelona. La dirección del partido ordenó la liquidación de algunos de los colaboradores de Monzón, que no querían volver a Francia y eran vistos como provocadores[21].

En general, el PCE no entendía lo que pasaba en el interior de España. El lanzar operaciones guerrilleras en un país en el que apenas les quedaba apoyo fue una verdadera locura. Como bien dijo uno de los guerrilleros de la Agrupación de Levante,

> El error de los comunistas españoles en Francia consistió en comparar la resistencia francesa con la que se intentaba organizar en España, trasladar los patrones de una Francia ocupada por las tropas nazis (...) a una España en que la lucha armada podía suponer abrir un nuevo episodio de luchas fratricidas que nadie estaba en condiciones de aceptar. Así lo demuestra la amarga y sangrienta experiencia de todas las agrupaciones guerrilleras que tuvieron vida más o menos dilatada en algunas provincias de España[22].

## *Las guerrillas comunistas en España*

El 5 de agosto de 1948, a las once y cinco de la noche, Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo y Francisco Antón, miembros prominentes del Partido Comunista de España, entraban en el despacho de Stalin en el Kremlin[23]. Allí estaban ya Viacheslav Molotov y Mijaíl Súslov, jerarcas soviéticos,

junto con el propio dictador. Durante hora y media Stalin, con su habitual estilo entusiástico y profesoral, les recriminó por su apuesta por la guerrilla en España, algo que estaba causando enormes pérdidas en vidas a los comunistas. Stalin los animó en cambio a que se infiltraran en los sindicatos falangistas y en el partido único y trabajaran en la clandestinidad. Obedientes, los mandos del Partido Comunista de España ordenaron la disolución de los ejércitos guerrilleros y la salida del país de todos los que pudieran. Aun así, la retirada tardó varios años y, todavía a principios de los cincuenta había guerrilleros aislados en los montes y sierras del país.

Durante la guerra, la dirección había estado en manos de José Díaz (hasta 1942), Dolores Ibárruri, Jesús Hernández (hasta 1944) y los generales Modesto y Enrique Líster en la Unión Soviética. En México, Antonio Mije, Francisco Antón y Vicente Uribe fueron los líderes, Quiñones en España, luego Monzón en Francia y en España. Después del fracaso de Monzón, Santiago Carrillo se convirtió en el nuevo hombre fuerte del partido en Francia y responsable del interior. En 1945 Pasionaria también fue a París, aunque regresó a Rusia en 1948. En esta época, el PCE desarrolló una política de moderación, participó en el nuevo gobierno republicano en el exilio y no apoyó a las pocas y aisladas guerrillas en el país.

Cuando, en 1947, el cambio de la situación internacional y las órdenes de Moscú obligaron a los comunistas a renunciar a su participación en el gobierno del exilio, el partido se encontraba en una profunda crisis. Con la revitalización del movimiento guerrillero, los líderes pensaron que podrían obtener algún efecto de la propaganda en el país y en la opinión internacional[24]. Además, esto podría responder a la necesidad de dar alguna tarea a miles de militantes, exsoldados, que ahora vivían en el sur de Francia con la esperanza de regresar a casa lo antes posible. La organización del movimiento fue poco entusiasta. La plataforma ideológica del movimiento se publicó como el «Manifiesto del grupo guerrillero de León y Levante». Grupos de militantes cruzaron la frontera y comenzaron a construir grupos guerrilleros. En poco tiempo hubo una actividad significativa, sobre todo en provincias como León, Galicia y Toledo.

Sin embargo, la estrategia fue de muy corta vida. En agosto de 1948, Stalin solicitó a la dirección del PCE que se presentara ante él. Era el verano de la ruptura con la Yugoslavia de Tito. La pequeña colonia comunista española en Belgrado, la mayoría oficiales republicanos que habían estado actuando como asesores del ejército yugoslavo, fue enviada a Praga como una forma de cuarentena. Yugoslavia había sido un campo de entrenamiento para guerrilleros españoles, se suponía que Tito aumentaría la ayuda militar para ellos.

Cuando Dolores, Antón y Carrillo se reunieron con Stalin, este criticó la estrategia guerrillera, habló mucho sobre las actividades de los bolcheviques contra el zar, su infiltración en todas las instituciones y el uso de posibilidades legales en tiempos de trabajo clandestino. Los españoles estaban conmocionados. Solo tres meses antes se había publicado el manifiesto de la «Agrupación guerrillera». El nuevo cambio de línea, aunque muy razonable, no podría explicarse lo suficientemente bien a los militantes en Francia, y sería imposible de aceptar para muchos guerrilleros en España. La disolución de la guerrilla se acordó en 1948, pero las resistencias y la oposición de los militantes llevaron al partido a una terrible crisis. Solo en 1950 comenzaron los guerrilleros a regresar a Francia, algunos de ellos no estuvieron de acuerdo en absoluto y se quedaron, luchando totalmente aislados hasta el final de los años cincuenta.

El movimiento guerrillero fue un desastre para el partido. Fuentes policiales hablan de más de 2.000 guerrilleros muertos en combate, más de 3.000 capturados (y muchos, luego, fusilados) y más de 19.000 colaboradores encarcelados[25]. Sin embargo, estas cifras dan también una idea de la importancia de la resistencia armada en España.

## *Huir al monte en Rumanía*

Tras el golpe del 22 de agosto de 1944, cuando el dictador Antonescu fue destituido y se formó un gobierno de unidad democrática con participación de los comunistas, en Rumanía surgió una resistencia apoyada por los alemanes y que copiaba formas de las resistencias contra los nazis en el oeste de Europa. Aviones alemanes lanzaron agentes en paracaídas sobre

Transilvania con la intención de crear movimientos guerrilleros tanto entre la población alemana y húngara allí existente como entre los propios rumanos. Se trataba de *Volksdeutsche,* alemanes étnicos, o de antiguos miembros de la Guardia de Hierro, el movimiento fascista rumano, que habían huido al Reich después del fallido intento de golpe de Estado de enero de 1941. También en Bucovina, zona montañosa al norte y que había sido invadida algo antes, habían comenzado algunas operaciones —organizadas por el Estado Mayor del Ejército— para infiltrar comandos, organizar grupos armados y recoger información. Estas acciones no tuvieron gran éxito, pero sirvieron para crear un sentimiento de inseguridad en el Ejército Rojo —que acababa de invadir el país—, haciéndole destinar más tropas para la vigilancia del país. Algunos de estos agentes servirían más adelante para incardinar algunas unidades guerrilleras, como las de Constantin Cenuşă o las de Vasile Motrescu[26]. En este momento el enemigo principal de la Resistencia era la NKVD soviética que, con el apoyo de las tropas del Ejército Rojo, estaba llevando a cabo la represión y el desarme de aquellos que eran potenciales opositores al control del poder por parte de los comunistas.

A partir de marzo de 1945, cuando los comunistas rumanos se hicieron finalmente con el poder, se formaron múltiples grupos de diverso tamaño y objetivos diversos que se enfrentaron al hecho consumado. Hasta 1947 la organización más importante fue la de los *Haiducii lui Avram Iancu* (los «Haiduc —partisanos— de Avram Iancu —el nombre de un héroe de las guerras de independencia»), que se formó en Transilvania a partir de militares y civiles y carecía de definición partidista. Su principal propósito era el de oponerse a la sovietización del país. Este grupo consiguió reunir unos dos mil combatientes en las provincias de Transilvania, Moldavia y Muntenia y, aparte de acciones armadas, llevó a cabo una extensa actividad propagandística.

La siguiente etapa duró desde 1948 hasta 1962 y fue el momento en que la resistencia armada anticomunista se mostró de forma más compleja y amplia, con representación en todas las partes del país, dentro de un contexto señalado por la masiva presencia del comunismo en la vida pública. Existían, durante este tiempo, doce *zonas* de resistencia

compuestas de múltiples grupos. En Bucovina había once grupos, en el llamado Banato, doce; en Sibiu, en Transilvania, cinco grupos pero en los Montes Apuseni, en los Cárpatos, había otros 12 grupos. Si hacemos caso a las propias estadísticas de la Securitate, la policía política comunista, hasta 1969 se habían liquidado 1.196 partidas, lo que nos permite hacernos una idea de la amplitud del fenómeno. Los medios que la Securitate usó para ello —miles de hombres— nos dan cuenta también de la importancia que el régimen comunista le otorgaba a la lucha contra quienes se oponían a la comunización del país. Los grupos carecían de conexión, no hubo grandes organismos de coordinación —pese a que hubo intentos—. Algunos grupos tenían nombres sonoros: Organización Vlad Tepes II *(Organizația Vlad Țepeş II),* Organización Cruz y Espada *(Organizația Cruce şi Spadă),* por ejemplo. Sin embargo, la mayoría de los grupos son conocidos simplemente por el nombre de los individuos que los dirigían, lo que nos muestra hasta qué punto se trató de un movimiento espontáneo, producido por las circunstancias y sin unos objetivos políticos a largo plazo, más allá de mejorar la situación o impedir la implementación del comunismo a la soviética.

La mayor parte de estos grupos eran muy pequeños, de entre 10 y 15 personas, aunque llegó a haber algunos integrados hasta por 200 individuos. Esto significa que el número de participantes activos en la Resistencia —no necesariamente todos armados— debió de rondar los 10.000 o 12.000 individuos. Si contamos entre cuatro o cinco personas por individuo como apoyos —los llamados en España «enlaces»—, pero también simplemente sus familias o amistades, quizá unas 50.000 personas estuvieron directamente envueltas en la Resistencia rumana. Esta cifra es más o menos confirmada por el número de encarcelados, fusilados y muertos en acciones de la seguridad del Estado.

La Resistencia se componía a veces de personas muy politizadas y que tenían miedo de ser perseguidas por la seguridad del Estado, pero también de gente caída en las redes de la persecución por pequeños fallos, casi casualidades. Un ejemplo de ellos es el doctor Stanciu Stroia, brillante médico transilvano que acusado de haber curado a partisanos anticomunistas fue capturado por la Securitate y enviado a prisión en 1951.

La acusación oficial en el juicio fue de «favorecer el crimen de conspirar contra el estado»[27]. También el contacto con la realidad de la URSS impulsó a soldados que habían estado en el Frente del Este a lanzarse a la resistencia:

> Fue cuando estuve en el frente que supe lo que era el comunismo, con sus koljoses; era exactamente lo que me habían contado en la escuela: montones de trigo en el campo o en la estación, decenas de vagones de grano, lloviendo sobre ellos hasta que se pudren[28].

Era más que nada la imposibilidad del campesino para entender los presupuestos ideológicos del marxismo estalinista, con su hincapié en el progreso y la industrialización y con su colectivización forzada —aunque en Rumanía todavía tardó algo en llegar—, lo que impulsaba a los aldeanos a empuñar las armas y echarse al monte. Las acciones de estos grupos de resistencia fueron sobre todo de índole defensiva: aunque estuvieran armados, eran «huidos» más que partisanos, escapaban de las represiones y vivían en la clandestinidad, para evitar ser capturados. Aunque se han registrado algunas acciones armadas, la acción política más importante fue la de la propaganda. Como en todos los otros territorios, los partisanos tenían la ayuda de los lugareños, sin la cual no habrían podido resistir tanto. Sin embargo, la metódica y continua represión de la Securitate acabó por desactivar toda la resistencia armada en Rumanía. De hecho, la presión fue tan grande que hasta los años ochenta no se volvió a crear una oposición anticomunista digna de ese nombre —si bien ya no armada— en el país balcánico.

### *La continuidad de la Resistencia polaca*

Como ya vimos, la Resistencia polaca durante la Segunda Guerra Mundial se había dirigido tanto contra el ocupante alemán como contra el soviético. Su grado de organización y de institucionalización había sido tan grande que hemos hablado de ella como de un verdadero «estado clandestino». Cuando el frente se fue acercando, los miembros de sus organizaciones comenzaron a salir a la luz para intentar hacerse cargo del gobierno del país. Aunque esto sucedió en algunas zonas del este —incluyendo lugares que

como Wilno/Vilna, estaban disputados entre el estado polaco, el lituano y la propia Unión Soviética—, las tropas del Ejército Rojo y del NKVD y los temidos destacamentos del Shmertsh («Muerte a los espías», el contraespionaje militar ruso) desarticularon progresivamente la organización militar y civil, deteniendo a sus miembros y asesinando a otros. En los lugares en que se establecieron instituciones legales conectadas con el gobierno de Londres, los soviéticos las deshicieron y se formaron otras dependientes del gobierno comunista apoyado por la URSS y con sede en la ciudad de Lublin. En general, los miembros de la Resistencia polaca no comunista fueron tratados por el nuevo poder —con ayuda soviética— como enemigos, y acusados incluso de absurdos y ridículos crímenes de colaboración con los alemanes. Esta línea de actuación marcaría al gobierno comunista al menos hasta 1956. Como parte del mito fundacional del Estado funcionaría de hecho oficialmente hasta el final del sistema.

La mayor parte de la población polaca —incluso cansada de la guerra como estaba— se daba cuenta de que no era posible interrumpir la lucha. Puesto que desde el descubrimiento de los crímenes de Katyń y la ruptura de relaciones con el gobierno de Londres, la actitud y la política de la Unión Soviética no dejaban lugar a dudas. Ni la URSS iba a devolver a Polonia los territorios ocupados en 1939, ni iba a permitir que volviera el gobierno legal. La independencia había de ser ganada con la lucha, incluyendo ésta la posibilidad de la lucha armada. Pero la inusitada estabilidad del nuevo Estado comunista unida a la deslegitimación que la Rebelión de Varsovia había significado para el gobierno de Londres impulsó una cierta vacilación y unos intentos de conciliación con el gobierno de Lublin que serían fatales para lograr una resistencia unificada.

Para entonces —enero de 1945— el mando general del *Armia Krajowa* había dado la orden de disolverse. El comando del AK liberó a los soldados de su juramento y les ordenó «luchar por la completa liberación de la patria». Les pedía también que ellos mismos «fueran su propio comandante». Aunque quedaba claramente expresado que no había llegado la liberación esperada en 1939, tampoco había una línea de acción que proporcionarles a los resistentes. Cierto es que, para el caso de ocupación

soviética, los mandos del AK habían previsto una organización de élite, formada por los mejores cuadros y altamente secreta, «Nie» (de «Niepodegłość», «Independencia»). Ante la magnitud de la represión y la situación política se decidió, sin embargo, mantenerla inactiva.

Con el paso del tiempo y pese a que el naciente estado polaco gozó por un tiempo de un cierto pluralismo político, en el que los comunistas mantenían la mayor influencia, mientras se continuaba la represión y las tropas soviéticas eran omnipresentes, la resistencia se recrudeció. Los perseguidos se fueron a los bosques, las estructuras partisanas antinazis se mantuvieron o reconstruyeron, ahora dirigidas contra los comunistas. Aunque hubo una gran cantidad de grupos de resistencia, las dos principales tendencias fueron el llamado «Libertad e Independencia» (*Wolność i Niezawisłość,* WiN) —que se puede considerar como sucesor del AK— y las Fuerzas Armadas Nacionales (NSZ), los ultraderechistas que llevaban toda la guerra luchando también contra los soviets y los nazis. A ellos habría que añadir otros grupos menores, como los socialistas polacos y numerosos «silvestres», partisanos sin definición ideológica clara.

El WiN fue un grupo formado a partir de la disolución de la organización sucesora del AK, la Delegación de las Fuerzas Armadas (*Delegatura Sił Zbrojnych,* DSZ). Cuando en mayo de 1945 el gobierno de Londres disolvió la Delegación de las Fuerzas Armadas —al ver la imposibilidad de actuar legalmente en el país— creó el WiN, que era una organización que asumía parte de las fuerzas y los objetivos de ésta. Se suponía que la organización debía actuar políticamente, presionando de forma pacífica, pero combinando esto con una cierta presencia militar. En parte del país —sobre todo al este—, el WiN mantuvo fuerzas partisanas mientras que en todo el territorio había células clandestinas. El liderazgo del WiN apoyó al principal partido de la oposición legal, el Partido Popular Polaco, PSL, contando con que, pese a las restricciones y persecuciones por parte de los comunistas, iba a poder ganar las elecciones. Durante 1945 y 1946 el PSL se convirtió en un verdadero movimiento de masas que agrupaba a todos aquellos que creían poder llegar a una Polonia que mantuviera la independencia con respecto a la URSS, aunque sin ser enemigos. Los mayores esfuerzos del WiN fueron dirigidos a la propaganda y la

información a la sociedad y a evitar el falseamiento de las elecciones. Por ello, y para evitar represiones sobre la sociedad, intentaron desactivar la lucha armada.

Las Fuerzas Armadas Nacionales se negaron —a diferencia del AK— a disolverse. En enero de 1945 la Brigada del Santo Cristo, formada por 1.500 soldados, huyó con apoyo de los alemanes a través de Bohemia hacia el Oeste. Sin embargo, buena parte de los grupos, en especial aquellos más radicalizados, se mantuvieron en los bosques. Su esperanza estaba —como para casi todos los resistentes anticomunistas del momento— en que estallara la tercera guerra mundial y ellos pudieran entonces funcionar como ejército liberador. Con el tiempo, tanto sus partisanos como los muchos grupos desperdigados a partir del AK y del WiN fueron siendo desactivados y detenidos. El resultado de las elecciones de 1947 —amañadas por los comunistas—, donde el PSL perdió, mostrando la fuerza del sistema, así como una combinación de sucesivas amnistías y represiones duraderas, hizo que la Resistencia perdiera los objetivos inmediatos de acción y se resignara al dominio comunista.

En total, a la altura de 1945-1946 había como máximo unos 15.000 resistentes armados, lo que muestra la diferencia con los 300.000 miembros del AK hacia 1944. Las represiones llevaron a que quedaran unos 2.000 hacia 1947 y unos pocos centenares a principios de los años cincuenta, similares a los «huidos» españoles. Las formaciones militares que se mantuvieron en la clandestinidad, luchando contra el estado comunista, recibieron el nombre de «Soldados Malditos». Prohibida su mención por la censura, a lo largo de toda la posguerra su postura intransigente serviría de poderoso símbolo para la resistencia antisistema. El balance de víctimas de la resistencia anticomunista se cifra en 8.666 caídos en lucha, más alrededor de 2.000 penas de muerte ejecutadas posteriormente. En cualquier caso, al menos 1.000 de los caídos fueron de la OUN y el UPA, que actuaban también en la zona. Aunque es verdad que las verificaciones por regiones parecen estar reduciendo el número de víctimas[29].

### *Los «Hermanos del Bosque»*

Las experiencias de la primera ocupación soviética produjeron el bien fundado temor de los pueblos bálticos a las consecuencias del retorno del Ejército Rojo. Una cierta oposición a la ocupación alemana había tenido lugar entre los estonios, letones y lituanos, especialmente entre estos últimos. Pero lo cierto es que se había tratado de una resistencia civil, sin lucha armada, ya que esta se consideraba en exceso peligrosa. Cuando en 1944 el frente se fue acercando, las organizaciones nacionalistas comenzaron a organizar una resistencia antisoviética que preveían como inevitable[30]. La idea era, como en casi todos los otros países, mostrar a la opinión pública internacional que los pueblos bálticos estaban decididos a enfrentarse a la ocupación soviética y provocar así la ayuda occidental. Según algunas de estas organizaciones, como la lituana *Liga de Luchadores por la Libertad de Lituania,* no había garantía de salvación nacional sin un movimiento de resistencia[31]. En el momento en que, en el verano de 1944, el Ejército Rojo entró en la zona, las represiones y el miedo a ellas produjeron rápida respuesta. El ejército lanzó una campaña de alistamiento forzado y —como en 1941— muchos jóvenes huyeron a los bosques. Fue precisamente la negativa a participar en el Ejército Rojo, especialmente hasta mayo de 1945 y el fin de la guerra en Europa, lo que constituyó la forma de resistencia más extendida en los tres países, más incluso que otras formas más directamente militares de oposición. Sin embargo, la lucha armada, la acción de los llamados «Hermanos del Bosque» (en estonio «metsavennad», en letón «meža brāļi» y en lituano «miško broliai»), tuvo una importancia real. Sobre todo entre 1945 y 1946 en muchas zonas rurales se estableció una especie de doble poder que, en determinadas regiones duró hasta 1949. Las represiones consiguieron quebrar esta situación sólo poco a poco y con ayuda de las deportaciones masivas. Estas estaban relacionadas con la colectivización de la agricultura, pero también con la desarticulación del movimiento de resistencia. La mayor de ellas, la llamada «Gran Deportación», se produjo durante la noche del 25 al 26 de marzo de 1949 y afectó a los tres países. En Estonia fueron deportadas 20.700 personas; en Letonia, 44.000, y en Lituania, unas 30.000. Hubo, sin embargo, otras olas de deportación que afectaron sobre todo a Lituania.

Y es que fue en Lituania donde mayor alcance tuvo la lucha armada. Entre 1944 y 1947 se produjo una resistencia espontánea, donde el Ejército de Independencia Lituano (*Lietuvos Laisvės Armija,* LLA), la organización más activa, desempeñó un importante papel. El LLA estaba en contra de que los perseguidos partieran al exilio y se inclinaba por la acción partisana, de la que aspiraba a convertirse en el centro de mando. En el verano de 1944 contaba ya con unos 10.000 miembros, de los que una parte se encuadraron en la lucha armada. La organización consiguió distribuir varios miles de partisanos divididos en destacamentos de 20 a 60 integrantes, otros destacamentos fueron surgiendo espontáneamente, algunos bastante grandes (como el «Tigras», que, dividido en dos secciones, llegó a tener 2.000 integrantes). Parte de los miembros de estos grupos vivían legalmente en sus aldeas y ciudades y sólo se sumaban al grupo para llevar a cabo acciones concretas.

Estas acciones iban desde ocupar ciudades y pueblos hasta asesinar miembros de las fuerzas del orden o de supuestos colaboradores con los soviéticos. El sabotaje de las elecciones al soviet supremo de la URSS que se celebraron el 10 de febrero de 1946 tuvo una repercusión importante, entre otras cosas porque, aparte de ataques a los centros electorales y la ruptura de urnas, los partisanos amenazaron a la población civil que tomara parte en las urnas. Para entonces se habían creado otras organizaciones, incluyendo un estado mayor de los partisanos del sur de Lituania, que pretendía centralizar las actividades.

La represión fue muy intensa. El NKVD/MVD envió unos 20.000 soldados a combatir a los partisanos. Se crearon también *istrebitielnie bataliony* («batallones de destrucción»), unos grupos de civiles más o menos voluntarios que funcionaban como milicias auxiliares. Solían estar formados por comunistas locales, con conocimiento del terreno y cuentas privadas que saldar. Su acción era especialmente temida por la población civil. En poco tiempo —y con ayuda de políticas de amnistía—, los aproximadamente 20.000 partisanos se redujeron a unos 5.000, mientras que el número de víctimas, incluyendo a unos 5.000 civiles, podría alcanzar los 12.000.

Estas acciones condujeron a una segunda fase de la lucha partisana a partir de 1947, en la que la Resistencia cambió de táctica. Los partisanos construyeron búnkeres subterráneos bien ocultos en los bosques. Ante la imposibilidad de mantener actividades bélicas a gran escala, realizaron una guerra de guerrillas que, pese a su limitado alcance, consiguió que el balance entre partisanos caídos y enemigos muertos —ya fueran representantes del Estado o supuestos colaboradores— se decidiera positivamente para la Resistencia. La estrategia de realizar emboscadas y de liquidar comunistas o funcionarios locales resultó exitosa, por lo que el NKVD/MVD comenzó a utilizar otras tácticas de represión. Se crearon grupos de asalto especiales, disfrazados de partisanos, que tenían la misión de ir liquidando a los resistentes y, al mismo tiempo, hacer que la población civil se sintiera insegura y se negara a ayudar a los guerrilleros. También comenzaron a introducir agentes entre los partisanos, lo que acabó por convertirse en un verdadero problema.

Para entonces, la Resistencia lituana había ido dando pasos para lograr una centralización del movimiento y con ese objetivo tuvieron lugar varios encuentros de los jefes partisanos. En febrero de 1949 se celebró un congreso clandestino de los comandantes partisanos, en el que se creó una nueva organización, el Movimiento de Lucha por la Libertad de Lituania (*Lietuvos Laisvės Kovos Sajūdis,* LLKS)[32]. Esta organización debía proporcionar una plataforma unitaria que permitiera, entre otras cosas, lograr un reconocimiento exterior de la resistencia en el país. Serviría también como una especie de gobierno en la sombra hasta el momento en que se pudieran convocar elecciones libres. Algunos autores suponen que el LLKS se constituyó en realidad como provocación por parte del aparato de represión del MVD. Independientemente de la verdad o no de esta afirmación, el hecho es que fue el último intento de unificación de las fuerzas de la Resistencia lituana. El objetivo declarado era reconstruir el estado lituano de acuerdo con la constitución democrática de 1922, que servía como eje simbólico del movimiento. Al mismo tiempo, este congreso sirvió para demostrar que los partisanos eran ya conscientes de que les esperaba un largo período de ocupación y que debían cambiar las

prioridades. Se comenzó a limitar la lucha armada y a privilegiar la propaganda, preservación de la identidad nacional y el trabajo clandestino.

Estas formas de resistencia fueron las que se comenzaron a intensificar durante el último período de la lucha, entre 1949 y 1953. En este período, la introducción de la colectivización de la agricultura, junto con la deportación de los campesinos considerados «ricos», acabó con el modo de vida tradicional y, junto con él, con la principal fuente de apoyo de los partisanos. Las medidas de represión se intensificaron y llevaron a que, en poco tiempo, no quedaran más de 200 guerrilleros en activo. El goteo de muertes y detenciones hizo que a partir de entonces el movimiento partisano no tuviera ya importancia militar alguna. Su importancia simbólica —como demuestra su «descubrimiento» tras la independencia de 1991— continuó sin embargo a lo largo de los años.

En Estonia se proclamó en septiembre de 1944 —con la benevolencia de los alemanes en retirada— una república independiente que de inmediato se declaró neutral en la guerra. La llegada del Ejército Rojo desbandó el gobierno y lo capturó reinstaurando el poder soviético. El Comité Nacional de la República de Estonia pidió a sus ciudadanos que se lanzaran a la lucha partisana. Cuando el Ejército Rojo ocupó por completo la república, había más de 35.000 personas con los partisanos, aunque muchos de ellos eran civiles, incluyendo a las familias de los guerrilleros. Formados por grupos numerosos fueron destruidos con bastante rapidez por el NKVD, deshaciéndose en grupos menores y más fáciles de esconder.

La táctica de los partisanos fue primero aguantar hasta que estallara la esperada guerra entre el Este y el Oeste, realizando acciones de autodefensa y también contra los símbolos y funcionarios del poder soviético. A partir del refuerzo de la represión y del comienzo de la construcción de las estructuras soviéticas, en 1945 comenzó una fase de lucha armada más activa. Como en Lituania y Letonia, se trataba sobre todo de intentar convencer a la población de que la ocupación era temporal y deshacer toda idea de legitimidad que pudiera tener el poder. Aunque el movimiento de resistencia abarcó todo el país —incluyendo los llamados «hermanos de la ciudad» en los centros urbanos—, lo cierto es que los partisanos más activos estaban en el sur, el oeste y la zona nororiental del país. Las

represiones hicieron que durante mucho tiempo fuera imposible lograr una unificación de mando. Los grupos se unían para acciones concretas pero sin lograr una verdadera centralización de las acciones. Poco a poco los grupos fueron siendo desarticulados por la acción de la represión: MVD, *istribitielni bataliony,* contrapartidas y agentes infiltrados dieron al traste con los partisanos organizados. En 1952 cayó en una emboscada el último destacamento partisano de importancia, el «Orion». A partir de entonces sólo individuos o minúsculos grupos de dos o tres fugitivos aguantaron escondidos en los bosques. Como último partisano se considera a August Sabe, quien se mantuvo muchos años ejerciendo una especie de papel de «hombre del saco» entre los comunistas locales y que, descubierto por una pareja del KGB en 1978, se suicidó arrojándose a un río.

Los partisanos de Letonia —que incluían también a numerosos estonios, lituanos, bielorrusos, polacos y rusos— comenzaron a surgir de forma parecida a como lo habían hecho en las otras dos repúblicas bálticas. Los primeros grupos se formaron de la unión de desertores del ejército soviético, antiguos miembros de las SS letona y de las formaciones auxiliares de la Wehrmacht, así como de personas con algún motivo para temer a las represalias. Aunque los primeros partisanos surgieran ya en julio de 1944, su número se multiplicó a partir de mayo de 1945. Hasta entonces la SS letona había estado combatiendo junto a los alemanes —a diferencia de Estonia y Lituania— con la esperanza de mantener el frente hasta el armisticio y poder así defender el territorio de ser anexionado a la URSS. De forma parecida a Estonia, y al contrario que en Lituania, no se logró nunca crear ninguna organización que unificara los diversos grupos, todas ellas limitaban su actuación a provincias y zonas concretas. Sus acciones fueron similares a las de los otros «Hermanos del Bosque» aunque tras la «Gran Deportación» en Letonia se produjeron numerosas acciones de venganza. Sin embargo, al igual que en los otros territorios, las deportaciones marcaron el final de la Resistencia a gran escala.

En general se admite que en Lituania hubo unos 40.000 partisanos (17.000 murieron, 3.000 fueron arrestados y 20.000 se entregaron con las diversas amnistías), lo que quiere decir que —junto con sus apoyos— al menos entre 100.000 y 150.000 personas se vieron envueltas en la

Resistencia. Por su parte, los «Hermanos del Bosque» letones pudieron contar con unos 80.000 participantes, de los que sólo 20.000 fueron partisanos activos —con unos 3.000 caídos—. La Resistencia estonia se compuso de unos 70.000 individuos, entre los que hubo unos 30.000 armados, con una cifra de caídos que podría alcanzar los 1.500, aunque hubo una enorme cifra de detenidos y deportados[33].

### *La lucha armada del UPA*

La Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), del que el UPA era su brazo armado, comenzó en 1943 un proceso de adaptación programática que pretendía abrir la posibilidad de crear un estado reconocido por los aliados. Al mismo tiempo, inició otro proceso de construcción nacional con el que buscaba plantear una situación de hecho en el territorio por ellos considerado como ucraniano. La búsqueda de una homogeneidad étnica se realizaría al precio de la desaparición —mediante expulsión u otros medios — de polacos, judíos y alemanes. Ya hemos visto más arriba cómo esto desembocó en las crueles matanzas —el genocidio— de los polacos de Volinia y luego de Galicia, y tuvo una cierta influencia en el desarrollo del Holocausto en estos territorios. Pero cuando en 1944 el frente pasó por la zona, comenzó una guerra de guerrillas contra el Ejército Rojo y contra las unidades del interior del NKVD —después de 1946 MVD—. El UPA luchó al principio en tres frentes: contra los soviets, a los que consideraba su mayor amenaza y a los que atacó con mayor saña; contra los polacos, enemigos tradicionales y que al menos teóricamente le disputaban el dominio de buena parte de aquellos territorios; y contra los ocupantes alemanes, si bien la afirmación típica de los historiadores nacionalistas ucranianos de que lucharon entre la espada y la pared (refiriéndose a soviets y nazis) ha de ser tomada con cautela. A los alemanes el UPA les atacó en mucha menor medida, y buscó siempre que pudo un compromiso, algo que no sucedió con los otros dos contrincantes. Por supuesto, como cuenta Grzegorz Motyka, uno de los mejores conocedores del problema, el UPA contribuyó a distraer efectivos alemanes y por ello apoyó directamente a la victoria sobre el Tercer Reich. Su contribución fue, según este autor, mucho

menor que la clandestinidad francesa, polaca o que los partisanos soviéticos, aunque mayor que la de los lituanos, cuya resistencia se dedicó sobre todo desde el principio a combatir a los soviéticos[34].

El UPA consiguió poner en pie de guerra un ejército partisano que en su momento de mayor auge —1945— contaba con unos 100.000 combatientes y estaba dividido en cuatro regiones. Estaba dotado de un mando único, un servicio secreto (la temida SB OUN), campos de entrenamiento, hospitales y hasta había organizado los recursos de la zona para que produjeran armamento, equipo y uniformes para el UPA. Hasta 1952 la organización fue capaz de desarrollar una actividad armada considerable, especialmente en Galicia. De hecho, pese a reclamar todo el territorio en el que había algún ucraniano étnico —incluso allí donde constituían la más desesperante minoría—, la fuerza del movimiento se hallaba en el occidente de Ucrania —Lviv, la capital, Stanislaviv, Drohovich, Ternopil, Rivne—, una zona que había pertenecido al Imperio austrohúngaro y que poseía una cierta homogeneidad. En esta zona los insurgentes contaban con el mayor apoyo de la población, era la región más urbanizada y alfabetizada, con mayor tradición nacionalista y, al mismo tiempo, contaba con los montes Cárpatos como base de operaciones. Sus acciones fueron muy diversas: desde sabotajes de todo tipo, hasta el asesinato de activistas comunistas, el ataque a destacamentos no muy numerosos del Ejército Rojo y la NKVD. Incluso consiguieron asesinar al general Nikolai Vatutin, comandante del I Frente ucraniano. En determinados momentos, en la zona controlada por el movimiento, existió una verdadera dualidad de poderes.

La gravedad y densidad de la lucha del UPA determinó el que los medios represivos utilizados por el NKVD/MVD fueran dignos de un verdadero esfuerzo bélico. Las operaciones antipartisanas —entre otras, la de sembrar el terror en su entorno— acabaron por tener éxito. La mayor de estas acciones fue el llamado «Gran Bloqueo», que tuvo lugar en el invierno de 1945-1946, cuando se bloquearon los pueblos y villas de las zonas insurgentes y se peinaron los bosques. A consecuencia de esta acción, entre un 40 y un 60 por ciento de los rebeldes fueron abatidos o capturados. La estrategia partisana del UPA quedó con ello casi por completo destruida. Solo en los Cárpatos y en el sur de Polonia continuó la acción de algunos

destacamentos partisanos. Las deportaciones y la colectivización forzada de la agricultura en la parte soviética acabaron con el movimiento, mientras que en Polonia la llamada Operación *Vístula* (la deportación de unos 140.000 ucranianos hacia el oeste del país) eliminó el problema del UPA.

A partir de entonces y hasta 1949 el UPA mantuvo sus estructuras clandestinamente —aunque sin recurrir a la acción directa—. La razón era que todavía había esperanza de que estallara una tercera guerra mundial, y en ese caso el UPA habría de funcionar como elemento integrador de un ejército nacional. En 1949 los servicios de seguridad soviéticos acabaron con los últimos destacamentos partisanos y detuvieron al comando general. Los soldados y oficiales del movimiento que quedaban pasaron a unirse a las estructuras clandestinas de la OUN. El movimiento siguió actuando todavía durante algunos años, aunque reducido ahora a tareas de propaganda y a la propia supervivencia y defensa contra la represión. Generalmente se considera como última acción armada del UPA un combate librado en abril de 1960. Aunque para entonces apenas quedaban ya más que un puñado de «topos», alguno de los cuales siguió escondido hasta la independencia del país en 1991.

Como resultado de esta lucha se piensa que los partisanos abatieron a unos 10.000 soldados, chekistas y policías soviéticos, pero también a unos 20.000 civiles, sobre todo trabajadores de koljoses, autoridades de los pueblos y campesinos. Por el contrario, las pérdidas del movimiento insurreccional ucraniano fueron mucho mayores: unos 155.108 asesinados, cifra que incluye probablemente a los enlaces y población de apoyo, según las fuentes soviéticas. Hubo además unos 300.000 arrestados y deportados. La diferencia es, a todas luces, una muestra del fracaso del movimiento armado antisoviético más amplio de toda la primera posguerra[35].

Foto 13. Partisana Ona Lesinskytė-Akacija, de la Resistencia anticomunista lituana.

[1] Mikhail Narinsky, «Soviet Foreign Policy and the Origins of the Cold War», en Gabriel Gorodetsky (ed.), *Soviet Foreign Policy 1917-1991. A Retrospective,* NY: Routledge, 2013 (1994), pp. 105-110.

[2] Balazs Apor, Peter Apor y E. A. Rees (eds.), *The Sovietization of Eastern Europe: New Perspectives on the Postwar Period,* Washington: New Academia, 2008.

[3] Norman M. Naimark, *The Russians in Germany. A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949,* Harvard: HUP, 1997.

[4] Miriam Gebhardt, *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs,* Múnich: DVA, 2015; James Mark, «Remembering Rape. Divided Social Memory and the Red Army in Hungary 1944-1945», en *Past & Present* 188, 2005, pp. 133-161.

[5] Marcin Zaremba, *Wielka Trwoga, Polska 1944-1947,* Cracovia: Znak, 2012.

[6] Paweł Śpiewak, *Żydokomuna. Interpretacje historyczne,* Varsovia: Czerwone i Czarne, 2012.

[7] David Brewer, *Greece, the Decade at War: Occupation, Resistance and Civil War,* Londres: I.B.Tauris, 2016.

[8] Peter Grose, *Operation Rollback: America's Secret War Behind the Iron Curtain,* Boston: Houghton Mifflin, 2000.

[9] Grzegorz Rossolinski-Liebe, *Stepan Bandera: The Life and Afterlife Of A Ukrainian Nationalist,* Stuttgart: ibídem, 2014.

[10] Rafał Wnuk, *Leśni bracia. Podziemie antykomunistyczne na Litwie, Łotwie i w Estonii 1944-1956,* Varsovia: Bellona, 2018.

[11] https://www.pametnaroda.cz/en/kacha-miroslav-1923.

[12] Carlos Fernández Rodríguez e Ignacio Tejero Toledano, «La Comisión Central Reorganizadora. Una oposición clandestina madrileña anterior al Quiñonismo», en Manuel Bueno, Carmen García y José Hinojosa (eds.), *Historia del PCE...,* vol. I, Madrid: FIM, 2007, pp. 442-453. Sobre la reconstrucción del PCE, en general, Fernando Hernández Sánchez, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953),* Barcelona: Crítica, 2015.

[13] David Ginard i Feron, *Matilde Landa: de la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas,* Flor Del Viento, 2005; Carlos Fernández Rodríguez, *Madrid Clandestino. La reestructuración del PCE 1939-1945,* Fundación Domingo Malagón, Madrid, 2002.

[14] Sobre Quiñones, véase David Ginard i Feron, *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942),* Edicions Documenta Balear, 2000.

[15] Enrique Pons Prades, *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial,* Madrid: La Esfera de los Libros, 2003; ibíd., *Morir por la libertad. Españoles en los campos de exterminio nazis,*

Madrid: Ediciones Vosa, 1995; David W. Pike, *Españoles en el Holocausto. Vida y muerte de los republicanos en Mauthausen,* Barcelona: Mondadori, 2003.

16 Véase «Por la reconquista y liberación de España», en *España Popular* 1(1), 18 de febrero de 1940, p. 1, y «Lo que piensan de la URSS y del pacto germano-soviético socialistas, anarquistas y republicanos en España», *España Popular* 1(13), 21 de diciembre de 1940, p. 6.

17 Marie Granet, *Les jeunes dans la Résistance. 20 ans en 1940,* París: France-Empire, 1985, pp. 106-107.

18 Manuel Martorell, *Jesús Monzón, el líder comunista olvidado por la historia,* Pamplona: Pamiela, 2000.

19 Fernando Hernández Sánchez, *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950),* Barcelona: Pasado y presente, 2018, p. 19.

20 Ferrán Sánchez Agustí, *Maquis y Pirineos la gran invasión (1944-1945),* Lérida: Editorial Milenio, 2001.

21 Santiago Carrillo, *Memorias,* Barcelona: Planeta, 2006, pp. 446-448.

22 José Manuel Montorio Gonzalvo, *Cordillera Ibérica. Recuerdos y olvidos de un guerrillero,* Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2007.

23 A. A. Chernobayev (ed.), *Na priyeme u stalina. Tetradi (zhurnaly) zapisey lits, prinyatykh I.V. Stalinym (1924-1953 gg.),* Moscú: Novyy khronograf, 2008, p. 511. Véase el protocolo del encuentro en el Archivo Estatal Ruso de Historia Política y Social (RGASPI)F 558 OP 11 D 318.

24 Francisco Moreno Gómez, *La resistencia armada contra Franco,* Barcelona: Crítica, 2001; Benito Díaz Díaz, *La guerrilla antifranquista en Toledo,* Talavera: Arrabal 1, 2001; Santiago Álvarez, José Hinojosa, José Sandoval (eds.), *El movimiento guerrillero de los años 40* (2), Madrid: FIM, 2003; Jorge Marco, *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista,* Granada: Editorial Comares, 2012.

25 Antonio Téllez, *Facerías. Guerrilla urbana (1939-1957),* Barcelona: Virus, 2004, p. 209. Nos hemos centrado aquí en la guerrilla comunista, aunque hubo también una guerrilla anarquista y muchos otros grupos no encuadrados en partidos u organizaciones concretas.

26 Doru Radoslav, «Rezistența anticomunistă armată din România între istorie şi memorie», en Ruxandra Cesereanu (ed.), *Comunism şi represiune în România,* Bucarest: Polirom, 2006, pp. 82-107, aquí 88.

27 Stanciu Stroia, *My Second University: Memories from Romanian Communist Prisons* (con Dan L. Dusleag), Lincoln, NE: iuniverse, 2005.

28 Citado en Radoslav, «Rezistența anticomunistă armată», p. 91.

[29] Grzegorz Motyka, Tomasz Stryjek, Rafał Wnuk, Adam F. Baran, *Wojna po wojnie. Antysowieckie podziemie w Europie Środkowo-Wschodniej w latach 1944-1953,* Gdańsk-Warsaw: Wydawnictwo Naukowe Scholar – Instytut Studiów Politycznych PAN – Muzeum II Wojny Światowej, 2012, pp. 168-169.

[30] Wnuk, *Leśni bracia.*

[31] Arūnas Bubnys, «Antykomunistyczny ruch oporu na Litwie w latach 1944-1953», en Sławomir Poleszak, *Polskie podziemie niepodległościowe na tle konspiracji antykomunistycznych w Europie środkowo-wschodniej w latach 1944-1956,* Varsovia-Lublín: IPN, 2008, pp. 83-90, p. 83.

[32] Véase Piotr Niwiński, «Antykomunistyczny ruch oporu na Litwie w latach 1944-1953 (koreferat)», en Poleszak, *Polskie podziemie niepodległościowe,* pp. 91-96, aquí 97.

[33] Piotr Niwiński, «Antykomunistyczny ruch oporu», p. 97, y Jan Lewandowski, «Antykomunistyczny ruch oporu w Estonii i na Łotwie w latach 1944-1953», en Poleszak, *Polskie podziemie niepodległościowe,* pp. 98-104, aquí p. 102 y p. 104; también en Motyka, Stryjek, Wnuk, Baran, *Wojna po wojnie,* p. 292.

[34] Grzegorz Motyka, «Antykomunistyczny ruch oporu na Ukrainie w latach 1944-1953 (koreferat)», en Sławomir Poleszak, *Polskie podziemie niepodległościowe na tle konspiracji antykomunistycznych w Europie środkowo-wschodniej w latach 1944-1956,* Varsovia-Lublín: IPN, 2008, pp. 76-82, aquí 79.

[35] Motyka, Stryjek, Wnuk, Baran, *Wojna po wojnie,* p. 115.

# CAPÍTULO 13
# EL DIARIO DEL PARTISANO

Abrascha Arluk-Lawit, un judío polaco, era técnico de rayos X en un hospital, acababa de comenzar la ocupación alemana de su pequeña ciudad en Bielorrusia. Un día se dio cuenta de que a menudo tenía que atender a soldados alemanes heridos.

> Y de pronto escuché la expresión «Bandidos». «Bandidos» habrían disparado a los soldados alemanes en la calle y los habrían herido. Y pensé: Bandidos ¿qué es eso? Aquello se repitió y comenzó a correr el rumor por el gueto de que en los bosques fuera de la ciudad se había formado un grupo de resistencia —o más— que atacaba a los soldados alemanes. Estaban armados y ofrecían resistencia. Decidimos establecer contacto con aquella gente. Era septiembre de 1942. Lo intentamos todo para llegar a ellos. A través de los campesinos, a través de los polacos. No cuajó nada. Unas semanas después oímos la expresión «partisanos». Entonces no teníamos ni idea de lo que eran[1].

Hay una imagen tópica de la Resistencia: los partisanos escondidos en la espesura, acechando a los nazis, destruyendo puentes y vías del tren, atacando la retaguardia enemiga mientras sobreviven en los bosques de forma romántica. Hay una gran cantidad de mitos sobre los partisanos que han llegado a la cultura popular. Películas como *La batalla del Neretva* y las otras decenas de «películas de partisanos» yugoslavas crearon unos estereotipos de larga duración. La serie de televisión británica *Alló, alló,* que satirizaba la Resistencia francesa, grabó en la memoria de muchos telespectadores occidentales en los años ochenta del siglo XX La imagen de la Resistencia francesa. Los cómics de partisanos en los países socialistas (*Mirko y Slavko,* en Yugoslavia; *El frente clandestino,* en Polonia) llevaron ese mito hasta los más pequeños.

Aunque se han escrito cientos de páginas sobre los «irregulares», tanto soviéticos como yugoslavos, y aunque cada vez hay más sobre polacos, griegos, ucranianos, bálticos y rumanos, también es verdad que no existen

investigaciones comparativas y que muchos de los mitos no han desaparecido[2]. Contrariamente a lo que se piensa, los partisanos pasaban la mayor parte del tiempo sobreviviendo: la lucha, el combate, las acciones eran algo por lo general poco frecuente, a lo que a veces había que esperar mucho tiempo. Los partisanos debían de aprender a realizar las tareas de la vida cotidiana y también a matar el tiempo, a llenar los vacíos con actividades para no caer en el tedio, la indisciplina o la desesperación.

Es cierto que hubo tantos tipos de partisanos como países e incluso como ideologías políticas había en ellos. Los partisanos de Albania, por ejemplo, se organizaban en torno a un líder, que como Myslim Peza y Muharrem Bajraktari a veces habían estado luchando ya mucho antes —contra los turcos, los austriacos, contra el rey Zog— y que incluso volvían del exilio expresamente para luchar. Alrededor del líder se reunía su familia, y era este aspecto de clan, de familia, lo que les distinguía de los partisanos yugoslavos, que eran más de tipo ideológico —ya fuera nacionalista o socialista[3]—. Por su parte, las vastas extensiones boscosas que cubren la llanura centroeuropea desde el Este de Varsovia hasta casi tocar Moscú fueron esenciales para el surgimiento del fenómeno de los «Hermanos del Bosque», partisanos polacos, bálticos, judíos o bielorrusos que luchaban contra su respectivo invasor, pero que a partir de 1944 fueron convirtiéndose cada vez más en guerrillas anticomunistas. En España eran «los de la sierra», que aprovechaban las estribaciones montañosas para escapar de la Guardia Civil y desarrollar su actividad armada. En cualquier caso, el papel de los partisanos en la Resistencia fue tan importante, que no podemos dejar de examinarlo más atentamente.

## *Una jornada*

Los partisanos se vieron obligados a sobrevivir, a veces durante largos años, en zonas montañosas y en bosques intrincados, ayudados por algunos lugareños y amenazados por otros, perseguidos por la Guardia Civil, las fuerzas antipartisanas nazis o los comandos del ejército del interior de la

NKVD. Era así como se veían obligados a crear formas de vida propias, hábitos de clandestinidad y supervivencia.

La vida cotidiana de los partisanos de uno y otro país era similar en muchas de sus facetas. Si bien las condiciones físicas del terreno, las tradiciones culturales, los vaivenes de la política de ocupación, las fases de la guerra y otros problemas marcaban el concreto discurrir de la vida, lo cierto es que el día a día se resumía en unos pocos aspectos: encontrar cobijo y comida, esconderse, realizar acciones, sobrevivir, entretener los tiempos muertos, formarse militar y socialmente. Esta vida cambiaba mucho de un día para otro. El encuentro inesperado con una patrulla del enemigo podía dar al traste con la mejor planificación, la presión de los perseguidores podía llevar a una desesperanzada huida. A menudo era necesario esconderse, meses enteros incluso, por las condiciones climatológicas o las necesidades de la lucha.

A veces, sobre todo cuando las partidas partisanas iban mermando su tamaño y quedaban reducidas a individuos aislados que luchaban por sobrevivir, el día a día no era más que una interminable búsqueda de cobijo y comida. Los últimos resistentes en el monte no eran más que desesperados y olvidados luchadores a los que les resultaba imposible regresar a la civilización. Eran personas como August Sabe, el último «hermano del bosque» estonio, muerto al caer al agua durante un encuentro con el KGB... ¡en 1978! O como Juan Fernández Ayala, *Juanín,* guerrillero comunista escondido en los montes cántabros hasta que la Guardia Civil lo atrapó en la curva del molino de Liébana en 1957.

Vamos a describir algunas de las formas de la vida del partisano. Usamos como columna vertebral de la descripción el recuerdo de un partisano del *Armia Krajowa* polaca, es decir, se trata de una partida relativamente grande, bien organizada y militarizada. A ello añadiremos algunos ejemplos de otros tipos de partisanos, que nos sirven para comparar y comprender mejor las diferencias entre unos y otros. La jornada del partisano, independientemente de su localización geográfica o ideología, era muy dura. Como comenta Marie Granet, refiriéndose al maquis francés:

> El maquis incluso cuando no era atacado por los enemigos, llevaba una vida muy ocupada: tenía que hacer el fuego, la cocina, ir a buscar el agua, la leña, el avituallamiento; velar para que la

> cabaña (o choza o granja) donde se alojaba no se deteriorara (sobre todo tras las lluvias o las nevadas). Tenía que estar al acecho, situar a los centinelas, realizar reconocimientos, asegurar los contactos con los jefes regionales y, evidentemente, aprender el oficio militar, el manejo de las armas (mantenerlas en buen estado). Tenía también que aprender a conocer el entorno cercano, saber por qué caminos, por qué senderos podría «descolgarse» si un enemigo demasiado fuerte aparecía. Debía, por lo tanto, contar siempre con la posibilidad de tener que irse y de volver a instalarse en otro lugar[4].

Aristina Pop-Săileanu, la partisana anticomunista rumana, nos describe cómo vivían en los montes de Maramures, en Rumanía, a finales de los años cuarenta:

> Nos construimos una choza en las montañas, en el bosque durante todo el invierno nadie salió de allí, para que no se pudieran ver las huellas en la nieve, porque si no, nos hubieran atrapado (...) En verano dormíamos en el suelo, con la cabeza sobre las raíces de un roble o un abeto[5].

Lógicamente el día estaba cargado de numerosas tareas cuyo discurrir no se encontraba totalmente delimitado y dependía de la situación de la guerra y de las operaciones que tenían en perspectiva. En las memorias de un partisano polaco del este del país se cuenta cómo pasaban el día en un campamento, a diferencia del bosque sin más:

> El día en los campamentos estaba organizado de forma completamente diferente que en el bosque. El día en una aldea comenzaba con un despertar temprano, excepcionalmente más tarde si se había marchado durante la noche. Sin embargo si la marcha había terminado al alba, ya no había tiempo para dormir. Entonces aquel día aumentaba la somnolencia o, al contrario, las quejas. Se dormía en chozas o pajares. En las chozas se dormía sobre paja extendida, sobre todo sin desnudarse, aunque se quitaban las botas, que se dejaban siempre a mano. Como almohada lo más normal era usar el morral de la munición y las granadas o el propio brazo. El arma debía yacer al lado. Se trataba por supuesto de estar siempre preparado porque podía sorprendernos la alarma en cada momento[6].

El mismo partisano sigue contando cómo era la jornada. No olvidemos, en cualquier caso, que esto es válido para los partisanos más militarizados, organizados.

> La diana nos ponía a todos en pie de inmediato y luego se deshacía rápidamente el campamento, se colocaba la ropa y se realizaban las abluciones diarias junto al pozo, en una cola un tanto desordenada. Después se pasaba lista en formación y se informaba del plan para el día, se señalaban las guardias y se cantaba la canción: «Cuando por la mañana levanta el alba». (...) Luego se corría a tomar la primera comida, cocinada en la cocina del cuartel por los encargados de ello. Todo se llevaba a cabo con buen ritmo, en orden, en cazuelas cuarteleras prestadas pero

con la cuchara propia. Un momento después se disolvía la unidad, puesto que cada destacamento y cada pelotón tenía sus propias tareas[7].

Normalmente el propio partisano se cuidaba de su arma, que a menudo era «recolectada» por él mismo, arrancándosela a un colaboracionista o un enemigo capturado o muerto. O las compraban. Arluk-Lawit, el partisano judío, explicaba cómo, para ser aceptado por los partisanos, tenían que hacerse con sus propias armas antes.

La armas tenían su precio. Yo pagué por una semiautomática de diez disparos, una llamada diesiatka, los candelabros del Sabbath que tenía escondidos en casa y por una pistola tuve que desenterrar los cubiertos de plata[8].

A veces, cuando se trataba de grupos más numerosos y organizados, o que contaban con el apoyo de un estado —los soviéticos— o un aliado —los yugoslavos—, existía un encargado de las armas y municiones que solía repasar las armas y asignaba nuevas municiones, repartiendo los suministros que les llegaban de los envíos de los apoyos externos. Una de las principales tareas era la de limpiar las armas. La limpieza de las armas ha sido siempre una ceremonia, un ritual especial para los soldados. No sólo se trataba de conseguir la mayor limpieza y efectividad del arma, algo que podía salvar su vida en más de una ocasión. Si la carabina, el subfusil sten o la automática no respondían a tiempo, su propietario podía darse por muerto. Pero además había un trasfondo muy asumido y consciente de que el arma «aseguraba también un agradable sentimiento de masculinidad en todo momento, incluyendo el día a día de la espera partisana»[9].

Esto lo vemos en la constante presencia del arma en las fotografías de los partisanos, de la que no se separan «ni siquiera para abrazar a sus hijos»[10]. En muchas de las imágenes conservadas de los partisanos, estos exhiben el arma en lugar preferente, algo que intenta hacer patente su resolución, su valía, su hombría. Y esto, curiosamente, sucede también en el caso de las fotografías de partisanas: nunca falta el arma, que no sólo es condición esencial de su existencia y de la labor que realizan, sino la forma de demostrar que ellas son también parte de esa comunidad peligrosa, de valientes luchadoras contra la injusticia. Las imágenes de partisanos con armas son muchas veces producto de reconstrucciones o posados. Se ve a

los actores en posiciones forzadas, extrañas, apuntando a sus propios compañeros, con sonrisas sarcásticas, cigarros en la boca, movimientos rebuscados[11].

En los Balcanes el arma tiene un valor añadido, es parte del hombre. Un hombre sin su arma pierde su masculinidad, no es respetado. Como cuenta Ioanna Tsatsos, un joven griego se niega a entregar su arma a los italianos, mata a uno de ellos. Su padre, cuando lamenta la ejecución inminente del muchacho, afirma:

> Mis hijos se han comportado siempre como unos hombres. Era su deber. No podía ser de otra manera. Sus armas eran su valentía, su libertad. ¿Cómo iban a renunciar a ellas?[12].

El momento de la acción era el decisivo. Ya hemos dicho que no se trataba de algo que se hiciera a diario, pero sí lo que daba sentido y significado a la dura vida en el monte. Las acciones podían ser de muchos tipos: represalia, ejecuciones, sabotajes, ataques a cuarteles de ejército y policía... Incluso verdaderas batallas contra el invasor, sobre todo cuando consistían en guerrillas profesionalizadas, como las soviéticas y balcánicas, o en momentos claves de la guerra, como los diversos levantamientos. Un ejemplo de formas de actuación nos lo da un partisano anticomunista rumano:

> Querían detener los autobuses, revisar todos los documentos de pasajeros y que cada comunista se comiera su carnet del partido. También querían llevarse todo lo que tenían: reloj, dinero, etc. Yo nunca hice eso. Siempre he luchado contra la teoría de la Securitate de que éramos bandidos, ladrones, criminales. Luché con un comportamiento honorable. Una vez arresté a un oficial de Seguridad, un coronel, con su esposa, su cuñada y su hija Mónica. Le hablé amablemente y le expliqué que no le haría nada en aquel día y en aquel lugar, porque no tenía derecho a juzgarlo. Le dije que a su debido tiempo será juzgado por envenenar las almas de los jóvenes con veneno comunista. Los dejé ir[13].

## *Comer en el monte*

Vivir sobre el terreno significaba que las redes de logística —habituales en los ejércitos— no existían. Los partisanos de cualquier tipo tenían que buscar cómo alimentarse, de dónde obtener provisiones. Generalmente esto se producía mediante requisas, robos, donaciones voluntarias de

campesinos o con una mezcla de chantaje y apoyo por parte de la población local. Tampoco era fácil preparar las comidas, sobre todo cuando se trataba de partidas muy grandes. A veces contaban con cierto apoyo de la población, y no era tan complicado:

> Se apoderaban de las cocinas y cacharros de las dueñas de las casas las cuales no siempre estaban contentas de ello. Encendían el fuego, traían un cubo de agua, extendían —donde se podía— las provisiones, extraían de la tierra de los dueños las patatas que no se habían llevado los invasores (...). El té no era más que un sueño, a veces tocaba algo de malta[14].

A veces conseguían la ayuda de los dueños de las granjas, alguna cocinera o muchachas que les ayudaban, a veces tenían buen trato con los de los pueblos y eso significaba «sabrosos añadidos a la dieta del partisano: pepinillos, chucrú, a veces huevos revueltos, y hasta vodka». A veces comían con los dueños de la casa, que eran lo que en España se llamaban «enlaces», es decir, gente que les ayudaba. Cada partida tenía su cocinero especializado y todos se alegraban cuando le tocaba a él.

Para el partisano polaco, la cena era también poco imaginativa: sopa de leche, huevos revueltos. Es muy interesante que afirma que «la leche y los huevos eran siempre comprados, a no ser que hubiera una fuerte oposición del dueño». Es decir, la requisa de vituallas era algo común, incluso entre quienes —como los partisanos del *Armia Krajowa*— gozaban de apoyo entre la población en la que actuaban. En general, la manutención de los partisanos fue siempre una de las superficies de mayor conflicto con la población civil. Ni siquiera los partisanos que tenían apoyo exterior podían hacer otra cosa que sobrevivir a base de robarles o requisarles a los campesinos de la zona. Además, los propios campesinos se exponían a ser represaliados por los ocupantes por apoyar a los guerrilleros. La táctica de la Wehrmacht en la guerra partisana de Bielorrusia, por ejemplo, fue la de requisar a los campesinos todos los suministros posibles, no sólo para usarlos ellos mismos, sino también para evitar que se los dieran a los partisanos. La situación en que los campesinos quedaban era, pues, terrible.

Cuando no había posibilidad de encontrar suministros, los partisanos se veían obligados a buscarse fuentes alternativas de alimentación: recolección, caza, pesca. A veces, las situaciones eran dramáticas. Un jefe de guerrilla española —citado por Alfonso Domingo— despotrica que

comían «hierbas o lagartos»[15]. El comisario de guerrilleros soviéticos Peter Danilovich Povarov cuenta que pescaban a base de lanzar a los ríos y lagos de Carelia granadas de mano que les habían quitado a los alemanes: «Una fuerte explosión y salen muchos peces, dos grandes corégonos. Cocinamos los peces para la cena y a las 24:00 nos echamos a dormir»[16].

### *Ocio e instrucción*

La guerrilla precisaba de unas habilidades y conocimientos de los que no todos disponían. Las enseñanzas eran a veces sistemáticas, a veces caóticas y sin plan, variaban también muchísimo por las diversas necesidades. El nivel de preparación de cada partisano en ciernes era muy distinto: voluntarios sin experiencia militar, antiguos soldados, campesinos, obreros... Por eso se necesitaba siempre un adiestramiento, en ocasiones tan esencial como el de aprender a disparar un arma. En las guerrillas más potentes, como las soviéticas, también había tipos de enseñanzas más especializados, como, por ejemplo, usar los explosivos para sabotaje. Arluk-Lawit explica cómo le animaron a presentarse para zapador:

> Me apunté voluntario con entusiasmo. Hice un curso durante unas semanas con el capitán Alexander. Él me enseñó en unos rieles de tren falsos cómo había de colocarse el paquete de explosivos en el raíl, cómo se vuela un tren, un puente. Me familiarizó con los distintos tipos de detonadores y también cómo hacer uno mismo los explosivos[17].

Aparte de la educación estrictamente militar se enseñaba a veces a usar la radio, a montar a caballo —medio de transporte fundamental, sobre todo en el este de Europa—, a leer y a escribir si era necesario. Se enseñaban también las pequeñas técnicas de supervivencia en el bosque y la clandestinidad, el uso de señales y sonidos (el canto del búho de los guerrilleros españoles), los lugares donde se habían de poner los correos para evitar que los detectaran las unidades antipartisanas... Dado el carácter político de buena parte de la Resistencia, había ejércitos partisanos que le daban un gran valor a la instrucción política. Esto es especialmente cierto de los comunistas —ya fueran los soviéticos u otros—, pero también en

otros tipos de partisanos había interés en adoctrinar a los reclutas. Como nos cuenta un partisano comunista italiano:

> Siempre hubo un enfoque democrático entre los partidarios individuales y los comandantes individuales. Y luego estaba el comisario político. Esta no era una figura jerárquica militarista, sino que daba lecciones políticas. No solo se hablaba sobre lo que haríamos con los alemanes mañana, sino también de por lo que realmente estábamos luchando. ¿Qué queríamos cambiar en Italia después de la guerra? A este respecto, el factor militar a menudo está sobrevalorado. Y casi todos renunciamos a nuestras armas en 1945. Sin embargo, nuestro compromiso no terminó ahí. Como muchos expartidarios, fui alcalde y concejal de distrito durante muchos años[18].

A veces la prensa clandestina llegaba hasta ellos, a menudo simples hojas en las que se escribían las noticias que se oían por la BBC o Radio Moscú. También ellos editaban sus propios periódicos o panfletos, generalmente con medios muy rústicos. La información era vital para los partisanos, el conectarse con el resto del mundo en guerra les hacía sentirse parte de un todo más grande, su lucha tenía un sentido.

Sólo por la noche tenían tiempo para descansar un poco, eso sí, si se quedaban a dormir en el mismo sitio. Entonces se dedicaban a repasar la ropa, a limpiarla y a arreglarla.

> Se metían los pies doloridos en agua. (...) Alguno preparaba hojas de tabaco que habían sido dadas por los campesinos o se las habían quitado. (...) Había algunos que jugaban con los niños, porque siempre había muchos niños a nuestro alrededor[19].

Si había un encargado de sanidad, estaba claro que nunca le faltaban pacientes. Pies hinchados, sarna, escorbuto, vendajes para las heridas. Una vívida representación de cómo se ocupaban los tiempos muertos nos la da el partisano polaco:

> Las noches tenían por lo común este aspecto: siempre alguno encontraba donde fuera un acordeón o si no lo había, una armónica. El tocar hacía que aparecieran las mozas y enseguida se bailaba. (...) cada vez los grupos se iban haciendo más alegres. Comenzaban los cánticos, se formaba un coro que ejecutaba todo el repertorio partisano. A veces en tales diversiones colectivas se producían actuaciones «artísticas» en las que se ofrecían divertidos skechtes (...). El poeta «Sewer» pronunciaba largos monólogos humorísticos y recitaba sus propias obras, sobre todo historias versificadas de la vida cotidiana de la partida o recuerdos patéticos de los amigos muertos. (...) El que mejor cantaba era el coro del pelotón soviético, a tres voces, con increíble fuerza (...). Era una canción extrañísima, que atravesaba con su fuerza el corazón, de una melodía poco habitual, encantadora y realizada con un enorme conocimiento lleno de expresión[20].

También los partisanos soviéticos gustaban de la música: «El tiempo pasa alegremente, tocan el acordeón y cantan la canción de Stenka Razin»[21]. Aunque, por supuesto, no se pasaban así todas las noches y las partidas más pequeñas tenían ocupaciones muy distintas. También las zonas de acción —si eran más pobladas, por ejemplo— podían ser más peligrosas y habían de evitarse ruidos y músicas. En general dominaba más bien la vida gris, el tremendo cansancio. A veces había ocasión de beber aguardiente casero, licores robados en algún lugar, vinos comprados a los campesinos. Por lo general, la embriaguez era mal vista e incluso perseguida, pero resultaba inevitable. Las tardes, si no había que marchar a algún otro lugar, si no había peligro inmediato, permitían cierta privacidad y cierto desahogo de la disciplina. El alcohol era también a menudo parte de los rituales. Arluk-Lawit cuenta cómo les habían recibido los partisanos soviéticos:

> Estaban un poco fríos y distanciados al principio. Cuando luego tomaron nuestros nombres y examinaron nuestras armas, fue mejorando. Mejor y más agradable. Entonces pusieron unas botellas de samogon, vodka casero, sobre la mesa. Cada uno de nosotros recibió un vaso y se brindó. Y se nos dijo entonces que habíamos sido admitidos[22].

Pero las tardes eran también —a menudo— el momento para recordar a los camaradas caídos.

> Cuando faltaba alguien después de la lucha, el comandante pedía un minuto de silencio. Si el lugar de acuartelamiento era una aldea, sus habitantes nos acompañaban en la silenciosa oración.

El día terminaba con la orden de ir a dormir.

> El acostarse para dormir iba acompañado de diversas charlas, a veces de algunas historietillas, murmuradas a media voz y con interrupciones. A veces se soltaba algún chiste grueso, brutal, que hacía reírse a todo el mundo. Aún surgían de los rincones sonoros susurros sobre la última acción o sobre el recuento. Reflexiones, comentarios, suposiciones. El ruido primero se iba apagando, transformándose en ronquidos, y alguien escuchaba los pasos del jefe y se resignaba. A medianoche reinaba un silencio aparente, solo quedaban despiertos los guardias y los perros de la aldea[23].

Cuando los partisanos se iban de algún lugar en el que habían sido bien recibidos, había sentimientos y alguna lágrima. Y también, por lo general, el alivio de ver que no había pasado nada, hombres armados y en guerra:

por fin, despedida privada de las muchachas ante la atenta mirada de los jóvenes del lugar (...). Siempre en alguna ventana se dibujaba al fulgor de las lámparas la sombra de una mujer con un pañuelo en la cabeza. ¿Miedo? ¿Alivio porque ya nos vamos? ¿O bendición maternal?[24].

Foto 14. Agosto de 1944, campamento de grupo partisano polaco (AK), en la zona de Grodno.

---

[1] Lustiger, *Zum Kampf,* p. 337.

[2] Leonid Grenkevich, *The Soviet Partisan Movement 1941-1944: A Critical Historiographic Analysis,* Londres y Portland, OR: Frank Cass, 1999; Bogdan Musial, *Sowjetische Partisanen 1941-1944: Mythos und Wirklichkeit,* Paderborn: Ferdinand Schoeningh, 2009; Aleksander Gogun, *Stalinskiye kommandos. Ukrainskiye partizanskiye formirovaniya, 1941-1944,* Moscú: ROSSPEN, 2012.

[3] Fischer, *Albania at War,* p. 111.

[4] Marie Granet, *Les jeunes dans la Résistance,* París: France-Empire, 1985, pp. 106-107.

[5] Aristina Pop-Săileanu, *Să trăiască partizanii până vin americanii,* Bucarest: Fundația Academia Civică, 2008, pp. 38-39.

[6] Stanisława Lewandowska, *Nadbużańskiego Podlasia okupacyjny dzień powszedni 1939-1944,* Varsovia: Trio, 2003, pp. 215-216.

[7] Lewandowska, *Nadbużańskiego,* pp. 215-216.

[8] Lustiger, *Zum Kampf,* p. 338.

[9] Lewandowska, *Nadbużańskiego,* p. 216.

[10] V. T. Stigneev, *Viek Fotografiia, 1894-1994. Ocherki istorii otechesviennoii fotografii,* Moscú: Librokom, 2009 (3), pp. 204-205.

[11] Dario Morgante, *Il sorriso dei partigiani: Ritratti fotografici di uomini e donne combattenti,* Roma: unaltrastoria, 2013.

[12] Ioanna Tsatsos, *Diario de la Ocupación,* Madrid: Ediciones clásicas, 1991, p. 45.

[13] Georges Diener, «Résistance paysanne et maquis en Roumanie de 1945 à 1965. La résistance paysanne à la collectivisation», en *Genèses* 43, junio de 2001, pp. 145-158.

[14] Lewandowska, *Nadbużańskiego,* p. 218.

[15] Alfonso Domingo, *El canto del búho. La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas,* Madrid: Oberon, 2002, p. 7.

[16] Entrada del 24 de junio de 1943, en Konstantin Gnetnev, *Tainy lesnoii voiny,* Petrozavodsk: Ostrova, 2007, p. 296.

[17] Lustiger, *Zum Kampf,* p. 340.

[18] *La resistenza Beiträge zu Faschismus, deutscher Besatzung und dem Widerstand in Italien* (2), Erlangen: limovobi – Verein zur Förderung alternativer Medien e.V., 2003, p. 9.

[19] Lewandowska, *Nadbużańskiego,* p. 220.

[20] Ibídem.

[21] Entrada del 22 de junio de 1943, en Gnetnev, *Tainy lesnoii voiny,* p. 295.

[22] Lustiger, *Zum Kampf,* p. 339.

[23] Lewandowska, *Nadbużańskiego,* p. 221.

[24] Ibíd. p. 222.

# CAPÍTULO 14

# LA MEMORIA DE LAS RESISTENCIAS

El 1 de marzo de 2011 se celebró en Polonia por primera vez un día festivo nuevo y muy peculiar. Era el «Día nacional de recuerdo de los *soldados malditos*». Impulsado por el presidente polaco Lech Kaczyński —que había fallecido trágicamente pocos meses antes—, la fecha pretendía homenajear el aniversario de la ejecución por parte de las autoridades comunistas en 1951 en la prisión de Mokotów, en Varsovia, de los líderes del 4.º Comando de la organización Libertad e Independencia (*Wolność i Niezawisłość,* WiN)[1]. Desde entonces y sobre todo desde el triunfo electoral en 2015 del partido ultraconservador Derecho y Justicia (PiS), la fecha se ha convertido en una de las celebraciones más importantes del país. Todos los años hay un esfuerzo considerable por parte de las autoridades por celebrar a quienes, con las armas en la mano, lucharon contra el comunismo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Los «soldados malditos» se han vuelto un mito pop, los jóvenes llevan camisetas con sus estampas, se hacen canciones de rock y rap sobre ellos y hay pintadas en las paredes y los muros, muchas de ellas con aquiescencia de las autoridades. En 2016 se comenzó a producir un refresco llamado «Soldados Malditos» que, según la empresa que lo produce, «se encuadra estupendamente en el ambiente actual de patriotismo de camiseta»[2]. Un lugar especial lo ocupan las constantes exhumaciones de los cuerpos de los ejecutados o caídos en combate, que son luego enterrados de nuevo en olor de multitudes y en medio de homenajes con gran participación juvenil.

Pese a su popularidad, la fecha, sin embargo, es bastante discutida, sobre todo por parte de organizaciones de la sociedad civil y por historiadores de izquierda o moderados. Algunos de los grupos de «Soldados Malditos» actuaron en muchas ocasiones casi como bandoleros, que vivían a costa de

la población —carecían de apoyo—. Algunos fueron culpables de diversos crímenes antisemitas y contra la población civil, de asesinatos de supuestos confidentes, de muertes injustificables. No todos son recuperables como héroes de la democracia. Pero son precisamente éstos, los más anticomunistas, y por tanto los que previsiblemente mayor violencia cometieron —por su desesperación y aislamiento—, los más recordados por los jóvenes nacionalistas y las autoridades de derechas. Y todavía aún peor: si durante la dictadura comunista las organizaciones prodemocráticas se esforzaron por recuperar y mantener la memoria de los resistentes del *Armia Krajowa* (que era considerado parte del Ejército Nacional, como ejército en el interior del país), las nuevas autoridades han contribuido a desfigurar y hacer palidecer su recuerdo, empeñadas en realzar a los «indomables». La ultraderecha polaca se identifica así a sí misma con los que no «pactaron» con los comunistas, haciendo una comparación muy clara entre las fuerzas democráticas que pactaron la transición del comunismo al capitalismo en 1989 a través de un acuerdo con las élites comunistas y quienes se «rindieron» en 1945 y aceptaron, aunque fuera a regañadientes, la conquista del Estado por los comunistas.

También otros homenajes similares provocan reacciones. El Instituto de la Memoria Nacional ucraniano presentaba en 2019 una campaña para «hacer la historia popular» a través de unos carteles que «modernizaban» a personajes de la historia ucraniana. Entre ellos estaba la figura de Roman Shujevich, uno de los líderes del UPA que colaboró con los nazis. El cartel, de atractivo diseño, actualizaba al líder rebelde disfrazándolo de hípster y con aspecto de estrella pop. Como no podía ser menos, el blanqueamiento de una figura muy discutida en el país levantó grandes críticas tanto en el interior como entre la comunidad internacional, aunque la campaña se mantuvo.

El papel de las resistencias no ha sido, pues, inequívoco. Su memoria ha producido, y sigue produciendo, debates y batallas mediáticas. Y eso es porque su recuerdo forma parte de la construcción histórica de muchas de las sociedades europeas contemporáneas. Resulta difícil minimizar el papel de las resistencias durante la Segunda Guerra Mundial a la hora de recapitular la historia posterior a 1945. En las ruinas aún humeantes de una

Europa destrozada por la guerra era necesario encontrar algún punto en común sobre el que forjar los nuevos estados. Los países que quedaron al margen de la influencia soviética fueron impulsados —menos España y Portugal— a construir democracias liberales. El mito de la «hora cero» en Alemania Occidental sirvió para intentar olvidar el pasado y comenzar a andar hacia el futuro, pisando los huesos crujientes de las víctimas propias porque las ajenas —causadas por los alemanes— quedaban bien resguardadas al otro lado de ese telón de acero que Churchill había percibido muy pronto, en las fosas comunes del Báltico y de Bielorrusia, bajo las ruinas de Varsovia o en el lago de las cenizas de Auschwitz. Hubo en cada país una suerte de hora cero, incluyendo la propia España del «Nuevo Estado» franquista. El final progresivo del conflicto europeo había creado la sensación —la necesidad— de tener que comenzar desde la nada para construir un mundo en el que el «Nunca jamás» sería la divisa que colgaría sobre la puerta de entrada, sustituyendo al «Arbeit macht frei» de la pesadilla hitleriana.

### *El consenso antifascista*

Pero al contrario que Alemania, los países del Occidente europeo, aunque también embargados del proyecto de utopía y de construcción de un nuevo mañana, contaban con unos ejércitos de personas que habían sacrificado vida, haciendas y futuro en aras de una liberación que, aunque claramente venida de fuera, era también al menos en parte obra suya. El martirio y la sangre sirvieron, pues, para santificar una experiencia que tenía mucho de reivindicación de una memoria no siempre propia, dado que habían sido siempre minorías quienes se habían alzado contra el invasor[3]. De este modo, la resistencia contra el nazismo se convirtió a partir de 1945 en una de las principales bases del pacto fundacional de los sistemas políticos y sociales de varios países europeos. El *consenso antifascista* sirvió de piedra sobre la que se elevaron los modelos de Estado del bienestar, pero también de socialismo de Estado.

En el oeste, en especial en Francia, Italia y el Benelux, la aceptación progresiva de la democracia parlamentaria y del reformismo del sistema

capitalista por parte de los partidos comunistas se llevó a cabo mediante la inclusión de su experiencia histórica de resistencia a la ocupación alemana en la narrativa común de la historia nacional. En la heroica mitología de posguerra, la derrota primera, el fenómeno colaboracionista, el fascismo propio y la propia participación en el Holocausto quedaban borrados por la sublimación de la lucha partisana y el sabotaje urbano. Se constituyó así una memoria de la Resistencia que elevaba a actor de ella a casi toda la nación, de la que quedaban excluidos sólo una pequeña parte de colaboracionistas y «traidores». Es lo que para Francia se ha llamado «resistencialismo gaullista» (por el general De Gaulle). Cuando al día siguiente de la liberación de París el general pronunciaba sus famosas palabras acerca del París martirizado, humillado «pero liberado por su propia mano y la del ejército francés», estaba creando ya un duradero mito que iba a perdurar largos años. La mitología heroica de la autoliberación, de la masiva participación de los franceses en la lucha contra el invasor, continuaría casi invariable hasta 1968. La importante diferencia entre la realidad y el deseo se cubría con patriotismo y palabras conmovedoras[4].

El mito se conformaba de la siguiente manera: Francia, que había sido descarnada por las luchas partidistas del periodo de entreguerras y la inutilidad de sus élites, es arrollada por un ejército mejor armado, ante la inoperancia —la traición— de sus aliados británicos. Sin embargo, la nación se resiste y, gracias a la Francia Libre de De Gaulle en el exterior, a las organizaciones del interior y a una pequeña ayuda aliada, consigue liberarse. Sólo un pequeño número de traidores colaboraron con los alemanes, todos fueron castigados durante la Liberación. La gran nación poseía, pues, la dignidad necesaria para dirigir Europa —una Europa desde el golfo de Vizcaya hasta los Urales, en palabras del propio general[5].

El mito, pues, tenía valores terapéuticos para una gran masa de la población que no había participado en la Resistencia, ayudaba a crear una nueva identidad nacional basada en épicos sentimientos y, al mismo tiempo, legitimaba el anhelo gaullista de recuperar un lugar privilegiado en la esfera de las relaciones internacionales para Francia. Es decir, tenía también una intencionalidad política clara y manifiesta. No es por ello banal el hecho de que cuando De Gaulle volvió al poder en 1958 —el principio de la V

República— comenzara una campaña de construcción de monumentos a la Resistencia, de creación de lugares de memoria y de general revalorización de la tradición resistencial.

En la República Federal de Alemania, por su parte, fue la mitología de la «hora cero» y su posterior inmersión en el «milagro económico alemán», el principal elemento para construir la autoconciencia y la identidad nacional. Tanto la resistencia al nazismo como el exilio quedaron durante mucho tiempo sumidos en el olvido cuando no en el desprecio. Los propios militares conservadores que atentaron contra Hitler el 20 de Julio fueron tenidos por traidores y renegados. A sus viudas les eran negadas pensiones; sus nombres, borrados de la memoria del ejército al que habían servido. Sólo a partir de los años setenta del siglo pasado, después de que en la revuelta de 1968 los hijos comenzaran a preguntar a los padres por su participación en el nazismo, comenzó un tibio reconocimiento de quienes se habían atrevido a plantarle cara en algún momento al Führer.

Pese a ello, sólo a partir de la reunificación alemana de 1990 comenzó la obsesión por la Resistencia. Esta acabaría llevando a una especie de carrera para demostrar que la acusación de Daniel Goldhagen, de general participación de los alemanes en la persecución de los judíos, quedaba puesta en entredicho a causa de las dimensiones —inesperadas— de la Resistencia. A cambio, y muy pronto, la resistencia de sus compatriotas forzados —o no— a vivir en el este, bajo el gobierno del Partido Socialista Unificado —la «zona de ocupación soviética»— se convirtió pronto en parte del discurso histórico de la RFA. El hecho de que el 17 de junio —el día del levantamiento contra el SED en 1953— se convirtiera de inmediato en «Día de la Unidad Alemana» y fuera festejado con pompa durante años, nos muestra cómo la resistencia anticomunista estaba —en las condiciones de la Guerra Fría— legitimada. Las persistencias del nacionalsocialismo en el discurso político anticomunista eran además evidentes.

Por el contrario, la República Democrática Alemana, la Alemania comunista, construyó su identidad legitimándola explícitamente a partir de la Resistencia. El «primer estado socialista en suelo germano» fue también el estado de los mártires y supervivientes del fascismo hitleriano. Un culto oficial a los caídos, a los encerrados en campos de concentración, que

olvidaba a las víctimas no comunistas y obviaba a los judíos como tales, sirvió para hacer de la RDA un estado «antifascista» por antonomasia[6].

El caso de la RDA sirve de ejemplo para comprender las formas que tomó el culto a la Resistencia en el Bloque del Este. Antifascismo oficial, resistencia sobre todo como obra exclusiva de los comunistas, proscripción —incluso legal— de resistentes anti o no-comunistas, glorificación y martirologio de héroes concretos que representaban sin embargo a todo el pueblo... El esquema se repite con ligeras variaciones en países como Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria o Hungría, pero también en Yugoslavia y Albania, países socialistas disidentes.

Basta con contemplar la evolución de la exposición permanente del Museo de Auschwitz para comprender cómo ha cambiado la percepción: en las primeras versiones de la exposición, los internos eran presentados en forma abstracta, víctimas del fascismo en general, polacos, comunistas también. Sólo con el tiempo encontraron los judíos concreta expresión de su ser étnico, la razón, en suma, por la que habían sido aherrojados y exterminados en el campo.

La Resistencia partisana y popular formó también parte importante de la legitimación principal del estado soviético después de la guerra. Superada la virtualidad de la ideología revolucionaria —es decir, modernizadora— como método para movilizar las masas y crear su identidad común, el estado soviético que sobrevivió triunfante a la barbarie nazi construyó su nueva identidad y su nueva legitimidad a partir de la traumática guerra de liberación nacional, la «guerra patriótica». Ciertamente, la identidad soviética —y luego rusa— se conformó a través de la imagen del soldado del Ejército Rojo que liberaba Europa de la plaga fascista, pero esto se unía también en una secuencia conjunta con el martirio de la población civil y la lucha del partisano, quien era además la encarnación del pueblo. Para la URSS, no existió el colaboracionismo. Todo el pueblo soviético, en masa, se enfrentó al agresor[7].

De este modo el consenso antifascista existente tanto en el este y el Oeste, si bien desde premisas distintas, cumplía idénticas funciones identitarias y permitía que, a estos niveles, las dos partes de Europa pudieran tener un lenguaje común en al menos algunos aspectos. El éxito en

occidente de películas como la soviética *Cuando pasan las cigüeñas* en la década de 1970 o la polaca *El canal* en la de 1950 se explica en parte por el hecho de que su tema era inteligible para el público de la Europa capitalista: la imagen de la retaguardia de la guerra mundial en aquella, del alzamiento de Varsovia en esta.

## *Los mitos comunistas*

El final de la guerra en la URSS y los territorios reconquistados y anexionados por ella (los países bálticos, Bielorrusia y Ucrania Occidental, Moldavia y Besarabia, Transcarpatia, Prusia Oriental) supuso una decidida apuesta por la resovietización en un sentido estalinista. Es decir, muy pronto, ya desde 1944 en ciertas regiones, se construyeron los primeros monumentos y se colgaron las primeras placas conmemorativas. Todo ello se inscribía en una narración heroica y victimista que había ido surgiendo durante la guerra, pero que, una vez acabadas las leves liberalizaciones del período 1941-1945, confluyeron en un modelo de memoria de la guerra cerrado, autárquico y voluntariamente no nacionalista: la URSS había vencido al enemigo fascista-hitleriano —no a Alemania—, a base de grandes sacrificios del pueblo soviético, había sido una tarea heroica de liberación de los pueblos ocupados de Europa, los cuales —pueblos hermanos— estaban muy agradecidos por ello y lo demostraban en cada ocasión.

El énfasis, sin embargo, no estaba en la guerra, sino en su superación, en la reconstrucción, en la búsqueda de un orden nuevo, de una paz duradera, que estaba amenazada por los ahora enemigos angloamericanos. Este modelo de recuerdo de la guerra se transmitió a todos los países del bloque a partir de la instauración de las democracias populares. En los países bálticos, ahora de nuevo bajo dominio soviético, se llevó a cabo una amplia operación de ocultamiento, disolución y falseamiento de la historia del período 1939-1945. Los *nacionalistas* —a quienes se acusaba de fascistas, de colaboracionistas y de promover el regreso de las dictaduras de entreguerras— eran culpables de todos los crímenes posibles y sólo gracias a la URSS se habían liberado los pueblos bálticos de la opresión nazi. Estos

*nacionalistas,* del mismo modo que los ucranianos —los *banderistas*—, eran la imagen viva de todo mal y de toda agresión y, de hecho, aliados con los anglosajones, seguían intentando destruir desde el exilio el poder soviético y la paz de los pueblos.

En Polonia y otras repúblicas socialistas, las formas de estas políticas fueron calcadas casi al completo de la práctica soviética. Es verdad que había ciertas peculiaridades, ciertos acentos, pero en general el modelo era el mismo. Un ejemplo muy peculiar de la memoria de esta época es el campo de concentración de Auschwitz y sus usos. Abierto como museo desde 1948, las primeras exposiciones de Auschwitz hacían hincapié en el martirio del pueblo polaco como un todo y en los millones de polacos que habían muerto en él. Se obviaba el hecho de que la mayor parte de los asesinados allí habían sido aniquilados por el hecho de ser judíos, pero tampoco se hacían referencias a la composición multinacional de los internos. En realidad no se trataba tanto de una «polonización» del recuerdo, como de una negación de la pluralidad, un monolitismo ideológico que se reflejaba en lo étnico-nacional. Se privilegiaba también a los comunistas en todos los aspectos: los únicos partisanos habían sido los comunistas, el resto había pactado con los fascistas en algún momento u otro, sólo los comunistas habían resistido al invasor[8].

Tras la breve explosión de libertades del año 1956 —en la que se iniciaron procesos de memoria alternativos al oficial—, con el final de las reformas y, definitivamente con la caída de Krushev en la URSS, comenzó una fase en la que las élites comunistas se dedicaron a reforzar el patriotismo —definido como socialista— de sus masas. Lo importante ya no era la utopía de la construcción del socialismo, sino el orgullo por la derrota de los fascistas y la liberación del yugo extranjero. El pueblo, la nación, legítimamente orgulloso por haber expulsado al ocupante, era ahora el sujeto de la política, definida por el partido como su vanguardia. El mito de la Gran Guerra Patria tomó así su forma más clásica. A partir de 1964 se comenzaron a construir en la URSS los gigantescos monumentos a la madre patria —como el de Kiev o Volgogrado—, los veteranos de guerra —que estaban ahora llegando a la jubilación— comenzaron a recibir beneficios sociales y distinciones especiales, las celebraciones de los aniversarios de la

guerra cobraron una importancia suprema. Por todos lados surgieron monumentos, museos, cementerios y espacios de memoria relacionados con el conflicto. La cohesión social que no se podía lograr ya por el recurso a la revolución futura se lograba a través del recuerdo a la victoria (y este era el cambio de acento con relación a la época estalinista) pasada. En buena medida era una revisión de la proyección discursiva que seguía los pasos que habían dado ya los países disidentes como Yugoslavia y Albania, quienes habían construido su particularidad para mantenerse fuera del bloque de obediencia soviética en torno a su «autoliberación» durante la Segunda Guerra Mundial.

Los países del Bloque del Este aceptaron gustosos este cambio de política del Gran Hermano porque les permitía expresar elementos nacionales —nacionalistas— que habían sido hasta entonces vedados. Aunque la narrativa histórica comunista en todos estos países había utilizado, para crear sus propias narraciones del pasado histórico —y de las perspectivas futuras—, elementos de la narrativa nacionalista tradicional y a veces hasta de la ultranacionalista (como en Polonia), no se había llegado más allá del uso de un patriotismo unido a una visión progresista de la historia. El recurso a la lucha heroica de la Segunda Guerra Mundial supuso la oportunidad de integrar en la vida cotidiana un patriotismo entendido dentro de los marcos del nacionalismo tradicional. Algunos tipos de resistencia no comunista contra los nazis comenzaron a ser rehabilitados, en especial, el *Armia Krajowa* polaca. No fue éste un proceso unívoco ni general, pero a lo largo del tiempo y, sobre todo a partir de 1968, con el fin definitivo de los ideales reformistas y la consolidación de los socialismos de consumo, se desarrolló un consciente programa de recuerdo a la guerra que, en algunos lugares permitió incluso la rehabilitación de los partisanos no comunistas y de su aporte a la marcha de la guerra. Esta construcción de memoria —completamente consciente— se demostró muy fuerte y, en algunos países, Rusia sobre todo, sobrevivió a los cambios políticos.

## *El fin de un mito y el comienzo de otro*

Cuando la ciudad de Roma se otorgó a sí misma un alcalde posfascista en aquellas mismas fechas de principios de 2008 en las que Silvio Berlusconi ganaba de nuevo las elecciones, los medios de comunicación y los partidos políticos italianos clamaron que el consenso antifascista que había conformado la Italia de posguerra se había quebrado. Un sentimiento de que algo había cambiado embargó a los italianos, pero fue aquel un sentimiento que compartían con muchos europeos de otros países. El fin del mito de la resistencia contra el invasor nacionalsocialista había ido gestándose a lo largo de mucho tiempo, pero la conciencia de ello les alcanzó de improviso, sin que supieran cómo se había llegado a una situación tan alejada de sus experiencias. Aquella discusión, sin embargo, no era más que una más de las muchas que habían ido surgiendo a partir de 1989 en muy diversos países y de formas muy parecidas. La caída del muro no sólo cambió la situación en la Otra Europa, la Europa que salía de la larga marcha desde el capitalismo hacia el capitalismo pasando por el estatalismo socialista. Cierto que los consensos obligados y los silencios significativos creados por los gobiernos comunistas en el este se habían roto por completo y el papel de las resistencias de la Segunda Guerra Mundial —en especial las comunistas— comenzaba a transformarse. Pero también para el oeste se había venido abajo un mundo. Las seguridades de la posguerra desaparecieron para siempre. Lo que ni Mayo del 68 ni la crisis del petróleo habían logrado, lo consiguieron los manifestantes de *Solidarność* y las decisiones de Mijaíl Gorbachov en aquella —parecía— lejana y oscura parte del continente europeo.

Pero aquella ruptura sólo era aparente. En el occidente de Europa la narrativa básica de la Resistencia no cambió. La idea era que la ocupación alemana había sido un estado de excepción en la vida del país, que los males habían venido de fuera y que todo el pueblo de las «pequeñas naciones», mucho menos fuertes que su enemigo, habían resistido al invasor. La solidaridad nacional durante la ocupación había sido total, por encima de clases y partidos. Cierto que a lo largo de los años sesenta y setenta surgieron quebraduras en ese dibujo: los noruegos comenzaron a revisar los «niños alemanes», es decir, el problema de los hijos de los colaboradores, que habían sido discriminados; los daneses hicieron algún

amago de querer enfrentarse al hecho de que su gobierno, legítimamente elegido, colaboró hasta el final con los alemanes; los holandeses descubrieron el hecho de que, si la mayor parte de los judíos neerlandeses había sido exterminada, alguien en el propio país debía haber ayudado. En fin, Francia descubrió a Vichy —gracias a historiadores extranjeros— y se debatió sobre las represalias y asesinatos por parte de la Resistencia al término de la guerra. De hecho, la memoria de la Resistencia como consenso antifascista había sufrido constante erosión, especialmente a partir de 1968. Por un lado, la ultraderecha que se sentía ligada al régimen de Vichy, puso siempre reparos al mito y no cejó en rescatar los valores patrióticos de los colaboracionistas, mostrando siempre que se podía las sombras de la Resistencia. Por otro lado, muchos jóvenes de Mayo del 68 acusaban a la república de continuidad con el período de ocupación, algo que, la escasa apertura oficial a perseguir funcionarios de la época colaboracionista —o a abrir archivos— parecía demostrar[9].

La otra gran batalla contra la memoria de la Resistencia se dio en Italia, impulsada por la tumultuosa izquierda de la época, que se preguntaba acerca de las continuidades del fascismo y la casi guerra civil olvidada[10]. También el ataque al consenso antifascista había sido —como en Francia— continuo. La herencia fascista era muy profunda y había impedido a veces una «limpieza política» adecuada, según muchos. La depuración había sido una farsa, una mentira. La Resistencia, una revolución traicionada, fracasada[11]. Ello surgía al tiempo que, desde el extremo político opuesto se comenzaba a cuestionar la «limpieza» de la resistencia al fascismo. No es casual que el libro de Claudio Pavone que abrió el debate más importante sobre el significado de la violencia resistente apareciera en 1991, con la desintegración del comunismo[12]. En los más extremos de estos discursos se comparaba la violencia de la resistencia comunista con la del estado fascista, en especial tras el derrumbe del gobierno mussoliniano y el establecimiento de la República de Saló. Unos y otros, comunistas y fascistas, se igualaban en el desprecio a la democracia liberal, en su horizonte totalitario. Pero era evidente que estos discursos representaban a menudo una simple arma política en contra de la importancia del Partido

Comunista Italiano, a quien no se le podía achacar su falta de compromiso con la democracia italiana desde 1945.

Sin embargo, la imagen básica en la sociedad y que siguió existiendo, fue la de la resistencia como una heroica y épica empresa quizá ya no tan inocente, y con algo de sangre en las manos, pero, aun así, parte del bagaje positivo realizado por el país. Es más, la ola de interés por la memoria colectiva surgida a partir de la mitad de los ochenta ha reforzado esta imagen. La preocupación por la recuperación de las voces del pasado, la historia oral, no sólo académica sino y sobre todo realizada por amateurs, jóvenes y apasionados, ha servido para reconstruir el discurso de épico combate antifascista, otorgándole además nombres y rostros concretos. Los muchos institutos y centros de documentación de la memoria de la Resistencia —algunos antiguos, muchos otros creados en las últimas décadas— han contribuido a crear una nueva idea de la Resistencia más centrada en los participantes anónimos y en las víctimas. Esto se puede extender a casi toda la herencia de las resistencias de Europa Occidental.

En la Alemania reunificada, la herencia antifascista de la RDA fue cuestionada como «impuesta». Coincidía esto con el desarrollo del mito de la resistencia de la Wehrmacht —el atentado a Hitler del 20 de julio de 1944 — y con la recuperación de la memoria de quienes desde muy diversas posiciones ideológicas se habían opuesto a los nazis: Georg Elser, la «Rosa Blanca», los *Edelweisspiraten,* la resistencia obrera en los barrios y numerosos otros fenómenos resistenciales de menor entidad. Nació así un continuo forcejeo discursivo entre quienes pretendían mantener la herencia germanooriental —en esencia, la participación comunista— y quienes intentaban debilitar esa posición, acudiendo también a la herencia de la resistencia antihitleriana entre los socialistas, el ejército alemán o las diversas iglesias.

Muy distinta se conformó la situación en los países de Europa Central y Oriental que hasta la caída del Muro de Berlín pertenecían al Bloque del Este. Hacia 1989, los regímenes de socialismo de Estado —con la excepción de Yugoslavia— habían llegado a aceptar una versión más plural —si bien incompleta— del alcance histórico de la resistencia contra los alemanes en sus países. Las organizaciones no comunistas ya no eran

consideradas como «colaboracionistas», «fascistas» o «traidoras», todo lo más se adjuntaba el adjetivo de «burguesas». Si bien se seguía exagerando el alcance de la resistencia comunista, los hechos de sus contrincantes eran presentados de forma más o menos objetiva.

El fin del socialismo de Estado cambió todo esto y a toda velocidad. Las narrativas heroicas de los comunistas desaparecieron de pronto, surgió un nuevo mito, el de los luchadores de la resistencia contra el comunismo. En muchos países, en especial en el Báltico, la resistencia contra los alemanes se difuminó y la resistencia contra los soviets —absolutamente sofocada hasta entonces— cobró carta de naturaleza en la memoria colectiva. Esto llegó incluso hasta la rehabilitación de los grupos de índole fascista o ultranacionalista cuyo único mérito era haber sido rabiosamente anticomunistas. Así fueron rehabilitados grupos como los SS letones, las NSZ polacas, los ustachas en Croacia y los chetniks en Serbia. En Ucrania la situación fue un poco distinta: la división demográfica e ideológica del país hacía imposible una completa rehabilitación del UPA y se optó por crear una imagen que tendría luego éxito y sería trasplantada a otras latitudes: la de la lucha ciega contra los dos enemigos: el nazi y el soviético. La imagen de la guerrilla nacional luchando a la vez contra estos poderosos enemigos —a los que se añadía Polonia como tercero en discordia— remitía a David y Goliat y era fácil pasto para el mito. También, con el tiempo, los países Bálticos —como Hungría— comenzarían a resaltar otra vez la ocupación alemana y a ponerla al alimón con la soviética. Pero ello sería en buena medida resultado de la presión occidental para que los nuevos candidatos se adaptaran al discurso predominante en la Unión Europea.

En cualquier caso, como se muestra muy gráficamente en el Museo de la Casa del Terror de Budapest, donde apenas unas salas están dedicadas a los crímenes de los fascistas locales y una cantidad muy superior a los de los comunistas, la idea de la mayor responsabilidad soviética se ha asentado. La Unión Soviética —y su sucesora Rusia— es ahora el monstruo tremebundo que cumple el mismo papel que la Alemania nazi anteriormente. Tras la ocupación de Crimea en 2014 y la guerra en el Donbas, la Rusia de Vladímir Putin ha reafirmado el estereotipo[13]. El nuevo mito convive en

parte con el antiguo, pero cada vez más se va haciendo con la hegemonía casi absoluta en la narración básica de sus países y, cosa interesante, cada vez va siendo más asumido en la conciencia histórica de los países de Europa Occidental. Aunque muy disputado, sobre todo por su manipulación por la ultraderecha europea, la instauración en 2008 del Día Europeo de las Víctimas del Estalinismo y el Nacionalsocialismo —que se conmemora el 23 de agosto, el día del Pacto Molotov-Ribbentrop—, ha servido de alguna manera para acercar al Oeste los temores históricos del Este[14]. De alguna manera esto demuestra que, al menos en estos aspectos, está surgiendo una narración histórica común a ambas partes de Europa.

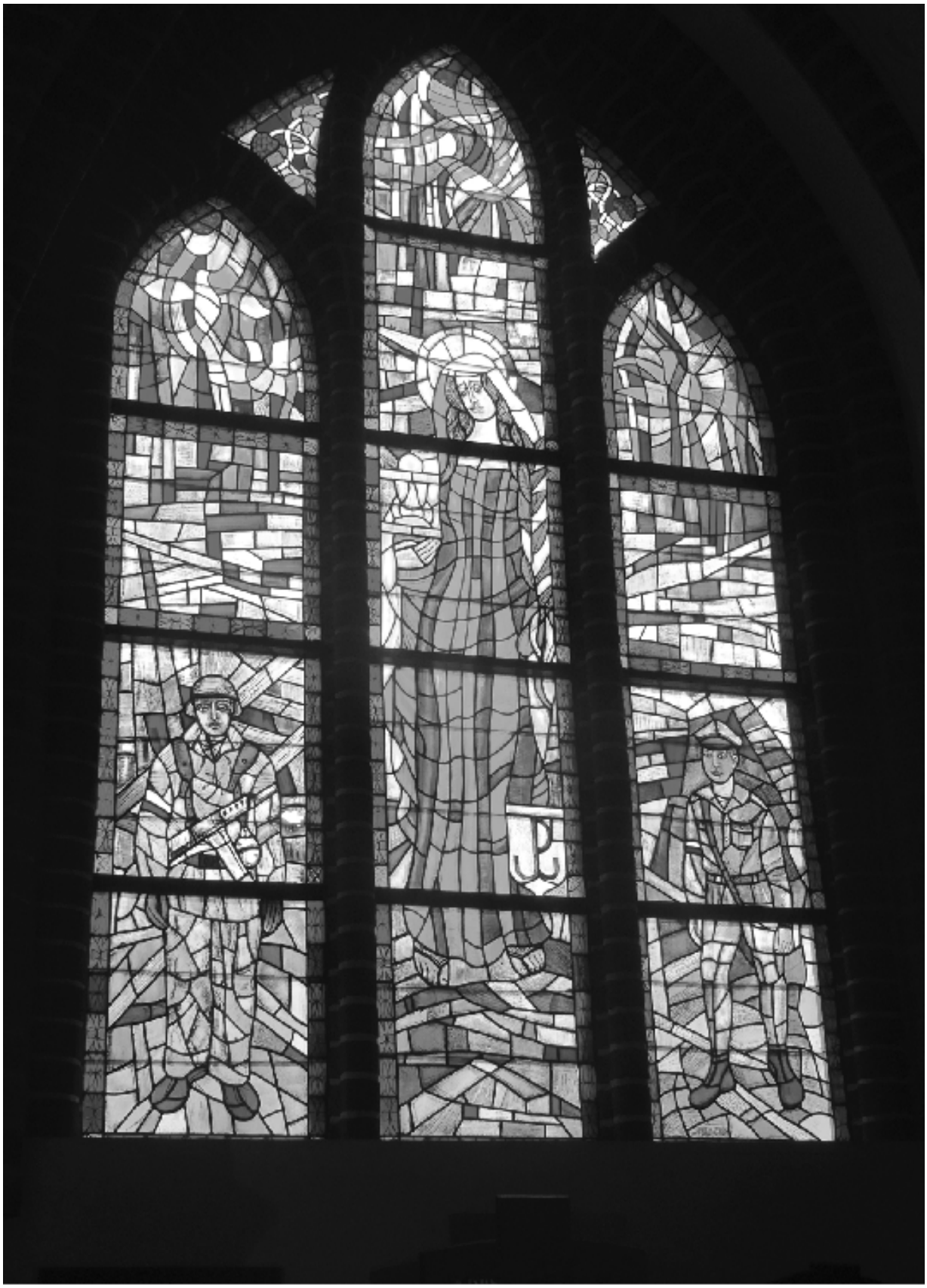

Foto 15. Fragmento de vidriera de la catedral de Szczecin, Polonia, donde se muestra a un miembro del *Armia Krajowa* y a uno de las «Filas Grises» bajo la advocación de la Virgen María, quien porta una enseña de la «Polonia en Lucha».

---

[1] Véase la legislación: http://prawo.sejm.gov.pl/isap.nsf/DocDetails.xsp?id=WDU20110320160.

[2] Tomasz Łabuszewski, Rafał Wnuk, Andrzej Friszke, Zbigniew Nosowski, «"Żołnierze wyklęci" – między historią, popkulturą a polityką. Dyskusja», en *Więź* 3(665), 2016.

[3] Pierre Lagrou, *The Legacy of Nazi-occupation. Patriotic Memory and National Recovery in Western Europe, 1945-1965,* Cambridge, Cambridge University Press, 2000, especialmente la parte IV.

[4] Cécile Vast, *L'identité de la Résistance: Être résistant, de l'Occupation à l'après-guerre,* París: Payot, 2010.

[5] Olivier Wieviorka, *La mémoire désunie. Le souvenir politique des années sombres, de la Libération à nos jours,* París: Seuil, 2010, pp. 67-147 especialmente.

[6] Thomas Ahbe, *Der DDR-Antifaschismus: Diskurse und Generationen, Kontexte und Identitäten; ein Rückblick über 60 Jahre,* Rosa-Luxemburg-Stiftung Sachsen, 2007; Uwe Backes, Steffen Kailitz (eds.), *Ideocracies in Comparison: Legitimation – Cooptation – Repression,* Routledge, 2015.

[7] Igor Yermolov, *Tri goda bez Stalina. Okupatsiya: sovetskiye grazhdane mezhdu natsistami i bol'shevikami. 1941-1944,* Moscú: Tsentrpoligraf, 2010.

[8] Zofia Wóycicka, *Przerwana żałoba. Polskie spory wokół pamięci nazistowskich obozów koncentracyjnych i zagłady 1944-1950,* Varsovia: Trio, 2009.

[9] Wieviorka, *La mémoire désunie,* capítulo IV.

[10] Filippo Focardi, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito pubblico italiano dal 1945 a oggi,* Roma-Bari: Laterza, 2005.

[11] Hans Woller, «Ausgebliebene Säuberung? Die Abrechnung mit dem Faschismus in Italien», en Weltkrieg Klaus-Dietmar Henke y Hans Woller (eds.), *Politische Säuberung in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration nach dem Zweiten Weltkrieg,* Múnich: Deutscher Taschenbuch-Verlag, 1991, pp.148-149.

[12] Pavone, *Una guerra civile.*

[13] José M. Faraldo, *El nacionalismo ruso moderno,* Madrid: Báltica, 2020.

[14] Véase la declaración: https://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+TA+P6-TA-2008-0439+0+DOC+XML+V0//ES.

# CAPÍTULO 15

# LA RESISTENCIA EN LA ERA DE LAS VÍCTIMAS

En su casa de la calle Olimpijska de Varsovia, en un día gris y brumoso del final del invierno, me contaba Jerzy Stefan Stawiński algunos fragmentos de su vida. Stawiński, que durante la Segunda Guerra Mundial había formado parte de la resistencia antinazi, se convirtió a partir de los años cincuenta en guionista de algunas de las películas más importantes del cine polaco. La escena que me estaba narrando había tenido lugar cuando, junto con el director Andrzej Wajda, fueron a presentar la película *El Canal* al festival de Cannes, en 1957. Unos cineastas franceses se mostraban fascinados por la idea del grupo de guerrilleros que, durante la rebelión de Varsovia en 1944, perseguidos por los alemanes y en medio de una ciudad devastada, intenta escapar por las alcantarillas, para al final hallar la perdición y la muerte cubiertos de suciedad, fango y excrementos. Los franceses le felicitaban por su imaginación, le preguntaban de dónde había sacado la idea. Stawiński me dijo: «por más que se lo repetía, aquellos franceses no podían comprender que la historia no era un invento, que había sido real y que me había pasado a mí»[1].

La época contemporánea es la época de las víctimas. Comenzó posiblemente con la recuperación y la construcción de la memoria del Holocausto durante los años setenta del siglo XX, algo necesario porque se trató de un crimen que ponía en cuestión la noción misma de ser humano. Pero después, con los años, los partidarios de toda causa, la que fuera, prefirieron presentarse como víctimas antes que como verdugos y luego incluso ser víctimas antes que resistentes. No han sido tiempos buenos para pensarse parte de una resistencia, sino mártir de un agravio, una

discriminación, una opresión. El cambio de perspectiva hacia los héroes de la Resistencia en Polonia es solo una muestra, aunque excepcionalmente clara. Ahora se prefiere a los «malditos», aquellos resistentes que fueron perseguidos y asesinados por la policía secreta comunista que a quienes sobrevivieron combatiendo el fascismo y el comunismo. Es una postura ideológica, pero es, también, una elección cargada de victimismo. La «sonrisa del partisano» no sirve ya, es preferible su gesto adusto al enfrentarse a un enemigo muy superior y morir en el intento.

Pero esto nos dice mucho de lo que significó la Resistencia. Durante la Segunda Guerra Mundial y en los años inmediatamente posteriores hubo movimientos de resistencia en todos los países invadidos y ocupados, también en todas las dictaduras del momento. Su nivel fue, sin embargo, muy diferente en las diversas regiones y a lo largo del tiempo. La realidad es que ninguno de los países invadidos entre 1939 y 1945 —ni siquiera Yugoslavia— fue capaz de liberarse por sí mismo. Por muy fuertes que fueran sus movimientos de resistencia sólo una combinación de la presión exterior —el «segundo frente», el avance del Ejército Rojo, el desembarco aliado, la multiplicación de problemas de la potencia ocupante—, añadida a la acción política de sus gobiernos en la emigración y la coyuntura de la guerra permitieron la liberación de las ocupaciones nazis. Para acabar con las ocupaciones soviéticas —lo que muestra, al fin y al cabo, lo diferente de su naturaleza— haría falta esperar al derrumbe del sistema a partir de 1989, y su discurrir sería además de un modo completamente opuesto al de las liberaciones realizadas durante la Segunda Guerra Mundial.

En el período que hemos visitado en este libro hubo varios tipos de resistencias debido a las muy diversas características geográficas, culturales, económicas, pero también al curso de la guerra y al lugar que cada territorio ocupaba en los planes de los ocupantes y en la realidad del sistema ocupacional. Al escribir sobre las resistencias europeas en esta obra hemos intentado responder en alguna medida a esa exigencia, uniendo los discursos dedicados tanto al Este y el Oeste geográficos como a los sistemas de opresión y ocupación de ambos espectros ideológicos. Es evidentemente esta una empresa difícil, quizá imposible. Pero al menos nos ha permitido examinar un fenómeno histórico específico. Aquí hemos

comparado las resistencias durante la Segunda Guerra Mundial y el período de sus secuelas y consecuencias inmediatas. Hemos intentado narrar una línea de continuidad más que hacer un catálogo de movimientos y hazañas. Ahora bien: ¿cuál es el resultado de este examen?, ¿hay posibilidad de extraer alguna consecuencia general de ello?

Como muestran los primeros discursos de Winston Churchill, la resistencia en los países ocupados jugaba un papel muy importante en su estrategia bélica. La fase final de la guerra había de llegar cuando los pueblos de Europa se liberaran a sí mismos, en vez de ser liberados por los aliados. Sin embargo, ya en la primavera de 1942 estuvo claro que la URSS iba a sobrevivir al ataque alemán y que el Frente del Este significaría una tremenda sangría para los nazis. También para entonces habían entrado en la guerra los estadounidenses, lo que trajo la posibilidad de que aportaran enormes ejércitos y armamento sin fin. Por otro lado, se había acumulado una mayor experiencia en la Resistencia y se había adquirido una mejor percepción de los problemas que producían los ejércitos secretos. A partir de entonces la Resistencia perdió importancia dentro de la estrategia de los aliados y el empuje hecho para avivarla y mantenerla desde fuera perdió fuelle o fue sobre todo destinado a apoyar el esfuerzo de guerra propio[2]. Cuando la Segunda Guerra Mundial fue terminando y las resistencias contra los alemanes dieron paso casi inevitablemente a la lucha contra la sovietización, los aliados occidentales carecían de estrategias para apoyarla. No era fácil: en las sucesivas conferencias —Teherán, Yalta— habían cedido ya el dominio de Europa Oriental a los soviets, mientras que muy pronto se demostró que tampoco estaban dispuestos a seguir la guerra para acabar con Franco en España o Salazar en Portugal.

La Resistencia no se desarrolló en forma teleológica, como acumulación progresiva de fuerzas que fueron creciendo constantemente, heroicamente, luchando contra todos los obstáculos, creando mártires que provocaban una mayor resistencia, llegando a un clímax que implicaba la liberación. Antes, al contrario. La lucha antisubversiva tanto de los nazis como de sus aliados dio sus frutos. A principios de 1943 toda resistencia en Hungría había sido liquidada, a finales de 1944 ya no existían partisanos en el Protectorado de Bohemia y Moravia, los guerrilleros eslovacos habían sido destrozados y

obligados a huir... Sólo el avance de los ejércitos aliados concedió un balón de oxígeno a unas organizaciones que habían sido una y otra vez desarticuladas, fragmentadas, exterminadas. Las represiones dieron nacimiento —es cierto— a rabiosas resistencias espontáneas, pero todas ellas acababan en el paredón o el campo de concentración, precisamente por ser irreflexivas y carecer de instinto de autoprotección.

Algo parecido sucedió con la resistencia contra la sovietización: apoyados por divisiones y destacamentos del NKVD y por las tropas del Ejército Rojo, los organismos de seguridad de los nuevos gobiernos comunistas dieron buena cuenta de la resistencia armada. Es evidente que, si hubiera habido un cien por cien de resistencia, si la amplia mayoría de una población hubiera tomado las armas o realizado masivamente la desobediencia civil, los ocupantes habrían tenido que darse por vencidos. O exterminarlos a todos. Pero el caso es que ni la oposición políticamente fundamentada, radicalmente ideológica, ni la de origen y planteamientos patrióticos llevó a una extensión masiva de comportamientos resistenciales. Una y otra vez se pueden encontrar expresiones de contrariedad ante la situación, de odio al régimen, insultos a los dirigentes, renuencia a aceptar órdenes, sabotajes de baja intensidad, negaciones de ayuda, tretas, escaqueos... Pero una resistencia consciente y comprometida fue cosa rara y difícil.

Las resistencias durante la Segunda Guerra Mundial se desarrollaron en el espacio que discurre entre las oposiciones a dictaduras propias y el combate contra la ocupación ajena. El caso primigenio fue el de España, donde una dictadura sangrienta —la tercera en la Europa de la época por número de muertos— se había construido usando métodos de guerra de ocupación y conflicto colonial. Ciertamente, no eran los franquistas extranjeros, pero sí se los percibía como «ocupantes» y no sólo en la práctica real de una guerra en la que los territorios iban siendo poco a poco ganados, sino que hasta las tropas de su ejército se denominaban a sí mismas como «tropas de ocupación». Tras la conquista, los despojos de los huidos durante la Guerra Civil española se unieron a los guerrilleros que cruzaron los Pirineos tras 1944 y enlazaron con el nacimiento de una —mil veces descabezada— oposición interior. Si estos guerrilleros estaban

conectados todavía con el impulso ideológico de la Segunda Guerra Mundial, la resistencia urbana con la que fueron enlazando —intermitentemente— hasta su total extinción era otra cosa ya: sus objetivos eran más cotidianos, de política diaria, y no pasaban por la «expulsión» —siquiera simbólica— del «invasor», sino por el cambio de régimen.

Las resistencias contra los nazis, los italianos y los soviéticos —hasta 1941—, así como las luchas menores contra húngaros, búlgaros y rumanos, son las que podemos denominar *clásicas*. Se trataba de combatir ocupantes extranjeros que habían cruzado las fronteras de un estado nacional existente. La lucha era clara y definida, en la mayor parte de los casos. Por su parte, las resistencias contra la sovietización a partir de 1944 unían un componente parecido —la presencia de tropas soviéticas— con otro que lo hacía más complicado: en todos los estados-nación sovietizados fueron naturales del país quienes se encargaron de construir los nuevos regímenes. Eran dependientes de sus aliados de Moscú, es cierto, pero aun así creaban una situación mucho más ambigua a la que no todos quienes se lanzaron a la resistencia sabían cómo responder. Era un dilema parecido al que se les había presentado a los hombres de Vichy: colaborar, no colaborar. Muchos se decidieron por hacer lo que se podía para salvar la integridad de la nación dentro de los esquemas geopolíticos dados. Otros pensaron con honestidad que el comunismo podía dar respuesta a los problemas del país. Aun así, en casi toda Europa Central y Oriental, la perspectiva con la que se contemplaron en general todos los regímenes comunistas durante sus más de cuarenta años de existencia fue la de que habían sido producto de una ocupación y había, por tanto, que recuperar la soberanía completa.

Más difusa es la cuestión de la Resistencia en territorios que no habían sido estados-nación en el momento de su invasión por los soviets, como Bielorrusia y, sobre todo, Ucrania. Aunque en estos territorios la Resistencia tuvo mucho de oposición política —en contra del establecimiento de un régimen comunista—, el caso es que las batallas contra la sovietización sirvieron para acrecentar conciencias nacionales mediante el establecimiento de poderosos símbolos de lucha contra un «invasor» —o dos—. Este papel de la Resistencia para las sociedades posteriores es quizá su mayor herencia. También hemos visto cómo en la construcción de las

sociedades europeas posteriores a 1945, la idea de la resistencia siguió viva, aunque fuera deformada y mitificada.

Algo que resulta evidente al analizar las diversas resistencias es que los países que habían conquistado la independencia en algún momento relativamente reciente de la historia —en general, los años posteriores a la Gran Guerra— desarrollaron a gran velocidad y casi desde el principio organizaciones y pautas concretas de oposición a la ocupación, mientras que las naciones más asentadas no consiguieron hacerlo hasta muy tarde. Francia, Dinamarca, Bélgica u Holanda, por ejemplo, tardaron en construir movimientos de resistencia —y los primeros pasos los dieron extranjeros o marginados—. Mientras tanto, en Polonia, Noruega o los Países Bálticos, sus ciudadanos no dudaron un segundo en crear grupos y organizaciones. Por supuesto que actos individuales de resistencia civil o de desagrado ante el ocupante hubo en todos lados y lugares desde el primer momento, pero la resistencia organizada tuvo que esperar algún tiempo y condiciones más favorables —si así se pueden considerar las represalias y crecientes violencias de los ocupantes—. La razón puede estar en algo tan sencillo como el valor de la experiencia: países que habían conquistado la independencia veinte o treinta años atrás no sólo contaban con «expertos» en clandestinidad que sabían qué se había de hacer para contrarrestar al poder de ocupación, sino que sus jóvenes habían sido educados en un espíritu resistencial e imbuidos de concretas nociones de cómo hacerlo. Por ello también la Resistencia se incrementó tremendamente cuando, después de 1941, los partidos comunistas se unieron a la lucha antihitleriana: la experiencia de clandestinidad les proporcionaba unas técnicas de lucha muy útiles a la hora de organizar la resistencia. Y aún más allá: las lecciones de la Segunda Guerra Mundial serían utilizadas por buena parte de las resistencias contra el comunismo, la continuidad de las formaciones resistenciales posteriores a 1944 es en todas partes muy marcada. Y ello pese a que la segunda ola de resistencia armada anticomunista —que aquí apenas hemos mencionado— surgirá con los procesos de colectivización de la agricultura a partir de 1948.

La pregunta final sería si la Resistencia —contra los fascismos y contra el imperialismo estalinista— sirvió de algo. Pero la utilidad es algo difícil

de medir y quizá conviniera ir respondiendo poco a poco a diversas cuestiones. Por ejemplo: ¿crearon estos movimientos espacios de mayor libertad?, ¿transformaron las prácticas del ocupante hacia los ocupados en un sentido positivo? A esto, la respuesta sería un rotundo no. La Resistencia provocó sobre todo represalias y, en general, empeoró la situación de los ocupados. La desesperada y rabiosa lucha contra el invasor —fuera el que fuera— condujo por lo general a la muerte y la tragedia, no siempre de quienes la ejercían, sino a menudo de la población civil. La contribución de la Resistencia a una liberación real sólo tuvo lugar en algunos momentos y en algunos países. En otros asombra y duele el pensar en la inmensidad de los sacrificios realizados, en la hondura de las pérdidas. ¿Significa esto que fue todo fútil? ¿Qué lo mejor en una situación de ocupación o dictadura es, como hicieron la mayor parte de las poblaciones ocupadas, mantenerse en la pasividad e intentar obtener de la situación lo más que se pueda?

Cierto que el acervo simbólico de la experiencia resistencial se convirtió en columna vertebral de la comprensión que de sí mismas tuvieron muchas sociedades. Parece difícil pensar que, si faltara este sacrificio, si la pasividad hubiera sido completa, la situación posterior de las sociedades europeas habría sido mejor. El hecho de demostrar reiteradamente al ocupante que no se le quería allí, condujo a la pérdida de legitimidad tanto de la ocupación en sí como de sus colaboradores locales. Ello significaba ayudar a construir otras legitimidades políticas que servirían para cimentar las situaciones posteriores a la ocupación. Se superaban así —al menos simbólicamente— los totalitarismos y se abrían nuevas perspectivas, la mayor parte de las veces bastante ambiguas, pero reales, existentes. Esto tuvo lugar en la posguerra de numerosos países occidentales, pero también en el Este de Europa, aunque en un primer paso se reforzaran los gobiernos de dictadura comunista. La resistencia a los nazis impidió por ejemplo abiertos antisemitismos en los nuevos regímenes del centro de Europa y abrió alternativas a la larga para nuevas propuestas sociales. Luego, la resistencia anticomunista ha funcionado en países posdictatoriales como mecanismo para legitimar las nuevas democracias. El capital de experiencias resistenciales ha sido y sigue siendo, pues, esencial para la construcción de sociedades civiles democráticas en nuestro continente.

Aunque quizá haya que mencionar la excepción de España, que ha dilapidado el acervo simbólico de las resistencias y sólo hace escasos años que parece intentar recuperarlo.

En su casa de la calle Olimpijska de Varsovia, Jerzy Stefan Stawiński respondía con paciencia a mis preguntas. Cuando le planteé qué era lo que había significado el Levantamiento de Varsovia para él —conocía su escepticismo acerca de lo que consideraba una empresa suicida—, me miró con brusquedad y contestó un tanto alterado: «¿Que qué significó para mí? ¡Pues qué iba a ser! ¡El momento más importante de mi vida!».

Caía ya la tarde en aquel gris invierno y Stawiński me había dado sin quererlo la clave para pensar la resistencia a los totalitarismos y dictaduras de los años treinta y cuarenta. La Resistencia se puede estudiar en sus aspectos militares, en lo que significa de oposición política, de lucha por una determinada libertad —personal o nacional—. Se puede contemplar también la forma en que sirvió para descargar tensiones sociales, en cómo representó una respuesta desesperada a represiones inéditas en la historia de Europa. Pero también es cierto que la lucha contra los ocupantes, con independencia de sus heroísmos indudables, de sus tragedias sin tregua, de sus errores terribles, de sus crímenes imperdonables, de su entusiasmo ciego y a la vez hermoso, de sus cinismos ambiguos, de su épica implacable y de su moralidad de hierro y fuego, es una lucha que hay que entender desde la perspectiva de unos protagonistas que tomaron una decisión en un momento de intensa violencia y máximo peligro, una decisión que los llevó a la experiencia más importante de sus vidas. Aunque a veces significara la muerte. Dice Alberto Cavaglion en su libro, en el que explica la Resistenza a su hija, que hay que mantener el equilibrio: «no perder de vista la asimetría inconciliable entre democracia y sistemas totalitarios, pero al mismo tiempo recordar que la moralidad no puede ser prerrogativa de una sola parte»[3]. Esto, que se acomoda muy bien a la resistencia en países que padecieron verdaderas guerras civiles, como España e Italia, sirve también para entender y recordar a muchos otros. En primer lugar, a las personas que entregaron su esfuerzo y sacrificio para salvar sus vidas y las de los suyos, como los judíos de los guetos centroeuropeos o los resistentes del

*Armia Krajowa,* y en general todas las resistencias antifascistas. Pero también nos permiten observar —nunca justificar— a los que al tiempo que combatían a Stalin para defender sus vidas, como los nacionalistas ucranianos o los ultraderechistas bálticos, usaron medios imperdonables, criminales, y llevaron a cabo matanzas y limpiezas étnicas, alejadas siempre del primario objetivo de su lucha por la libertad y producto del odio, el nacionalismo y la desesperación. Tampoco es fácil explicar por qué los resistentes comunistas —que se definían por su adhesión al genocida régimen estalinista— sirvieron en muchos casos para combatir dictaduras terribles y acrecentar la libertad de algunos países y algunas dictaduras. Incluso aunque su objetivo declarado no era una democracia parlamentaria, la lucha por las libertades los convertía en cruciales combatientes contra las dictaduras de derechas. El caso español es paradigmático, pero tampoco quedan lejos el francés o el italiano.

El balance de las resistencias es, por tanto, muy complejo y nada unívoco. Se trató, en cualquier caso, de unas experiencias que acabaron por constituir parte importante de la historia y de la memoria de un período de guerras, genocidios y revoluciones que ha marcado las sociedades europeas desde hace ochenta años. Sobre las cenizas dejadas por aquella violencia y sobre las experiencias de estas personas se ha construido —o comenzado a construir— la casa común europea. Sus experiencias, más allá de la valoración moral que hagamos —que es necesaria y transcendental— son en cualquier caso enormemente válidas para comprender nuestro presente.

Foto 16. La resistente anticomunista rumana Maria Plop con su hija, Ioana Voicu Arnautoiu, nacida en el monte (1959), en una foto de la policía secreta.

---

[1] Sobre Stawiński, véase Barbara Głębicka-Giza, *Stawiński i wojna. Reprezentacje doświadczenia jako podróż autobiograficzna,* Varsovia: TRIO, 2012; Barbara Giza, *Do filmu trafiłem przypadkiem*. *Z Jerzym Stefanem Stawińskim rozmawia Barbara Giza,* Varsovia: TRIO, 2007.

[2] David Stafford, «The Detonator Concept: British Strategy, SOE and European Resistance After the Fall of France», en *Journal of Contemporary Histor,* 1975, 10, 185-217, citado 209.

[3] Alberto Cavaglion, *La Resistenza spiegata a mia figlia,* Milán: Feltrinelli, 2015 (nueva edición), p. 104.

# ORGANIZACIONES DE RESISTENCIA

En este índice se inscriben solo las más importantes organizaciones citadas en el texto con sus siglas más habituales. Es, por tanto, muy incompleto, aunque suficientemente representativo de la cantidad y diversidad de las resistencias.

Albania
— Movimiento de Liberación Nacional (*Lëvizja Nacional-Çlirimtare,* LNÇ)
— Frente Nacional *(Balli Kombëtar)*
— Ejército de Liberación Nacional (*Ushtria Nacional-Çlirimtare*)
Austria
— Movimiento Austriaco por la Libertad *(Österreichische Freiheitsbewegung)*
— Movimiento Panaustriaco por la Libertad *(Grossösterreichische Freiheitsbewegung)*
— Partido Comunista de Austria (*Kommunistische Partei Österreichs,* KPÖ)
Eslovaquia
— Partido Comunista de Eslovaquia (*Komunistická Strana Slovenska,* KSS)
— Consejo Nacional Eslovaco (*Slovenská Národná Rada,* SNR)
Polonia
— Servicio para la Victoria de Polonia (*Służba Zwycięstwu Polski,* SZP)
— Liga de la Lucha Armada (*Związek Walki Zbrojnej,* ZWZ)
— Liga de la Venganza (*Związek Odwetu,* ZO)
— Ejército del Interior (*Armia Krajowa,* AK)
— Estado Clandestino *(Państwo Podziemnie)*
— Guardia Popular (*Guardia Ludowa,* GL)

— Fuerzas Armadas Nacionales (*Narodowy Siły Zbrojone,* NSZ)
— Estado Clandestino Polaco (*Polskie Państwo Podziemne,* PPP)
— Libertad e Independencia (*Wolność i Niezawisłość,* WiN)

Protectorado de Bohemia y Moravia

— Comunidad Nacional (*Národní Souručenství,* NS)
— Centro Político (*Politické ústředí,* PÚ)
— Defensa Nacional (*Obrana národa,* ON)
— Organización petitoria «Nos mantendremos fieles» (*Petiční výbor «Věrni zůstaneme»,* PVVZ)
— Jefatura Central de Defensa Nacional (*Ústřední vedení odboje domácího,* ÚVOD)
— Partido Comunista Checoslovaco (*Komunistická strana Československa,* KSČ)
— Consejo Nacional Checo (*Česká národní rada,* ČNR)

Estonia

— Comité de Salvación *(Päästekomitee)*
— Liga de la Patria *(Isamaaliit)*
— Liga de Defensa *(Omakaitse)*

Letonia

— La Cruz del Trueno *(Pērkonkrusts)*

Lituania

— Frente de Activistas Lituanos (*Lietuviu Aktyvistu Frontas,* LAF)
— Ejército de Independencia Lituano (*Lietuvos Laisvės Armija,* LLA)
— Movimiento de Lucha por la Libertad de Lituania (*Lietuvos Laisvės Kovos Sajūdis,* LLKS)

Dinamarca

— Partisanos Comunistas (*Kommunistiske Partisaner,* KOPA)
— Partisanos Ciudadanos (*Borgerlige Partisaner,* BOPA)
— *Holger Danske*
— Consejo de la Libertad *(Frihedsraad)*

Noruega

— Organización Militar (*Militær Organisasjon,* Milorg)
— Liderazgo del Frente Interior *(Hjemmefrontens ledelse)*

Ucrania

— Organización de Nacionalistas Ucranianos (*Organizatsia Ukrainskich Natsionalistiv,* OUN)
— Ejército Insurgente Ucraniano (*Ukrainska Povstanska Armia,* UPA)

Luxemburgo

— Unión de los Movimientos de la Resistencia *(Unio'n vun de Fräheetsorganisatiounen)*

Países Bajos

— Organización Nacional para la Ayuda a los Escondidos (*Landelijke Organisatie voor Hulp aan Onderduikers,* LO)
— Grupos de Asalto Nacionales (*Landelijke Knokploegen,* LKP)
— Servicio de Orden (*Ordedienst,* OD)

Bélgica

— El Ejército Secreto (*L'Armée Secrète,* AS)
— Legión Belga (*Légion Belge,* LB)
— Frente de la Independencia (*Front de l'indépendance,* FI)
— Fuerza de Trabajo Inmigrada (*Main d'Oeuvre Inmmigrée,* MOI)

Francia

— Fuerzas Francesas Libres (*Forces Françaises Libres,* FFL)
— Francotiradores y Partisanos (*Franc-tireur et Partisans,* FTP)
— Liberación Sur *(Libération-Sud)*
— Combate *(Combat)*
— Los de la Liberación (*Ceux de la Libération,* CDLL)
— Los de la Resistencia (*Ceux de la Résistance,* CDLR)
— Liberación Norte *(Libération-Nord)*
— Organización Civil y Militar (*Organisation civile et militaire,* OCM)
— Consejo Nacional de la Resistencia (*Conseil National de la Résistance,* CNR)
— Ejército Secreto (*Armée secrète,* AS)
— Fuerzas Francesas del Interior (*Forces Françaises de l'Intérieur,* FFI)

Grecia

— Movimiento de Liberación Nacional (*Ethniko Apeleftherotiko Metopo,* EAM)
— Ejército Griego de Liberación Popular (*Elleniko Laiko Apeletherotiko Strato,* ELAS)

— Liga Griega Nacional Democrática (*Ethnikos Dimokratikos Ellinikos Syndesmos,* EDES)
— Ejército Nacional y Social de Liberación (*Ethniki ke Kinoniki Apeleftherosis,* EKKA)

Yugoslavia

— Ejército de Liberación Nacional y Destacamentos Partisanos de Yugoslavia (*Narodnooslobodilačka vojska i partizanski odredi Jugoslavije,* NOV i POJ)
— Ejército Yugoslavo de la Patria (*Jugoslovenska vojska u otadžbini,* JVUO) [chetniks]

Organizaciones judías

— Organización Unida de Partisanos (*Fareinikte Partisaner Organisazje,* FPO)
— Organización Militar Judía (*Żydowska Organizacja Bojowa,* ŻOB)

Italia

— Comité de Liberación Nacional (*Comitato di Liberazione Nazionale,* CLN)
— Comité de Liberación Nacional de Italia del Norte (*Comitato di liberazione nazionale per l'Alta Italia,* CLNAI)
— Justicia y Libertad *(Giustizia e Libertà)*
— Grupos de acción patriótica (*Gruppi di azione patriottica,* GAP)
— Escuadras de acción patriótica (*Squadre di azione patriottica,* SAP)
— Cuerpo Italiano de Liberación (*Corpo Italiano di Liberazione,* CIL)

Rumanía

— Los Haiduc de Avram Iancu *(Haiducii lui Avram Iancu)*
— Organización Vlad Tepes II *(Organizația Vlad Țepeș II)*
— Organización Cruz y Espada *(Organizația Cruce şi Spadă)*

# AGRADECIMIENTOS

Durante el largo trayecto hasta llegar aquí, tengo que agradecer a muchas personas, algunas fundamentales para este trabajo, como Xosé Manoel Núñez Seixas, Olga Ilyukha, Patrycja Bukalska, Ernest Kowalczyk y Cristina y Dragoş Petrescu. Por su parte, Luca Baldissara y Enrico Acciai me apremiaron a acrecentar la parte dedicada a Italia y discutieron mis concepciones teóricas sobre la Resistencia en un interesante seminario en el Instituto de la Resistencia en Florencia, «Espressioni di violenza e strategie di controllo», en mayo de 2013. En otro seminario, en el Colegio Español de París, recibí buenas críticas de Laurent Dozou, Mercedes Yusta, y Jorge Marco. A los dos últimos les debo también otras discusiones y que me pasaran algunos de sus excelentes trabajos. Otros colegas como Catherine Gouseff, Aurelie Dennoyer, Fabrizio Cossalter, Kristina Burinskaitė, Gutmaro Gómez Bravo me ayudaron con su conocimiento de diversos tipos de resistencias.

Jerzy Stefan Stawiński, con quien este libro termina, compartió conmigo algunas de sus experiencias de la resistencia contra los nazis. La noticia de su fallecimiento me llenó de tristeza. Nunca pude devolverle un libro que me prestó, que conservo como un tesoro. Los amigos y compañeros historiadores de Polonia —en Varsovia, en Lublin, en Wrocław— me han enseñado muchas cosas y mi relación con la historiografía polaca me ha enriquecido siempre. En especial, deseo agradecer aquí a los investigadores Krzysztof Persak, Rafał Wnuk y Sławomir Łukasiewicz. ¡Como olvidar la noche en la taberna del casco viejo de Lublin cantando canciones de las resistencias polaca y ucraniana!

Una estancia de investigación en París, financiada por la Universidad Paris 7, Denis Diderot, con una beca *EC Invité GHES – Histoire,* con el patronazgo de Sophie Coeuré me sirvió para expandir mi conocimiento acerca de la Resistencia francesa. Otra estancia en la Universidad de

Varsovia con un Erasmus+ me permitió ponerme al día de lo trabajado en Polonia en los últimos años, gracias a mis buenos amigos Jerzy Kochanowski y Wlodzimierz Borodzej, trágicamente fallecido en el 2021. Mis estancias en la Universidad de Stanford, en California, gracias a Amir Weiner y el CREEES, me permitieron investigar en el archivo de la Hoover Institution, un verdadero tesoro sobre la resistencia en el Báltico, entre miles de cosas.

A Carolina Rodríguez-López, como siempre, le debo intelectual y personalmente, todo. Su lectura de las varias versiones de este libro añadió claridad a muchos aspectos del texto.

# LISTA DE ILUSTRACIONES


1. Monumento al Levantamiento de Varsovia (vista parcial) (foto: José M. Faraldo).
2. Cuartel de Hitler («Wolfsschanze», la «Guarida del Lobo»), cerca de Rastenburg, Prusia Oriental. De izquierda a derecha: Claus Schenk Graf von Stauffenberg, Karl-Jesko von Puttkamer, desconocido, Adolf Hitler, Wilhelm Keitel, el 15 de julio de 1944, a pocos días del atentado contra el dictador (Bundesarchiv).
3. Un ciudadano francés llora al ver desfilar al ejército galo, vencido y expulsado por el tratado de paz, hacia el África francesa (1940) (https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Weeping_Parisian_from_NARA_Ww2-81.jpg#file).
4. El capitán Longin Wojciechowski, «Ronin», jefe de la Cuarta Brigada partisana del AK polaco (Fundacja Ośrodka KARTA, Varsovia).
5. Fotografía del período de la ocupación alemana de Varsovia. Centro Sur. Monumento al Aviador en la plaza Unia Lubelskiej con el «Ancla» pintado por el *scout* Jan Bytnar, «Rudy» (Muzeum Powstania Warszawskiego).
6. Miembro del movimiento de resistencia de Maribo (Dinamarca) en 1945, Nationalmuseet (Frihedsmuseets fotoarkiv – Nationalmuseets Samlinger Online (natmus.dk)).
7. «El afiche rojo», un cartel de propaganda de la Francia de Vichy denigrando a la Resistencia.
8. Un tren descarrilado en noviembre de 1942 por el grupo procomunista danés BOPA (Nationalmuseet, Frihedsmuseets fotoarkiv – Nationalmuseets Samlinger Online (natmus.dk).
9. Partisanas y partisanos del ELAS (Grecia) (Del Ministerio de Relaciones Exteriores – Exposición fotográfica del servicio de Archivo Histórico y Diplomático. Exposición fotográfica del Departamento de Archivo

Histórico y Diplomático, CC BY-SA 2.0, https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=26282553).

10. Combatiente mirándose al espejo después de un ataque aéreo durante el Levantamiento de Varsovia (1944) (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Warsaw_Uprising_by_Lokajski_-_Girl_with_Mirror_-_3653.jpg).
11. Los partisanos entran en Milán. De izquierda a derecha: Aldo Aniasi, «Iso»; Enrico Casazza, «Rosso»; Vincenzo Moscatelli, «Cino»; Pietro Secchia, «Vineis», y Luigi Longo, «Gallo», estrechando la mano de Andrea Cascella, «Andrea» (Fondazione Aldo Aniasi).
12. Levantamiento de Varsovia: Formación del II pelotón de la Unidad de Defensa «Chwaty» («Malas Hierbas») de la WZW (Wojskowe Zakłady Wydawnicze, Editorial Militar Secreta) en el patio de una casa en la calle Bowden (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Warsaw_Uprising_by_Lokajski_-_Chwaty_-_4065.jpg).
13. Partisana Ona Lesinskytė-Akacija, de la Resistencia anticomunista lituana (http://www.genocid.lt/centras/lt/149/c/file=150/).
14. Agosto de 1944, campamento de grupo partisano polaco (AK), en la zona de Grodno (Fundacja Ośrodka KARTA, Varsovia).
15. Fragmento de vidriera de la catedral de Szczecin, Polonia, donde se muestra a un miembro del *Armia Krajowa* y a uno de las «Filas Grises» bajo la advocación de la Virgen María, quien porta una enseña de la «Polonia en Lucha» (foto: José M. Faraldo).
16. La resistente anticomunista rumana Maria Plop con su hija, Ioana Voicu Arnautoiu, nacida en el monte (1959), en una foto de la policía secreta *(copyright:* Archivo del Consiliului Național pentru Studierea Arhivelor Securității [ACNSAS], Bucarest, Rumanía).

# BIBLIOGRAFÍA


Ahbe, Thomas, *Der DDR-Antifaschismus: Diskurse und Generationen, Kontexte und Identitäten; ein Rückblick über 60 Jahre,* Rosa-Luxemburg-Stiftung Sachsen, 2007.

Álvarez, Santiago; José Hinojosa, José Sandoval (eds.), *El movimiento guerrillero de los años 40* (2), Madrid: FIM, 2003.

Apor, Balazs; Peter Apor, y E. A. Rees (eds.), *The Sovietization of Eastern Europe: New Perspectives on the Postwar Period,* Washington: New Academia, 2008.

Backes, Uwe, Steffen Kailitz (eds.), *Ideocracies in Comparison: Legitimation – Cooptation – Repression,* Routledge, 2015.

Bähr, Hans Walter (ed.), *Die Stimme des Menschen. Briefe und Aufzeichnungen aus der ganzen Welt, 1939-1945,* Múnich: R. Piper, 1961.

Bailey, Roderick, *Forgotten Voices Of The Secret War,* Londres: Ebury Press, 2009.

Baldissara, Luca, «Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrilla. Genealogías de las guerras del siglo XX», en David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra, Javier Rodrigo (eds.), *Europa desgarrada: guerra, ocupación y violencia, 1900-1950,* Zaragoza: Ediciones Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 49-80.

Barth, Boris, «"Partisan" und "Partisanenkrieg" in Theorie und Geschichte-Zur historischen Dimension der Entstaatlichung von Kriegen», en *Militärgeschichtliche Zeitschrift,* Vol. 64, núm. 1, Múnich, 2005, pp. 69-100.

Batinić, Jelenam, *Women and Yugoslav Partisans. A History of World War II Resistance,* Cambridge: Cambridge University Press, 2015.

Bedárida, François, «L'Histoire de la Résistance, Lectures d'hier, chantiers de demain», en *Vingtième siècle, revue d'histoire,* núm. 11, julio-septiembre de 1986.

Bédarida, Renée, *Pierre Chaillet: La genèse d'une résistance spirituelle,* París: Assas Editions, 2000.
Bennett, Rab, *Under the Shadow of the Swastika: The Moral Dilemmas of Resistance and Collaboration in Hitler's Europe,* Basingstoke y Londres: Macmillan, 1999.
Bentivegna, Rosario, *Achtung Banditen! Prima e dopo via Rasella,* Milán: Mursia, 2004.
Benz, Wolfgang; Johannes Houwink ten Cate; Gerhard Otto (eds.), *Anpassung, Kollaboration, Widerstand. Kollektive Reaktionen auf die Okkupation,* Berlín: Metropol Verlag, 1996.
Bernard, Henri, *Historia de la resistencia europea,* Barcelona: Orbis, 1986.
Bernard, Henri, *L'Armée secrète. 1940-1944,* Gembloux: Duculot, 1986.
Bistulas (Bistolas), Fanis, *Z Grecji do Polski – wspomnienia,* Nowa Ruda: Struga, 2004.
Bocca Giorgio, *Storia dell'Italia partigiana (1943-1945),* Bari: Laterza, 1966.
Bondarenko; V. P., y Pavel Ivanovich Rezonov (eds.), *Antifashistkoie dviyeniie Soprotivleniia v stranaj Evropy v gody vtoriii mirovoii voiny,* Moscú: Sotsekgiz, 1962.
Bór-Komorowski, Tadeusz, *Armia podziemna* (8), Varsovia: Bellona, 1994.
Borodziej, Włodzimierz, *Der Warschauer Aufstand 1944,* Fráncfort: Fischer, 2004.
Brandes, Detlef, *Die Tschechen unter deutschem Protektorat: Besatzungspolitik, Kollaboration und Widerstand im Protektorat Böhmen und Möhren,* vol. 1, Múnich: Oldenbourg, 1969.
Brewer, David, *Greece, the Decade at War: Occupation, Resistance and Civil War,* Londres: I.B.Tauris, 2016.
Bruneteau, Bernard, *L'Europe nouvelle de Hitler. Une illusion des intellectuels de la France de Vichy,* Mónaco, 2003.
Bubnys, Arūnas, «Antykomunistyczny ruch oporu na Litwie w latach 1944-1953», en Sławomir Poleszak, *Polskie podziemie niepodległościowe na tle konspiracji antykomunistycznych w Europie środkowo-wschodniej w latach 1944-1956,* Varsovia-Lublin: IPN, 2008, pp. 83-90.
Bukalska, Patrycja, *Sierpniowe dziewczeta '44,* Varsovia: Trio, 2013.
Burds, Jeffrey, *Sovetskaja agentura: očerki istorii SSSR v poslevoennye gody, 1944-1948,* Moscú/Nueva York: Sovremennaya Istoriya, 2006.

Cabrero Blanco, Claudia, «El PCE y las mujeres. La actitud del partido respecto a la militancia femenina durante el primer franquismo», en Manuel Bueno, Carmen García, José Hinojosa (eds.), *Historia del PCE...,* vol. I, Madrid: FIM, 2007, pp. 427-439.

Carrillo, Santiago, *Memorias,* Barcelona: Planeta, 2006.

Catalano, Franco, *Storia del C.N.L.A.I.,* Bari: Laterza, 1956.

Cavaglion, Alberto, *La Resistenza spiegata a mia figlia,* Milán: Feltrinelli, 2015.

Cerovic, Masha, *Les Enfants de Staline: La guerre des partisans soviétiques (1941-1944),* París: Le Seuil, 2018.

Chernobayev, A. A. (ed.), *Na priyeme u stalina. Tetradi (zhurnaly) zapisey lits, prinyatykh I.V. Stalinym (1924-1953 gg.),* Moscú: Novyy khronograf, 2008.

Chiari, Bernhard (ed.), *Die polnische Heimatarmee. Geschichte und Mythos der Armia Krajowa seit dem Zweiten Weltkrieg,* Múnich: Oldenbourg, 2003.

Chmielowiec, Piotr (ed.), *Okupacja sowiecka ziem polskich 1939-1941,* Rzeszów, Varsovia: IPN, 2005.

Chojnacki, Władysław; Marek Jastrezębski (eds.), *Bibliografia polskich publikacji podziemnych wydanych pod rządami komunistycznymi w latach 1939-1941 i 1944-1953. Czasopisma, druki zwarte, druki ulotne. Bibliography of Polish Underground Publications Issued under Communist Rule 1939-1941 and 1944-1953. Periodicals, Books, Brochures and Leaflets,* Varsovia, 1996.

Dąmbski, Stefan, *Egzekutor,* Varsovia: Karta, 2010.

*Das Tagebuch der Partisanin Justyna. Jüdischer Widerstand in Krakau,* Berlín: Elefanten Press, 1999.

Davies, Norman, *Varsovia 1944,* Barcelona: Planeta, 2005.

Dawidsohn-Draengerowa, Gusta, *Pamiętnik Justyny,* Cracovia: Wojewódzka Żydowska Komisja Historyczna, 1946.

De Luna, Giovanni, *La Resistenza perfetta,* Milán: Feltrinelli, 2015;

Debruyne, Emmanuel, *La guerre secrète des espions belges, 1940-1944,* Bruselas: Éditions Racine, 2008.

Díaz Díaz, Benito (ed.), *La guerrilla en Castilla-La Mancha,* Ciudad Real: Almud, Ediciones de Castilla-La Mancha, 2004.

Díaz Díaz, Benito, *La guerrilla antifranquista en Toledo: la primera Agrupación Guerrillera del Ejército de Extremadura-Centro,* Talavera de la Reina: Colectivo de Investigación Histórica Arrabal, 2001.

Díaz Díaz, Benito, y José Ignacio Fernández Ollero, *Mujeres y hombres de la sierra. La guerrilla antifranquista en la Siberia Extremeña y la Jara Toledana (1939-1950),* Talavera de la Reina: Colectivo de Investigación Histórica Arrabal, 2017.

Diener, Georges, «Résistance paysanne et maquis en Roumanie de 1945 à 1965 La résistance paysanne à la collectivisation», en *Genèses* 43, junio de 2001, pp. 145-158.

*Dizionario della Resistenza,* Turín: Einaudi, 2000.

Djilas, Milovan, *Der Krieg der Partisanen, Jugoslawien 1941-1945,* Viena, Mchn., Zúrich, Innsbruck, F. Molden, 1977.

Domingo, Alfonso, *El canto del búho. La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas,* Madrid: Oberon, 2002.

Douzou, Laurent, Robert Frank, Denis Peschanski y Dominique Veillon (eds.), *La Résistance et les Français: Villes, centres et logiques de décision,* Cachan: École Normale Supérieure, 1995.

Duraczyński, Eugeniusz, y Jerzy Janusz Terej, *Europa podziemna, 1939-1945,* Varsovia: Wiedza Powszechna, 1974.

Dutry-Soinne, Tinou, *Les méconnus de Londres. Journal de guerre d'une Belge 1940-1945,* Bruselas: Racine, 2006.

Düwell, Kurt, y Michael Matheus (eds.), *Kriegsende und Neubeginn: Westdeutschland und Luxemburg zwischen 1944 und 1947,* Stuttgart: Franz Steiner, 1997.

*Dvizheniye Soprotivleniya v Zapadnoy Yevrope. 1939-1945. Natsionalnyye osobennosti,* Moscú: Nauka, 1991.

Eisner, Peter, *The Freedom Line: The Brave Men and Women Who Rescued Allied Airmen from the Nazis During World War II,* Nueva York: Harper Collins, 2004.

*Estonia 1940-1945. Reports of the Estonian International Commission for the Investigation of Crimes against Humanity,* Tallin, 2006.

Faraldo, José M., «Resistance against Fascism and Communism in Europe. Towards a model of analysis», *Annals of the University of Bucharest / Political science series,* 16(2), 2014, pp. 23-38.

Faraldo, José M., *El nacionalismo ruso moderno,* Madrid: Báltica, 2020.

Faraldo, José M., *La Europa Clandestina. Resistencia contra las ocupaciones nazi y soviética (1938-1948),* Madrid: Alianza Editorial, 2011.

Faraldo, José M., *Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado,* Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018.

Faraldo, José M., Paulina Gulińska-Jurgiel y Christian Domnitz (eds.), *Europa im Ostblock. Vorstellungen und Diskurse, Europe in the Eastern Bloc. Imaginations and discourses,* Viena/Colonia: Böhlau Verlag, 2008.

Felder, Björn M., *Lettland im Zweiten Weltkrieg. Zwischen sowjetischen und deutschen Besatzern, 1940-1946,* Padeborn: Ferdinand Schöning, 2009.

Fernández Rodríguez, Carlos, *Madrid Clandestino. La reestructuración del PCE 1939-1945,* Madrid: Fundación Domingo Malagón, 2002.

Fischer, Bernd, *Albania at War, 1939-1945,* Londres: Hurst, 1999, p. 97.

Flores, Marcello, Mimmo Franzinelli, *Storia della Resistenza,* Roma-Bari: Laterza, 2019.

Focardi, Filippo, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito pubblico italiano dal 1945 a oggi,* Roma-Bari: Laterza, 2005.

Fourcade, Marie-Madeleine, *L'Arche de Noé,* París: Fayard, 1968.

Friedländer, Ernst, *Wie Europa begann,* Colonia, 1968.

Fucik, Julius, *Reportaje al pie de la horca,* Madrid: Akal, 1984.

Fürst, Julianne, «Heroes, Lovers, Victims: Partisan Girls during the Great Fatherland War», en *Minerva,* 2000, Volume 18, Issue 3, pp. 38-74.

Gebhardt, Miriam, *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs,* Múnich: DVA, 2015.

Gebhart, Jan; Ján Šimovček, *Partisanen in der Tschechoslowakei, 1941-1945,* Berlín: Militärverlag der DDR, 1989.

Gildea, Robert, *Fighters in the Shadows. A New History of the French Resistance,* Londres: Faber and Faber, 2015.

Gildea, Robert, Olivier Wieviorka y Anette Warring (ed.), *Surviving Hitler and Mussolini. Daily Life in Occupied Europe,* Oxford, Nueva York: Berg, 2006.

Gilmour, John y Jill Stephenson (eds.), *Hitler's Scandinavian Legacy,* Londres: Bloomsbury, 2013.

Ginard i Feron, David, *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942),* Palma: Edicions Documenta Balear, 2000.

Ginard i Feron, David, *Matilde Landa: de la Institucion Libre de Enseñanza a las prisiones Franquistas,* Barcelona: Flor del Viento, 2005.
Giza, Barbara, *Do filmu trafiłem przypadkiem. Z Jerzym Stefanem Stawińskim rozmawia Barbara Giza,* Varsovia: TRIO, 2007.
Głębicka-Giza, Barbara: *Stawiński i wojna. Reprezentacje doświadczenia jako podróż autobiograficzna,* Varsovia: TRIO, 2012;
Głowiński Tomasz, *O nowy porządek europejski. Ewolucja hitlerowskiej propagandy politycznej wobec Polaków w Generalnym Gubernatorstwie, 1939-1945,* Wrocław, 2000.
Gnetnev, Konstantin, *Tainy lesnoii voiny,* Petrozavodks: Ostrova, 2007.
Gogun, Aleksander, *Stalinskiye kommandos. Ukrainskiye partizanskiye formirovaniya, 1941-1944,* Moscú: ROSSPEN, 2012.
Grabowski, Jan, *Judenjagd: Polowanie na Zydow 1942-1945,* Varsovia: Stowarzyszenie Centrum Badań nad Zagładą Żydów, 2011.
Grabowski, Jan, *Na posterunku. Udział polskiej policji granatowej i kryminalnej w zagładzie Żydów,* Sękowa: Czarne, 2020.
Granet, Marie, *Les jeunes dans la Résistance. 20 ans en 1940,* París: France-Empire, 1985.
Grenkevich, Leonid, *The Soviet Partisan Movement 1941-1944: A Critical Historiographic Analysis,* Londres y Portland, OR: Frank Cass, 1999.
Grose, Peter, *Operation Rollback: America's Secret War Behind the Iron Curtain,* Boston: Houghton Mifflin, 2000.
Gross, Jan, *Und wehe, du hoffst... Die Sowjetisierung Ostpolens nach dem Hitler-Stalin-Pakt 1939-1941,* Friburgo: Herder, 1988.
Guber, Fedor, *Cartas y recuerdos de Vasili Grossman,* Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2019.
Guéhenno, Jean, *Diary of the Dark Years, 1940-1944. Collaboration, Resistance, and Daily Life in Occupied Paris,* Oxford: OUP, 2014.
Gute, Herbert, *Partisanen ohne Gewehre. Ein Tagebuch aus der Erinnerung,* Berlín: Deutscher Militarverlag, 1970.
Haestrup, Jorgen, *Secret Alliance: A Study of the Danish Resistance Movement 1940-1945,* Odense: Odense University Press, 1976.
Haller, Virginia, *Neumond über Kopenhagen,* Múnich: Bergstadt, 1961.
Henke, Klaus-Dietmar; Hans Woller (eds.), *Politische Säuberung in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration nach dem Zweiten Weltkrieg,* Múnich: Deutscher Taschenbuch-Verlag, 1991.

Hernández Sánchez, Fernando, *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950),* Barcelona: Pasado y presente, 2018.
Hernández Sánchez, Fernando, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953),* Barcelona: Crítica, 2015.
Hillesum, Etty, *An Interrupted Life: The Diaries and Letters of Etty Hillesum,* Londres: Persephone Books, 1999.
Hirschfeld, Gerhard, *Fremdherrschaft und Kollaboration. Die Niederlande unter deutscher Besatzung, 1940-1945,* Stuttgart: DVA, 1984.
Hirschfeld, Gerhard, *Nazi Rule and Dutch Collaboration: The Netherlands Under German Occupation, 1940-1945,* Oxford: Berg, 1988.
Hryciuk, Grzegorz, *Polacy we Lwowie, 1939-1944. Życie codzienne,* Varsovia: Książka i Wiedza, 2000.
Humbert, Agnés, *Résistance,* Nueva York: Bloomsboory, 2008.
Ioanna Tsatsos, *Diario de la Ocupación,* Madrid: Ediciones clásicas, 1991.
Judt, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945,* Madrid: Taurus, 2006.
Kalyvas, Stathis N., «Red Terror: Leftist Violence during the Occupation», en Mark Mazower (ed.), *After the War was Over. Reconstructing the Family, Nation and State in Greece, 1943-1960,* Princeton: Princeton University Press, 2000, pp. 142-183.
Kim, *Auzüge aus Tagebuch und Briefen,* Berlín: Evangelische Verlagsanstalt, 1963.
Kletzin, Birgit, *Europa aus Rasse und Raum. Die nationalsozialistische Idee der Neuen Ordnung,* Múnich: Lit Verlag, 2002.
Kopeček, Pavel, *Cílem byla svoboda. Odbojové hnutí na Přerovsku a Hranicku v období nacistické okupace v letech 1939-1945,* Praga: Epocha, 2015.
Korboński, Stefan, *Polskie Państwo Podziemnie. Przewodnik po podziemiu lat 1939-1945,* Varsovia: Świat Książki, 2008.
Kural, Václav, *Vlastenci proti okupaci. Ústřední vedení odboj domácího, 1940-1943,* Praga: UK, 1997.
Łabuszewski, Tomasz; Rafał Wnuk, Andrzej Friszke, Zbigniew Nosowski, «"Żołnierze wyklęci" – między historią, popkulturą a polityką. Dyskusja», en *Więź*, 3 (665), 2016.
Lacouture, Jean, *De Gaulle. I. Le Rebelle, 1890-1944,* París: Seuil, 1984.

Lagrou Pierre, *The Legacy of Nazi-occupation. Patriotic Memory and National Recovery in Western Europe, 1945-1965,* Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
Lampe, David, *Hitler's Savage Canary: A History of the Danish Resistance in World War II,* Nueva York: Skyhorse Publishing, 2011 (1957).
Lande, D.A. *Resistance!: Occupied Europe and Its Defiance of Hitler,* Londres: Zenith Press, 2001.
Leenhardt, Pierre, *Pascal Copeau (1908-1982): l'Histoire préfère les vainqueurs,* París: L'Harmattan, 1994.
Lewandowska, Stanisława, *Nadbużańskiego Podlasia okupacyjny dzień powszedni 1939-1944,* Varsovia: Trio, 2003.
Lieb, Peter, *Konventioneller Krieg oder NS-Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekämpfung in Frankreich 1943-1944,* Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 2008.
Lipgens, Walter (ed.), *Continental Plans for European Union, 1939-1945,* Berlín: De Gruyter, 1985.
Lipgens, Walter (ed.), *Europa-Föderationspläne der Widerstandsbewegungen. 1940-1945,* Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1968.
Longo, Luigi, *Continuità della Resistenza,* Turín: Giulio Einaudi Editori, 1977, p. 71.
Lustiger, Arno, *Zum Kampf auf Leben und Tod! Vom Widerstand der Juden, 1933-1945,* Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2002.
Luza, Radomir y Christina Vella, *The Hitler Kiss. A Memoir of Czech Resistance,* Baton Rouge: LSU, 2004.
Mann, Christopher, *British Policy and Strategy Towards Norway, 1941-1945,* Londres: Palgrave Macmillan, 2012.
Manning, Jeanne, *A Time to Speak,* Paducah: Turner, 1999.
Manoel Núñez, Xosé, y José M. Faraldo, «The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», en: *Nationalities Papers,* vol. 37, núm. 4, julio de 2009, pp. 401-424.
Marco, Jorge, «Transnational Soldiers and Guerrilla Warfare from the Spanish Civil War to the Second World War», en *War in History,* 1-21, 2018.
Marco, Jorge, *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista,* Granada: Editorial Comares, 2012.

Marcot, François, *Dictionnaire historique de la Résistance,* París: Robert Laffont, 2006, pp. 925-927.
Mark, James, «Remembering Rape. Divided Social Memory and the Red Army in Hungary 1944-1945», en *Past & Present,* 188 (2005), pp. 133-161.
Martorell, Manuel, *Jesús Monzón, el líder comunista olvidado por la historia,* Pamplona: Pamiela, 2000.
Mastný, Vojtěch, *The Czechs under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-1942,* Nueva York: Columbia University Press, 1971.
Matt, Alphons, *Hat es sich gelohnt? Gespräche und Dokumente über den Widerstand in Europa von 1930 bis 1945,* Zúrich, Múnich: Ringier, 1980.
Michel, Henri, *Histoire de la Résistance,* París: PUF, Que sais'je?, 1950.
Michel, Henri, «The Psychology of the French Resister», en *Journal of Contemporary History* 5, 1970, 159-175.
Milo, Zeev, *Im Satellitenstaat Kroatien. Eine Odyssee des Überlebens, 1941-1945,* ed. por Erhard Roy Wiehn, Konstanz: Hartung-Gorre Verlag.
Mishell, William W. *Kaddish for Kovno: Life and Death in a Lithuanian Ghetto, 1941-1945,* Chicago: Chicago Review Press, 1988.
Moen, Petter, *Diario,* Madrid: 27letras, 2009.
Montorio Gonzalvo, José Manuel, *Cordillera Ibérica. Recuerdos y olvidos de un guerrillero,* Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2007.
Moore, Bob (ed.), *Resistance in Western Europe,* Nueva York: Berg, 2000.
Moreno Gómez, Francisco, *La resistencia armada contra Franco,* Barcelona: Crítica, 2001.
Morgante, Dario, *Il sorriso dei partigiani: Ritratti fotografici di uomini e donne combattenti,* Roma: Unaltrastoria, 2013.
Motyka, Grzegorz, y Dariusz Libionka (ed.), *Antypolska Akcja OUN-UPA. Fakt i interpretacje,* Varsovia: IPN, 2003.
Motyka, Grzegorz, Tomasz Stryjek, Rafał Wnuk y Adam F. Baran, *Wojna po wojnie. Antysowieckie podziemie w Europie Środkowo-Wschodniej w latach 1944-1953,* Gdańsk-Warsaw: Wydawnictwo Naukowe Scholar – Instytut Studiów Politycznych PAN – Muzeum II Wojny Światowej, 2012.
Muracciole, Jean François, *Histoire de la Résistance en France,* París: PUF, 1993 (10).

Musial, Bogdan, *Sowjetische Partisanen 1941-1944: Mythos und Wirklichkeit,* Paderborn: Ferdinand Schoeningh, 2009.
Naimark, Norman M., *The Russians in Germany. A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949,* Harvard: HUP, 1997.
Narinsky, Mikhail, «Soviet Foreign Policy and the Origins of the Cold War», en Gabriel Gorodetsky (ed.), *Soviet Foreign Policy 1917-1991. A Retrospective,* NY: Routledge, 2013 (1994), pp. 105-110.
Neugebauer, Wolfgang, *Der österreichische Widerstand. 1938-1945,* Viena: Edition Steinbauer, 2008.
Niess, Frank, *Die europäische Idee – aus dem Geiste des Widerstandes,* Fráncfort del Meno: Surhkampf, 2000.
Niwiński, Piotr (ed.), *Opór wobec systemów totalitarnych na Wileńszczyźnie w okresie II wojny światowej,* Gdańsk: IPN, 2003.
Nowak-Jeziorański, Jan, *Kurier z Warszawy,* Cracovia: Znak, 2007.
Núñez Seixas, Xosé M., «Unable to Hate? Some Comparative Remarks on the War Experiences of Spaniards and Italians on the Eastern Front, 1941-1944», *Journal of Modern European History,* Volume 16, issue 2, pp. 269-290.
Núñez Seixas, Xosé Manoel, *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética 1941-1945,* Madrid: Alianza Editorial, 2007.
Núñez Seixas, Xosé Manoel, *El frente del Este. Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945),* Madrid: Alianza Editorial, 2018.
Olivová, Věra, *Dějiny první republiky,* Praga: UK, 2000.
Paczkowski, Andrzej, *Pół wieku dziejów Polski (1939-1989),* Varsovia: PWN, 1998.
Pantelić, Ivana, «Yugoslav female partisans in World War II», *Cahiers balkaniques* 41(1), pp. 239-250.
Parri, Ferruccio, *Scritti 1915-1975,* Milán: Feltrinelli, 1976.
Pasiewicz, Zuzanna (ed.), *Dzienniki z Powstania Warszawskiego,* Lomianki: LTW, 2006, p. 158.
Pavone, Claudio, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella resistenza,* Milán: Bollati-Boringhieri, 1991.
Pearson, Owen, *Albania and King Zog: Independence, Republic and Monarchy, 1908-1939,* Londres: Bloomsbury Academic, 2004.
Petrenko, Olena, «Zwischenpositionen. Frauen im ukrainischen bewaffneten Untergrund der 1940er-50er Jahre», en Klaus Latzel, Silke

Satjukow, Franka Maubach (eds.), *Soldatinnen. Gewalt und Geschlecht im Krieg vom Mittelalter bis heute,* Paderborn, 2011, pp. 257-278.
Pike, David W., *Españoles en el Holocausto. Vida y muerte de los republicanos en Mauthausen,* Barcelona: Mondadori, 2003.
Piketty, Guillaume (ed.), *Français en résistance. Carnets de guerre, correspondances, journaux personnels,* París: Robert Laffont, 2009.
Piotrowski, Tadeusz, *Poland's Holocaust: ethnic strife, collaboration with occupying forces and genocide in the Second Republic, 1918-1947,* Jefferson: Mac Farland, 1998.
Poleszak, Sławomir, *Polskie podziemie niepodległościowe na tle konspiracji antykomunistycznych w Europie środkowo-wschodniej w latach 1944-1956,* Varsovia-Lublin: IPN, 2008.
Pons Prades, Enrique, *Morir por la libertad. Españoles en los campos de exterminio nazis,* Madrid: Ediciones Vosa, 1995.
Pons Prades, Enrique, *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial,* Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.
Popov, Aleksander, *NKVD i partizanskoye dvizheniye,* Moscú: Olma-Press, 2003.
Pop-Săileanu, Aristina, *Să trăiască partizanii până vin americanii,* Bucarest: Fundația Academia Civică, 2008.
Prauser, Steffen: «Mord in Rom? Der Anschlag in der Via Rasella und die deutsche Vergeltung in den Fosse Ardeatine im März 1944», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 50, 2002, 2, pp. 269-302.
Prazmowska, Anita J., *Civil War in Poland,* Houndmill: Macmillan Press, 2004.
Pugliese, Stanislao G., *Carlo Rosselli: Socialist Heretic and Antifascist Exile,* Boston: Harvard University Press, 1999.
Pugliese, Stanislao G., *Fascism, anti-fascism, and the resistance in Italy: 1919 to the Present,* Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, 2004.
Radoslav, Doru, «Rezistența anticomunistă armată din România între istorie şi memorie», en Ruxandra Cesereanu (ed.), *Comunism şi represiune în România,* Bucarest: Polirom, 2006, pp. 82-107.
Rodogno, Davide, *Fascism's European Empire*: *Italian Occupation during the Second World War,* Cambridge: Cambridge University Press, 2012.
Röhr, Werner (ed.), *Europa untern Hakenkreuz. Okkupation und Kollaboration. Beiträge zu Konzepten und Praxis der Kollaboration in*

*der deutschen Okkupationspolitik,* Berlín, Heidelberg: Hüthig Verlagsgemeinschaft, 1994.
Roon, Ger van (ed.), *Europäischer Widerstand im Vergleich; die internationalen Konferenzen Amsterdam,* Berlín: Siedler, 1985.
Rosenwein, Barbara, *Emotional Communities in the Early Middle Ages,* Ithaca: Cornell University Press, 2007.
Rossolinski-Liebe, Grzegorz, *Stepan Bandera: The Life and Afterlife Of A Ukrainian Nationalist,* Stuttgart: *ibidem,* 2014.
Rybicki, Józef Roman, *Notatki szefa warszawskiego Kedywu,* Varsovia: WUW, 2003.
Frühstück, Sabine, «Sexuality and sexual violence», en: Michael. Geyer, Adam Tooze (eds.), *The Cambridge History of the Second World War,* Cambridge: Cambridge University Press, 2014, pp. 422-446.
Sánchez Agustí, Ferrán, *Maquis y Pirineos la gran invasión (1944-1945),* Lérida: Editorial Milenio, 2001.
Sander, Gordon F., *The Hundred Day Winter War: Finland's Gallant Stand Against the Soviet Army,* University Press of Kansas, 2013.
Sannikov, Georgij: *Operacija «Rejd» ili istorija odnoj ljubvi. Specslužby v bor'be za Ukrainu (1946-1956),* Moscú, 2007.
Schmale, Wolfgang, *Geschichte und Zukunft der Europäischen Identität,* Stuttgart, 2008.
Schaper, Edzard (ed.), Petter Moen, *Tagebuch,* Fráncfort: Fischer, 1959.
Serrano, Secundino, «Génesis del conflicto: la represión de los huidos. La federación guerrillera de León-Galicia», en Julio Aróstegui y Jorge Marco (eds.), *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952,* Madrid: La Catarata, 2008, pp. 101-120.
Shepherd, Ben, *War in the wild East: the German Army and Soviet partisans,* Harvard: HUP, 2004.
Shore, Marci, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968,* Yale University Press, 2006.
Shumuk, Danylo, *Life Sentence: Memoirs of a Ukrainian Political Prisoner,* Edmonton: Canadian Institute of Ukrainian Studies, University of Alberta, 1984.
Shumuk, Danylo, *Za skhidnim obriyem,* París, Baltimore, 1974.
Sládek, Oldřich, *Zločinná role gestapa: nacistická bezpečnostní policie v českých zemích 1938-1945,* Praga: Naše vojsko, 1986.

Slepyan, Kenneth, *Stalin's Guerrillas: Soviet Partisans in World War II,* Lawrence: University Press of Kansas, 2006.
Snyder, Timothy, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin,* Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.
Sonsteby, Gunnar, *Los patriotas no llevan uniforme,* Barcelona: Altaya, 2008.
Śpiewak, Paweł, *Żydokomuna. Interpretacje historyczne,* Varsovia: Czerwone i Czarne, 2012.
Stafford, David, «The Detonator Concept: British Strategy, SOE and European Resistance After the Fall of France», en *Journal of Contemporary Histor*y 10, 1975, 185-217, citado 209.
Stalin, Iosif, *Sochineniia,* t. 15, Moscú: Pisatiel, 1997.
Stigneev, V. T., *Viek Fotografiia, 1894-1994. Ocherki istorii otechesviennoii fotografii,* Moscú: Librokom, 2009 (3).
Stone, Harry, *Writing in the Shadow. Resistance publications in Occupied Europe,* Londres: Frank Cass, 1996.
Strembosz, Tomasz, *Rzeczpospolita podziemna. Spoleczeńswo polskie a państwo podziemne, 1939-1945,* Varsovia: Krupski i S-ka, 2000.
Strobl, Ingrid, *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945),* Barcelona: Virus, 2002.
Stroia, Stanciu, *My Second University: Memories from Romanian Communist Prisons* (con Dan L. Dusleag), Lincoln, NE: Iuniverse, 2005.
Stuhlpfarrer, Karl, «Österreich -Mittäterschaft und Öpferstatus», en Ulrich Herbert y Axel Schildt (eds.), *Kriegsende in Europa. Vom Beginn des deutschen Machtzerfalls bis zur Stabilisierung der Nachkriegsordnung, 1944-1948,* Essen: Klartext Verlag, 1998, pp. 301-317, aquí pp. 301, 302.
Swain, Geoffrey; Nigel Swain, *Eastern Europe Since 1945, 2nd edition,* Londres: MacMillan Press, 1998.
Świrko, Stanisław (ed.), *Z pieśnią i karabinem: pieśni partyzanckie i okupacyjne z lat 1939-1945: wybór materiałów z konkursu ZMW i «Nowej Wsi»,* Varsovia: Ludowa Spółdzielnia Wydawnicza, 1971.
Szarota, Tomasz, *Okupowanej Warszawy dzień powszedni,* Varsovia: Czytelnik 1973 (otras: 1978, 1988, 2010)
Szarota, Tomasz, *On the Threshold of the Holocaust: Anti-Jewish Riots and Pogroms in Occupied Europe. Warsaw-Paris-The Hague-Amsterdam-*

*Antwerp-Kaunas,* Fráncfort del Meno: Peter Lang, 2015.
Szarota, Tomasz, *U progu zagłady: zajścia antyżydowskie i pogromy w okupowanej Europie : Warszawa, Paryż, Amsterdam, Antwerpia, Kowno,* Varsovia: Wydawnictwo Sic!, 2000.
Szarota, Tomasz, *V – jak zwycięstwo. Symbole, znaki, demonstracje patriotyczne walczącej Europy 1939-1945,* Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne, 1994.s
Szarota, Tomasz, *Warschau unter dem Hakenkreuz. Leben und Alltag im besetzten Warschau 1.10.1939 bis 31.7.1944,* Paderborn: Schöningh Verlag, 1985.
Szarota, Tomasz, *Życie codzienne w stolicach okupowanej Europy. Szkice historyczne. Kronika wydarzeń,* Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1995.
Szwarc, Halina, *Wspomnienia z pracy w wywiadzie antyhitlerowskim ZWZ-AK,* Varsovia: Neriton, 1999.
Tagüeña, Manuel, *Testimonio de dos guerras,* Barcelona: Planeta, 2005 [1971].
Téllez, Antonio, *Facerías. Guerrilla urbana (1939-1957),* Barcelona: Virus, 2004, p. 209.
Terrenoire, Élisabeth, *Combattantes sans uniforme: les femmes dans la Résistance,* París: Bloud et Gay, 1946.
Tippner, Anja, «Girls in Combat: Zoia Kosmodem'ianskaia and the Image of Young Soviet Wartime Heroines», en *The Russian Review,* vol. 73, núm. 3 (julio de 2014), pp. 371-388.
Tuchel, Johannes (ed.), *Der vergessene Widerstand – zu Realgeschichte und Wahrnehmung des Kampfes gegen die NS-Diktatur,* Gotinga: Wallstein Verlag, 2005.
Ueberschär, Gerd R., *Für ein anderes Deutschland. Der deutsche Widerstand gegen den NS-Staat, 1933-1945,* Múnich: Fischer, 2006.
Ueberschär, Gerd R. (ed.), *Handbuch zum Widerstand gegen Nationalsozialismus und Faschismus in Europa 1933/39 bis 1945,* Berlín: Walter de Gruyter Verlag, 2011.
Uhlíř, Jan Boris, *Ve stínu říšské orlice: Protektorát Čechy a Morava, odboj a kolaborace,* Praga: Aleš Skřivan ml., 2002.
Uscatescu, George, *La rebelión de las minorías,* Madrid, Editora Nacional, 1955.

Vast, Cécile, *L'identité de la Résistance: Être résistant, de l'Occupation à l'après-guerre,* París: Payot, 2010.
Vickers, Miranda, *The Albanians: A Modern History,* Nueva York: I.B. Tauris, 2000.
Vrabec, Vaclav, *Antifašistický odboj: zmařené naděje,* Praga: Masarykova dělnická akademie, Čechos, 1992.
Wieviorka, Olivier, *Histoire de la Résistance: 1940-1945,* París: Perrin, 2013.
Wieviorka, Olivier, *La mémoire désunie. Le souvenir politique des années sombres, de la Libération â nos jours,* París: Seuil, 2010.
Wieviorka, Olivier, *Une histoire de la Résistance en Europe occidentale,* París: Perrin, 2017.
Wilkinson, James D., *La resistencia intelectual en Europa,* México, D. C.: FCE, 1989.
Wnuk, Rafał, *«Za pierwszego Sowieta». Polska konspiracja na Kresach Wschodnich II Rzeczypospolitej (wrzesień 1939-czerwiec 1941),* Varsovia: IPN, 2007.
Wnuk, Rafał, *Leśni bracia. Podziemie antykomunistyczne na Litwie, Łotwie i w Estonii 1944-1956,* Varsovia: Bellona, 2018.
Wóycicka, Zofia, *Przerwana żałoba. Polskie spory wokół pamięci nazistowskich obozów koncentracyjnych i zagłady 1944-1950,* Varsovia: Trio, 2009.
Yermolov, Igor, *Tri goda bez Stalina. Okupatsiya: sovetskiye grazhdane mezhdu natsistami i bol'shevikami. 1941-1944,* Moscú: Tsentrpoligraf, 2010.
Zaremba, Marcin, *Wielka Trwoga, Polska 1944-1947,* Cracovia: Znak, 2012.
Zebrowski, Leszek (ed.), *Narodowe Siły Zbrojne. Dokumenty, Struktury, Personalia,* vol. I, Varsovia: Burchard Edition, 1994.
Zeev, Milo, *Im Satellitenstaat Kroatien. Eine Odyssee des Überlebens, 1941-1945,* Konstanz: Hartung-Gorre Verlag.
Zentner, Kurt, *Illustrierte Geschichte des Widerstandes in Deutschland und Europa 1933-1945,* Múnich: Südwest-Verl., 1966.
Żeromska, Monika, *Wspomnienia,* Varsovia: Czytelnik, 1996.
Zimmerman, Joshua D., *The Polish Underground and the Jews, 1939-1945,* Nueva York: Cambridge University Press, 2015.

Edición en formato digital: 2022

© José María Faraldo Jarillo, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-632-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.